

Jean Plaidy  
La Madonna  
de las Siete Colinas



*los borgia*

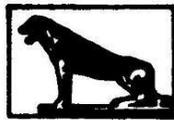
---

javier vergara



Jean Plaidy

# La Madonna de las Siete Colinas



JAVIER VERGARA EDITOR  
Barcelona/Buenos Aires/Santiago de Chile

Título original  
Madonna of the Seven Hills

Edición original  
Robert Hale

Cubierta  
Farré

Traducción  
M. M. Prelooker

© 1958 by Jean Plaidy

© 1983 Javier Vergara Editor S.A.  
San Martín 969 - Buenos Aires - Argentina

ISBN 950-15-0195-7

Impreso en la Argentina / Printed in Argentine  
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Esta edición se terminó de imprimir en la  
COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA S.A.  
Alsina 2049 - Buenos Aires - Argentina  
en el mes de junio de 1983



## NOTA DE LA AUTORA

Espero que mis lectores tengan presente el proverbio *Altri tempi, altri costumi* y ajusten su visión mental al siglo XV, cuando los Papas sólo daban un carácter formal a sus votos de celibato y cuando el asesinato era tan común que un viejo barquero del río Tiber, al ver que el cuerpo del hijo del Papa era arrojado al río no consideró necesario comunicarlo, porque veía arrojar cuerpos a las aguas todas las noches.

Sólo juzgando a los Borgia en función de su propia época pueden despertar nuestra simpatía, y sólo si despiertan nuestra simpatía se puede comprenderlos.

## EL NACIMIENTO DE LUCRECIA

Hacía frío en el castillo: la mujer que estaba de pie al lado de la ventana recorría con la mirada el panorama que se extendía entre las nevadas cimas de las montañas y el monasterio situado mas abajo y pensaba nostálgicamente en la comodidad de su casa en Piazza Pizzo di Merlo, a 100 kilómetros de Roma.

Sin embargo, estaba satisfecha de estar allí, pues Rodrigo deseaba que su hijo naciera en su castillo de montaña y ella sentía placer ante la evidencia de que eso le preocupaba tanto.

Dando la espalda a esa visión majestuosa recorrió la habitación. La cama era tentadora, pues sus dolores se estaban haciendo más frecuentes. Esperaba que la nueva criatura fuera un varón, pues Rodrigo podría hacer mucho más por un varón que por una niña.

Ya le había dado tres hermosos hijos a los que él adoraba, especialmente a César y Juan, según creía ella, porque Pedro Luis, el mayor había sido enviado lejos. Había sido triste perderlo, pero lo esperaba un maravilloso futuro: educación en la corte española, donde recibiría el ducado de Gandia. Y habría oportunidades igualmente grandiosas para los otros, para César, para Juan y para el niño que aún no había nacido.

Sus doncellas la rondaban. Le aconsejaron quedarse boca abajo, pues con seguridad pronto nacería la criatura.

Ella sonrió, limpiándose el sudor de la frente, y les permitió que la ayudaran a acostarse. Una de sus doncellas le pasó por las sienes un unguento de suave olor, frío y refrescante; otra acercó a sus labios una copa de vino. Esas mujeres estaban ansiosas por atender a Vannozza Cattanei porque era la amada de Rodrigo Borgia, uno de los cardenales más importantes de Roma. Vannozza se podía considerar como una mujer de mucha suerte al haber llegado a ser tan amada por Rodrigo, pues se trataba de un hombre que necesitaba a muchas amantes; pero ella era la principal, lo cual se parecía a un milagro, porque ya no era joven. Cuando una mujer tiene treinta y ocho años debe ser muy atrayente para llamar la atención de una personalidad tan importante como el cardenal Rodrigo Borgia. Sin embargo,

ella lo había logrado y si bien había momentos en que se preguntaba si venía para ver a sus hijos, en lugar de hacer el amor con ella, qué importaba. Hijos como Pedro Luis, César y Juan podían crear un vínculo más firme que la pasión; y si en el futuro aparecieran mujeres más jóvenes y más hermosas capaces de seducirlo, ella continuaría siendo la que le había dado sus hijos favoritos.

En consecuencia, estaría contenta cuando desaparecieran los dolores y la criatura naciera; estaba segura de que el bebé sería sano y hermoso; todos sus hijos lo eran. Habían heredado su dorada belleza, y Vannozza esperaba que la nueva criatura también lo hiciera, pues eso deleitaría a su padre. Por tal motivo, debía sentirse complacida de que Rodrigo hubiera insistido en llevarla a su castillo de Subiaco, aunque el viaje había sido largo y aburrido y en los Apeninos soplaba un fuerte viento. El cardenal deseaba que su hijo naciera en su palacio, y deseaba estar cerca de ella en el momento del nacimiento. Eso hubiera sido menos simple en Roma, pues después de todo Rodrigo era un hombre de la Iglesia, que había hecho voto de celibato, y aquí, en el fortificado castillo montañoso de Subiaco, podía entregarse con mayor libertad a su alegría. Vannozza, en consecuencia, podía consolarse mientras esperaba, pensando en su hermosa casa de la Piazza Pizzo di Merlo en la cual, gracias a la generosidad de Rodrigo, vivía tan regaladamente. Se sentía muy bien en el barrio del Ponte, en que ocurrían continuamente tantas cosas. Era uno de los distritos más populosos de la ciudad, y los mercaderes y los banqueros abundaban. Era la zona favorita de las cortesanas más notorias y más prósperas, dominada por la noble familia de los Orsini, que tenían su palacio en el Monte Giordano, y cuyo castillo, la Torre di None, formaba parte de las murallas de la ciudad.

No es que Vannozza se considerara una cortesana. Era fiel a Rodrigo y lo tenía por marido, aunque sabía, desde luego, que por ser un cardenal, Rodrigo no podía casarse, y que si hubiera podido hacerlo se habría visto obligado a buscar una esposa en un sector distinto de la sociedad.

Pero si bien Rodrigo no podía casarse con ella, había sido tan atento como cualquier marido. Según Vannozza, Rodrigo era con seguridad el hombre más encantador de Roma. Estaba segura de no ser la única en pensarlo, aunque un hombre como Rodrigo tenía sin duda enemigos. Había nacido para ser un hombre eminente; su vista estaba fija en una meta segura, el Papado, y quienes conocían a Rodrigo sabían que tenía excelentes posibilidades de lograr lo que ambicionaba. Nadie debía llamarse a engaño ante esos modales gentiles, esa encantadora voz musical, esa atrayente cortesía; formaban parte de la personalidad de Rodrigo, es verdad, pero más allá del encanto se ocultaba una quemante ambición que sin duda alguna lo llevaría tan lejos como él se propusiera ir.

Rodrigo era un hombre a quien Vannozza podía adorar pues tenía todas las cualidades que más admiraba. Por consiguiente, ahora rogaba a los santos y a la Virgen que la criatura que estaba por alumbrar tuviera encanto y belleza

ya que Rodrigo, que poseía encanto en alto grado, era muy susceptible a la belleza. También rogaba para que ella, una matrona de treinta y ocho años, pudiera continuar disfrutando de su gratitud por los hijos que le había dado si no lograba suscitar más su deseo sexual.

¿Durante cuánto tiempo quedarían los niños bajo su techo? No mucho, según pensaba. Partirían, como ya lo había hecho Pedro Luis. Rodrigo tenía grandes planes para los muchachos, y Vannozza, por más amada que fuera por el cardenal, tenía una posición social poco encumbrada en Roma.

Pero Rodrigo recordaría que una parte de ella vivía en esos hijos, y Vannozza continuaría en su encantadora casa, aquella que él le había dado. Era el tipo de casa que poseían los nobles de Roma, y ella estaba feliz de habitarla. Disfrutaba, sentada en el salón principal, cuyas paredes blanqueadas había decorado con tapices y algunos cuadros; deseaba que su hogar fuera tan lujoso como el de las grandes familias, los Orsini y los Colonna. Su amante era generoso y le había hecho muchos regalos: además de los tapices y los cuadros, tenía joyas, hermosos muebles, adornos en pórfido y mármol y su mueble más querido, su *credenza*, donde guardaba la mayólica, las copas de oro y plata y las jarras para servir bebidas. La *credenza* era un signo de posición social, y los ojos de Vannozza se iluminaban cada vez que miraba esos objetos. Caminaba por la hermosa mansión palpando sus preciosas posesiones y diciéndose, en la tranquila frescura de sus habitaciones que en realidad fue una mujer afortunada cuando Rodrigo Borgia entró en su vida y la encontró.

Pero Vannozza sabía que los tesoros que Rodrigo le había dado no eran nada a sus ojos comparados con los que ella le había dado a él.

Ahora el dolor la atenazaba de nuevo en forma más insistente, casi continua. La criatura estaba ansiosa por nacer.

En otra ala de su castillo de Subiaco, el gran cardenal también esperaba. Sus habitaciones estaban lejos de las de su amante, pues no deseaba que sus gritos lo perturbaran, no deseaba pensar en el sufrimiento de Vannozza, quería que su imagen fuera siempre la que ella se había esforzado por tener frente a él: hermosa, alegre y llena de vitalidad, tal como era él. Durante el alumbramiento era posible que Vannozza perdiera una parte de esas características, y por ese motivo prefería recordarla así, pues detestaba todo lo que lo molestara, y los dolores de Vannozza podían hacerlo. En consecuencia, era preferible apartarse de ella, esperar con paciencia el mensaje que le anunciara que la criatura había nacido.

Se alejó del altar ante el cual había estado arrodillado. La lámpara que ardía constantemente frente a las imágenes y los cuadros de los santos había iluminado el sereno rostro de la Madonna, y Rodrigo creía haber descubierto en ese rostro un reproche. Él, uno de los cardenales más poderosos, ¿podía

orar por el feliz alumbramiento de una criatura que no tenía derecho a engendrar? ¿Podía esperar que la Madonna le concediera un hijo —un muchacho sano y hermoso— cuando él, como hijo de la Iglesia, había hecho votos de celibato?

Era un pensamiento que le causaba malestar, y al dejar de lado con rapidez esas reflexiones, Rodrigo olvidó el altar y se puso a contemplar el emblema del toro pacienco que adornaba las paredes y que nunca había dejado de inspirarlo. Era el emblema de los Borgia, y Rodrigo había decidido que un día sería el símbolo más temido y respetado en Italia.

Era muy reconfortante contemplar el toro, esa fuerte criatura, que pacía tranquilamente, y que sin embargo daba muestras de tanta fiereza y fortaleza. Un día, meditaba el cardenal, las armas de los Borgia se desplegarían por toda Italia, pues el sueño de Rodrigo consistía en que alguna vez toda Italia estaría unida, y lo estaría bajo la dirección de un Borgia. ¡Otro Papa en la familia de los Borgia! ¿Por qué no? El Vaticano era el centro del mundo católico y sin duda alguna uniría un país dividido, pues la unidad producía la fuerza y ¿quien era más apto para gobernar una Italia unida que el Papa? Pero aún no era Papa, y tenía enemigos, que harían todo lo que estuviera a su alcance para impedir que alcanzara esa eminente posición. No importaba. Lo lograría, como lo había logrado su tío Alfonso cuando se había convertido en el Pontífice Calixto III.

Calixto había sido sensato, sabía que la fuerza de una familia se concentra en sus miembros más jóvenes. Por ese motivo había adoptado a Rodrigo y a su hermano Pedro Luis (Rodrigo había dado ese nombre al mayor de los hijos de Vannozza), por eso los había enriquecido y los había hecho poderosos.

Rodrigo sonrió con complacencia; no necesitaba adoptar hijos, tenía sus propios descendientes, varones y mujeres. Las hijas serían útiles cuando se tratara de concertar matrimonios para unir familias eminentes con los Borgia, pero los hijos eran lo que necesitaba un hombre ambicioso y, gracias a todos los santos, los tenía y sentiría eterna gratitud, por habérselos dado, hacia la mujer que se encontraba en el lecho de parto en su propio castillo. Pedro Luis en España aseguraría la benevolencia de ese país hacia su padre; con respecto al fogoso Juan, Rodrigo tenía los planes más ambiciosos, pues ese hijo, el que más amaba, mandaría los ejércitos de los Borgia; y César, ese audaz y joven pícaro (Rodrigo sonreía con placer al recordar a su pequeño y arrogante hijo), debía entrar forzosamente en la Iglesia, pues si los Borgia querían lograr todo lo que Rodrigo había planeado, uno de ellos debía dominar en el Vaticano. Por consiguiente, el pequeño César estaba destinado a suceder a su padre en la cátedra papal.

Rodrigo se encogió de hombros y sonrió para sí. Aún no había alcanzado esa posición, pero la alcanzaría; estaba decidido a lograrlo. La gentil sonrisa se había desvanecido, y durante unos breves instantes fue posible contemplar al hombre de acero que se ocultaba detrás de un placentero aspecto exterior.

Había llegado lejos y nunca retrocedería; antes, prefería la muerte. Estaba completamente seguro de que un día ascendería al trono papal, tanto como de que una criatura estaba naciendo en su castillo de Subiaco.

Nada... nada debía interponerse en su camino, pues sólo siendo Papa podría conferir a sus hijos los honores que les permitirían avanzar hacia el gran destino que debían tener los Borgia.

¿Y el nuevo bebé? “Un varón”, rogó. “Madre Santa, te ruego que sea un varón. Tengo tres hermosos hijos, tres hijos sanos, pero podría usar uno más.”

Era todo amabilidad nuevamente, pensando en el cuarto de niños de la casa de la Piazza Pizzo di Merlo.

¡Cómo se alegraban esos dos pequeñuelos durante las visitas del tío Rodrigo! Era necesario que pensarán en él como “el tío”; resultaba del todo inconcebible que llamaran “padre” a un santo cardenal. “Tío” estaba bien por ahora; algún día esos niños sabrían quiénes eran realmente. Esperaba el momento de tener el placer de decírselo. (Rodrigo disfrutaba dando placer a aquellos a quienes amaba, pero si había que realizar cualquier tarea desagradable, prefería que la ejecutaran otros.) ¡Qué destino glorioso los esperaba, teniendo en cuenta que él, el ilustre cardenal, no era en realidad su tío, sino su padre! ¡Cómo destellarían los ojos de César, ese niño arrogante y delicioso! ¡Cómo se pavonearía Juan, el querido, el amado Juan! Y el nuevo niño... a él también le llegaría su momento en el reparto de honores.

¿Qué estaban haciendo ahora? Discutiendo con su niñera, probablemente. Rodrigo podía imaginar las amenazas de César, la cólera sorda de Juan. Rebosaban de vitalidad, heredada tanto de Vannozza como de su padre, y cada uno de ellos sabía cómo lograr sus deseos. Se impondrían a veinte niñeras: eso es lo que esperaba. Eran los hijos de Rodrigo Borgia, y ¿cuándo había dejado él de imponerse a las mujeres? Ahora pensaba en su pasado, en los centenares de mujeres que le habían gustado. Cuando había ingresado a la Iglesia se había consternado porque se esperaba que cumpliera el voto de celibato. Ahora podía reír de su ingenuidad. No le había hecho falta mucho tiempo para descubrir que los cardenales e incluso los Papas tenían amantes. No se esperaba que llevaran vidas en celibato sino que parecieran hacerlo, lo cual era del todo diferente. Todo lo que se pedía era discreción, no continencia.

El momento en que una nueva vida estaba por comenzar era solemne. Era aún más solemne pensar que si no hubiera sido por él esa criatura no se estaría preparando para llegar al mundo.

Rodrigo se sentó y sin quitar la vista del toro que pacía recordó los incidentes más importantes de su vida. Tal vez uno de los primeros y, en consecuencia, el más trascendente, pues si no hubiera ocurrido todo lo que siguió no habría sido posible, fue aquel en que su tío Calixto III había adoptado a Rodrigo y a su hermano Pedro Luis y les había prometido que los trataría como hijos si abandonaban el apellido de su padre — Lanzol— y adoptaban el de los Borgia.

Sus padres deseaban ardientemente que se produjera la adopción. Tenían hijas, pero el Papa Calixto no estaba interesado en ellas, y sabían que sus hijos no podían esperar ningún destino mejor que el de encontrarse bajo el patronato inmediato del Papa. Su madre —hermana del Papa— era una Borgia, y en consecuencia hacerlo significaba simplemente que los muchachos debían adoptar el apellido de su madre en lugar de adoptar el de su padre.

Ese fue el comienzo de la buena suerte.

El tío Alfonso Borgia (el Papa Calixto III para el mundo) era español y había nacido cerca de Valencia. Llegó a Italia con el rey Alfonso de Aragón al ascender ese monarca al trono de Nápoles. España —esa ambiciosa potencia que estaba dominando con rapidez el mundo— deseaba expandir su influencia por toda Italia. ¿De qué manera se podría lograrlo mejor que con un Papa español?

El tío Alfonso tenía el apoyo de España cuando aspiró al papado, y triunfó en 1455. Todos los Borgia tenían fuertes sentimientos familiares. Eran españoles, y como tales no eran muy bien vistos en Italia: en consecuencia, necesitaban mantenerse unidos, mientras realizaban los esfuerzos necesarios para lograr los puestos más importantes.

Calixto tenía planes para sus dos sobrinos. Pronto nombró a Pedro Luis generalísimo de la Iglesia y prefecto de la ciudad. No contento con esto, lo nombró duque de Spoleto, y para acrecentar aún más sus ingresos lo nombró vicario de Terracina y Benevento. Pedro Luis se había instalado muy cómodamente en la vida: no sólo era uno de los hombres más influyentes de Roma —debía serlo, dada su relación con el Papa— sino también uno de los más acaudalados.

Los honores que recayeron sobre Rodrigo fueron casi iguales. Un año menor que Pedro Luis, fue designado cardenal aunque sólo tenía veintiséis años: luego agregó a este cargo el de vicescanciller de la Iglesia de Roma. Los Lanzol no tenían motivos, por cierto, para lamentar que el Papa hubiera adoptado a sus hijos.

Desde el comienzo había sido evidente que Calixto se proponía que Rodrigo le sucediera en el papado: y Rodrigo, desde el momento de su adopción, estaba decidido a hacerlo algún día.

Por desgracia, eso había sucedido hacía mucho tiempo, y el papado estaba tan lejos como siempre. Calixto era viejo cuando fue elegido, y tres años después murió. Ahora se podía advertir la sagacidad de su rápida acción al otorgar cargos importantes a sus sobrinos, pues mientras Calixto se encontraba en su lecho de muerte se levantó un clamor contra los españoles, a quienes se habían concedido los mejores puestos; y los Colonna y los Orsini, poderosas familias que habían sentido que se las menoscababa, se levantaron llenas de furia contra los extranjeros. Pedro Luis debió abandonar sus magníficas propiedades y toda su fortuna y huir para salvar la vida. Murió poco tiempo después.

Rodrigo permaneció calmo y lleno de dignidad y no se fue de Roma. Por el

contrario, mientras la ciudad hervía de indignación contra él y su familia, fue solemnemente a la Catedral de San Pedro para rezar por su tío moribundo.

Rodrigo poseía un gran encanto. No es que fuera muy hermoso; sus rasgos eran demasiado marcados para que se pudiera decir que tenía una buena presencia, pero su dignidad era impresionante: también lo era su gracia cortesana, que raras veces dejaba de suscitar la devoción de casi todos los que entraban en contacto con él.

Resulta bastante extraño señalarlo, pero las mismas personas que clamaban contra él le abrieron paso para que pudiera entrar a San Pedro, mientras Rodrigo les sonreía con benignidad y murmuraba gentilmente:

—Benditos seáis, hijos míos.

Y los otros se arrodillaban y besaban su mano o el anillo de su hábito cardenalicio.

¿Fue esa una de las horas más triunfales de su vida? Había habido triunfos desde entonces, pero tal vez fue en ese momento cuando adquirió por primera vez conciencia del gran poder que tenía para seducir y dominar mediante su encanto a todos aquellos que se le oponían; rezó por su tío y se mantuvo junto a su lecho mientras todos los demás habían huido; si bien su magnífico palacio había sido saqueado y devastado, permaneció distante y calmo, decidido a dar su voto decisivo en el cónclave que se celebró y que hizo que Enea Silvio Piccolomini se convirtiera en el sucesor de Calixto con el nombre de Pío II.

Pío debía guardar gratitud por Rodrigo, y por cierto lo hizo.

De este modo Rodrigo superó con éxito la primera tormenta de su vida y comprobó que era capaz de mantenerse en pie, como el pobre Pedro Luis no había sido capaz de hacerlo.

Rodrigo heredó la fortuna de su hermano, lloró amargamente su pérdida pero en forma breve, pues no estaba en la naturaleza de Rodrigo llorar durante mucho tiempo, y se encontró tan poderoso como antes, y tan esperanzado como siempre en lograr el trono papal.

Ahora se secaba la frente con un pañuelo perfumado. Esos habían sido momentos de gran peligro y esperaba no volver a pasarlos nunca; sin embargo, cada vez que los recordaba, sentía la satisfacción del hombre que ha descubierto que los momentos peligrosos no lo habían encontrado falto de astutos recursos.

Pío había sido en realidad un buen amigo, pero hubo momentos en que consideró necesario reprobalo.

“Nos han informado —le escribió Pío— que hubo danzas indecorosas, que no faltaron señuelos amorosos, y que te has conducido de una manera enteramente mundanal.”

Rodrigo movió la cabeza hacia atrás y sonrió, recordando el jardín perfumado de Giovanni de Bichis, los cálidos cuerpos de las mujeres que danzaban y sus miradas seductoras. Las había encontrado irresistibles, y ellas pensaban lo mismo de él.

La reprimenda de Pío no había sido seria. Comprendía que un hombre como Rodrigo debía tener sus amantes. Sólo quería decirle:

“Sí, sí, pero sin danzas en público con cortesanas, cardenal. El pueblo se queja, y eso trae desprestigio a la Iglesia.”

¡Qué descuidado había sido en esa época, tan seguro estaba de su habilidad para lograr su objetivo! Estaba decidido a extraer lo mejor de ambas formas de vida. La Iglesia constituía su carrera, por medio de la cual estaba decidido a trepar hasta el trono papal; pero era un hombre sensual, lleno de irreprimibles deseos carnales. En su vida habría siempre mujeres. No era una debilidad infrecuente; apenas se podía encontrar un sacerdote que tomara con seriedad su voto de celibato, y una persona ingeniosa de Roma había dicho que si todos los niños hubieran venido al mundo con las ropas de sus padres, todos habrían estado vestidos como curas o cardenales.

Todos comprendían; pero Rodrigo era tal vez más abiertamente promiscuo que la mayoría.

Luego había encontrado a Vannoza, y la había instalado en una hermosa casa, donde ahora tenían a sus hijos. No es que fuera fiel a Vannoza; nadie lo esperaba; pero había sido su favorita durante muchos años y Rodrigo adoraba a sus hijos. Y ahora estaba por llegar otro.

Era fastidioso esperar. Tenía cincuenta años y se sentía como un joven esposo de veinte, y si no hubiera sido por el temor de oír los llantos de dolor de Vannoza habría ido a sus habitaciones. Pero no hacía falta. Alguien había venido.

La pequeña criada de Vannoza estaba ante él, bonita y ruborizada. Aun en semejante ocasión, Rodrigo percibió sus encantos. Los recordaría.

La niña hizo una reverencia.

—Vuestra Eminencia... la criatura ha nacido.

Con la gracia y la agilidad de un hombre mucho más joven, Rodrigo se había acercado a ella y había colocado sus manos blancas y hermosas sobre los hombros de la niña.

—Hija mía, estás sin aliento. ¡Cómo late tu corazón!

—Sí, mi señor. Pero... la criatura ha nacido.

—Ven —dijo— iremos adonde está tu ama.

Rodrigo tomó la delantera. La pequeña, que lo seguía, advirtió de pronto que había olvidado decirle el sexo de la criatura, y que él había olvidado preguntárselo.

La criatura fue presentada al cardenal, que le tocó la frente y la bendijo.

Las mujeres retrocedieron: tenían un aspecto avergonzado, como si se debiera culparlas por el sexo de la criatura.

Era un hermoso bebé; sobre la frente le caía un suave mechón de pelo rubio, y Rodrigo creyó que Vannoza le había dado otra belleza dorada.

—Una —niña —dijo Vannozza, mirándolo desde la cama.

Rodrigo avanzó hacia ella, le tomó la mano y la besó.

—Una hermosa niña —dijo.

—Mi señor está decepcionado —dijo Vannozza con aspecto compungido—. Esperaba un varón.

Rodrigo rió con esa risa musical y profunda que hacía que la mayoría de quienes la escucharan lo amaran.

—¡Decepcionado! —dijo—. ¿Yo? —Luego miró a su alrededor, contemplando a las mujeres que se habían acercado, mientras sus ojos las escrutaban una por una, de una manera descuidada, especulativa—. ¿Decepcionado porque es del sexo femenino? Pero vosotras sabéis... todas vosotras... que yo amo a las mujeres con todo mi corazón, y que abrigo por ellas una ternura que negaría a mi propio sexo.

Las mujeres rieron y Vannozza rió con ellas: pero su aguda mirada observó a la pequeña doncella, que había adoptado una expresión expectante mientras los ojos de Rodrigo se posaban en ella.

Decidió que no bien volvieran a Roma esa niña sería despedida y que si Rodrigo la buscaba, lo haría en vano.

—Entonces, ¿mi señor está complacido con nuestra hija? —murmuró Vannozza, e hizo señas a las mujeres para que la dejaran sola con el cardenal.

—Creo verdaderamente —dijo Rodrigo— que incluso encontraré un lugar más suave en mi corazón para esta dulce niña que para esos alegres pillos que ahora viven en tu cuarto de niños. Le daremos por nombre Lucrecia, y cuando te recuperes, Madonna, volveremos a Roma.

Y de ese modo, en ese día de abril, nació en el castillo de los Borgia en Subiaco la niña cuyo nombre debía adquirir celebridad en todo el mundo: Lucrecia Borgia.

## LA PIAZZA PIZZO DI MERLO

¡Con cuánto placer volvió a Roma Vannozza! Durante los meses que siguieron al nacimiento de Lucrecia, fue la más feliz de las mujeres. Rodrigo visitaba las habitaciones de los niños con mayor frecuencia que nunca; en esa pequeña niña de cabellos de oro había un atractivo adicional.

Era un bebé encantador, de carácter muy suave, que reposaba alegremente en su cuna, regalando su hermosa sonrisa a quien se la pidiera.

Los niños se interesaban por ella. Se paraban a cada lado de la cuna e intentaban hacerla reír. César y Juan aprovechaban cualquier diferencia entre ellos para pelearse.

Vannozza reía con sus mujeres, escuchando sus disputas:

—Es mi hermana.

—No, es mi hermana.

Se les había explicado que era la hermana de ambos. César había contestado, con los ojos en llama:

—Pero es más mía que de Juan. Ella me quiere más que a Juan.

—Eso —le contestó la niñera— lo decidirá Lucrecia.

Juan miraba a su hermano con ojos ardientes de ira; sabía por qué César deseaba que Lucrecia lo quisiera más. César había aprendido que cuando el tío Rodrigo venía a visitarlos, era siempre Juan el que obtenía la mayor porción de los dulces, era siempre Juan quien era levantado entre sus fuertes brazos, besado y acariciado antes de que el espléndido tío Rodrigo se dirigiera a César.

En consecuencia, Cesar estaba decidido a que todos lo amaran más a él. Su madre lo prefería. También las niñeras decían lo mismo, pero tal vez fuera porque si no lo hacían él se vengaría de algún modo, y sabían que era más peligroso ofender a César que a Juan.

No bien Lucrecia pudiera demostrar sus preferencias, debía inclinarse hacia él. César estaba decidido a lograrlo. Por ese motivo se asomaba a su cuna aún más que Juan, extendiendo la mano para que esos pequeños dedos tomaran su pulgar.

—Lucrecia —susurraba—. Aquí está César, tu hermano. Lo quieres a él...

más que a nadie.

Ella lo miraba con sus grandes ojos azules, y entonces él le ordenaba:

—Ríe, Lucrecia. Ríe así.

Las mujeres se reunían alrededor de la cuna para mirar, pues, aunque pareciera extraño, Lucrecia obedecía invariablemente a César. Cuando Juan trataba de hacerla reír, César se colocaba detrás de su hermano y adoptaba expresiones tan demoníacas que Lucrecia lloraba en lugar de reír.

—Es ese demonio, César —comentaban las mujeres entre sí, pues aunque sólo tenía cinco años, no se atrevían a decirle nada a él.

Un día, seis meses después del nacimiento de Lucrecia, Vannozza estaba atendiendo sus viñedos y sus flores en el jardín. Tenía jardineros, pero era un trabajo que hacía con amor. Sus plantas eran hermosas y le complacía atenderlas ella misma, pues su jardín y su casa le eran casi tan queridos como su familia. Quién podía no sentirse orgulloso de una casa como ésa, con su fachada frente a la plaza y el cuarto luminoso que daba a la gran ventana, tan diferente de la mayor parte de los sombríos cuartos de otras casas romanas. Tenía también una cisterna de agua, lo cual era raro en aquella época.

Su criada —no la que había admirado Rodrigo, pues había dejado hacía mucho el servicio de Vannozza— acudió para decirle que acababa de llegar el cardenal, y con él, otro caballero, pero mientras la niña hablaba Rodrigo entró en el jardín, solo.

—Mi señor —exclamó Vannozza—, te pido disculpas por encontrarme así...

La sonrisa de Rodrigo era seductora.

—Estás encantadora —le dijo.

—¿No quieres entrar en la casa? He oído que has traído a un huésped. Las mujeres tendrían que haberte atendido mejor.

—Deseaba hablarte a solas... aquí, mientras trabajas entre tus flores.

Ella se sobresaltó. Sabía que Rodrigo tenía algo importante que decirle y sospechaba que prefería decírselo fuera de la casa, pues aun en casas bien ordenadas como la suya, los sirvientes tienen la costumbre de escuchar lo que no deben.

Un frío temor le nubló la mente mientras se preguntaba si Rodrigo había venido a decirle que ése era el fin de su relación. Tenía una aguda conciencia de sus treinta y ocho años. Conservaba bien su belleza, pero aun así, una mujer de esa edad que ha tenido varios hijos no podría competir con muchachas jóvenes: y difícilmente hubiera una muchacha que, aun si pudiera resistir el encanto del cardenal, podría desechar todo lo que un hombre tan influyente estaba en condiciones de dar a una amante.

—Mi señor —dijo débilmente—, tienes noticias para mí.

El cardenal elevó su rostro sereno hacia el ciclo y sonrió con su más hermosa sonrisa.

—Mi querida Vannozza —le dijo— como sabes, siento el más profundo respeto por ti.

Vannoza retuvo el aliento como horrorizada; parecía el comienzo de un despido.

—Vives aquí en esta casa con nuestros tres hijos. Es un hogar pequeño y feliz, pero algo falta: estos hijos no tienen un padre.

Vannoza deseaba arrojarse a sus pies, implorarle que no apartara su benevolente presencia de sus vidas. Si lo hiciera, estarían como muertos. Era lo mismo que tratar de vivir sin el sol. Pero sabía hasta qué punto le disgustaban a Rodrigo las escenas desagradables, y contestó con calma:

—Mis hijos tienen el mejor padre del mundo. Preferiría que no hubieran nacido nunca antes de que tuvieran otro.

—Dices cosas deliciosas... deliciosamente —dijo Rodrigo—. Estos son mis hijos, y los quiero profundamente. Nunca olvidaré el gran servicio que me has brindado al dármeles, mi tesoro.

—Mi señor...

Las lágrimas se habían agolpado en sus ojos y ella las secó, pero Rodrigo miraba hacia el cielo, tan decidido estaba a no verlas.

—No es bueno que vivas en esta casa, siendo una mujer hermosa y aún joven, con tus hijos a tu alrededor, y contando sólo con un tío de esos niños para que te visite.

—Mi señor, si te he ofendido de algún modo, te ruego que me digas con rapidez en qué ha consistido mi falta.

—No has cometido ninguna falta, mi querida Vannoza. Es sólo para hacerte la vida más fácil que he hecho estos planes. No quiero que nadie te señale y murmure: “Allí va Vannoza Cattanei, la mujer que tiene hijos y no tiene marido.” Por ese motivo he encontrado un esposo para ti.

—¡Un esposo! Pero, mi señor...

Rodrigo la silenció con una sonrisa llena de autoridad.

—Hay un bebé en esta casa, Vannoza, tiene seis meses. Por consiguiente, debes tener un esposo.

Era el fin. Vannoza lo sabía. No le habría proporcionado un esposo si no se hubiera cansado de ella.

Rodrigo leyó sus pensamientos. Pero no era enteramente cierto que se hubiera cansado de ella: siempre guardaría un cierto afecto por ella y continuaría visitando su casa, pero principalmente para ver a sus hijos; había mujeres más jóvenes con las cuales deseaba pasar sus ratos de ocio. Había algo de verdad en lo que le decía; consideraba prudente que se la conociera como una mujer casada, pues no estaba dispuesto a admitir que se dijera que sus hijos eran los hijos de una cortesana.

Agregó con rapidez:

—El deber de tu esposo será vivir en esta casa y aparecer contigo en público. Allí terminará todo, Vannoza.

—¿Qué quiere decir su señoría?

—¿Crees que yo podría pensar en otra cosa? Soy un amante celoso, Vannoza. ¿Aún no lo has aprendido?

—Sé que eres celoso cuando eres un amante, mi señor.

Apoyó su mano sobre su hombro.

—No temas, Vannozza. Tú y yo hemos estado juntos demasiado tiempo para separarnos ahora. Es sólo en bien de nuestros hijos que doy este paso. Y he elegido a un hombre tranquilo para que sea tu esposo. Es un buen hombre, de gran respetabilidad, y está dispuesto a ser el único tipo de esposo que puedo admitir para ti.

Ella tomó su mano y la besó.

—¿Y Su Eminencia vendrá a visitarnos de vez en cuando?

—Como siempre, mi querida. Como siempre. Ahora ven y te presentaré a Giorgio di Croce. Verás que es un hombre de buen carácter; no tendrás dificultad con una persona de esa naturaleza, te lo aseguro.

Ella lo siguió dentro de la casa, preguntándose qué incentivos habían sido ofrecidos a ese hombre para que aceptara casarse con ella. No era difícil adivinarlo. A duras penas podría haber en Roma un hombre que se negara a casarse con una mujer que el influyente cardenal hubiera seleccionado para él.

Vannozza se sentía incómoda. No le gustaba ser sometida a un trueque de esa naturaleza, como si fuera una esclava. Con seguridad, mantendría a Giorgio di Croce en su lugar.

En el cuarto de Vannozza, desde el cual se veía la plaza, Giorgio esperaba. Se levantó cuando entraron, y el cardenal hizo las presentaciones.

El hombre de buen carácter tomó las manos de Vannozza y las besó, ella lo estudió y vio en sus pálidos ojos un destello mientras él contemplaba sus encantos voluptuosos.

¿Lo observó el cardenal? En tal caso, no dio señales de advertirlo.

Desde el pórtico de la casa de su madre, Lucrecia contemplaba la plaza y observaba con calmo placer a la gente que pasaba. La ciudad de las siete colinas, que se extendía ante su vista, la fascinaba, y su entretenimiento favorito consistía en observar desde el pórtico a las personas que pasaban sobre el puente de San Angelo. Había cardenales montados en mulas blancas, cuyas bridas de plata relucían al sol, había damas y caballeros enmascarados, había literas con cortinas para que fuera imposible ver a sus ocupantes.

Los grandes ojos asombrados de Lucrecia hurgaban a través de las brechas de las paredes, mientras sus dedos regordetes tanteaban los pilares.

Tenía dos años, pero la vida con sus hermanos había hecho que aparentara más. Las mujeres que cuidaban a los niños la querían mucho porque, aunque era de aspecto parecido al de sus hermanos, era muy diferente en su carácter. Lucrecia poseía una naturaleza solar: cuando era reprendida por una falta escuchaba con gravedad y no guardaba resentimiento hacia quien la reprendía. No es de extrañar que en ese mundo

infantil que los dos muchachos hacían turbulento, Lucrecia fuera considerada como una bendición.

Era muy bonita, y las mujeres no se cansaban nunca de peinarla o adornar ese largo pelo de color amarillo-oro, que tan raras veces se veía en Roma. A los dos años, Lucrecia —que al igual que sus hermanos era precoz— tenía conciencia de sus encantos, pero los aceptaba con tranquilidad, del mismo modo que aceptaba la mayor parte de las cosas.

Hoy había silencio en la casa porque estaba por ocurrir algo importante, y Lucrecia había percibido los murmullos de asistentes y criadas, y la presencia de mujeres extrañas en la casa. Se refería a su madre, lo sabía, porque no se le había permitido verla durante todo un día. Lucrecia sonrió plácidamente mientras contemplaba la plaza. A su debido tiempo lo sabría todo, de tal modo que podía esperar hasta entonces.

Su hermano Juan llegó y se quedó a su lado. Tenía seis años y era un hermoso muchacho, de pelo castaño como el de su madre.

Lucrecia le sonrió y le extendió la mano; sus hermanos siempre eran afectuosos con ella y Lucrecia ya sabía que cada uno de ellos intentaba ser su favorito. Era suficientemente coqueta para disfrutar de la rivalidad que existía por su afecto.

—¿Qué miras, Lucrecia? —preguntó Juan.

—La gente —contestó ella—. ¡Mira a esa mujer gorda con la máscara!

Rieron juntos, porque la dama gorda se contoneaba como un pato, según dijo Juan.

—Nuestro tío llegará pronto —exclamó Juan—. Lo estás esperando, Lucrecia, ¿no es cierto?

Lucrecia asintió sonriendo. Era verdad que siempre esperaba al tío Rodrigo. Sus visitas eran los momentos culminantes de su vida. Era maravilloso sentirse acariciada entre esos fuertes brazos, verse alzada a la altura de ese rostro que reía, oler el vago perfume que se desprendía de sus hábitos, observar las joyas brillantes de sus blancas manos y saber que él la amaba. Era aún más maravilloso que ser tan amada por sus dos hermanos.

—Hoy vendrá, Lucrecia —dijo Juan—. Vendrá con seguridad. Espera un mensaje de nuestra madre.

Lucrecia escuchaba con atención; no siempre podía comprender a sus hermanos. Parecían olvidar que ella sólo tenía dos años, que Juan tenía seis y César siete, y que ambos parecían adultos, grandes e importantes.

—¿Sabes por qué, Lucrecia? —dijo Juan.

Cuando ella asintió con la cabeza, Juan rió, aferrándose a su secreto, deseoso de decirlo y a pesar de todo, reacio a hacerlo, porque demorar la revelación le gustaba mucho. De pronto dejó de sonreírle, y Lucrecia supo inmediatamente el motivo. César se encontraba tras él.

Lucrecia volvió a sonreírle, pero César miraba airadamente a Juan.

—No te corresponde a ti decirlo —dijo César.

—Me corresponde tanto a mí como a ti —replicó Juan.

—Soy el mayor. Yo lo diré —declaró César—. Lucrecia, no debes escucharlo.

Lucrecia meneó la cabeza y sonrió. No, ella no escucharía a Juan.

—Lo diré si quiero —gritó Juan—. Tengo tanto derecho como tú a hacerlo. Tengo más derecho porque lo pensé primero.

César había tomado a su hermano por los cabellos y lo estaba zamarreando. Juan le contestó con puntapiés. César le replicó con otros puntapiés; Juan aulló y los dos muchachos rodaron por el piso. Lucrecia los contempló con placidez, pues esas peleas eran bastante comunes en el cuarto de los niños y ella las observaba tranquilamente, contenta de que se pelearan por ella; era casi siempre la causa de esas disputas.

Juan aullaba por el dolor, mientras César gritaba, embargado por la cólera. Las sirvientas no se acercaban mientras peleaban: temían a los dos muchachos.

Juan, mantenido contra el piso por César, gritó:

—Lucrecia.... nuestra madre está....

Pero no pudo decir más porque César colocó la mano sobre la boca de su hermano. Sus ojos se habían oscurecido por la ira y su rostro había adquirido un tinte escarlata.

—Yo te lo diré. Me corresponde a mí decírtelo. Nuestra madre está por tener un bebé, Lucrecia.

Lucrecia los miró fijamente, con los ojos muy abiertos y la boca suave e infantil, abierta. César, al ver su asombro, se aplacó. Ella lo miraba como si él fuera responsable de ese acontecimiento tan extraño. Eso lo hacía sentir poderoso, como había ocurrido siempre desde que ella era un bebé y él se inclinaba sobre su cuna, contemplando cómo los pequeños dedos de Lucrecia se aferraban a su pulgar.

Soltó a Juan y ambos muchachos se levantaron. La pelea había terminado; era una de las tantas que se producían todos los días en el cuarto de niños. Ahora estaban preparados para hablar a su hermanita del nuevo bebé, a pavonearse ante ella y a jactarse de todo lo que sabían con respecto a los grandes acontecimientos que se producían fuera de su cuarto de niños.

Vannozza estaba en la cama, esperando que el cardenal la visitara. Esta vez era un varón, pero ella se sentía incómoda.

Tenía buenos motivos para estarlo.

El cardenal había continuado sus visitas durante los dos años transcurridos desde su matrimonio, pero esas visitas habían sido menos frecuentes y ella había oído muchas murmuraciones acerca de las encantadoras jóvenes en quienes el cardenal estaba interesado.

Giorgio era un buen hombre, un hombre suave, tal como lo había afirmado el cardenal; pero aun los hombres más suaves son hombres, y

Vannoza tenía un encanto voluptuoso e irresistible. En las largas tardes de verano —las tardes frescas eran la mejor parte del día— cuando almorzaban en el hermoso viñedo de Lucrecia en la Suburra, mientras charlaban, se sentían somnolientos y después regresaban a la casa, cada uno estimulado por la presencia del otro.

Después de todo, estaban casados, y las visitas de Rodrigo eran infrecuentes.

Desde luego, era de esperar, aunque se había establecido que Giorgio compartiría tan sólo los cuartos públicos de la casa de Vannoza.

¿Podía Rodrigo censurarla? Ella no lo creía. Pero si flotara la duda de que el niño no era suyo, podría sentirse menos inclinado a hacer por él lo que planeaba hacer por los otros.

Cuando una de las asistentes sostuvo el niño entre sus brazos, un bebé de pocas horas, ¿de qué manera podía Vannoza no pensar durante un breve tiempo que ese niño era más precioso para ella que cualquier otra cosa en la tierra? César tendría siempre el primer lugar en su afecto; pero en ese momento, mientras yacía agotada en la cama, el pequeño recién llegado, su Goffredo, el más desamparado de sus hijos, debía tener exactamente las mismas oportunidades que sus hermanos.

Parecía exactamente igual a los otros: en realidad, podía pensarse que era la pequeña Lucrecia la que estaba en sus brazos, un bebé de pocas horas; y no había ninguna duda acerca de quién era su padre. Goffredo podía ser hijo de Rodrigo. Con ese amante y con un marido viviendo bajo su propio techo, aun Vannoza no podía estar segura. Pero debía hacer todo lo que estaba a su alcance para que el cardenal tuviera la seguridad de ser el padre del niño.

Ahora se estaba acercando a su cama. Las mujeres retrocedieron con reverencia mientras él se acercaba.

—¡Vannoza, mi querida!

Su voz sonaba tan tierna como siempre, pero Rodrigo raras veces demostraba cólera, y Vannoza no podía saber cuáles eran sus sentimientos hacia el niño.

—Un muchacho, esta vez, mi señor. Es muy parecido a Lucrecia... y me parece ver a Su Eminencia en ese niño todos los días.

Una mano blanca y fuerte, reluciente por las joyas, rozó la mejilla del bebé. Era un gesto tierno y paternal, y el ánimo de Vannoza se aquietó.

Levantó al niño y lo ofreció al cardenal, que lo recibió de ella; Vannoza observó que el rostro de Rodrigo se suavizaba, adquiriendo una expresión de orgullo y alegría. No había que sorprenderse, pensó ella, que muchos amaran a Rodrigo: su amor por las mujeres y los niños hacía que estuvieran ansiosos por complacerlo y servirlo.

El cardenal recorrió la habitación con el niño, y en sus ojos había una expresión ausente, como si estuviera oteando el futuro. Eso significaba con seguridad que estaba haciendo planes para el niño recién nacido. En consecuencia, no abrigaba sospechas. Debía haberse comparado con Giorgio,

preguntándose cómo podría cualquier mujer fijarse en el pequeño empleado apostólico, al compararlo con el encantador y poderoso cardenal.

Rodrigo le devolvió al bebé y se mantuvo por un cierto tiempo a su lado, sonriéndole con benignidad.

Luego dijo con malicia.

—Giorgio, ¿está contento?

Hubo un período en la vida de Lucrecia que ella recordó hasta el día de su muerte. Sólo tenía cuatro años, pero ese recuerdo era tan vívido que se imprimió para siempre en su mente. Fue el comienzo del cambio.

Antes de esa época había vivido la vida del cuarto de niños, segura del amor de su madre, esperando las visitas del tío Rodrigo, complaciéndose por las batallas que libraban sus hermanos para ganar su afecto. Había sido un mundo pequeño y placentero. Todos los días tomaba posición en el pórtico y observaba el mundo colorido que pasaba a su alrededor, pero todo lo que ocurría más allá de la casa de su madre le parecía un simple cuadro que ella debía observar con placer; todo lo que ocurría del otro lado del pórtico tenía un aire de irrealidad, y Lucrecia se sentía segura en su mundo íntimo de amor y admiración.

Ella sabía que era hermosa y nadie podía dejar de advertirlo, a causa de sus cabellos rubios y sus ojos grises azulados; sus párpados y sus cejas eran oscuros, herencia de sus antepasados españoles, según se decía; y era esta combinación la que resultaba tan atrayente, en parte porque era poco común. Tenía el aspecto llamativo de quien sólo en parte es de origen italiano, y en parte es también español. También sus hermanos poseían ese encanto.

Las criadas que atendían a los niños no podían evitar abrazarla, acariciarle las mejillas o su hermoso pelo.

—Pequeña Madonna querida —murmuraban, y hablaban de esos encantadores *occhi bianchi* que iban a convertir a su pequeña Madonna en una seductora.

Lucrecia gozaba de su afecto: se acurrucaba a su lado, dándoles amor a cambio de amor, y encaraba su carrera de seductora con el mayor placer.

Hasta esa época la pequeña Lucrecia creía que el mundo había sido hecho para su placer —sus hermanos sentían lo mismo con respecto a sí mismos— pero como por naturaleza Lucrecia era serena, fácil de conformar y sólo podía sentirse complacida cuando complacía a los demás, su carácter era muy diferente del de sus hermanos. Las jóvenes vidas de César y Juan se veían ensombrecidas por sus celos recíprocos; Lucrecia no conocía esos celos. Era la reina del cuarto de niños, segura del amor de todos.

Y de este modo, hasta su cuarto cumpleaños la pequeña permaneció encerrada en su mundo feliz que la envolvía como un confortable capullo.

Pero con su cuarto cumpleaños llegaron las primeras señales de que la

vida era menos simple de lo que ella creía y de que no continuaría para siempre por los mismos cauces placenteros.

Al comienzo Lucrecia observó la excitación que reinaba en las calles. Había muchas idas y venidas por el puente. Todos los días llegaban a Roma grandes cardenales sobre sus mulas, llevando sus escoltas. La gente formaba pequeños grupos; algunos hablaban con tranquilidad, otros gesticulaban en forma colérica.

Lucrecia había esperado todo el día una visita del tío Rodrigo, pero el cardenal no vino.

Cuando César entró al cuarto de niños ella corrió hacia él y le tomó las manos, pero hasta César había cambiado; no parecía tan interesado en ella como antes. Su hermano se dirigió al pórtico y ella lo siguió pacientemente, quedándose a su lado como un pequeño paje, humilde, atenta a hacer lo que lo complacía, del mismo modo que antes él lo había hecho con ella; pero César nada dijo, sino que se mantuvo tranquilo, observando a la muchedumbre en las calles.

—El tío Rodrigo no ha venido a vernos —dijo ella melancólicamente.

César sacudió la cabeza.

—No vendrá, hermanita. No hoy.

—¿Está enfermo?

César sonrió lentamente. Tenía los puños cerrados, según lo pudo advertir ella, y su rostro se puso tenso, como ocurría con tanta frecuencia cuando estaba enojado o decidido a hacer algo.

Lucrecia se paró sobre el escalón superior, lo cual le permitía estar a la altura de los hombros de su hermano, y acercó su rostro al de él para poder estudiar su expresión.

—César —le dijo—, ¿estás enojado con el tío Rodrigo?

César le tomó el cuello entre sus fuertes manos; dolía un poco, pero a ella le gustaba porque sabía lo que quería decir: “Mira qué fuerte soy. Mira cómo te podría lastimar, pequeña Lucrecia, si lo quisiera; pero no lo quiero, porque eres mi hermanita y te amo porque tú me amas... más que a cualquiera en el mundo... más que a nuestra madre, más que al tío Rodrigo, más, seguramente más que a Juan.”

Y cuando ella chillaba y le mostraba con la expresión de su rostro que la estaba lastimando —sólo un poco— eso significaba: “Sí, César, hermano. Sí, te amo más que a cualquiera en el mundo.” Y él comprendía, y sus dedos se volvían gentiles.

—Nadie está enojado con el tío Rodrigo —le dijo César—. Eso sería alocado y yo no estoy loco.

—No, César, no estás loco. Pero ¿estás enojado con alguien?

Meneó la cabeza.

—No. Estoy contento, hermanita.

—Dime por qué.

—Eres sólo una criatura. ¿Cómo podrías saber lo que está ocurriendo en

Roma?

—¿Lo sabe Juan?

Lucrecia, a los cuatro años, era capaz de una aguda diplomacia. Tenía bajos los preciosos ojos azules, no deseaba ver la cólera de César; al igual que Rodrigo, se alejaba de todo lo que era desagradable.

La treta tuvo éxito.

—Te lo diré —dijo César.

Desde luego, pensaba decirlo. No permitiría que Juan le diera algo que él le hubiera negado.

—El Papa, que como sabes es Sixto IV, está muriendo. Ese es el motivo por el cual están tan excitados; por eso el tío Rodrigo no ha venido a vernos. Tiene mucho que hacer. Cuando muere el Papa hay un cónclave y en ese momento, hermanita, los cardenales eligen un nuevo pontífice.

—El tío Rodrigo está eligiendo, por eso no puede venir a vernos —dijo ella.

César le sonrió. Se sentía importante, lleno de sabiduría, nadie lo hacía sentir tan sabio o importante como su hermanita; por eso la quería tanto.

—Desearía que hiciera su elección con rapidez y que viniera a vernos —agregó Lucrecia—. Pediré a los santos que elijan a un nuevo Papa en forma rápida... para que pueda venir a vernos.

—No, pequeña Lucrecia. No pidas eso. Pide que el nuevo Papa sea nuestro tío Rodrigo.

César rió, y ella rió con él. Había tantas cosas que no podía comprender; pero a pesar de las amenazadoras novedades, a pesar de las muchedumbres que se reunían y a pesar de la ausencia del tío Rodrigo, era hermoso estar en el pórtico, colgada del jubón de César, observando la agitación que reinaba en la plaza.

Rodrigo no fue elegido.

La agitación, que los niños observaban, persistía en toda la ciudad. El escenario se había modificado. Lucrecia escuchó el ruido de la batalla que se desarrollaba en las calles y Vannoza, presa del terror, hizo colocar barricadas alrededor de la casa. Aún César no sabía exactamente lo que estaba ocurriendo, aunque tanto él como Juan, que se paseaban por el cuarto de niños pavoneándose, no lo admitían. El tío Rodrigo visitó la casa brevemente, tan sólo para asegurarse que los niños tenían toda la seguridad que él les podía proporcionar. Ahora sus visitas eran meramente para ver a los niños; desde el nacimiento del pequeño Goffredo, había dejado de considerar a Vannoza como su amante, y ahora había otro bebé, Ottaviano, a quien Vannoza no pretendía hacer pasar como su hijo. En cuanto al pequeño Goffredo, Rodrigo estaba encantado con el niño; estaba resultando tan hermoso como sus hermanos mayores y su hermana. Rodrigo, que necesitaba

hijos y que se rendía ante los niños hermosos, tendía a acordar a Goffredo el beneficio de la duda, y en esa época la atención que prestaba a los otros era compartida por el muchachito. El pequeño Ottaviano era un extraño, ignorado por Rodrigo, aunque profundamente amado por Vannoza y Giorgio.

Pero durante esas semanas hubo poco tiempo para lamentar la ausencia de Rodrigo; los niños sólo podían observar con asombro lo que ocurría en el cambiante escenario de la plaza.

Inocencio VIII había ascendido al papado y había permitido al cardenal della Rovere, sobrino del difunto Sixto, que lo persuadiera a entablar hostilidades contra Nápoles. Los poderosos Orsini, que dominaban a Roma junto con los Colonna, eran amigos y aliados de los napolitanos, y esto les dio el pretexto que necesitaban para levantarse contra la ciudad. Pusieron a Roma casi en estado de sitio, y sus viejos enemigos, los Colonna, no perdieron tiempo para entablar batalla contra ellos. Por este motivo las calles de Roma, durante el período que siguió a la muerte de Sixto y la elección de Inocencio, se convirtieron en el escenario de muchas terribles batallas.

Los niños —César, Juan y Lucrecia— observando por detrás de las barricadas contemplaron extrañas escenas en la ciudad de Roma. Vieron a los feroces Orsini bajando en masa del Monte Giordano para atacar a los Colonna, igualmente feroces y sanguinarios. Miraron a los hombres que se despedazaban en la plaza, ante sus propios ojos; vieron la forma en que los lascivos soldados trataban a las muchachas y a las mujeres; olieron los repelentes olores de la guerra, de los edificios quemados, de la sangre y el sudor; escucharon los gritos de las víctimas y las exclamaciones triunfales de los invasores.

La muerte era común; también lo era la tortura.

La pequeña Lucrecia, de cuatro años, contemplaba esas escenas al principio con estupor y luego casi con indiferencia. César y Juan miraban con Lucrecia, y ella seguía su ejemplo.

La tortura, la violación, el asesinato, todo formaba parte del mundo situado fuera del cuarto de niños. A los cuatro años los niños aceptan sin sorpresa lo que desfila diariamente ante sus ojos, y Lucrecia debía recordar esta época de su vida no como una época de horror, sino de cambio.

Los combates amainaron, la vida volvió a la normalidad y pasaron dos años antes de que hubiera otro cambio, esta vez más importante, para Lucrecia. Un cambio que marcó el comienzo del fin de su infancia. Tenía casi seis años precoces. César tenía once y Juan, diez. Lucrecia había sido en tal medida compañera de sus hermanos que había aprendido más de lo que saben la mayoría de los niños a esa edad. Se mantenía tan serena como de costumbre, tal vez un poco más ansiosa de provocar esa rivalidad entre sus hermanos, comprendiendo más que nunca qué poder le daba eso y sabiendo

que, mientras cada uno tratara de ser su favorito, ella podría ser la más poderosa en el cuarto de los niños.

Estaba serena, desde luego, porque era inteligente; había llegado a tener poder gracias a la rivalidad de sus hermanos y lo único que necesitaba hacer era conceder el premio: su afecto.

Continuaba siendo la niña querida de ese mundo infantil. Las criadas podían estar seguras de que no habría berrinches con Lucrecia; era gentil con el pequeño Goffredo, a quien sus hermanos apenas se dignaban mirar a causa de su juventud, y era igualmente amable con el pequeño Ottaviano, a quien sus hermanos no prestaban ninguna atención. Sabían algo acerca de Ottaviano que hacía que lo despreciaran, pero Lucrecia se compadecía del niño, por lo cual era particularmente amable con él.

Lucrecia disfrutaba de su vida; era divertido poner a un hermano contra otro, sonsacar sus secretos, utilizar su rivalidad. Le gustaba caminar por los jardines con los brazos echados sobre Juan, en una actitud especialmente tierna cuando sabía que César podía verla desde la casa. La hacía sentir cálida y cómoda ser amada hasta tal punto por dos hermanos tan maravillosos.

Cuando venía el tío Rodrigo le gustaba trepar sobre él hasta mirar derecho a su cara, adelantando el dedito para tocar la nariz, que parecía gigantesca, acariciar la pesada papada, hundir su rostro en sus hábitos perfumados y decirle que su olor le recordaba el de los jardines de flores de su madre.

El tío Rodrigo los quería mucho a todos, y a menudo llegaba con regalos; los mantenía de pie a su alrededor mientras se sentaba en la silla ceremonial que Vannoza le reservaba, y los miraba a todos uno por uno, sus hijos bien amados a quienes, según decía, quería más que cualquier otra cosa en la tierra, sus ojos se posaban con el mayor afecto en Juan. Lucrecia lo sabía, y a veces, cuando observaba la expresión sombría que eso producía en la cara de César, corría hacia el tío Rodrigo y se arrojaba hacia él para desviar su atención de Juan hacia ella.

A menudo tenía éxito, pues cuando los largos dedos del tío Rodrigo acariciaban su pelo dorado, cuando sus labios tocaban las suaves mejillas de la niña, había una ternura especial, que sólo le podía brindar a ella. La estrechaba más fuertemente contra sí y la besaba con mayor frecuencia.

—Mi encantadora pequeña —murmuraba—, mi amorcito.

Luego dejaba de observar a Juan con tanto cariño y eso complacía a César, a quien no le preocupaba que tío Rodrigo amara a Lucrecia. Era sólo Juan quien despertaba sus celos.

Luego aparecía Vannoza en la puerta, llevando al pequeño Goffredo de la mano y empujándolo hacia adelante; y Goffredo se soltaba de la madre y acudía gritando de placer:

—Tío Rodrigo, Goffredo está aquí.

Llevaba su túnica azul, que lo hacía parecer tan hermoso como un ángel pintado en uno de los cuadros que su madre amaba; y el tío Rodrigo vacilaba

—o daba muestras de vacilar— durante un segundo antes de alzar al hermoso muchachito. Pero sólo cuando Vannozza se había ido lo llenaba de besos, lo colocaba sobre sus rodillas y lo dejaba sacar regalos de los bolsillos de sus hábitos, mientras lo llamaba “mi pequeño Goffredo”.

Ottaviano no venía nunca. Pobre Ottaviano, el extraño; era pálido y delicado, y tosía mucho. Era muy parecido a Giorgio, que era amable pero que debía ser ignorado, según lo había ordenado César, pues nada tenía que ver con ellos.

Pero fue a causa de Ottaviano y Giorgio, aquéllos que eran considerados insignificantes por los tres niños, que se produjo un cambio en sus vidas.

La salud de ambos decayó. El tiempo se puso sofocante y se decía que había una peste en el aire. Giorgio se puso cada vez más pálido y más delgado, hasta que debió permanecer en cama y toda la casa quedó en silencio.

Vannozza lloró mucho, pues había terminado por amar a su tierno marido, y cuando murió, ella se sintió muy triste. Poco tiempo después el pequeño Ottaviano, atacado por el mismo mal que su padre, se puso en cama y murió. De este modo, en pocos meses el hogar perdió a dos de sus miembros.

Lucrecia lloró al ver a su madre infeliz. También extrañaba al pequeño Ottaviano: había sido uno de sus más fieles admiradores.

César la encontró llorando y le preguntó el motivo.

—Ya lo sabes —dijo ella, con sus ojos azules muy abiertos y asombrados—. Nuestro padre ha muerto y nuestro hermanito está con él. Nuestra madre está triste y también lo estoy yo.

César hizo chasquidos con los dedos, coléricamente.

—No debes llorar por ellos —dijo—. No son nada para nosotros.

Lucrecia meneó la cabeza, y esta vez no pudo estar de acuerdo con él. Los había querido a ambos; encontraba fácil querer a la gente. Giorgio había sido muy gentil con ella, Ottaviano había sido su hermanito querido, de tal modo que insistió en llorar aunque César se lo prohibiera.

Pero no se debía contrariar a César. Ella vio que la miraba con una expresión sombría y encolerizada.

—Lucrecia, no llorarás por ellos —insistió—. No lo harás, te lo digo yo. Seca tus ojos. Mira: aquí hay un pañuelo. Sécalos y sonríe. ¡Sonríe!

Pero no era posible sonreír con toda esa pena. Lucrecia lo intentó pero recordó la amabilidad de Giorgio y las veces que la había llevado sobre los hombros con un aspecto complacido, mientras la gente admiraba su pelo rubio; recordaba que el pequeño Ottaviano acostumbraba acercarse a ella y deslizar su manito en la suya; recordaba cómo Ottaviano acostumbraba a balbucear su nombre. No podía sonreír, porque no le era posible olvidar que nunca vería de nuevo a Giorgio y Ottaviano.

César parecía encontrar difícil respirar, lo cual significaba que estaba muy enfadado. La tomó por el cuello y esta vez había más cólera que ternura en el gesto.

—Ya es hora de que sepas la verdad —dijo—. ¿No te has preguntado quién es nuestro padre?

Ella no había pensado en que tenía un padre hasta que Giorgio entró en la casa y luego, como Vannozza lo llamaba esposo, había pensado en él como un padre, pero en el fondo sabía que Giorgio no lo era; por tal motivo se mantuvo silenciosa, esperando que César soltara su presa sobre su cuello, permitiendo que la ternura volviera a sus dedos.

César había acercado su rostro al de ella; cuchicheó:

—Rodrigo, el cardenal Borgia, no es nuestro tío, tontita, es nuestro padre.

—¿El tío Rodrigo? —dijo ella lentamente.

—Con seguridad, loquita. —Ahora la asía tiernamente. Rozó con los labios sus frías mejillas y le dio uno de esos largos besos que la perturbaban—. ¿Por qué viene tan a menudo? ¿Por qué nos quiere tanto? Porque es nuestro padre. Es hora de que lo sepas. Ahora comprenderás que no vale la pena llorar por gente como Giorgio y Ottaviano. ¿Lo entiendes ahora, Lucrecia?

Sus ojos se ensombrecieron de nuevo, tal vez no con rabia sino con orgullo, porque el tío Rodrigo era su padre, y era un gran cardenal que —debían rogarlo cada día, cada noche— un día podía ser Papa y convertirse en el hombre más poderoso de Roma.

—Sí, César —dijo ella, pues temía a César cuando asumía esa expresión.

Pero cuando quedó sola fue a un rincón y continuó llorando por Giorgio y Ottaviano.

Pero incluso César descubrió que la muerte de aquéllos a quienes había considerado insignificantes podía causar grandes cambios en su vida.

Rodrigo, siempre solícito por el bienestar de su ex amante, decidió que, al haber perdido a su esposo, se debía proporcionarle otro; en consecuencia, concertó un matrimonio para ella con un cierto Carlo Canale. Era un buen pretendiente para Vannozza, pues Carlo era el chambelán del cardenal Francesco Gonzaga, y hombre de cierta cultura; había alentado al poeta Angelo Poliziano a escribir *Orfeo*, y se había distinguido trabajando entre los humanistas de Mantua. Se trataba de un hombre que podía ser útil a Rodrigo, y Canale era suficientemente sensato para saber que a través de Rodrigo podría adquirir las riquezas que hasta entonces no había sido capaz de acumular.

El notario de Rodrigo preparó los contratos matrimoniales y Vannozza se dispuso a establecerse con su nuevo esposo.

Pero así como había ganado a un esposo, debía perder a sus tres hijos mayores. Aceptó esta situación con filosofía, porque sabía que Rodrigo no podía permitir que sus hijos permanecieran en su casa después de su niñez; el hogar comparativamente humilde de una matrona romana no representaba el

ambiente correcto para quienes tenían ante sí un brillante destino.

De este modo se produjo el mayor de todos los cambios en la vida de Lucrecia.

Juan debía ir a España, donde se reuniría con su hermano mayor Pedro Luis, y donde su padre había dispuesto que se le concedieran honores; y esos honores debían ser tan grandes como los que se habían otorgado a Pedro Luis.

César debía permanecer en Roma. Luego se lo prepararía para un obispado español, y con tal fin debía estudiar ley canónica en las universidades de Perugia y Pisa. Mientras tanto, quedaría con Lucrecia, pero pronto abandonarían la casa de su madre y se establecerían en la residencia de una compatriota de su padre; a partir de entonces, serían educados como correspondía a los hijos de tal padre.

Fue un golpe abrumador para Lucrecia. Todo lo que había sido su hogar durante seis años ya no lo sería. El golpe fue rápido y repentino. El único que se regocijaba en esa casa sobre la Piazza Pizzo di Merlo era Juan, que se pavoneaba por el cuarto de niños, blandiendo una espada imaginaria, inclinándose con reverencia burlona ante César, a quien llamaba “mi señor obispo”. Juan, embriagado por la excitación, hablaba continuamente de España.

Lucrecia observaba a César, que tenía los brazos cruzados en el pecho, la cara blanca por una cólera que no quería demostrar. César no se enfureció, no gritó que mataría a Juan; por una vez, César había sido batido.

Habían llegado al primer cambio importante de su vida, y todos tuvieron que aceptar que aunque les gustara pavonearse en el cuarto de niños, no tenían otra alternativa que obedecer las órdenes.

Sólo una vez, estando solo con Lucrecia, César gritó, mientras hundía sus puños en sus muslos con tanta violencia que Lucrecia estaba segura de que se estaba haciendo daño.

—¿Por qué debe él ir a España? ¿Por qué debo yo entrar en la Iglesia? Yo quiero ir a España. Quiero ser un duque y un soldado. ¿Crees que no soy más apto para conquistar y mandar más que él? Nuestro padre lo quiere más que a mí; Juan lo ha engatusado y lo ha convencido. No lo toleraré.

Luego tomó a Lucrecia por los hombros, y sus ojos ardientes la asustaron.

—Te juro, hermanita, que no descansaré hasta que me libere... me libere de la voluntad de mi padre... me libere de la voluntad de cualquiera que trate de refrenarme.

Lucrecia sólo pudo murmurar:

—Serás libre, César. Siempre harás lo que quieras hacer.

Luego él rió súbitamente y le dio uno de esos fortísimos abrazos que ella conocía tan bien.

Sentía ansiedad por César, y eso significaba que no se preocupaba por su propio futuro como habría podido hacerlo en otro caso.

## MONTE GIORDANO

Adriana, de la familia de Mila, era una mujer muy ambiciosa. Su padre, un sobrino de Calixto III, había venido a Italia cuando su tío había sido nombrado Papa, pues parecía que bajo tal influencia, benigna y poderosa, podía haber un gran futuro para él. En consecuencia, Adriana estaba vinculada a Rodrigo Borgia, quien sentía gran estima por ella, pues era una mujer no sólo hermosa sino también inteligente. Fue por estas cualidades que se había casado con Ludovico, de la noble casa de Orsini, una de las familias más poderosas de Italia. Adriana tenía un hijo, cuyo nombre era Orsino; este muchacho era enfermizo y bizzo, por lo tanto, bastante poco atractivo, pero a causa de su posición como heredero de una gran fortuna, Adriana esperaba concertar un brillante matrimonio para él.

Los Orsini tenían muchos palacios en Roma, pero Adriana y su familia vivían en el de Monte Giordano, cerca del puente de San Angelo. Y fue a este palacio donde Lucrecia y César fueron llevados cuando dijeron adiós a sus hermanos y a su madre.

Aquí la vida era muy distinta de lo que había sido en la casa de la Piazza Pizzo di Merlo. Con Vannozza había una alegría despreocupada, y los niños disfrutaban de una gran libertad. Se les permitía vagar por los viñedos o hacer viajes por el río; a menudo visitaban el Campo di Fiore, donde sentían gran placer en mezclarse con toda clase de gente. César y Lucrecia comprendieron que la vida había cambiado, sin duda alguna.

Adriana inspiraba respeto. Era una hermosa mujer, pero vestía siempre de negro ceremonial, e insistía constantemente en que no se debía olvidar que ésa era una casa española, aunque se encontraba en el corazón de Italia. Con sus grandes torres y sus almenas, que dominaban el Tíber, el palacio era deprimente: sus gruesas paredes alejaban la luz del sol y la alegría de la Roma que los niños habían conocido y amado. Adriana no reía nunca como lo hacía Vannozza, y en su aspecto no había nada cálido ni amable.

En el palacio muchos sacerdotes vivían con ella, había rezos constantes y, en consecuencia, en los primeros años transcurridos en el palacio de los Orsini, Lucrecia creyó que su madre adoptiva era una mujer muy virtuosa.

César despotricaba contra la disciplina, pero incluso él no podía hacer nada, se veía deprimido por el melancólico palacio y los continuos rezos. Tenía la sensación de que esa mansión era una prisión en que él y Lucrecia habían sido encarcelados, mientras se había permitido que Juan fuera con pompa y esplendor a España para encontrar la gloria.

César cavilaba en silencio. No tenía accesos de cólera como en la casa de su madre; estaba malhumorado y a veces su cólera sombría asustaba a Lucrecia. Entonces ella se aferraba a él y le rogaba que no estuviera triste; lo cubría de besos y le gritaba que lo quería por encima de todos... más que a cualquier otro en el mundo, que lo amaría hoy, al otro día y siempre.

Aun esta declaración no lograba apaciguarlo, y permanecía pensativo e infeliz, pero a veces se volvía hacia ella y le daba uno de esos intensos besos que la lastimaban y la excitaban. Luego decía:

—Tú y yo estamos juntos, hermanita. Nos amaremos siempre, el uno al otro... más que a cualquier otro en el mundo... más que a cualquier otro en todo el mundo. Júramelo.

Ella lo juraba. A veces se acostaban juntos. Ella iba a la cama de él para reconfortarlo, o él venía a la suya para encontrar consuelo. Entonces hablaba de Juan y de cuán injusta era la vida. ¿Por qué su padre amaba a Juan? Eso es lo que se preguntaba César. ¿Por qué no había sido elegido César para ir a España? César nunca entraría en la Iglesia. Odiaba la Iglesia, la odiaba... la odiaba.

Su vehemencia la atemorizaba. Hacía la señal de la cruz y le recordaba que traía mala suerte hablar así contra la Iglesia. Los santos, o tal vez el Espíritu Santo, podrían encolerizarse y venir a castigarlo. Lucrecia estaba asustada, pero lo decía para darle la oportunidad de reconfortarla, para recordarle que era el gran César, que no temía a nadie, y que ella era la pequeña Lucrecia, la que debía ser protegida.

A veces ella le hacía olvidar su cólera contra Juan. A veces reían juntos y recordaban cuánto se divertían en sus correrías al Campo di Fiore. Luego juraban que, cualquiera fuera su suerte, siempre se amarían más que a cualquier otro en el mundo.

Pero durante esos primeros meses los niños sintieron que eran prisioneros.

Rodrigo los visitaba en Monte Giordano.

En los primeros días César le pidió permiso para regresar a su casa, pero Rodrigo, por más que era un padre cariñoso, podía ser firme cuando estimaba que estaba actuando en bien de sus hijos.

—Mis pequeñuelos —les decía—, ustedes han corrido como locos en la casa de su madre. Pero correr alocadamente es bueno para los niños pequeños, no para los que han crecido. No corresponde que ustedes pasen su tiempo en esa humilde casa. Los espera a ambos un gran futuro.

Y César sabía que cuando la cara de su padre adquiría esa expresión no había nada que hacer. Debía obedecer.

—Muy pronto —dijo Rodrigo a César— dejarás esta casa. Irás a la universidad. Allí tendrás gran libertad, hijo mío, pero primero quiero que sepas actuar como un noble, y aunque aquí se practica una disciplina que nunca encontraste antes, es necesario aceptarla, para ser digno de lo que llegarás a ser. Ten paciencia. Es por poco tiempo.

Y César se aplacó.

El jefe de la casa de los Orsini era Virginio, uno de los grandes soldados de Italia, y cuando estaba en Monte Giordano el palacio parecía un campamento militar. Virginio daba órdenes a los gritos, y los sirvientes, hombres y mujeres, se escabullían a un lado y otro, temiendo provocar el desagrado del gran comandante.

Aunque parezca extraño, César, que tanto deseaba ser soldado, no objetaba ese mando severo, y por primera vez en su vida, Lucrecia vio a su hermano dispuesto a inclinarse ante la voluntad de otro. César se desplazaba detrás de Virginio, erguido como un soldado, y Virginio lo observaba a menudo y hacía todo lo que podía para ocultar la sonrisa de aprobación que se dibujaba en sus labios. Miraba a César, desnudo hasta la cintura, aprendiendo a luchar con algunos de los mejores maestros en toda Italia; el muchacho causaba buena impresión.

—¡Ese muchacho para la Iglesia! —decía Virginio a Adriana y a Ludovico, su esposo—. Está hecho para una carrera militar.

Adriana le contestó.

—Mi querido Virginio, las carreras de la Iglesia son más beneficiosas para un hombre que la carrera militar.

—Es una tragedia convertirlo en un prelado. ¿En qué piensa Rodrigo Borgia?

—En su futuro... y en el futuro de los Borgia. Ese muchacho está destinado a ser Papa, te lo aseguro. Por lo menos es lo que planea Rodrigo Borgia.

Virginio soltó palabrotas de soldado y le asignó al muchacho tareas más arduas, le gritó, lo toreó y César no puso objeciones. Soñaba con ser un gran soldado. Virginio aprobaba sus sueños y llegó hasta desear que el muchacho fuera su hijo.

Ese año resultó tolerable para César y, por ser ésa la naturaleza de Lucrecia, al ver a su hermano reconciliado con su suerte también se sintió conforme con la suya.

Pero al fin del año César dejó el palacio de los Orsini, ausentándose hacia Perugia, y Lucrecia lloró amargamente en su soledad. Luego comenzó súbitamente a comprender que al estar César ausente disfrutaba de cierta libertad, de cierta falta de tensión. Comprobó que podía comenzar a pensar en lo que le ocurría, sin tener en cuenta a César.

Lucrecia estaba creciendo y no se debía descuidar su educación religiosa, pues eso formaba la base de la educación de todas las muchachas italianas de noble cuna. En su mayoría iban a conventos, pero Rodrigo había prestado mucha atención, ansiosamente, a este tema, pues no siempre el comportamiento en los conventos se hallaba más allá de cualquier reproche, y estaba decidido a proteger a su Lucrecia. Es verdad que los Colonna enviaban a sus hijas a San Silvestro in Cápite, y Rodrigo creía que los conventos de Santa María Nuova y San Sisto eran igualmente respetables, de tal modo que decidió que debía ser a San Sisto, sobre la vía Appia, donde Lucrecia iría para su instrucción religiosa. Sin embargo, sólo debía permanecer allí breves períodos, y a menudo volvía a Monte Giordano, donde recibía instrucción en lenguas extranjeras —español, griego y latín— así como en pintura, música y bordado fino.

Rodrigo señaló a Adriana que no era necesario que su pequeña hija se convirtiera en una *virago* (término que en esa época significaba simplemente una mujer culta). Deseaba que su Lucrecia fuera muy bien educada, de tal modo que se pudiera convertir en una digna compañera para él. Era fundamental que se la instruyera en cuanto al comportamiento, que adquiriera los aires y la gracia de una mujer noble y que fuera capaz de tomar su lugar entre reyes y príncipes: deseaba que fuera modesta en su porte. Su carácter sereno le daba una gracia encantadora, que era evidente aun a los siete años, cuando comenzó este curso de preparación; Rodrigo deseaba que se preservaran esas características, pues a medida que observaba que la belleza de su hija aumentaba cada día, se volvía cada vez más ambicioso con respecto a ella.

Las monjas de San Sisto aprendieron rápidamente a querer a su pequeña alumna, no sólo por su aspecto agradable y sus modales encantadores, sino también por su deseo de complacer y ser amiga de todos, y tal vez recordaban también que se rumoreaba que era la hija del gran Rodrigo Borgia, el más rico de los cardenales y un hombre que, según se decía en las altas esferas, tenía todas las posibilidades de convertirse en Papa algún día.

Después de tres años de permanencia de Lucrecia en Monte Giordano, el esposo de Adriana, Ludovico, murió, y el palacio quedó sumergido en el duelo. Adriana se recubrió de velos negros y pasaba mucho tiempo con sus sacerdotes. Lucrecia se dijo que Adriana era una mujer muy buena.

Un día, al volver Lucrecia de San Sisto a Monte Giordano y al sentarse a la mesa con Adriana y Orsino, reflexionó que era muy triste que ella y su hijo comieran y bebieran con utensilios de plata, en tanto que Adriana, por ser viuda y llevar el duelo de su esposo a la manera española, debiera hacerlo con platos de barro.

Lucrecia se inclinó sobre la mesa, cuya parte superior era de mármol y madera coloreada, y dijo.

—Querida Madonna Adriana, usted aún es muy infeliz porque es viuda. Lo sé, porque mi madre fue infeliz cuando murió Giorgio di Croce. Lloró y

habló de su infelicidad, y luego se sintió mejor.

Adriana estiró el largo velo negro que fluía sobre sus hombros.

—Nunca hablo de mi pena —dijo—. En España decimos que es mala educación demostrar la propia pena al mundo.

—Pero nosotros no somos el mundo, Orsino y yo —insistió Lucrecia—. Y mi madre...

—Tu madre es una mujer italiana. Es conveniente que olvides tu origen italiano. En España, compartir un placer es algo bueno, porque al compartir lo que es bueno se da algo digno de tener. Compartir las propias penas significa rogar que las cargas de uno sean llevadas en parte por otro. Los españoles son demasiado orgullosos para pedir favores.

La discusión había terminado. Lucrecia se ruborizó mientras miraba su plato. Comprendió que tenía mucho que aprender. Lamentaba haber hablado, y ahora se dirigía suplicante a Orsino en busca de consuelo; pero él no la miraba. Orsino era una de las pocas personas que no admiraban su pelo rubio y su hermoso rostro. Teniendo en cuenta la poca atención que le prestaba, podría haber sido uno de los sillones ceremoniales, de los muchos que había en las salas principales del palacio.

Adriana tenía un aspecto severo, y Lucrecia temió decepcionarla siempre, porque era una mujer tan buena y pensaba continuamente en hacer lo correcto.

Más tarde, durante ese mismo día, cuando ella y Adriana se sentaron para trabajar en un mantel para un altar, Adriana dijo:

—Pronto tendrás una compañera para compartir tus lecciones de danza y de música.

Lucrecia dejó caer el hilo dorado y respiró sin aliento.

—Voy a tener una hija —dijo Adriana.

—¡Una hija! Pensé...

A los nueve años, Lucrecia sabía ciertas cosas. Había contemplado ciertos espectáculos desde la casa, en la plaza, había escuchado las conversaciones de sus hermanos y los sirvientes. Le parecía increíble que la tía viuda pudiera tener una hija.

Adriana la miraba con sorpresa, y Lucrecia se ruborizó nuevamente.

—Mi hijo está en edad de casarse —dijo Adriana fríamente—. Pronto llegará aquí su novia. Vivirá con nosotros como si fuera mi hija hasta que se celebre el matrimonio.

Lucrecia tomó su aguja y comenzó a bordar, esperando poder ocultar su embarazo.

—Eso será hermoso, Madonna Adriana —dijo, pero se sintió triste por la muchacha que debería casarse con Orsino.

—Orsino —dijo Adriana como si leyera sus pensamientos —es uno de los mejores partidos de Roma.

—¿Es feliz Orsino? —preguntó Lucrecia—. ¿Baila con alegría porque va a tener una novia?

—Orsino ha sido educado como un noble español. Ellos, mi querida Lucrecia, no saltan de alegría como cualquier pastor italiano en el Campo di Fiore.

—Con seguridad no lo hacen, Madonna Adriana.

—Orsino será feliz. Sabe su deber. Debe casarse y tener hijos.

—Y la novia...

—Pronto la verás. La educaré como lo he hecho contigo.

Lucrecia continuó bordando, pensando en la compañera que iba a tener. Esperaba que la novia no se preocuparía demasiado... por tener que casarse con Orsino.

Lucrecia esperaba en la gran habitación sombría en que se habían colgado tapices porque se trataba de una ocasión especial.

Se habían reunido para dar la bienvenida a la muchacha en su nuevo hogar, y Lucrecia se preguntaba cómo se sentiría. Trataría, sin duda alguna, de tranquilizarse rápidamente, pues tal vez estaría un poco atemorizada. Lucrecia misma sabía qué alarmante era ser llevada desde su hogar a otro del todo diferente.

Orsino estaba de pie delante de su madre. Adriana le había hablado con severidad de su deber, y el pobre Orsino parecía más cetrino que nunca en su traje negro español; de ningún modo parecía un futuro novio; su bizquera era más afligente que nunca, siempre parecía más pronunciada en momentos de tensión, y la fría mirada de su madre lo estaba amonestando continuamente.

También Lucrecia vestía de negro, pero en su túnica había bordados en oro y plata. Deseaba que no se vieran obligados a seguir siempre las costumbres españolas. Los españoles eran afectos al negro para todas las ocasiones ceremoniales, y a Lucrecia le gustaban el escarlata y el oro brillante y en especial ese matiz de azul profundo que por contraste hacía que su pelo pareciera más dorado que nunca. Pero también el negro hacía un feliz contraste con sus ojos azules y su pelo rubio, de tal modo que se sentía afortunada por usarlo.

Mientras todos esperaban, Julia Farnese entró en la sala. Su hermano Alejandro, un joven de unos veinte años, la acompañaba. Tenía un porte orgulloso, un aspecto distinguido y vestía espléndidamente; pero fue Julia la que retuvo la atención de Lucrecia y la de todos los que se habían reunido, pues era hermosa, y su pelo era tan rubio como el de Lucrecia. Estaba vestida a la moda italiana con su túnica azul y oro, y parecía una princesa de leyenda, y por demás hermosa para estar entre los Orsini, sombríamente ataviados.

Lucrecia experimentó un arrebató de celos. Todos dirían: “esta Julia Farnese es más hermosa que Lucrecia.”

La muchacha se arrodilló ante Adriana y la llamó “madre”. Cuando Orsino fue empujado hacia adelante, avanzó arrastrando los pies y resultó

torpe y poco gracioso en su bienvenida. Lucrecia escrutó el hermoso rostro juvenil en busca de un signo de la repugnancia que debió haber sentido con seguridad, olvidó sus celos, y tuvo piedad de Julia. Pero ésta no reveló ninguna emoción. Se mostró recatada y graciosa: era lo único que se esperaba de ella.

Pronto se hicieron amigas. Julia era vivaz, llena de informaciones y muy dispuesta a prestar atención a Lucrecia cuando no había hombres a su alrededor.

Julia dijo a Lucrecia que tenía casi quince años. Lucrecia aún no tenía diez, y esos años de más daban a Julia una gran ventaja. Era más frívola que Lucrecia y no estaba tan dispuesta a aprender ni tan ansiosa por gustar. Cuando estuvieron solas dijo a Lucrecia que Madonna Adriana era demasiado estricta y solemne.

—Madonna Adriana es una muy buena mujer —insistió Lucrecia.

—No me gustan las buenas mujeres —replicó Julia.

—¿Es porque nos hace sentir tan traviesas? —sugirió Lucrecia.

—Prefiero ser traviesa a ser buena —rió Julia.

Lucrecia miró por sobre su hombro la imagen de la Madonna y el niño, con la lámpara que ardía ante la imagen.

Julia rió.

—Hay mucho tiempo para arrepentirse. El arrepentimiento es para los viejos.

—Hay algunas monjas jóvenes en San Sisto —le dijo Lucrecia.

Eso hizo reír a Julia.

—No quiero ser monja. Tampoco quieres serlo tú. ¡Mírate! Mira qué bonita eres... y serás aún más bonita. Espera hasta tener mi edad. Tal vez entonces, Lucrecia, serás tan hermosa como yo y tendrás amantes, muchos amantes.

Esas eran las conversaciones de las cuales disfrutaba Lucrecia. Le traían recuerdos de un pasado que apenas podía recordar. Ya habían pasado cuatro años desde que había dejado la alegría de la casa de su madre, reemplazada por la estricta etiqueta y la melancolía española de Monte Giordano.

Julia mostró a Lucrecia cómo caminar en forma seductora, cómo pintarse los labios, cómo bailar. Julia poseía conocimientos secretos y permitía que Lucrecia se los sonsacara.

Lucrecia estaba algo preocupada por Julia. Temía que si Adriana descubría cómo era realmente la despediría y de este modo ella perdería esa excitante compañera.

No debían dejar que Adriana advirtiera el carmín en sus labios. No debían aparecer ante ella con el peinado suelto que Julia hacía con sus propias manos. Julia no debía usar nunca ninguna de las túnicas

deslumbrantes pero atrevidas que había traído con ella. La muchacha reía tontamente y trataba de tener un aspecto recatado cuando se encontraba ante su futura suegra.

Orsino no las molestaba nunca, y Lucrecia advirtió que parecía más asustado de su novia que ésta de él.

Julia tenía una naturaleza solar: dijo a Lucrecia que sabría cómo tratar a Orsino cuando llegara el momento. Era evidente que todos los vestidos escotados y el cuidado en su arreglo que parecían absorber a Julia, no estaban destinados a Orsino.

Lucrecia sentía que Julia debía ser muy traviesa.

“Sin embargo creo”, se decía a sí misma, “que a mí también me gusta la gente traviesa más que la gente buena. Me sentiría muy afligida si Julia partiera, pero no me preocuparía mucho que lo hiciera Madonna Adriana.”

Había agitación en el palacio de los Orsini. Era uno de esos días especiales en que Lucrecia debía estar más calma que lo habitual, debía comportarse como una dama española y caminar con la mayor gracia, pues el cardenal Rodrigo Borgia venía a Monte Giordano a visitar a su hija, y Adriana no quería que Lucrecia lo decepcionara.

Lucrecia llevaba el cabello peinado de tal modo que caía recatadamente sobre los hombros. Julia observó con gran interés a su criada española que la preparaba.

—¿Es muy solemne el gran cardenal? —preguntó.

—Es el hombre más importante de Roma —se jactó Lucrecia.

—Entonces —dijo Julia— tendrás que contraer los labios, adoptando una expresión triste, porque cuando no lo haces, tienes un aspecto demasiado feliz, y tendrás que quedarte tranquila y hablar sólo cuando te dirigen la palabra.

—A mi padre le gusta verme feliz —dijo Lucrecia—. Le gusta verme sonreír, y también le gusta hablarme. No es de ningún modo como Adriana. Pero ella estará mirando, y tendré que recordar todo lo que ella me ha enseñado, pues como me ha enviado aquí para que ella me enseñe, es, con seguridad, lo que deseaba que yo aprendiera.

Julia hizo una mueca; Lucrecia se separó de ella y pasó al pequeño cuarto, íntimo y agradable, donde Rodrigo la estaba esperando.

Los tapices estaban colgados en las paredes y para esta ocasión habían sido colocadas las más finas copas de plata.

Adriana estaba de pie al lado de Rodrigo mientras Lucrecia se inclinaba a la manera española. Rodrigo posó sus manos sobre los hombros de Lucrecia, le besó las mejillas y luego la frente.

—Cómo crece mi pequeña —dijo con ternura—. Madonna Adriana me ha hablado de tus progresos.

Lucrecia miró de reojo a Adriana, cuya expresión era ceñuda.

—¿No han sido tan buenos como lo esperabas? —dijo Lucrecia con timidez.

—Mi querida, ¿quién entre nosotros alcanza la perfección? Tú me complaces. Eso es suficiente.

Rodrigo miró a Adriana, e inclinó la cabeza. Le estaba pidiendo que los dejara solos.

Cuando Adriana se fue, se llevó consigo todas las represiones, y Lucrecia se arrojó en los brazos de su padre, diciéndole cuán maravilloso era verlo.

Él la besó con ternura y pasión, extrajo una pulsera del bolsillo y se la colocó en la muñeca. Ella dio un beso a la pulsera y él hizo lo mismo. Era siempre apasionadamente sentimental cuando estaban solos. Quería hablarle de su amor por ella y estar seguro del amor de Lucrecia.

Después de darse esas seguridades recíprocas, conversaron de Vannoza, de César y de Juan.

—César se está comportando bien en la universidad —dijo Rodrigo—. Estoy orgulloso de sus estudios y de su destreza en los ejercicios físicos. No falta mucho para que se convierta en cardenal, lo juro. Y a Juan le va muy bien en España. Mi Lucrecia se está convirtiendo en una hermosa dama. ¿Qué más podría desear?

—¿Y Goffredo?

—Crece en fuerza y belleza cada día. Pronto deberemos hacer planes para él.

Por sobre el hombro de su padre, Lucrecia advirtió que la puerta se abría lentamente. Julia, con el rostro ruborizado, estaba entrando en la habitación.

Lucrecia se estremeció horrorizada. Era una imperdonable violación de la etiqueta. Julia no podía comprender cuánta importancia tenía el cardenal. Atreverse a venir a fisgonear de este modo... era impensable. Julia sería despedida, y los arreglos matrimoniales se anularían si Adriana descubriera lo que estaba haciendo Julia.

Rodrigo había percibido la consternación de su hija; se dio vuelta con rapidez y observó a Julia.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Julia, ahora adelántate —dijo Lucrecia— y te presentaré al cardenal.

Julia se adelantó, y para consternación de Lucrecia, no usaba su túnica más modesta, y sus labios estaban levemente pintados con carmín.

Lucrecia, para sus adentros, rogó que el cardenal no lo hubiera observado.

Julia, por más temeraria que fuera, se ruborizó y con su pelo dorado que caía en rizos sobre sus hombros, tenía un aspecto algo temeroso mientras avanzaba lentamente hacia ellos.

—Padre —dijo Lucrecia con rapidez—, ésta es Julia, que va a casarse con Orsino. No quiso hacer nada malo, te lo aseguro.

El cardenal dijo:

—Creo que quiso hacer algo malo. Tiene una expresión llena de picardía.

—Oh, no... —comenzó a decir Lucrecia, y luego se detuvo, comprendiendo que su padre no estaba de ningún modo encolerizado.

—Ven, hija mía —dijo—, no necesitas que mi hija hable por ti. Te ruego, habla por ti misma.

Julia corrió hacia él y se arrodilló. Levantó sus maravillosos ojos azules hacia él, y sonrió con esa sonrisa confiada que decía claramente que no creía que alguien pudiera realmente estar enojado con ella, con su encantadora persona.

—De modo que vas a casarte con Orsino —dijo el cardenal—. ¡Pobre niña! ¿Amas a ese joven?

—Amo a Roma, Su Eminencia —dijo Julia— y a la gente que encuentro en Roma.

El cardenal rió. Para gran alivio de Lucrecia, advirtió que lejos de estar encolerizado, el cardenal tenía un aspecto complacido.

—En las ocasiones en que visito a Lucrecia —explicó a Julia, como si ésta fuera un miembro de la familia —no hay ceremonias. Lo haremos así. Tú te sentarás a un lado, Lucrecia al otro, y hablaremos de Roma... y de la gente que encontramos en Roma...

—Sois amable conmigo, Su Eminencia —dijo Julia, con un recato que no sonaba a verdadero—. Temo haberme comportado muy mal.

—Hija mía, eres suficientemente encantadora como para prescindir de la etiqueta que deben observar otros, menos afortunados.

Lucrecia observó, mientras estaban sentados juntos, riendo y conversando, que su padre se dirigía más a menudo a Julia que a ella.

Estaba demasiado asombrada para sentir celos. Y fue así como las encontró Adriana.

Aunque parezca extraño, Adriana no pareció estar encolerizada, y con gran alivio y sorpresa de Lucrecia, nada se dijo acerca de la acción alarmantemente audaz de Julia.

Julia misma pareció cambiar sutilmente; estaba más contenida cuando Lucrecia intentaba hablarle de Rodrigo, parecía menos comunicativa que lo habitual. Ante la insistencia de Lucrecia, admitió que consideraba al cardenal como un hombre muy agradable. ¿El más agradable que había visto en su vida?, preguntó Lucrecia, que disfrutaba siempre cuando escuchaba cumplidos acerca de su familia. Era muy posible, admitió Julia.

No agregó nada más y durante todo el resto del día pareció alejarse de Lucrecia, de tal modo que esta última no pudo evitar sentirse incómoda.

Y cuando al día siguiente, escuchando el ruido de los cascos de los caballos, miró por la ventana y vio al cardenal alejándose del palacio, su primer impulso fue llamarlo, pero eso, desde luego habría sido poco digno.

Había venido solo, lo cual no era habitual, y no la había visto, lo cual era aún menos habitual. ¿Por qué motivo había venido a Monte Giordano, si no era para ver a su hijita?

Era desconcertante. Luego Lucrecia creyó comprender. Seguramente no podía permitir que la temeridad de Julia del día anterior quedara sin castigo. Como era amable por naturaleza y detestaba estar presente cuando era necesario aplicar un castigo, no había reprendido a Julia sino que había fingido estar complacido por su compañía. Eso se debía por entero a sus modales corteses; pero ahora había regresado para hablar seriamente con Adriana, había venido a quejarse y a preguntar cómo era posible que una fresca como Julia fuera una compañía adecuada para su hija.

El desconcierto de Lucrecia se convirtió en aflicción. Estaba segura que muy pronto se vería privada de la alegre compañía de Julia.

Julia estaba radiante. Usaba un nuevo collar con esmeraldas y rubíes.

—Es una artesanía exquisita —exclamó Lucrecia—. ¡Tenías este tesoro y nunca me lo mostraste antes!

—Sin duda alguna es exquisito —concordó Julia— y nunca te lo habría mantenido oculto ni por un solo día, dulce Lucrecia, si lo hubiera tenido para mostrártelo. Acabo de recibirlo.

—¡Un regalo! ¿De quién?

—Eso significaría señalar a alguien, y señalar es, de algún modo, imprudente.

Julia parecía haber crecido en pocas horas. Llena de coquetería, parecía más una muchacha de dieciocho años que una de catorce. Su risa era fuerte y contagiosa: cantaba alegres canciones italianas acerca del amor y era atormentadoramente reservada. Además, quedaba el misterio del collar.

Pero Julia era demasiado joven y estaba demasiado excitada para guardar el secreto durante mucho tiempo. Necesitaba compartir confidencias; necesitaba hacer alarde de su experiencia ante Lucrecia. Esta última preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás tan complacida? No te preocupas de que el cardenal se haya quejado a Madonna Adriana de tu desfachatez, lo cual podría significar que serás despedida.

Entonces Julia rió y replicó:

—No seré despedida. Y el cardenal no se quejó. Te diré algo, Lucrecia: tengo un amante.

—Orsino...

—¡Orsino! ¿Piensas que alguna vez podría tomar a Orsino como amante? ¿Lo harías tú?

—Yo... pero yo nunca...

—Tal vez seas aún demasiado joven. En cuanto a mí, pronto tendré

quince años... y estaré casada con Orsino. En consecuencia, ¿qué otra cosa puedo hacer que tener un amante?

—Ten cuidado —le rogó Lucrecia—. ¿Qué ocurriría si Madonna Adriana te escuchara hablar así? Serías despedida.

—No seré despedida. ¡No... no... no!

Julia rió tanto que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Lucrecia la miró, perpleja.

Las visitas del cardenal a Monte Giordano se hicieron muy frecuentes y no siempre venía para ver a Lucrecia.

Julia se vestía con sumo cuidado antes de sus visitas —y no con sus túnicas más modestas— y a veces Lucrecia escuchaba la aguda risa de Julia cuando esta última estaba sola con el cardenal. Era desconcertante.

“¡Pero siempre venía a verme!” Se decía Lucrecia.

Y luego comenzó a comprender.

Julia recibía muchos regalos preciosos. Lucrecia había oído que los sirvientes decían que era la muchacha más hermosa de Roma. La llamaban La Bella, y se referían a ella con más frecuencia con ese sobrenombre que con su propio nombre. Los ricos regalos venían de un amante rico, un amante que Julia recibía en el formal hogar de los Orsini. Pasó cierto tiempo antes de que Lucrecia se permitiera pensar quién era ese amante.

Finalmente, ya no pudo guardarse sus sospechas.

Una noche se deslizó de su cama, tomó una vela y fue al dormitorio de Julia. La encontró dormida, y la luz de la vela de Lucrecia le reveló la belleza de ese rostro perfecto. Julia era realmente La Bella.

La luz de la vela que recorría el rostro de Julia la despertó y se paró en la cama, mirando alarmada a Lucrecia.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Necesito saberlo —dijo Lucrecia—. El cardenal es tu amante, ¿no es cierto?

—¿Me despertaste para decirme lo que todos saben? — preguntó Julia.

—¡De modo que es verdad!

Julia rió.

—Piensa —dijo, sentándose y abrazándose las rodillas—. Tiene cincuenta y ocho años y yo aún no tengo quince. Sin embargo, nos amamos. ¿No es milagroso? ¿Quién habría pensado que un hombre tan viejo podría lograr que yo lo amara?

—Con él —dijo solemnemente Lucrecia—, todo es posible.

Eso hizo que Julia emitiera una de sus sonrisas enigmáticas.

—Es verdad —dijo—. Y soy feliz.

Lucrecia estaba silenciosa, contemplando a Julia, viéndola de nuevo, tratando de recordar cómo había sido antes de que esa cosa sorprendente le

ocurriera.

Luego dijo lentamente:

—Si Madonna Adriana lo supiera, estaría muy enfadada.

Julia rió de nuevo, en forma temeraria, según le pareció a Lucrecia.

—Lo que estás haciendo debería quedar secreto —persistió Lucrecia—. Sé que no queremos a Madonna Adriana, pero es una buena mujer y nunca permitiría que vivieras en su casa si lo supiera.

Julia dejó de reír y miró atentamente a Lucrecia.

—Tomarás frío, allí de pie —dijo—. Ven a mi cama. Ya no eres una niña, Lucrecia. Pronto tendrás diez años. Pronto tendrás tus propios amantes. Aquí. Así es mejor, ¿no es cierto? Ahora, deja que te lo diga. El cardenal es mi amante. Dice que soy la mujer más hermosa del mundo. La mujer, comprendes, Lucrecia. Y pronto me casaré con Orsino. Pero ¡a quién le importa Orsino! No a mí. Tampoco al cardenal.

—A Madonna Adriana le importa.

—Sí. Indudablemente. Por eso está contenta de que yo complazca al cardenal. También mi familia está contenta, Lucrecia.

—¡Contenta! Pero ¿cómo puede ser, cuando debes casarte con Orsino?

—Sí, sí. Y es un buen pretendiente. Los Farnese y los Orsini se unirán, y eso es bueno. ¡No es posible casarse con un cardenal... ay de mí!

—Si los cardenales pudieran casarse, mi padre se habría casado con mi madre.

Julia asintió con la cabeza. Luego prosiguió.

—No debes lamentarlo por Orsino. Te dije que su madre está contenta de que yo sea la amante del cardenal. Te lo dije, ¿no es cierto?

—Pero es una buena mujer. Es áspera, pero debemos admitir que es buena.

Lucrecia, vives en un mundo infantil y es hora de que lo dejes. Adriana está contenta de que el cardenal me ame. Me ayuda a vestirme cuando él viene, me ayuda a ponerme hermosa. ¿Y qué dice cuando me ayuda a vestirme? Dice: “No olvides que pronto serás la mujer de Orsino. Haz que el cardenal ayude a Orsino. Tiene gran influencia en el Vaticano. Trata de arrancarle las mayores ventajas... para ti y Orsino.”

—En suma, ¿está complacida de que tú y mi padre sean amantes?

—Nada podría complacerla más. Nos facilita todo.

—¡Y pronto te casarás con su hijo!

Julia rió.

—No conoces el mundo. Si yo tuviera un enredo amoroso con un ayuda de cámara... ah, entonces me pegarían. Caería en desgracia y el pobre muchacho sería atravesado por una espada en una noche oscura, o lo encontrarían en el Tíber con una piedra al cuello. Pero mi amante es un gran cardenal, y cuando los hombres influyentes aman como él me ama, todos se reúnen a su alrededor para atrapar algunas de las recompensas. Esta es la vida.

—¡Entonces Adriana, con todas sus oraciones y su severidad, con toda su corrección, no es una buena mujer, después de todo!

—¿Qué son el bien y el mal, pequeña Lucrecia? Sólo los niños pequeños tienen nociones tan sentimentales como las tuyas. El cardenal es feliz de amarme; yo soy feliz de ser su amante. Y la familia de Orsino y mi familia son felices a causa del gran bien que puedo hacerles. ¿Orsino? No cuenta, pero se podría decir que es feliz, porque significa que no tendrá que hacerme el amor, y como es un monstruo antinatural, ¡no creo que esté ansioso por hacerlo!

Lucrecia quedó silenciosa durante un cierto tiempo, pensando más en Adriana que en cualquier otro: Adriana, solemnemente arrodillada ante la Madonna y la lámpara; Adriana, con los labios cerrados, murmurando “se debe hacer esto, porque por más desagradable que sea, es nuestro deber”; Adriana, que la hacía sentir a una como si los santos estuvieran continuamente vigilándonos, registrando el pecado más trivial, que sería esgrimido contra nosotros el día del Juicio. Esa buena mujer, estaba dispuesta a permitir que el ilícito romance entre un hombre de cincuenta y ocho años y su futura nuera de catorce se desarrollara en su propia casa, y además era cómplice y lo alentaba porque podría obtener honores para su hijo.

¡Los honores! Lucrecia comprendió que era necesario reevaluar el mundo y su significado.

Era sin duda alguna una niña; tenía mucho que aprender; y estaba muy ansiosa por salir de la infancia, un estado en el cual, al parecer, la inocencia era sinónimo de locura.

Julia se casó con Orsino, y la ceremonia se efectuó en el palacio de los Borgia. El primero de los testigos en firmar los documentos del matrimonio fue Rodrigo Borgia.

La pareja casada volvió a Monte Giordano y la vida se reanudó como antes. El cardenal realizaba frecuentes visitas al palacio de los Orsini y ahora nadie ocultaba que venía principalmente para visitar a su amante.

También se complacía en ver a su hija, y parecía contento de pasar mucho tiempo en compañía de las dos muchachas.

Julia ejercía su influencia sobre Lucrecia, que a medida que crecía se volvía cada vez más parecida a ella. Julia le hablaba del amor entre ella y el cardenal y de muchos otros asuntos triviales. Dijo a Lucrecia que sabía cómo lograr que su pelo mantuviera su brillante color amarillo, tenía una receta que lo haría brillar como el oro puro cuando lo ilumina el sol. Lavaron su pelo, ensayaron la mezcla y se congratularon por el hecho de que estaba más dorado que nunca.

Lucrecia comenzó a añorar el momento en que tendría un amante pues, al sufrir siempre la influencia de quienes se encontraban a su alrededor, estaba modelando su personalidad según la de Julia.

Cuando se enteró de que su hermano mayor, Pedro Luis, había muerto y que Juan se convertiría en duque de Gandia y se casaría con la novia que había sido seleccionada para Pedro Luis, la noticia le pareció poco importante y sólo se preguntó cómo lo tomaría César. Con seguridad exigiría el ducado de Gandia; seguramente desearía la novia de Pedro Luis.

Lucrecia tenía once años cuando el cardenal la visitó en el palacio y después de abrazarla le dijo que estaba concertando un matrimonio para ella.

Era un novio español, porque el cardenal creía que España, que estaba ascendiendo rápidamente para ser una potencia de primera magnitud decidida a dominar el mundo, tenía más que ofrecer a su hija que Italia.

Su novio iba a ser don Querubín Juan de Centelles, señor del Val d'Ayora en Valencia, y el suyo sería un gran matrimonio.

Lucrecia estaba un poco alarmada, pero su padre la tranquilizó asegurándole que si bien el contrato nupcial estaba redactado y pronto sería firmado, había dispuesto que ella no dejara Roma durante todo un año.

Eso era reconfortante. Un año parecía un plazo muy largo para la joven Lucrecia.

Ahora podía hablar de su próximo matrimonio con Julia y le complacía hacerlo, especialmente teniendo en cuenta que ese acontecimiento parecía estar muy alejado en el futuro.

Estaba comenzando a conocer el mundo y a admitir con la mayor calma la relación entre su padre y Julia; también estaba dispuesta a aceptar la mezcla de piedad y de dura amoralidad de Adriana.

Así era la vida, tal como se desarrollaba en el estrato de la sociedad en la cual había nacido Lucrecia.

Había terminado por aprenderlo, y eso significaba que había dejado atrás su infancia.

## ALEJANDRO VI

Durante el año siguiente Lucrecia creció realmente, y desde entonces le pareció que antes de que Julia llegara a su vida, ilustrándola, había sido verdaderamente una niña inocente.

Julia era su más querida amiga. Iban juntas muchas veces hasta el palacio del cardenal, donde Rodrigo las mimaba a ambas, deleitándose de que fuera Lucrecia quien le llevara a Julia y de que ésta le llevara a Lucrecia.

¿Por qué debía cuestionar Lucrecia la corrección de esa conducta? Ella, Julia y Adriana asistieron al casamiento de Franceschetto Cibo, una gran fiesta en la que toda Roma se había divertido, y en que hubo fuegos artificiales en las siete colinas; Franceschetto era reconocido abiertamente como hijo de Inocencio VIII, y el Santo Padre no lo ocultaba, pues presenció el banquete y ordenó que de las fuentes saliera vino; además, la esposa de Franceschetto era hija del gran Lorenzo de Medici, de tal modo que no eran sólo los romanos los que honraban al bastardo del Papa.

Por consiguiente, era natural que Lucrecia aceptara las condiciones en que vivía.

Ahora Goffredo había venido a vivir a Monte Giordano, y ella se sentía feliz de tener a su joven hermano con ella. El muchacho lloró un poco al dejar a su madre, pero Vannozza, si bien lo extrañaba mucho, se sentía muy feliz de permitir que se fuera, pues significaba que Rodrigo había admitido a Goffredo como su hijo.

Durante ese año Rodrigo decidió que don Querubín Juan de Centelles no era un pretendiente satisfactorio para su hija. Tal vez fue el brillante matrimonio de Franceschetto Cibo lo que lo decidió. Es verdad que Franceschetto era el hijo de un Papa, pero Inocencio envejecía con rapidez y, ¿quién podía saber lo que depararían los próximos meses? ¡No! Estaba decidido a encontrar un mejor novio para su hija.

Anuló sin más trámites el contrato anterior y concertó otro más adecuado para sus ambiciosos planes, eligiendo a don Gasparo di Procida, conde de Aversa, como prometido de Lucrecia, pues don Gasparo era pariente de la Casa de Aragón, que gobernaba en Nápoles.

Lucrecia aceptó el cambio con tranquilidad. Como no había visto a ninguno de sus novios en perspectiva, el tema le resultaba indiferente. Compartía la feliz naturaleza de Rodrigo, que le permitía creer que todo iría bien para ella.

Y en ese mes de agosto de 1492, cuando Lucrecia tenía doce años, ocurrió el acontecimiento que demostraría ser tan importante para el resto de su vida.

Inocencio estaba muriendo, y en toda Roma había tumulto. En todos los labios circulaba la pregunta: ¿quién sucederá a Inocencio?

Había un hombre decidido a lograr la sucesión. Rodrigo tenía sesenta años. Si quería satisfacer la ambición de toda su vida, debía ser pronto. Cuando supo que Inocencio estaba en su lecho de muerte decidió, como nunca lo había hecho antes, que sería el próximo Papa.

Rodrigo, gentil, cortés, aparentemente maleable, era un hombre de hierro tras su aspecto exterior gentil. Nada se interpondría en su camino. Por desgracia, debía haber un Cónclave, y el Papa debía ser elegido. Fueron días de verdadera tensión para Rodrigo. No visitó a su amante o a su hija durante ese período de decisión, pero en el palacio de los Orsini, los pensamientos de todos estaban con él en ese momento. Todos rezaban para que el próximo Papa fuera Rodrigo.

Lucrecia estaba en estado de agitación. Su padre le parecía un dios: alto, poderoso; no podía comprender por qué debía haber ansiedad. ¿Por qué no comprendían todos que sólo se podía hacer una cosa: elegir al cardenal Rodrigo Borgia como su Papa?

Habló a Julia, que estaba tan tensa y ansiosa como ella, pues aunque era excitante ser la amante del cardenal más rico de Roma, lo sería mucho más ser la amante del Papa. Julia, en consecuencia, compartía la excitación de Lucrecia, su entusiasmo y sus temores. El pequeño Goffredo trataba de comprender, y agregaba sus oraciones a las de las dos muchachas; en cuanto a Adriana, percibía un deslumbrante futuro, en que podría dejar de lado su duelo y acompañar a su nuera al Vaticano, donde podría vivir con gran pompa... si Rodrigo fuera elegido Papa.

El calor fue intenso en Roma durante ese decisivo mes de agosto. Recluidos cada uno en sus celdas, los grandes cardenales se reunían en cónclave. La multitud se agolpaba en las calles, reuniéndose alrededor del Vaticano, y había continuas y acaloradas conjeturas con respecto a los resultados. Al comienzo, nadie atribuía grandes posibilidades a Rodrigo.

Había grandes rivalidades, pues en esa época Italia era un país dividido en pequeños estados y ducados, y entre éstos existían continuas diferencias. Inocencio había sido débil, pero había contado con el asesoramiento de su gran aliado, Lorenzo de Medici, y a esa circunstancia se debía en gran parte

que la península hubiera disfrutado un período de paz. Pero Lorenzo había muerto, y se asomaban los problemas en el horizonte.

Ludovico Sforza, regente de Milán, y Ferrante de Aragón, rey de Nápoles, eran los grandes rivales que amenazaban sumir a Italia en una guerra. La razón era que el sobrino de Ludovico, Gian Galeazzo, era el verdadero heredero de Milán; pero Ludovico lo mantenía prisionero y se había convertido en regente. Su excusa era que el joven duque no era apto para gobernar; el propio Ludovico había provocado esta desdichada situación logrando que el muchacho se desmoralizara tanto mental como físicamente con actos de libertinaje que habían sido inspirados por Ludovico. Sin embargo, Gian Galeazzo se había casado con una enérgica princesa de Nápoles, Isabel de Aragón, que era nieta de Ferrante. Esa era la causa de la tensión entre Nápoles y Milán, que amenazaba en esa época con desencadenar una guerra que habría arrastrado a toda Italia.

Tanto Nápoles como Milán temían que los franceses trataran de invadir su territorio, pues Francia había declarado que tenía derecho tanto sobre Nápoles como sobre Milán: sobre Nápoles a través de la casa de Anjou, y sobre Milán a través de la casa de Orleans.

Eso significaba que era muy importante para Ludovico y Ferrante disponer en el Vaticano de un Papa que los favoreciera.

La rivalidad era intensa, Ascanio Sforza, hermano de Ludovico, era la esperanza de Milán. Ferrante apoyaba a Giuliano della Rovere.

Rodrigo, como un zorro astuto, esperaba.

Sabía que tenía poco que temer de Ascanio, pues sólo contaba treinta y ocho años y si se convertía en Papa significaría una campanada de muerte para las esperanzas de casi todos los cardenales vivos. Si fuera elegido un hombre tan joven, a menos que muriera pronto habría poca esperanza de otro cónclave durante muchos años. Además, difícilmente el bando de Ludovico podría lograr mucho apoyo. El regente de Milán era considerado a todo lo largo y lo ancho de Italia como un usurpador.

No ocurría lo mismo con della Rovere, pero si bien podía ser elegido, su lengua áspera ofendía a la gente. Podía tener partidarios, pero también muchos enemigos.

Tal vez el favorito fuera un portugués, el cardenal Costa, que tenía ochenta años. En esa época, se consideraba a menudo recomendable elegir a un hombre muy anciano, para que hubiera un corto respiro antes de otro cónclave. Si fuera elegido el cardenal Costa no representaría una tragedia tan grande como la elección de della Rovere o bien —que los santos no lo permitieran— la de Ascanio Sforza.

Pero Rodrigo estaba decidido a lograr la elección.

Entre los distintos candidatos estaba también el cardenal Oliviero Caraffa, a quien apoyaba Ascanio, sabiendo que por su juventud tenía escasas probabilidades, porque Caraffa era enemigo de Ferrante.

Otro candidato —Rodrigo Borgia— no parecía estar en carrera: pero éste

esperaba con tranquilidad.

Rodrigo era el más rico de los cardenales, y conocía la importancia de la riqueza en esos momentos. Un pequeño soborno aquí, otro grande allí, una promesa de oro y plata, una insinuación de lo que podría pagar un hombre tan rico como él por los votos, y quién sabe, tal vez el trono papal pudiera ser suyo mientras los otros peleaban entre sí.

Los cardenales quedaron enclaustrados y comenzó el cónclave. Fue un período de intensa tensión para Rodrigo, a pesar de lo cual logró ocultar sus sentimientos. Mientras asistía a la misa y a la comunión matutina analizaba la forma de ganar los votos que necesitaba. En ese momento parecía enfrentar una tarea sin esperanzas, no obstante lo cual, en su camino a la Capilla Sixtina, iluminada con velas en el altar y en los pupitres colocados ante cada uno de los tronos, parecía perfectamente calmo. Observaba a los cardenales que se encontraban a su alrededor, con sus crujientes hábitos violetas y sus roquetes blancos, sabiendo que en ninguno de ellos el fuego de la ambición quemaba con tanto ardor como en él. Debía triunfar.

Le parecía que el procedimiento era más lento de lo que había sido jamás, pero finalmente se eligió a los cardenales encargados del escrutinio, y Rodrigo se sentó ante su pupitre. En la capilla no se oía más ruido que el rasgido de muchas plumas, mientras cada cardenal escribía: “Yo, cardenal... elijo para el supremo pontificado al muy Reverendo Señor mi Señor Cardenal...”

“¿Por qué”, bufaba Rodrigo de cólera, “nadie puede votar por sí mismo?”

Se levantó con el resto y se unió al paseo ceremonial hasta el altar. Se arrodilló y murmuró:

—Atestiguo ante Cristo, que será mi juez, que elijo a quien considero el más capaz, si está de acuerdo con la voluntad de Dios.

Los cardenales colocaban sus papeletas en la fuente que cubría el cáliz, e inclinaban la patena hasta que la papeleta se deslizaba al cáliz. Luego, en forma lenta y solemne, cada uno de los personajes vestidos de púrpura volvía a su trono.

En el primer recuento de los votos Rodrigo obtuvo siete, pero Caraffa recibió nueve, Costa y Michiel, el cardenal de Venecia, tuvieron también siete, y della Rovere, cinco. En cuanto a Ascanio Sforza, no recibió ninguno, y resultó evidente desde el comienzo que ninguno de los cardenales estaba dispuesto a ver a un hombre tan joven en el trono papal.

Se había llegado a un punto muerto, pues se necesitaba una mayoría de dos tercios para que un candidato resultara elegido.

Se hizo una fogata y se quemaron las papeletas; todos los que esperaban en la plaza de San Pedro para conocer el resultado de la elección, viendo el humo, lo observaron con atención y de este modo supieron que el primer escrutinio no había tenido éxito.

Rodrigo decidió que debía actuar con rapidez. Elaboró sus planes en su propia celda y cuando se mezcló con sus colegas no perdió tiempo en

dedicarse a la tarea.

Comenzó con Ascanio Sforza, pidiéndole que paseara con él en las galerías después de la siesta. Ascanio, comprendiendo que no tenía posibilidades de ser elegido, le dio a entender que estaba dispuesto a ganar lo que pudiera. Rodrigo le podría ofrecer un soborno superior al de cualquier otro.

—Si yo fuera elegido Papa —prometió Rodrigo— no os olvidaría. Sería vuestra la vicecancillería y también os daría el obispado de Nepi.

Era un buen premio como consuelo, y Ascanio vaciló poco antes de aceptar. Y del mismo modo que Ascanio, otros comprendieron con rapidez que estaban fuera de carrera, pero que podían salir del cónclave más ricos que cuando habían entrado en él.

De este modo, mientras Roma sudaba y esperaba los resultados, el astuto zorro que era Rodrigo trabajaba en forma calma, furtiva y con la mayor velocidad. Debía hacerlo. Se había propuesto triunfar esta vez, pues no podía saber cuándo tendría otra posibilidad.

Fue el 11 de agosto, cinco días después del comienzo del cónclave. En la plaza de San Pedro, la gente que había estado esperando toda la noche observaba con la vista fija en la ventana tapiada.

Cuando el alba empezaba a iluminar sus rostros ansiosos hubo un súbito estallido, pues los ladrillos comenzaron a caer de la ventana.

La elección había terminado. Después del cuarto escrutinio, se había producido una decisión unánime. Rodrigo Borgia había sido elegido Papa, y desde entonces sería conocido como Alejandro VI.

Rodrigo se presentó en el balcón, para escuchar las aclamaciones del pueblo. Fue el momento más importante de su vida. Ahora era suya la corona por la cual había luchado desde que su tío, Calixto III, lo había adoptado, a él y a su hermano. Se sentía poderoso, capaz de cualquier cosa, mientras estaba de pie en el balcón. ¿Quién habría creído, cinco días antes, que sería el elegido? Aun su antiguo enemigo, della Rovere, le había dado su voto. Era maravilloso lo que podía lograr un poco de persuasión, y ¿quién podía resistir argumentos tan persuasivos como una rica abadía, la legación de Avignon y la fortaleza de Ronciglione? No della Rovere. ¿Era mucho por un voto? De ningún modo. Rodrigo había comprado poder con la riqueza que había acumulado a lo largo de los años, y estaba decidido a asegurarse de que se convirtiera en un poder ilimitado.

Extendió las manos y durante algunos segundos hubo un silencio completo en la multitud.

Luego exclamó:

—Soy el Papa y el vicario de Cristo sobre la tierra. Hubo fuertes aclamaciones. No importaba la forma en que había alcanzado estas alturas. Todo lo que importaba era que las había alcanzado.

La coronación de Alejandro VI fue la más magnífica que había conocido Roma. Lucrecia, contemplándola desde un balcón del palacio del cardenal, se sentía embargada de orgullo y de alegría por este hombre a quien —al margen de César, al cual no había visto desde hacía mucho tiempo— amaba más que a cualquier otro en el mundo.

Ese hombre hermoso, con sus suntuosos hábitos, muy erguido sobre su caballo blanco, bendiciendo a la muchedumbre que se amontonaba a su alrededor, ese hombre, centro de todo el espectáculo, era su padre.

Alejandro sabía muy bien que no había nada, que el pueblo disfrutara más que la pompa y el esplendor, y que cuanto más brillante fuera el espectáculo, tanto más le gustaba: cuanto más espléndido fuera, tanto mayor sería el respeto que tendrían por él. Por ese motivo estaba decidido a superar todas las coronaciones anteriores. Ordenó que no se escatimaran gastos. El pueblo de Roma iba a disfrutar del día en que Alejandro VI se convirtió en su Papa.

Sus guardias papales estaban ataviados de una manera tan espléndida que aun los grandes príncipes parecían incoloros en comparación: sus largas lanzas y sus escudos relucían a la luz del sol, y los lanceros parecían dioses. Los cardenales y los altos dignatarios que tomaban parte en la procesión con sus escoltas estaban todos decididos a aventajarse el uno al otro en su esplendor, y la procesión fue tan larga que fueron necesarias dos horas para pasar de San Pedro a San Juan Letrán. Y en el centro se encontraba el Papa, sobre su caballo, blanco como la nieve, el Papa de sesenta años que parecía tener el vigor de un hombre de veinte. No podía extrañar que la gente, al igual que Lucrecia, creyera que el nuevo pontífice era un ser sobrehumano.

La procesión se detenía aquí y allí para que los admiradores y partidarios de Alejandro —que ahora abarcaban la totalidad de Roma, según parecía—, pudieran rendir su homenaje.

*“Vive diu bos, vive diu celebrande per annos,*

*Inter Pontificum gloria prima choros”*

cantaba un hermoso muchacho en nombre de su noble familia, que deseaba demostrar que estaban de todo corazón en apoyo del nuevo Papa.

Otros derramaban flores ante él y gritaban: “Roma elevó al César a la grandeza, y ahora aquí está Alejandro: pero uno era tan sólo un hombre y el otro es un dios.”

Alejandro recibía todos estos homenajes con un encanto y una cortesía que ganaban el corazón de todos los que lo contemplaban.

¡Qué momento de triunfo! El emblema del toro que pacía estaba en todas partes. Elevando la vista, Alejandro lo vio; también observó a la muchacha de cabellos dorados sobre el balcón, la única entre sus hijos que presenciaba su triunfo. Juan estaba en España, César en su universidad de Pisa y el pequeño Goffredo (a quien aceptaba en parte porque amaba al muchacho y en parte porque los hijos le eran muy necesarios) era demasiado joven para hacer su aparición en público. ¡Sus hijos! Todos desempeñarían sus papeles en sus sueños de poder. La pequeña Lucrecia, que estaba allí, con los ojos dilatados de asombro y veneración, aceptándolo, como lo hacía el pueblo en las calles en ese día, como un dios entre ellos, era la representante de sus hijos.

El homenaje del pueblo, las aclamaciones, el embriagador sentimiento de poder, eran los narcóticos que adormecían a un hombre, llevándolo a un sueño de grandeza: y toda grandeza debe tomar su forma en primer término en los sueños.

—¡Que Dios bendiga al Santo Padre! —gritaba la muchedumbre.

“¡Sí!”, pensaba Alejandro. “Que las bendiciones de todos los santos caigan sobre mí y que yo pueda realizar mis sueños de unir a toda Italia bajo un solo gobernante, y que ese gobernante sea un Papa Borgia.”

## SANTA MARÍA IN PORTICO

Lucrecia comprendió pronto hasta qué punto era más gratificante ser la hija de un Papa que la de un cardenal.

Firmemente instalado en el trono papal, Alejandro no ocultó sus intenciones. Juan debía volver de España para que Alejandro pudiera ponerlo al mando de los ejércitos papales; César debía ser nombrado arzobispo de Valencia; en cuanto a Lucrecia, debía recibir un palacio propio, el de Santa María in Portico. Lucrecia estaba encantada por este honor y especialmente por el hecho de poder salir de la sombría fortaleza de Monte Giordano, mudándose al centro de la ciudad. Alejandro tenía un doble propósito al dar a Lucrecia ese palacio; estaba cerca de la iglesia de San Pedro y había un pasaje secreto que lo vinculaba con la iglesia y continuaba en el interior del Vaticano. Adriana y Julia debían pertenecer a la corte de Lucrecia; Orsino las acompañaría pero, desde luego, no contaba para nada.

Lucrecia encaró su nueva vida con entusiasmo. Era maravilloso haber crecido. Pronto su hermano Juan volvería a Italia y César, según se lo había dicho su padre, iba a ser llamado de nuevo a Roma. Alejandro no quería que el pueblo pensara que estaba continuando con su política de nepotismo, pues antes de la elección había prometido abandonarla. César ya era arzobispo, y Alejandro sabía que si su hijo estaba en Roma le resultaría muy difícil no concederle más honores. En consecuencia, por el momento César debía permanecer en Pisa, pero sólo lo haría durante un cierto tiempo.

Lucrecia tenía muchas cosas de que ocuparse. Veía a menudo a su padre, lo observaba en medio de toda su pompa y ceremonia, y en esas circunstancias le parecía más espléndido, más magnífico.

Escuchaba durante todo el día las campanas de San Pedro, mientras trabajaba en sus bordados o se sentaba en la ventana mirando pasar las cabalgatas, la fragancia del incienso y las voces que cantaban llegaban hasta ella y parecían prometerle un futuro maravillosamente excitante.

Adriana había dejado de lado su duelo y era tan respetuosa de Lucrecia como dedicada a Julia, que tenía sobre el Vaticano aún más influencia que Lucrecia.

Lucrecia conocía el motivo. No la sorprendía si al ir al dormitorio de Julia, comprobaba que la muchacha estaba ausente. El ruido de los pasos, en la tardía noche, o temprano por la mañana, en ese corredor que conducía al pasaje secreto al Vaticano, no la sorprendía.

Estaba de acuerdo con Adriana en que Julia era muy afortunada al ser amada por una persona tan magnífica como Alejandro.

Muchas visitas importantes —embajadores y otros dignatarios de varios estados— acudían al palacio de Santa María y bajo la tutela de Adriana, Lucrecia sabía cómo recibirlos. Nadie llegaba sin traer regalos, algunos para Lucrecia, otros para Julia.

—¡Qué gentiles son! —dijo Lucrecia un día, mientras examinaba un hermoso conjunto de pieles—. Nadie viene con las manos vacías.

Julia rió ante su ingenuidad.

—No seas tan agradecida, querida Lucrecia —la aconsejó—. Sólo dan porque esperan lograr en compensación algo mucho más importante para ellos.

Lucrecia adquirió un aspecto reflexivo.

—Echa a perder el regalo —dijo—. En realidad, hace que no sea de ningún modo un regalo.

—Desde luego, no es un regalo. Es un pago de favores que esperan recibir.

—Las pieles ya no parecen tan hermosas —suspiró Lucrecia.

Julia la miró y reflexionó sobre el tiempo que había necesitado para hacerse realista. Si Lucrecia hubiera nacido pobre, ¡que pequeña simplota de buen corazón podría haber sido!

¿No comprendía que, como hija amada del Papa, tenía gran influencia sobre él?

Lucrecia lo sabía pues se lo hicieron comprender con rapidez. Adriana comprendía que Alejandro no quería una tontuela como hija y, en consecuencia, esta ingenuidad, esta generosidad de Lucrecia debían ser controladas. Esas cualidades eran propias de una tonta.

Adriana pensaba que era necesario que Lucrecia tuviera muchas ricas posesiones. ¿Debía confiar enteramente en su padre para poseerlas? No, debía ser sutil. Era necesario utilizar su propia astucia, de tal modo que el Papa comprendiera que tenía una hijita inteligente y pudiera sentirse orgulloso de ella.

¿Le gustaban los lindos vestidos? A nadie le gustaban más. Lucrecia había sido siempre un poco orgullosa de su belleza, ¿y qué podría ponerla mejor en evidencia que hermosas pieles y finos brocados? En consecuencia, quienes buscaban sus favores debían saberlo. Debían saber que si le hacían regalos que pudieran complacerla, les demostraría su gratitud pidiendo a su padre que les concediera la ayuda que necesitaban.

Un día Adriana le dijo:

—Pronto vendrá a visitarte Francesco Gonzaga. Desea ardientemente que

su hermano Segismundo sea hecho cardenal.

—¿Viene a pedirme eso?

—Una palabra tuya a tu padre ayudaría a su causa.

—Pero ¿de qué modo yo, que sé tan poco de estos asuntos, podría influir en mi padre?

—Tu padre desea que demuestres que eres una Borgia. Se sentiría complacido en hacer lo que le pides, y le gustaría que Gonzaga supiera en cuánta estima te tiene. Si aquél te trajera un hermoso pégalo y tú pudieras decir a tu padre: “¡Mira lo que me ha traído Gonzaga!”, Su Santidad se sentiría complacido ante el honor que te han hecho y no dudo de que estaría dispuesto a otorgar favores a quien le haya demostrado que sabía cómo pagarlos.

—Ya veo —dijo Lucrecia—. No sabía que estas cosas se arreglaban de este modo.

—Es hora de que lo aprendas. ¿Te gustan las perlas, no es cierto?

Los ojos de Lucrecia centellearon. Amaba las perlas, por cierto, le sentaban bien a su piel blanca; cuando se ponía el hermoso collar que Julia había recibido de Alejandro, se sentía segura de que parecía tan hermosa como Julia.

—Diré a Gonzaga que te gustan sumamente las perlas —dijo Adriana, sonriendo, como quien sabe de qué se trata.

“Seguramente sería hermoso”, pensaba Lucrecia, “poseer perlas como las de Julia.”

Era así como vivía la hija de un Papa. Era maravillosamente excitante y muy provechoso. ¿Quién era Lucrecia —esa Lucrecia bastante perezosa, que gustaba de los hermosos vestidos y de los adornos que la favorecían más que a la mayoría de las muchachas— para estar en desacuerdo con esa forma de vida?

Alejandro recibía a su hija en sus apartamentos del Vaticano; con ella venía Julia, a quien Alejandro continuaba adorando, a duras penas podía pasar un día sin verla.

Cuando Alejandro recibía a estos dos seres queridos le gustaba hacerlo en la más absoluta intimidad, por lo cual despedía a todos sus asistentes cuando llegaban, y hacía que las muchachas se sentaran una de cada lado, para poder extender ambos brazos y abrazarlas.

Qué hermosas eran, pensaba, con sus jóvenes y tersas pieles y sus relucientes cabellos dorados: con seguridad dos de las muchachas más hermosas de Roma. La vida parecía buena cuando él, a los sesenta años, demostraba el vigor de un hombre joven, y estaba seguro de que Julia no fingía cuando demostraba con tanta claridad que su pasión por él era tan grande como la de él por ella, y que su pobre pequeño esposo, de ojos bizcos, por más joven que fuera, carecía de encantos para ella.

Mientras se acurrucaba contra su padre, Lucrecia admiraba el esplendor de sus apartamentos. El cielo raso era dorado y las paredes de colores delicados. Había alfombras orientales en el piso y el gran Pinturicchio había comenzado los murales; pero éstos no cubrían todavía las paredes, y por debajo de ellos se habían colgado las sedas más finas. Había muchos sillones, taburetes y almohadones de seda y terciopelo en brillantes colores, y la gloria del trono papal lo dominaba todo.

Todo eso pertenecía a esa persona parecida a un dios que —parecía imposible admitirlo— era su tierno y amante padre, y que cuando estaba solo con sus amadas muchachas parecía darles a entender que su mayor alegría en la vida consistía en complacerlas.

—Hoy he pedido que vengas porque tengo algo que decirte, hija —dijo—. Vamos a anular los acuerdos que hemos hecho para tu matrimonio con don Gasparo di Procida.

—¿Es así, padre? —preguntó.

Julia rió.

—No le preocupa. No le preocupa en lo más mínimo.

El Papa acarició una mejilla de su hija, y Lucrecia recordó el placer que le producían las caricias de César.

—Padre —exclamó—, ¿cuándo veré a César?

Julia y el Papa rieron juntos e intercambiaron miradas.

—Ves que tengo razón —dijo Julia—. ¡Pobre Lucrecia! Nunca ha tenido un amante.

El Papa frunció apenas el ceño; raras veces demostraba desagrado con sus seres queridos, pero Julia comprendió que su observación lo había molestado. Sin embargo, estaba demasiado segura de su poder para temer el desagrado de Alejandro.

—Es verdad —dijo en tono casi desafiante.

—Un día —dijo Alejandro— mi hija encontrará gran alegría en el amor, no lo dudo. Pero esperará hasta el momento en que esté preparada.

Lucrecia tomó la mano de su padre y la besó.

—Se preocupa más por su padre y sus hermanos que por cualquier otro —dijo Julia—. De cada hombre que ve, dice: “¡Cuán insignificante es al lado de mi padre... o de César o de Juan!”

—Lucrecia es una Borgia —dijo Alejandro— y los Borgia ven grandes virtudes en los Borgia.

—No son los únicos —dijo Julia riendo y manteniendo el brazo de Alejandro contra ella—. Te ruego, amado y Santo Padre, que nos digas quién será ahora el novio de Lucrecia.

—Un hombre de gran importancia. Su nombre es Giovanni Sforza.

—¿Es un viejo? —preguntó Julia.

—¿Qué tiene que ver la edad con el amor? —preguntó el Papa, y esta vez había un reproche en su voz.

Pero Julia fue rápida con su dulce respuesta.

—Sólo los dioses tienen el don de permanecer siempre jóvenes. Giovanni Sforza, lo juro, es tan sólo un hombre.

Alejandro rió y la besó.

—Es un buen pretendiente. Mi amada hija me bendecirá por concertar ese matrimonio. Ven, Lucrecia, ¿no me vas a mostrar tu complacencia?

Lucrecia lo besó con sumisión.

—Pero ¡he estado comprometida tantas veces! Esperaré hasta verlo y luego hasta estar casada con él antes de sentir demasiado agradecimiento.

El Papa rió. Lo divertían con sus charlas y lamentaba tener que despedirlas porque debía solucionar asuntos oficiales.

Rodeadas por sus sirvientes dejaron el Vaticano, y mientras cruzaban la plaza un vagabundo desarrapado miró a Julia con insolencia y gritó:

—¡Aquí está la esposa de Cristo!

Los ojos de Julia destellaron, pero el hombre no perdió tiempo: corrió con toda la velocidad que le permitían sus piernas y desapareció antes de que Julia pudiera enviar a alguien en su busca.

—Estás encolerizada, Julia —dijo Lucrecia—, encolerizada por las palabras de un pordiosero.

—No me preocupa que me insulten —replicó Julia—. Sabes lo que quiero decir.

—Que eres la amante de mi padre. No es un insulto. ¡Piensa en todos los que han venido a rendirte homenaje a causa de eso!

—La gente común lo considera un insulto —dijo Julia—. Me gustaría que ese hombre fuera puesto en la cárcel. Lo haría castigar.

Lucrecia se estremeció. Sabía que a menudo se cortaba la lengua a los hombres que insultaban a quienes ocupaban altas posiciones.

No quería pensar en eso. Tal vez debería aprender a contemplar esas cosas con indiferencia, como había aprendido a admitir la relación entre su padre y Julia y la aceptación por la tía Adriana de esa situación, y tal como había tenido que aceptar el hecho de que debía enriquecerse y hacerse importante aceptando sobornos. No dudaba de que con el tiempo se volvería tan indiferente como los demás en ese sentido; pero había en ella una blandura que lo hacía difícil.

Debía conformarse. Debía ser como aquellos que vivían a su alrededor. Por el momento se negaba a pensar en las cosas crueles que podían ocurrir a hombres y mujeres tan sólo porque hablaban con demasiada libertad.

Deseaba ser feliz, por consiguiente, no quería pensar en cualquier cosa que la hiciera sentir de otro modo. Se volvió hacia Julia.

—Tal vez me casaré con ese hombre, con ese Giovanni Sforza. Me gusta como suena. Tiene el mismo nombre que mi hermano.

—Hay muchos Giovanni en Italia —le recordó Julia.

—Pero no dudo que me ocurrirá algo que hará que mi padre elija otro esposo para mí. Julia, no me extrañaría no casarme nunca... pues no bien estoy comprometida con alguien, debo casarme con algún otro que sea más

grande, más adecuado.

—Con seguridad te casarás un día.

—Entonces tendré un amante... del mismo modo que lo tienes tú.

—Mi querida, los esposos no siempre son amantes. Y tienes un largo camino que recorrer antes de ser lo que soy yo.

Julia acercó su cara a Lucrecia y sonrió con su sonrisa más reservada.

—Te confiaré un secreto. El Papa es más que mi amante. Es el padre del niño que llevo en mí.

—¡Julia! ¡Vas a tener un hijo!

Julia asintió.

—Ese es el motivo por el cual me encolericé tanto cuando el vagabundo dijo lo que dijo. Creo que la noticia se está difundiendo. Eso significa que algunos de nuestros servidores son más curiosos de lo que deberían ser... y hablan demasiado.

—No los castigues por eso, Julia —dijo Lucrecia—. Es natural que sean así.

—¿Por qué te preocupas por quienes castigo?

Lucrecia dijo:

—No quiero pensar en castigos. El sol brilla en la plaza, ¿no es cierto?, ¿y acaso los apartamentos de mi padre no eran muy hermosos? Pronto César y Juan regresarán, y tendré un esposo. Hay muchas cosas que me hacen feliz. Por eso, no deseo pensar en nadie que no se sienta bien.

—Hay veces —dijo Julia— en que eres muy simple; y hay veces en que pareces muy difícil de comprender.

Lucrecia estaba en su apartamento del palacio de Santa María, y sus siervas y mujeres la ayudaban a vestirse. Una ajustaba la cinta de su túnica, en tanto que otra colocaba un adorno con joyas en su pelo.

Los arreglos para su matrimonio habían avanzado considerablemente; don Gasparo, el pretendiente rechazado, había sido aplacado con un regalo de 3.000 ducados; y toda Italia hablaba de la alianza entre los Borgia y los Sforza. Algunos veían en esa alianza una amenaza para su seguridad, y della Rovere había decidido que estaría más seguro fuera de Roma. Ferrante de Aragón se sentía inquieto por la alianza y aguardaba con aprensión lo que podría significar.

En la mente de Lucrecia no había dudas de que este compromiso había llegado a un punto que no había alcanzado ninguno de los otros, y parecía casi seguro que se casaría con Giovanni Sforza.

Por tal motivo, cuando un paje pidió permiso para entrar y dijo a una de sus asistentes que un noble caballero había llegado al palacio y pedía verla, Lucrecia pensó inmediatamente que había llegado Giovanni Sforza.

Desde luego, era una actitud errónea. No debía presentarse

informalmente; debía haber una procesión ceremonial por la ciudad; la hija del Papa y su prometido no debían encontrarse como cualquier hombre o mujer de servicio; pero hubiera sido tan agradable y romántico hacerlo. Ella alisó los pliegues de su túnica de brocado y se miró en el pulido espejo metálico. Era hermosa; anhelaba experimentar esa especie de amor del cual hablaba Julia.

Lucrecia contestó:

—Dile que lo recibiré.

Pero cuando ella se dio vuelta, el visitante estaba de pie en el umbral y al verlo Lucrecia olvidó el anhelo romántico que había tenido de ver a su futuro esposo.

—¡César! —exclamó, y olvidando todas las ceremonias corrió hacia él y se arrojó en los brazos de su hermano.

Escuchó su risa, una risa de triunfo, de pasión, algo que ella no comprendía pero amaba. Lucrecia tomó su mano y la besó muchas veces.

—¿Estás contenta de verme, Lucrecia?

—Ha pasado mucho tiempo —exclamó ella.

—¿Pensaste en mí de vez en cuando?

—Todos los días, César, todos los días de mi vida. Nunca me arrodillé ante la Madonna en mi cuarto sin mencionar tu nombre.

César miró con impaciencia a las mujeres que rodeaban a Lucrecia. Era como si hubiera un nuevo elemento en el cuarto, dominando todos los demás; las mujeres parecían diferentes, estaban de pie como criaturas que se hubieran convertido en piedra. Sin embargo, casi parecían encogerse. Lucrecia recordó que en el cuarto de niños de la casa de su madre, los sirvientes y las sirvientas se asustaban de César.

Dijo:

—Dejadnos. Mi hermano y yo tenemos mucho para hablar, y lo que hablemos es sólo para nuestros oídos.

No fue necesario decirlo dos veces.

El hermano y la hermana se rodearon con los brazos y César la atrajo hacia la ventana.

—Quiero mirarte —dijo—. Cómo has cambiado, mi Lucrecia.

Hubo ansiedad en los ojos de la muchacha.

—César, ¿estás disgustado con el cambio?

César la besó.

—Me encanta —dijo.

—Cuéntame tu vida. Has estado en muchas partes del mundo. Eres un arzobispo, aunque eso suene extraño. Mi hermano César, arzobispo de Valencia. Tendré que estar muy compuesta cuando me encuentre contigo. Debo recordar que eres un santo varón de la Iglesia. Pero ¡César! ¡No pareces un arzobispo! ¡Este jubón que llevas! Veo que está bordado con oro. ¡Y qué pequeña tonsura! Un simple cura tendría una tonsura más grande.

Sus ojos ardieron súbitamente, cerró los puños, y Lucrecia advirtió que

temblaba por la cólera.

—¡No me hables de estas cosas! Lucrecia, te pido que no hables más. ¡Arzobispo de Valencia! ¿Parezco un arzobispo? Te diré, Lucrecia, no me obligarán a continuar esta vida. Nunca me sentí dispuesto a pertenecer a la Iglesia.

—No, César, pero...

—Pero uno de nosotros debe entrar en la Iglesia. Uno de nosotros, y ése debo ser yo. Soy el mayor, pero soy el que debe hacerse a un lado para mi hermano. Él estará pronto en casa. Podemos imaginarnos los preparativos que se harán para él. ¡Juan, duque de Gandia! Nuestro padre se preocupa más por un pequeño dedo de su pie que por todo mi cuerpo.

—No es verdad —exclamó ella, acongojada—. No es verdad.

—Es verdad. —En sus ojos había una mirada asesina, cuando se volvieron hacia ella—. No me contradigas, pequeña, cuando te digo que es verdad. No me quedaré en la Iglesia, no me quedaré...

—Debes decirlo a nuestro padre —dijo Lucrecia, tratando de calmarlo.

—No me escuchará. Pero por todos los santos, lo juro.

Fue hacia el altar y elevando sus manos como alguien que está por hacer un solemne juramento exclamó:

—Santa Madre de Dios, juro que no descansaré hasta ser libre de llevar la vida que quiero. No permitiré que nadie me ate y me dirija. Yo, César Borgia, desde hoy en adelante, yo, César Borgia, seré mi propio amo.

Había cambiado, según lo comprendió Lucrecia: se había vuelto más violento, y ella lo temía.

Ella posó en forma suplicante su mano sobre el brazo de él.

—César —dijo— tendrás lo que deseas. Nadie te dirigirá. No serías César si lo permitieras.

Se volvió hacia ella y pareció que toda la cólera que sentía lo abandonaba, pero Lucrecia advirtió que aún temblaba por la violencia de sus emociones.

—Hermanita —dijo— hemos estado separados durante mucho tiempo.

Lucrecia estaba ansiosa de dejar el tema de la Iglesia.

—De vez en cuando he recibido noticias de lo que hacías y de la forma en que sobresalías en tus estudios.

Él tocó su mejilla con suavidad.

—Sin duda alguna has escuchado muchos relatos con respecto a mí.

—Relatos de hazañas audaces.

—¿Y alocadas?

—Has vivido como viven los hombres... los hombres que no deben responder de sus actos ante nadie.

César sonrió con ternura.

—Sabes cómo aplacarme —dijo—. Y a ti te casarán con ese bruto de Pesaro, y sin duda alguna te apartarán de mí.

—Nos visitaremos a menudo, César... todos nosotros, tú, Juan...

Goffredo...

Su rostro se ensombreció.

—Juan —exclamó en forma sarcástica—. Estará ejecutando sus brillantes campañas, sometiendo a toda Italia con sus ejércitos. Tendrá poco tiempo para estar con nosotros.

—Entonces estarás contento, César, porque siempre lo has odiado.

—Y tú... al igual que todos los demás... lo adoraste. Era muy hermoso, ¿no es cierto? Nuestro padre lo adoraba hasta tal punto que me obliga a entrar en la Iglesia, cuando es allí donde debería estar Juan.

—Ven, háblame de tus aventuras. Fuiste un joven alegre, ¿no es cierto? Todas las mujeres de Perugia y Pisa estaban enamoradas de ti, y tú, según todo lo que he oído decir, no sentías indiferencia por ellas.

—Ninguna de ellas tenía un pelo tan dorado como el tuyo, Lucrecia. Ninguna de ellas sabía cómo aplacarme con palabras dulces, como las tuyas.

Ella apoyó su mejilla en la mano de César.

—Eso es natural. Nos comprendemos el uno al otro. Estuvimos juntos mientras fuimos pequeños. Por eso, entre todos los hombres que he visto, no hubo ninguno que fuera tan hermoso a mis ojos como mi hermano César.

—¿Y qué ocurre con respecto a tu hermano Juan? —gritó él.

Lucrecia, recordando los antiguos juegos de coquetería y rivalidad fingió reflexionar.

—Sí, era muy hermoso —dijo ella; luego, observando que la sombría mirada volvía al rostro de César, agregó con rapidez—: Por lo menos siempre pensé así mientras no lo comparé contigo.

—Si estuviera aquí, no hablarías así —la acusó César.

—Lo haría, te juro que lo haría. Pronto estará aquí. Entonces te mostraré que te quiero más.

—¡Quién sabe qué alegres modales ha adquirido en España! Sin duda alguna será irresistible para todos, como lo es ahora para mi padre.

—No hablemos de él, César. ¿Sabes que estoy por tener un esposo?

César apoyó sus manos sobre los hombros de Lucrecia y la miró en la cara.

Dijo con lentitud:

—Preferiría hablar de mi hermano Juan, de su belleza y de sus triunfos que de este tema.

Los ojos de Lucrecia se dilataron, y su inocencia indujo a César a una ternura que no le era habitual.

—¿No te gusta esta alianza con los Sforza? —preguntó ella—. He oído decir que el rey de Aragón está sumamente disgustado. César, tal vez, si te opones a este matrimonio y tienes buenas razones... tal vez si hablas con nuestro padre...

—Pequeña Lucrecia —dijo él en forma calma—, mi querida hermana, sea quien fuere el que elijan como tu esposo, lo odiaré.

Transcurría el caluroso mes de junio, y en toda la ciudad se desplegaban las banderas. El león de los Sforza estaba lado a lado del toro de los Borgia, y todos los pórticos, todos los techados, así como las calles, se habían llenado de gente para observar la entrada en Roma del prometido que el Papa había elegido para su hija.

Giovanni Sforza tenía veintiséis años, y era un viudo de carácter taciturno, algo suspicaz con respecto al negocio que se le estaba ofreciendo.

La niña de trece años que debía ser su esposa no significaba nada para él, como tal. Había oído decir que era hermosa, pero Giovanni era un hombre de carácter frío, que no se dejaría seducir por la belleza. Las ventajas del matrimonio podrían ser evidentes para algunos, pero él no confiaba en el Papa Borgia. La magnífica dote que había sido prometida con la muchacha —31.000 ducados—, sería retenida hasta la consumación del matrimonio, y el Papa había establecido estrictamente que la consumación no se produciría todavía, porque Lucrecia era por demás joven; y si ella muriera sin hijos, los ducados debían pasar a su hermano Juan, el duque de Gandia.

Sforza no era un joven impetuoso. Esperaría, antes de congratularse, para ver si había algo que lo justificara.

Tenía una timidez natural, que podía deberse al hecho de que provenía de una rama secundaria de los Sforza de Milán; era hijo ilegítimo de Costanzo, señor de Cotignolo y de Pesaro, a pesar de lo cual había heredado las posesiones de su padre; carecía de dinero, y el matrimonio con los acaudalados Borgia parecía una perspectiva excelente; era ambicioso, y si hubiera podido confiar en las intenciones de Alejandro, habría estado muy contento con el matrimonio.

Pero no pudo evitar sentirse incómodo cuando las trompetas y los bugles anunciaron su llegada mientras pasaba por la Porta del Popolo, donde los cardenales y los altos dignatarios habían enviado a importantes miembros de sus escoltas para saludarlo y darle la bienvenida a Roma.

En esa procesión cabalgaban dos hombres jóvenes, ataviados de una manera más magnífica que cualquier otro. Eran dos de los hombres más notablemente elegantes que Sforza había visto nunca, y por su porte, adivinó quiénes debían ser. Agradeció poder tener un buen aspecto en su caballo de Berbería, con sus ricas prendas y los collares de oro que le habían prestado para esa ocasión.

El más joven era el duque de Gandia, recién vuelto de España. Era muy hermoso, por cierto, algo solemne en ese momento, porque se trataba de una ocasión ceremonial, y al haber estado algunos años en una corte española, Juan había adquirido los modales de un español. Sin embargo, podía ser alegre y despreocupado, eso era evidente.

Pero fue el mayor de los hombres el que exigía y atraía la atención de Sforza. Era César Borgia, arzobispo de Valencia. De este hombre había

escuchado relatos que lo estremecían al recordarlos. También él era hermoso, pero se trataba de una belleza melancólica. Sin duda alguna era atractivo, dominaba cualquier escenario; Sforza tenía conciencia de que las mujeres que miraban la procesión desde los pórticos y los balcones, concentraban en su mayoría su interés en ese hombre. ¿Qué había en él? Estaba vestido con elegancia; también lo estaba su hermano. Sus joyas resplandecían, pero no más que las de su hermano. ¿Era la forma en que él se presentaba? ¿Era un orgullo que superaba todos los orgullos? ¿Una certeza de que era un dios entre los hombres?

Sforza no se preocupó por seguir pensando en el tema. Sólo sabía que si bien sospechaba de Alejandro, se sentía aún más incómodo con respecto a su hijo.

Pero ahora el saludo era amistoso; la bienvenida, cálida.

La cabalgata cruzó Campo di Fiore con los jóvenes en el centro —César, Sforza y Juan— a través del puente de San Angelo, para detenerse ante el palacio de Santa María in Portico.

Sforza levantó los ojos. Allá, en el pórtico, con el cabello brillante como el oro expuesto al sol, se hallaba una niña ataviada con un vestido de raso carmesí, decorado con rubíes y perlas. Se apoyaba en un pilar y la luz solar se posaba sobre sus manos, deslumbrantes por las joyas que llevaba.

Lucrecia miró a sus hermanos y al hombre que debía ser su esposo.

Tenía trece años y quienes la rodeaban no habían logrado despojarla de sus ensueños románticos. Sonrió y levantó las manos en señal de bienvenida.

Sforza la miró con aspecto severo. Su belleza juvenil no lo conmovió. Percibía la presencia de sus hermanos a ambos lados, y continuaba preguntándose hasta qué punto podía confiar en ellos y en el Papa.

El palacio de Santa María se encontraba en un estado de excitación febril: las modistas y las peluqueras llenaban la antesala, el capellán de Lucrecia había permanecido con ella durante tanto tiempo, preparándola espiritualmente, que aquellos que debían prepararla físicamente se impacientaban.

En medio de un calor intenso —era el mes de junio—, Lucrecia se sentía aplastada por el peso de su vestido de bodas, bordado con hilos de oro y decorado con joyas que habían costado 15.000 ducados. Su pelo dorado estaba recogido en una red adornada con relucientes piedras preciosas. Adriana y Julia habían insistido personalmente en pintarle la cara y en depilarle las cejas de tal modo que pudiera parecer una elegante dama a la moda.

Lucrecia no se había sentido nunca tan excitada en toda su vida. Tal vez su vestido fuera demasiado pesado para estar cómoda en ese día caluroso, pero eso le preocupaba poco, pues le encantaba adornarse.

Pensaba en la ceremonia, en la gente que se reuniría para verla cuando cruzara desde el palacio hasta el Vaticano, pensaba en sí misma, serenamente hermosa, heroína de esta espléndida ocasión, con sus pajes y sus siervas

derramando guirnaldas de flores bien olientes ante ella a medida que caminaba. Apenas si pensó en su prometido. Según lo había podido apreciar hablando con quienes estaban cerca de ella, el matrimonio no era un tema por el cual habría que preocuparse mucho. Giovanni Sforza parecía viejo, y no sonreía con mucha frecuencia: sus ojos no tenían el brillo que ostentaban los de César y los de Juan. Era diferente: tenía un aspecto solemne y parecía algo severo. Pero el matrimonio no iba a ser consumado y, según le dijo Julia, no necesitaba preocuparse por él si no quería hacerlo. Continuaría residiendo en Roma, de tal modo que para Lucrecia el matrimonio significaba tan sólo una brillante ceremonia, en que ella era la figura principal.

Julia batió palmas de pronto y dijo:

—Traed a la esclava para que Madonna Lucrecia pueda verla.

Las siervas se inclinaron y de pronto apareció una negra enana frente a Lucrecia. Resplandecía con un vestido dorado, con el pelo recogido en una red enjoyada, y su vestido era una exacta réplica del deslumbrante vestido de su hermosa ama. Lucrecia demostró su regocijo con una exclamación, pues la piel y el pelo negro de la enana destacaban aún más la blancura de Lucrecia.

—Ella llevará tu cola —dijo Adriana—. Será a la vez divertido y delicioso de contemplar.

Lucrecia estuvo de acuerdo, y dirigiéndose a una mesa en que había una fuente con confituras, tomó una y la deslizó en la boca de la negra.

Los ojos oscuros brillaron con el afecto que la mayoría de las siervas —en especial las esclavas— sentían por Madonna Lucrecia.

—Ven —dijo Adriana con severidad—, aún queda mucho por hacer. Trae las almohadillas perfumadas con las joyas.

Cuando Magdalena se dirigía a la puerta, retuvo de pronto el aliento, pues había entrado un hombre, y los hombres no debían entrar en el cuarto de una dama cuando se la estaba vistiendo; pero el señor César no acataba ninguna regla, ninguna ley, salvo la propia.

—Mi señor... —comenzó a decir Adriana, pero César la silenció frunciendo el ceño.

—César, ¿qué piensas de mi vestido? —gritó Lucrecia—. Dime si me admiras ahora.

César hizo caso omiso de lo que ella le decía y, mirando directamente a Adriana, dijo:

—Deseo hablar con mi hermana... solo.

—Pero, mi señor, tenemos poco tiempo.

—Deseo hablarle solo —repitió—. ¿No he hablado con claridad?

Aun Adriana se acobardaba ante ese arrogante joven de dieciocho años. Habían llegado hasta ella rumores acerca de su vida en las universidades de Perugia y Pisa, y el carácter extraño de esos rumores la había hecho estremecer. A menudo quienes se oponían a este altanero hijo del Papa sufrían accidentes, y ella no se sentía tan poderosa como para arriesgarse a ofenderlo.

—Dado que lo pedís, así sea —contemporizó ella— pero, mi señor, os

ruego que recordéis que no debemos llegar tarde al Vaticano.

César asintió con la cabeza, y Adriana hizo un signo a todas las asistentes para salir con ella.

Cuando salieron, Lucrecia exclamó.

—César, hay poco tiempo. Yo debería estar preparada...

—Deberías estar preparada para darme un poco de tu tiempo. ¿Has olvidado, ahora que tienes un prometido, que me juraste que nunca amarías a nadie como me amabas a mí?

—No lo olvido, César. Nunca lo olvidaré.

Pensaba en la forma en que cruzaría la plaza, imaginaba los gritos de admiración; podía oler el incienso y el aroma de las flores.

—No piensas en mí —dijo César—. ¿Quién lo hace? Mi padre me frustra y tú... tú eres tan casquivana como cualquier ramera.

—Pero, César, éste es el día de mi boda.

—Hay poco que alegrarse. ¡Sforza! ¿Lo consideras un hombre? Sin embargo, preferiría verte casada con él que con algún otro, pues juro que es apenas más que un eunuco.

—César, no debes estar celoso.

César rió. Se acercó a ella y le asió el cuello en un gesto que ella recordaba muy bien. Lucrecia gritó alarmada, porque temía por su red enjoyada.

—El matrimonio no se consumará. —César rió—. Le hice comprender a nuestro padre hasta qué punto esa decisión era sabia, pues, quién sabe, si la situación cambia es posible que estos Sforza no sean dignos de nuestra amistad, y entonces podría ocurrir que el Santo Padre deseara no haber estado tan ansioso de casar a su hija.

—César, ¿por qué estás tan disgustado con este matrimonio? Sabes que debo casarme, y que da igual en cuanto a mi amor por ti. No podría amar a nadie como te amo a ti.

Él continuaba asiéndola por la garganta; sus dedos le dejarían marcas —siempre las dejaban— y ella deseaba pedirle que la soltara, pero no se atrevía. Disfrutaba estando con él, como siempre había ocurrido, pero ahora esa excitación que él despertaba tenía sus raíces en cierto temor que ella no comprendía y que la repelía, al mismo tiempo que la atraía.

—Creo que es así —dijo él—. Sea lo que fuere que nos pase a ti y a mí... siempre habrá este vínculo entre nosotros. Lucrecia y César... somos una sola persona, hermanita, y ningún esposo tuyo ni esposa mía podrían cambiarlo nunca.

—Sí, sí —dijo ella sin aliento—. Es verdad. Sé que es verdad.

—Yo no estaré en la cena después de la ceremonia —dijo César.

—Oh, debes estar, hermano. Espero tanto bailar contigo.

César miró sus hábitos de arzobispo.

—No corresponde, hermana, que los hombres de la Iglesia bailen. Bailarás con tu hermano, el duque de Gandia. Será una espléndida pareja, no

lo dudo.

—¡César, estarás seguramente allí!

—En tu celebración nupcial, con seguridad no estaré. ¿Piensas que puedo tolerar verte contenta en ese momento?

—Juan estará allí y tal vez Goffredo...

—Un día, hermana, comprenderás que mi sentimiento por ti es más fuerte que todo lo que Juan pueda sentir por cualquiera.

Había exclamaciones en la plaza y César fue a la ventana.

Lucrecia estaba de pie a su lado, pero ya no sentía el mismo placer por toda la pompa que se estaba preparando para ella, pues percibía agudamente la forma en que los puños de César se apretaban y se abrían y la colérica expresión de su rostro.

—Allí viene —dijo César—. El elegante duque de Gandia.

—Me va a conducir al Vaticano —dijo Lucrecia—. Ahora ya debería estar preparada. Llegaremos tarde. César, debemos permitir que Adriana y Julia vuelvan. Juan está aquí, y aún no estoy lista.

Adriana, al ver que Juan se acercaba, decidió que era necesario arriesgarse a afrontar la cólera de César, y entró en el cuarto, seguida por Julia y las asistentes de Lucrecia.

—El duque está aquí —dijo—. Ven ahora, déjame ver si tu red está en su lugar. Ah, sí, ¿y dónde está la enana negra? Aquí, enana. Toma la cola de Madonna Lucrecia y quédate allí...

César observó los preparativos con el ceño fruncido, y Lucrecia, al percibirlo, sintió que sus celos estaban ensombreciendo ese día feliz.

Juan entró.

Había cambiado mucho desde su partida a España. Alto y muy elegante, había llevado una vida de libertinaje, pero a los diecisiete años eso había dejado muy pocas marcas en su rostro. Llevaba una barba rubia que suavizaba la crueldad sensual de su boca, y sus ojos, pálidos, transparentes y muy parecidos a los de Lucrecia, si bien de formas hermosas y pestañas oscuras, carecían de la serena gentileza de los de su hermana y eran, por contraste, fríos y duros. Pero tenía la fascinación de los Borgia, que había heredado de su padre. Su atuendo era fino y colorido. Consistía en un traje turco a la francesa, tan largo que barría el piso, hecho de tela con hilos de oro, con perlas inmensas bordadas en las mangas y una capa adornada con una enorme piedra preciosa; en verdad constituía un magnífico espectáculo. Las joyas centelleaban sobre su persona, y alrededor del cuello había un largo collar compuesto enteramente de rubíes y perlas.

Lucrecia retuvo el aliento al mirarlo.

—Juan —exclamó—, tienes un aspecto magnífico.

Por un instante, olvidó las miradas furiosas de César, quien consideraba que esa situación simbolizaba el deseo de su padre de humillarlo. Aquí, ante Lucrecia, estaban sus dos hermanos, los rivales; y uno de ellos, por obra y gracia de su padre, podía llegar ataviado como un príncipe, mientras que el

otro debía llevar los hábitos comparativamente grises de la Iglesia.

César sintió que lo acometía uno de sus ataques de cólera. Cuando lo asaltaban, deseaba poner sus manos alrededor de las gargantas de quienes provocaban esos estados de ánimo, y apretar y apretar hasta que lograba apaciguar su vanidad herida con los gritos de clemencia que escuchaba.

No podía apretar esa elegante garganta. Centenares de veces en su vida había deseado hacerlo. No se debe tocar al amado del Papa. Un día, pensaba, sería incapaz de contenerse.

Juan, comprendiendo el estado de ánimo de su hermano, los miraba furtivamente, a él y a Lucrecia.

—Ah, mi hermanita, mi amada Lucrecia, dices que soy magnífico, pero tú.... tú eres como una diosa. No puedo creer que seas mi hermosa hermanita. Ningún ser humano podría tener tal belleza. ¡De qué manera resplandeces! ¡Cómo brillas! Aun mi señor el arzobispo parece más brillante porque estás cerca de él. He oído decir que no vas a venir a la fiesta de nuestro padre, hermano. Tal vez esté bien así. Las vestiduras sombrías que llevan ustedes, los hombres de la Iglesia, pueden tener un efecto moderador, y esta noche sólo debe haber alegría.

—¡Silencio! —gritó César—. ¡Silencio, digo!

Juan enarcó las cejas y Adriana exclamó:

—Mi señor, debemos ir. Tal como van las cosas, llegaremos tarde.

César giró y salió de la habitación. Su asistente, que había estado esperando fuera del apartamento, se preparó para seguirlo. César se dirigió al muchacho: era apenas más que eso.

—Sonríes —dijo—. ¿Por qué?

—¿Mi señor?

César tomó al muchacho de la oreja. El dolor era casi intolerable.

—¿Por qué? —aulló César—. Pregunté por qué.

—Mi señor... yo no sonrío.

César golpeó la cabeza del muchacho contra la pared.

—En tal caso mentirías. Has estado escuchando, y lo que escuchaste te divertió.

—¡Mi señor... mi señor!

César tomó bruscamente al muchacho por el brazo y lo empujó por las escaleras. El muchacho levantó las manos al caer y César escuchó sus gritos mientras se precipitaba de cabeza por las escaleras. Escuchó, con los ojos entornados, la boca ligeramente hundida. Los gritos de dolor de otros seres nunca dejaban de apaciguar el dolor que albergaba en su seno, el dolor nacido de la frustración y el temor de que hubiera alguien en el mundo que no reconociera su suprema importancia.

Conducida por su hermano Juan, Lucrecia entró en el nuevo

apartamento del Papa en el Vaticano. Los apartamentos ya estaban atestados de la gente más importante de Roma y representantes de las cortes de otros estados y ducados.

Lucrecia había olvidado a César en la excitación producida por el cruce de la plaza desde el palacio hasta el Vaticano; las exclamaciones del pueblo resonaban en sus oídos y aún podía oler el aroma de las flores que habían sido derramadas a su paso. Y aquí, en el trono papal, estaba su padre, espléndido en sus hábitos blancos y dorados, sus ojos brillantes de amor y orgullo al posarse sobre ella. Sin embargo, esos ojos se desviaron con rapidez hacia su amada y hermosa Julia, que estaba a un lado de Lucrecia: al otro lado se encontraba otra hermosa muchacha, Lella Orsini, que acababa de casarse con el hermano de Julia, Angelo Farnese.

El prometido se adelantó. Parecía casi andrajoso, comparado con el esplendor de Juan, el hermano de la novia. Giovanni Sforza, consciente de que carecía de la elegancia española del duque de Gandia, recordaba que incluso el collar que llevaba le había sido prestado.

En cuanto a Lucrecia, apenas si tenía conciencia de él. Para ella, este matrimonio no era más que una brillante mascarada. Sforza debía estar allí porque sin su presencia ella no podía desempeñar su papel, y como el matrimonio no se consumaría durante un plazo prolongado, Lucrecia sabía que su vida continuaría exactamente del mismo modo que hasta entonces.

Se arrodillaron juntos sobre un almohadón a los pies de Alejandro y cuando el notario preguntó a Sforza si tomaba a Lucrecia como su esposa, el novio contestó en tono alto y resonante:

—¡Lo haré de buena gana!

Lucrecia repitió sus palabras. El obispo colocó los anillos en sus dedos, mientras que un miembro de la nobleza mantenía su espada desenvainada sobre sus cabezas. Después de eso, el obispo predicó un conmovedor sermón sobre la santidad del matrimonio, al cual ni Lucrecia ni su esposo prestaron mucha atención.

Alejandro estaba impaciente. Había demasiadas ceremonias por el estilo en su vida, y estaba ansioso por entregarse a la diversión.

Luego comenzaron las celebraciones, y hubo muchos hombres de la Iglesia presentes que se preguntaron por qué le era tan fácil al Papa dejar de lado su papel de Santo Padre y convertirse en el anfitrión jocosos que está decidido a que todos se regocijen en la boda de su hija.

Nadie rió con más ganas que el Papa ante los chistes más bien subidos de tono que circularon y que eran considerados como parte necesaria de una celebración de bodas.

Se representó una comedia para diversión de los presentes y se cantaron canciones obscenas; se formularon y contestaron adivinanzas, y todo hacía

alusión maliciosa al estado matrimonial. Centenares de kilos de dulces fueron distribuidos entre los huéspedes, y se sirvió en primer término al Papa y a todos los cardenales, seguidos por la novia y el novio, las damas, los prelados y los invitados restantes. Hubo gran hilaridad cuando se deslizaban dulces en los corpiños de las damas y carcajadas cuando se los recuperaba. Cuando los presentes se cansaron de este juego, los restos de los dulces fueron arrojados por las ventanas, y la muchedumbre que esperaba en la plaza luchó por obtenerlos.

Más tarde el Papa ofreció una cena en el salón pontifical y después de que los invitados la disfrutaron comenzó el baile.

La desposada se sentó al lado de su esposo, que lanzaba miradas furiosas a los bailarines; le disgustaban esos entretenimientos y esperaba que la fiesta terminara. No le ocurría lo mismo a Lucrecia; deseaba que su esposo le tomara la mano y al condujera hasta el baile.

Le echó una mirada de reojo. Giovanni parecía muy viejo, pensó ella, muy rígido.

—¿No te gusta bailar? —le preguntó.

—No me gusta bailar —contestó él.

—Pero la música ¿no te inspira a hacerlo?

—Nada me inspira a hacerlo.

Los pies de Lucrecia estaban golpeteando el piso, y su padre la miraba; el rostro de Alejandro estaba ligeramente enrojecido por tanta fiesta y diversión, y ella sabía que su padre comprendía lo que sentía. Lucrecia observó que Alejandro echaba una mirada a su hermano Juan, que había interpretado la mirada. En un instante estuvo a su lado.

—Hermano —dijo— como no invitas a mi hermana a bailar, lo haré yo.

Lucrecia miró hacia su esposo, pensando que tal vez ahora debería pedirle permiso; se sentía un poco aprensiva, sabiendo que ninguno de sus hermanos permitiría que nadie se interpusiera en el camino de lo que deseaban hacer.

No necesitaba preocuparse. A Giovanni Sforza le era del todo indiferente, que su esposa bailara o permaneciera a su lado.

—Ven —dijo el duque de Gandia—. Una desposada debe bailar en su boda.

La llevó al centro mismo del baile y teniéndola de la mano, le dijo:

—Oh, hermana mía, eres la más hermosa del baile, lo cual es tal como debe ser.

—Querido hermano —le contestó ella—, creo verdaderamente que eres el más hermoso de todos los hombres.

El duque inclinó la cabeza y sus ojos brillaron al mirarla, divertidos y apasionados, como lo habían sido en los días del cuarto de niños.

—César estaría loco de envidia si nos viera bailar juntos.

—Juan —dijo ella rápidamente—, no deberías provocarlo.

—Es uno de los placeres de mi vida —murmuró él— provocar a César.

—¿Por qué, Juan?

—Alguien debe provocarlo y todos los demás, salvo nuestro padre, parecen tener miedo de hacerlo.

—Juan, tú no le tienes miedo a nada.

—Yo no —dijo Juan—. No temería a tu novio si al estar celoso porque su desposada me mira con tanto amor, me retara a duelo.

—No te retará. Supongo que está contento de desembarazarse de mí.

—Por todos los santos, tal vez entonces yo debería atravesarlo con mi espada por descuidar a mi hermosa hermana. ¡Oh, Lucrecia, qué feliz me siento de estar una vez más contigo! ¿Has olvidado los días que pasamos en la casa de nuestra madre... las peleas, los bailes? ¡Ah, esos bailes españoles! ¿Los recuerdas?

—Los recuerdo, Juan.

—¿Y no crees que son más sugestivos, más llenos de significado que los de Italia?

—Sí, Juan.

—Entonces los bailaremos, tú y yo...

—Juan, ¿nos atreveremos?

—Nosotros, los Borgia, nos atrevemos a todo, hermana. —La atrajo hacia él y había una luz en sus ojos, que le hizo recordar a César—. No olvides —prosiguió— que aunque te has casado con un Sforza, eres una Borgia... siempre una Borgia.

—No —contestó ella, y quedó casi sin aliento por la repentina excitación—. Nunca lo olvidaré.

Uno por uno los demás bailarines se apartaron, de tal modo que después de un cierto tiempo nadie bailaba, salvo el duque de Gandia y su hermana. Las danzas eran las de España, palpitantes de pasión, el tipo de baile que dos osados podrían haber realizado juntos, expresando amor, deseo, satisfacción.

El largo pelo de Lucrecia se escapó de su red en el abandono de la danza, y hubo muchos que cuchichearon:

—¡Extraño es que un hermano y una hermana bailen de este modo mientras el esposo mira!

El Papa contemplaba la escena con benigno afecto. Allí estaban sus hijos amados, y no le parecía extraño que bailaran así: Lucrecia, expectante, en el umbral de la femineidad, y Juan, con la luz de un demonio en los ojos y una maliciosa mirada por sobre el hombro hacia el esposo sombrío, y tal vez hacia otro, otro que habría deseado estuviera presente para que contemplara esa danza casi ritual con su hermana.

Giovanni Sforza bostezaba con indiferencia. Sin embargo, era menos indiferente de lo que parecía. No es que experimentara ningún sentimiento profundo hacia la niña de cabellos dorados que era su esposa; pero se le había ocurrido que los Borgia eran una familia extraña, ajena a Roma; su sangre española los hacía así; se sentía levemente incómodo sentado allí, y aunque se encontraba en un estado de semiinconsciencia por las muchas comidas y el

vino, por el excesivo calor, por las excesivas celebraciones, escuchaba una voz de advertencia en su interior: “¡Desconfía de estos Borgia. Son gente extraña, anormal. Con ellos, se debe estar preparado a cualquier cosa... por más asombrosa, por más extraña que sea. Cuidate... cuidate de los Borgia!”

## LUCRECIA CASADA

Las semanas que siguieron a su boda estuvieron llenas de placer para Lucrecia. Vio poco a su esposo, y sus hermanos estuvieron constantemente con ella. La antigua rivalidad revivió, y aunque Lucrecia tenía conciencia de que ahora existía un elemento aún más peligroso que en los días pasados en el cuarto de niños, no podía evitar sentirse estimulada.

Era una situación poco común; el novio y la desposada indiferentes el uno al otro, mientras que los hermanos de la novia se pavoneaban ante ella, como si estuvieran tratando de cortejarla, cada uno intentando persuadirla de que era uno mejor que el otro.

Los hermanos invadían los apartamentos de Lucrecia día y noche; cada uno planeaba espectáculos en los cuales desempeñaba el papel principal y Lucrecia el de homenajeadas.

Adriana protestó, pero Juan hizo caso omiso de ella, y los ojos de César se encendieron de cólera.

—¡La insolencia de esa mujer es inaguantable! —gritó, y había una amenaza en sus palabras.

También Julia protestó ante Lucrecia.

—Es una forma extraña de comportarse —declaró—. Tus hermanos te atienden como si fueras algo más que una hermana.

—No comprendes —le explicó Lucrecia—. Nos criamos juntos.

—Eso le ocurre a menudo a los hermanos y a las hermanas.

—Nuestra infancia fue diferente. Sentíamos el misterio que nos rodeaba. Vivíamos en la casa de nuestra madre, pero no sabíamos quién era nuestro padre. Nos amábamos... nos sentíamos necesarios el uno para el otro, y luego nos separaron durante mucho tiempo. Por eso nos amamos más que la mayor parte de las familias.

—Yo preferiría que tuvieras un amante.

Lucrecia sonrió con gentileza; tenía demasiado buen corazón para decir a Julia que comprendía la razón de su preocupación; el Papa aún la adoraba y ella continuaba siendo su amante favorita, pero todos los amantes de la familia de los Borgia debían estar celosos de los sentimientos de esa familia

por sus propios miembros. Julia pensaba que ahora que César y Juan estaban en Roma el amor que su padre sentía por ellos y su hermana excedía en mucho al que sentían por ella, y estaba francamente celosa.

Mientras tanto, las semanas pasaron. Lucrecia iba a Campo di Fiore a ver a Juan, que participaba en las justas; luego César intervino en una corrida de toros en el mismo lugar, actuando él mismo como el bravío matador. Organizó las cosas para que hubiera muchedumbres que lo miraran, y en el lugar de honor, donde nada se le podía escapar, estaba Lucrecia, temblando cuando lo veía enfrentar la muerte, exultante cuando lo veía triunfar.

Durante toda su vida Lucrecia no olvidó nunca esa ocasión; el momento de miedo en que vio cargar al toro y escuchó el profundo suspiro de la muchedumbre; ella misma casi se había desmayado de miedo, imaginando en un terrible segundo un mundo sin César. Pero César demostró su supremacía; ligero como un bailarín, se hizo a un lado mientras el enfurecido toro mugía pasando. ¡Qué hermoso parecía su hermano! ¡Cuánta gracia tenía! Podría haber estado danzando la antigua *farraca* —pensaba Lucrecia— esa danza en la cual un hombre imitaba su juego con el toro, tan despreocupado parecía. Nunca recordaría la *farraca* ni otras danzas sin tener presente ese momento de temor y de júbilo; siempre recordaría ese verano caluroso en Campo di Fiore y siempre sentiría que para ella César era la persona más importante del mundo.

Había estado sentada allí, aparentemente serena, pero había rezado todo el tiempo: “Madonna, mantenlo a salvo. Santa Madre de Dios, no permitas que me sea arrebatado.”

Sus oraciones fueron escuchadas. César mató su toro y vino a presentarse ante su hermana, para que todos los presentes supieran que era por ella que había toreado.

Lucrecia tomó su mano y la besó, y sus ojos habían perdido su dulzura cuando los posó sobre él. Nunca lo había visto tan feliz como en ese momento. Había dejado de lado todos los resentimientos; había olvidado que era arzobispo y Juan, duque. La multitud lo aclamaba, y Lucrecia le confirmaba la profundidad de su amor por él.

Lucrecia planeó un baile en honor de su valiente matador.

—¿Y qué ocurrirá con el héroe de la justa? —preguntó Juan.

—Para él también —dijo Lucrecia con cariño.

Deseaba que estuvieran juntos; sólo cuando percibía su intensa rivalidad podía sentir que había regresado a su infancia.

Por ese motivo, en el baile, bailó con Juan mientras César lanzaba miradas furiosas, y con César mientras Juan los contemplaba con celos ardientes. A menudo el Papa estaba presente en tales ocasiones, y había asombro entre los espectadores por el hecho de que el Santo Padre pudiera sonreír mientras sus hijos y su hija danzaban esas danzas españolas, extrañamente eróticas, y que presenciara la celosa pasión de esos dos hermanos —y el placer de la hermana— con un regocijo tan tolerante.

Se podía ver a Lucrecia cabalgando entre sus hermanos hasta Monte Mario, para ver cómo los nobles lanzaban sus halcones, riendo y haciendo apuestas con respecto a cuál de los pájaros ganaría el premio.

En cuanto a Giovanni Sforza, vivía como un extranjero en ese extraño hogar. El matrimonio aún no se debía consumir. En ese sentido, se encogía de hombros. No era un hombre profundamente interesado en tales placeres, y sus necesidades podían quedar satisfechas llamando ocasionalmente a alguna cortesana. Pero había circunstancias en que experimentaba resentimiento ante la continua presencia de esos dos jóvenes autoritarios, y en una de esas oportunidades se aventuró a protestar ante su esposa. Ella había vuelto con sus hermanos de una cabalgata y cuando se dirigió a su apartamento él la siguió allí: Giovanni se dio vuelta e indicó a sus asistentes que no lo siguieran. Obedecieron la señal y no entraron en la habitación.

Lucrecia le sonrió en forma vacilante. Deseando vivir en buenas relaciones con todos, era siempre cortés con su esposo.

Sforza dijo a su mujer:

—Llevas una vida extraña. Estás constantemente en compañía de uno de tus hermanos, o de ambos.

—¿Es extraño? —preguntó ella—. Son mis hermanos.

—Se habla de tu conducta en toda Roma.

Los ojos de Lucrecia se dilataron por la sorpresa.

—¿No comprendes lo que se murmura?

—No lo he escuchado.

—Un día —dijo Sforza— serás verdaderamente mi esposa. Desearía recordarte que ese día llegará con seguridad. Te pediría que veas menos a tus hermanos.

—No lo permitirían nunca —dijo Lucrecia—. Aun si yo lo deseara.

Hubo risas en el exterior, y los hermanos entraron en la habitación. Parados uno al lado del otro, con las piernas abiertas, no era su evidente fuerza y vigor lo que provocaba un acceso de alarma en Sforza. En ese momento sintió que había algo que temer, que aún no comprendía del todo, y que cualquier hombre normal que los convirtiera en enemigos debía sin duda alguna temer por su vida.

No estaban ceñudos, y Sforza comprendió que tal vez hubiera sido mejor si lo hubieran estado. Sonreían, y Lucrecia y su esposo podrían no haber estado en el cuarto, si se tenía en cuenta la escasa importancia que los hermanos les acordaban.

Juan dijo, mientras su mano se apoyaba ligeramente sobre su espada:

—Este hombre con quien se ha casado nuestra hermana... ha llegado a mis oídos que toma a mal nuestra presencia en su casa.

—Deberían cortarle la lengua si hubiera hecho una sugerencia tan monstruosa —dijo César con voz cansina.

—Y sin duda alguna le ocurrirá eso —agregó Juan, desenvainando a medias la espada y envainándola nuevamente—. ¿Quién es ese hombre?

—Un bastardo, hijo del tirano de Pesaro —según me han dicho.

—Y Pesaro..., ¿qué es Pesaro?

—Tan sólo una pequeña ciudad sobre la costa adriática.

—Un pordiosero... apenas más que eso, ¿eh? Recuerdo que asistió a su propia boda con un collar prestado.

—¿Qué deberíamos hacer a semejante tipo si se volviera insolente?

Juan Borgia sonrió suavemente.

—No se volverá insolente, hermano. Pordiosero puede ser, bastardo es, pero no tan loco.

Luego rieron y se fueron.

Lucrecia y Sforza los escucharon gritar y reír mientras se iban. Lucrecia corrió al balcón. Era extraño ver a los hermanos Borgia caminando juntos como amigos.

Sforza aún estaba de pie allí donde se encontraba cuando la puerta se había abierto. Durante el tiempo en que habían hablado los hermanos, se había sentido incapaz de moverse, tan fuertemente percibía una abrumadora sensación de maldad.

Lucrecia había vuelto desde la ventana y lo miraba. Había compasión en su mirada, y esa compasión era para él: por primera vez desde que lo había visto, Lucrecia sabía que sentía algo por él, y él por ella.

Sforza sabía que también ella percibía esa maldad que parecía emanar de sus hermanos.

Mientras los hermanos se alejaban, sabían que Lucrecia estaba en la ventana mirándolos. César dijo:

—Indudablemente, de este modo ese loco lo pensará dos veces antes de hablar ligeramente de nosotros de nuevo.

—¿Lo viste acobardarse ante nosotros? —dijo Juan con una risa—. Te diré, hermano, fue todo lo que pude hacer para no tener que desenvainar mi espada y darle una estocada o dos.

—Demostraste una gran moderación, hermano.

—Tú también.

Juan miró de reojo a César. Luego dijo:

—Encontramos extrañas miradas en nuestro recorrido. ¿Lo has observado?

—Raras veces nos han visto caminando así juntos, amistosamente. Esa es la razón.

—Antes de que comiences a mirarme en forma amenazadora, César, déjame que te diga esto: hay veces en que tú y yo debemos estar unidos. Todos los Borgia deben hacerlo en algunas oportunidades. Tú me odias como el favorito de mi padre, por mi ducado y la novia que tendré. La novia no es ninguna belleza, si eso te sirve de algún consuelo. Tiene una larga cara de caballo. Te gustaría tan poco como a mí.

—La tomaría a ella y al ducado de Gandia a cambio de mi arzobispado.

—Eso harías, César, eso harías, sin duda alguna. Pero los guardaré a ella

y mi ducado. No sería arzobispo ni aun si el trono papal fuera mío en el futuro.

—Nuestro padre tiene una larga vida ante él.

—Ruego al cielo que así sea. Pero, arzobispo... por favor, no me lances miradas furiosas... arzobispo, continuemos esta amistad, aunque tan sólo por una hora. Tenemos enemigos comunes. Enfrentemos a esos enemigos, como lo hicimos con Sforza hace poco.

—Y estos enemigos, ¿quiénes son?

—Los malditos Farnese. ¿No es verdad que esa mujer, Julia Farnese, pide lo que quiere a nuestro padre y se le otorga?

—Es bastante cierto —murmuró César.

—Hermano, ¿permitiremos que continúe esta situación?

—Estoy de acuerdo contigo, mi señor duque, en que convendrá ponerle fin.

—Entonces, mi señor arzobispo, reunamos nuestras cabezas y terminemos con esa desdichada situación.

—¿De qué manera?

—Julia es tan sólo una mujer, y hay otras mujeres. Tengo en mi séquito una religiosa de Valencia. Tiene belleza, gracia y el encanto de una monja. Me ha dado mucho placer. Pienso que la pondré al servicio de mi padre. También tengo una esclava mora, una belleza morena. Hacen una pareja satisfactoria: la religiosa y la esclava; una es toda reticencia de vestal, la otra... insaciablemente apasionada. Iremos a ver a nuestro padre tú y yo, y le hablaremos de las virtudes de las dos. Deseará compartirlas... y compartiéndolas, tú lo sabes, puede olvidar a la hermosa Julia. Por lo menos, no será la única compañera de juegos de sus horas de ocio. Al haber un mayor número hay mayor seguridad; cuando se trata de una sola, y rara vez de cualquier otra, se avizora peligro.

—Visitémoslo ahora. Háblale de tu religiosa y de tu esclava. Por lo menos estará deseoso de verlas, y si son lo que tú dices... bueno, puede ocurrir que aflojemos el dominio que la Farnese ejerce sobre nuestro santo padre.

Los dos jóvenes cruzaron la plaza hacia el Vaticano, mientras muchos ojos los seguían, sorprendidos ante esa nueva amistad.

En las calles se decía que un matrimonio engendraba otro, y así fue, en realidad. Juan debía hacer un matrimonio español: César estaba destinado a la Iglesia y no podía casarse; Lucrecia se había casado con Giovanni Sforza; ahora era el turno del pequeño Goffredo.

Vannozza, feliz con su esposo Carlo Canale, estaba ebria de alegría. Sus hijos venían a verla a menudo y nada la deleitaba más que ofrecerles pequeñas fiestas íntimas, para su diversión. Hablaba principalmente de sus hijos: mi hijo, el duque, mi hijo, el arzobispo, mi hija, la condesa de Pesaro. Y

ahora podría hablar en términos igualmente orgullosos de Goffredo. El Papa lo convertiría en un duque o en un príncipe muy pronto, pues pensaba organizar un gran matrimonio para él.

Esto demostraba con claridad —según pensaba Vannoza— que Alejandro ya no dudaba de que Goffredo era su hijo. Sin embargo, no era así; Alejandro continuaba dudando. Pero opinaba que cuanto más brillantes fueran los matrimonios que pudiera lograr para sus hijos, tanto mejor sería para los Borgia; deseaba haber tenido una docena de hijos; por lo tanto, era conveniente dejar de lado todas las dudas y, por lo menos a los ojos del mundo, aceptar a Goffredo como su hijo.

El momento era propicio para concertar un nuevo matrimonio de un Borgia. Ferrante, el rey de Nápoles, había observado con preocupación la creciente amistad entre el Vaticano y los Sforza de Milán.

Alejandro, por más sensual que fuera, era también un hábil diplomático. Prefería estar en buenas relaciones con las casas rivales de Milán y de Nápoles. Además, España era naturalmente favorable a la casa reinante de Nápoles, que era de origen español y mantenía las costumbres españolas en la corte.

Ferrante conocía el deseo de amistad del Papa y había enviado a su hijo Federico a Roma con propuestas que debían ser presentadas al Santo Padre.

El hijo mayor de Ferrante, Alfonso, que era heredero del trono de Nápoles, tenía una hija natural, Sanchia, y Ferrante sugería que Sanchia se desposara con el hijo más joven del Papa. El hecho de que Goffredo tuviera tan sólo once años y Sanchia dieciséis no constituía ningún inconveniente: tampoco lo era su nacimiento ilegítimo, pues la ilegitimidad no era considerada como un estigma importante en la Italia del siglo XV, aunque, desde luego, los hijos legítimos tenían prioridad sobre los naturales. El propio Goffredo era ilegítimo; en consecuencia, parecía una buena pareja.

El pequeño Goffredo estaba encantado. Acudió presuroso a Lucrecia, no bien se enteró de la noticia, para comunicársela.

—Hermana, yo también voy a casarme. ¿No es una gran noticia? Iré a Nápoles y me casaré con una princesa.

Lucrecia lo abrazó y le deseó felicidad, y el muchachito corrió por el apartamento bailando con una novia imaginaria, realizando la ceremonia que había visto ejecutar a Lucrecia con su esposo.

César y Juan visitaron a su hermano, y Goffredo corrió hacia ellos y les relató la novedad. Lucrecia advirtió que ya habían oído hablar del tema; lo comprendió por el aspecto sombrío de César. Era otra forma de recordarle que era el único entre ellos que debía permanecer soltero.

—¡Qué novio harás! —dijo Juan—. Un novio de once años para una novia de dieciséis que es, a menos que los rumores mientan... pero no importa. Tu Sanchia es una belleza, una gran belleza, mi hermano, de tal modo que cualquier cosa que pueda hacer le será perdonada.

Goffredo comenzó a caminar por el apartamento sobre la punta de los

pies para parecer más alto. Se detuvo súbitamente, con una pregunta en los ojos; luego miró a César.

—Todos están complacidos —dijo— salvo mi señor hermano.

—¿Sabes por qué está contrariado, no es cierto? —gritó Juan—. Es porque como santo varón de la Iglesia no puede haber novia para él.

El rostro de Goffredo se frunció súbitamente, y se dirigió a César.

—Si deseas una novia, mi señor —le dijo—, te daré la mía; pues no encontraría placer en ella si al poseerla te causara algún dolor.

Los ojos de César destellaron mientras miraba al muchacho. Hasta entonces no había sabido hasta qué punto lo admiraba Goffredo. El muchachito, de pie ante él, le daba a entender con claridad que consideraba a César la persona más maravillosa del mundo; y con Lucrecia y su joven hermano que lo admiraban de ese modo, César se sintió de pronto feliz.

No se preocupaba por las pullas de Juan. En su rivalidad con su hermano, se vanagloriaba pensando que algún día Juan le pagaría cada insulto, del mismo modo que cualquier otro hombre o mujer.

—Eres un buen muchacho, Goffredo —dijo.

—César, ¿crees que soy tu hermano... enteramente tu hermano, no es cierto?

César abrazó al muchacho y le aseguró que lo creía; y Lucrecia, que los contemplaba, vio desaparecer toda la crueldad y la dureza del rostro de su hermano. “Mi hermano César es seguramente la persona más hermosa del mundo”, pensaba.

Lucrecia deseaba la paz entre todos ellos. Ahora estaban todos juntos, y César se deleitaba con las cándidas palabras del muchacho. Si Juan se uniera a su círculo feliz, podrían dejar de lado la rivalidad: podrían estar tal como ella anhelaba verlos, en completa armonía.

—Tocaré canciones de boda en mi laúd y cantaremos —exclamó ella—. Supondremos que ya estamos presenciando la boda de Goffredo.

Batió palmas y una esclava le trajo su laúd; luego se sentó sobre cojines, con su pelo dorado que le caía por los hombros, y sus dedos tocaron el laúd mientras comenzaba a cantar.

Goffredo estaba de pie tras ella, y posando sus manos sobre sus hombros, cantaba con ella.

Los hermanos los observaban mientras los escuchaban, y durante un breve tiempo hubo paz entre ellos.

En esa época hubo más fiestas en el Vaticano en honor de la boda formal de Goffredo y Sanchia de Aragón, que se efectuó en los apartamentos del Papa. Federico, príncipe de Altamura y tío de la novia, tomó el lugar de ésta. La boda fue llevada a cabo en presencia del Papa con toda la ceremonia de un verdadero matrimonio.

Hubo muchas risas, porque el pequeño Goffredo, en calidad de esposo, parecía de una talla totalmente desproporcionada al lado del príncipe, que tomaba el lugar de la novia, y pronto estallaron comentarios obscenos, que no fueron contenidos por la presencia del Santo Padre, el cual, en realidad, rió con más ganas que cualquier otro e incluso se sumó a las ocurrencias.

Nada le gustaba más a Alejandro que lo que llamaba un buen chiste, y para él bueno quería decir obsceno. Federico, al verse blanco de toda la diversión y siendo en cierto modo un actor, comenzó a divertir a los invitados desempeñando el papel de la novia con un parpadeo tal y con gestos tan tímidos que lo que se estaba realizando en el Vaticano parecía más una mascarada que una ceremonia solemne.

Federico continuó con su actuación en la fiesta y en los bailes que siguieron; era una diversión de la cual nadie parecía cansarse, y las risas aumentaron cuando un miembro de la comitiva de Federico aprovechó una oportunidad para murmurar al Papa que se divertiría aún más si hubiera visto a Sanchia.

—¿Por qué? —preguntó Alejandro—. He oído decir que es una belleza.

—Es hermosa, Santidad, hasta tal punto que hace parecer sin atractivos a todas las que se encuentran a su lado. Pero nuestro príncipe se comporta como una tímida virgen. No hay nada tímido en Madonna Sanchia... y no es nada virgen, tampoco. Ha tenido gran cantidad de amantes.

Los ojos del Papa brillaron.

—Eso hace aún mejor el chiste —dijo. Llamó a César y Juan—. ¿Escuchasteis eso, hijos míos? ¿Escuchasteis lo que se acaba de decir de Madonna Sanchia, nuestra tímida virgen?

Los hermanos rieron de buena gana al oír el chiste.

—Lamento profundamente —dijo Juan— que el joven Goffredo deba ir a Nápoles, y que Sanchia no se reúna con él aquí.

—Ah, hijo mío, yo no daría mucho por las posibilidades del pobre Goffredo si ella posa sus ojos sobre ti.

—Deberíamos ser rivales en cuanto a la dama —dijo César alegremente.

—¡Una hermosa situación, por cierto! —dijo el Papa—. Tal vez sea una dama tan complaciente que actúe como una esposa para tres hermanos.

—Y tal vez para su padre —agregó Juan.

Esto divirtió inmensamente al Papa, y sus ojos se posaron con cariño en Juan.

César decidió que si Sanchia venía a Roma, sería su amante antes de ser la de Juan.

Luego sus ojos se estrecharon, y dijo agudamente:

—Nuestro pequeño Goffredo va a ser esposo. A mí se me niega ese placer. Es extraño que Goffredo se case antes que tú, hermano.

Los ojos de Juan revelaron odio, pues comprendió inmediatamente lo que César quería decir.

Alejandro se entristeció. Se dirigió a Juan.

—Ay de mí —dijo— debes volver pronto a España para tu matrimonio, querido hijo mío.

—Mi matrimonio esperará —dijo Juan con malhumor.

—Ah, hijo mío, el tiempo no se queda quieto. Me sentiré muy complacido cuando sepa que tu esposa es la madre de un hermoso muchacho.

—A su tiempo... a su tiempo —dijo Juan en tono seco.

Pero César sonreía secretamente. Los labios de Alejandro habían asumido contornos firmes. Cuando se trataba de su ambición, podía ser inflexible, y así como César había sido obligado a entrar en la Iglesia, Juan se vería obligado a ir al encuentro de su esposa española.

A César le pareció un chiste aún mejor que la imitación de Madonna Sanchia por Federico. En una época había anhelado estar en las botas de Juan, para poder ir a España a recibir grandes honores, incluyendo un ducado español; se había visto obligado a quedarse y a entrar en la Iglesia. Ahora Juan nada deseaba tanto como quedarse en Roma, y se veía obligado a partir con tanta seguridad como César había sido obligado a ingresar a la Iglesia.

César rió para sus adentros, mientras contemplaba la hosca expresión de su hermano.

Juan estaba encolerizado. La vida en Roma se adaptaba a su temperamento mucho más que el estilo español. En España, un hombre de rango se veía ahogado por la etiqueta; y Juan no sentía ninguna inclinación por la pálida novia de la larga cara, María Enriques, que había heredado de su hermano muerto. Era verdad que María era prima del rey de España y que el matrimonio con ella forjaría un fuerte vínculo con la casa real española y le aseguraría la protección real. Pero ¿qué le importaba eso a Juan? Deseaba estar en Roma, que consideraba como su hogar.

Prefería ser conocido como el hijo del Papa que como primo por matrimonio del rey de España. Había sentido nostalgias mientras estaba lejos. Se había imaginado a sí mismo cabalgando por Roma, y aunque era cínico con respecto a la mayor parte de las cosas, había lágrimas en sus ojos cuando pensaba que pasaría por la Porta del Popolo y contemplaría las carreras hasta la Piazza Venezia durante la semana de carnaval. No parecía haber nada de eso en España; los españoles eran un pueblo melancólico, en comparación con los alegres italianos. Había sentido gran placer y tristeza al pensar en la muchedumbre, en la gran tribuna de la Piazza del Popolo, donde se había reunido mucha gente para mirar la carrera de caballos sin jinetes. Cuánto había disfrutado de esas carreras, con cuánta alegría había gritado al ver que las bestias asustadas se soltaban, llevando riendas metálicas para hacer aún más ruido a medida que galopaban, y una clase diabólica de espuelas ajustadas entre la cruz y el lomo, en forma de pera, con siete puntas en el

pesado extremo que acicateaban al caballo en cada tranco. Los caballos aterrorizados, al pasar con un ruido infernal por el Corso, brindaban un espectáculo que no se podía perder. Pero en España, había notado con tristeza su ausencia. Había anhelado vagar por la Via Funari, donde vivían los cordeleros, y por la Via Canestrari, donde vivían los que fabricaban cestos, hasta la Via dei Serpenti; miraba hacia el Capitolio, pensaba en los héroes de Roma que habían sido coronados con gloria en ese lugar, y contemplaba la Roca Tarpeya, desde la cual eran despeñados los hombres culpables; reía ante el antiguo dicho de que la gloria estaba a corta distancia de la desgracia, y contestaba: “¡No para un Borgia; no para el hijo del Papa!”

Todo eso era Roma, y a Roma pertenecía él; sin embargo, su desventura era tan grande que se lo enviaba lejos de allí.

Intentó posponer la hora de su partida. Se dedicó alocadamente a los placeres. Vagaba por las calles con una banda de amigos selectos, y no había ninguna mujer joven y hermosa —o ningún hombre— que estuviera seguro, una vez que Juan posaba su mirada sobre ella o sobre él.

Prefería a las más notorias de las cortesanas. Vagaba por el distrito del Ponte en su compañía. Le gustaban las cortesanas; eran experimentadas, al igual que él; también le gustaban las muchachas muy jóvenes, y uno de sus pasatiempos favoritos consistía en seducir o forzar a novias jóvenes antes de que se celebrara su matrimonio. Sabía que nunca sería un soldado valiente, y el instinto le decía que César, que no era cobarde, conocía esa veta de cobardía que había en él y se alegraba de ella, al mismo tiempo que estaba furioso por la injusticia que había hecho de Juan un soldado y de él un hombre de Iglesia.

Juan intentaba ocultar esos ribetes de cobardía, ¿y cómo hacerlo mejor que cometiendo crueldades con aquellos que no podían vengarse? Si raptaba a una novia que estaba por casarse, ¿quién se quejaría contra el amado hijo de un Papa todopoderoso? Esas aventuras ocultaban su sensación de insuficiencia y lo hacían aparecer como un fuerte aventurero.

Había una persona en cuya compañía encontraba gran placer. Era un príncipe turco, que el Papa mantenía como rehén en el Vaticano. Djem tenía un aspecto llamativo; sus modales asiáticos divertían a Juan; su traje turco era pintoresco y era más astuto y más fríamente bárbaro que cualquier otro a quien Juan hubiera conocido.

Juan había forjado una gran amistad con Djem y a menudo se los veía juntos en la ciudad. Juan aparecía con traje turco: le sentaba bien, y Djem, con su tez morena, hacía un fuerte contraste con la rubia belleza de Juan.

Ambos estuvieron en el cortejo de Alejandro en su paso de una Iglesia a otra; y al pueblo de Roma le pareció extraño ver a esas dos prominentes figuras en un par de caballos similares, ambos con turbantes y un colorido traje oriental.

La mayoría se horrorizaba al ver al turco en esta procesión, pues se trataba de un infiel; pero Juan insistía en que su amigo lo acompañara, y el

turco sonreía ante el horror de la gente, en su propio estilo lento e indolente que, según todos sabían, era un velo para ocultar su barbarie. Luego la gente miraba al elegante duque de Gandia, cuyos ojos agudos buscaban continuamente las mujeres más jóvenes y más bonitas, marcando el lugar en que se podría encontrarlas después y señalándolas a Djem, que planeaba las aventuras de esa noche.

En ese asiático, capaz de imaginar extrañas orgías de crueldad refinada y extraordinario erotismo, Juan había encontrado un compañero apropiado.

Ese era otro motivo por el cual no deseaba dejar Roma.

En cuanto a Alejandro, conocía las quejas contra Juan; sabía que la gente se escandalizaba ante la aparición del hijo del Papa en un traje turco; pero sacudía tan sólo la cabeza y sonreía con indulgencia.

—No se propone hacer ningún daño —dijo—. Aún es joven, y está simplemente muy animado: por eso se dedica a sus alegres travesuras.

Y Alejandro estaba tan poco dispuesto a permitir que su amado Juan dejara Roma como Juan estaba a irse.

Lucrecia estaba sentada con Julia; ante ella había un bordado, y sonreía. Disfrutaba bordando el hermoso dibujo sobre la seda con hilos dorados, escarlatas y azules. Inclinandose sobre la obra parecía una niña inocente, pensaba Julia, y eso la hacía sentir ligeramente impaciente. Ahora Lucrecia era una mujer casada, y aunque el matrimonio no había sido consumado, no tenía el derecho de tener un aspecto tan infantil.

Lucrecia —reflexionaba Julia— es diferente del resto de nosotros. Es como su padre, y sin embargo carece de su sabiduría y su comprensión de la vida; tiene la misma forma de alejarse de las cosas desagradables y de negarse a creer en su existencia; además, es tolerante. Creo que disculpa la crueldad de la gente, casi como si comprendiera lo que la hace actuar de una manera cruel; y eso es parte de su carácter extraño, pues Lucrecia misma nunca es cruel.

Sin embargo, Julia se sentía impaciente en su compañía, pues estaba incómoda. Odiaba a César y Juan, pues siempre la habían hecho sentir molesta, pero ahora sabía que estaban tratando deliberadamente de desalojarla de su posición. Desde el punto de vista sexual, ella estaba fuera de alcance. Después de todo, era la amante de su padre, y el vínculo entre Julia y el Papa era fuerte, pues Alejandro no sentía hacia ella lo que sentía hacia cualquier amor liviano de una noche o dos. Como consecuencia, sus hijos, si bien la deseaban como podían desear a cualquier mujer hermosa, se veían obligados a respetarla; por lo tanto, estaban resentidos y formaba parte de su arrogancia la antipatía a cualquiera que les recordara que no podían salirse con la suya en algún sentido. El Papa dominaba a sus hijos; era la fuente de la cual afluían todas las bendiciones, y aunque era el más indulgente de los

padres, el más generoso de los benefactores, había ciertos límites más allá de los cuales aun ellos no podían ir.

El caso de Julia lo subrayaba, y ambos abrigaban resentimiento hacia ella por ese motivo. En consecuencia, trataban de destruir su influencia.

Julia se enteró de que buscaban las más hermosas muchachas de Roma y que las presentaban a su padre. (Alejandro nunca había estado interesado en sus jóvenes amistades masculinas.) El Papa había quedado muy prendado por cierta religiosa española que Juan había traído consigo en su comitiva. El resultado fue que el Santo Padre había estado demasiado ocupado para ver a Julia durante algunos días. Julia estaba furiosa y sabía a quién acusar.

Impetuosa como era, deseaba penetrar arrebataadamente en los apartamentos papales y denunciar a Juan; pero eso hubiera sido una locura. Por más que al Papa le gustaba complacer a su hermosa y joven amante, y encontrara difícil rehusar la solicitud de cualquier mujer hermosa, había alguien que le importaba más que cualquier mujer: su precioso Juan.

Y si la religiosa española estaba demostrando ser sumamente deleitable, tal vez Alejandro se sintiera apenas un poco más impaciente de lo ordinario si Julia se desataba contra Juan. Podía amar a varias mujeres con variable intensidad, pero no desmayaba nunca en su amor por sus hijos.

Julia, mirando el hermoso rostro rubio inclinado sobre los bordados, dijo maliciosamente:

—Lucrecia, estoy preocupada por Juan.

Los ojos inocentes de Lucrecia se dilataron por la sorpresa.

—¿Estás preocupada por él? Pensé que no te gustaba.

Julia rió.

—Hacemos bromas... como pueden hacerlas un hermano y una hermana. No puedo decir que lo amo como lo amas tú. Nunca podría experimentar la ciega adoración por un hermano que sientes por los tuyos.

—Creo que quieres mucho a tu hermano Alessandro.

Julia asintió. Era verdad. Quería mucho a Alessandro, hasta tal punto que estaba decidida a asegurarle su capelo de cardenal antes de que pasara mucho tiempo. Pero su cariño era distinto del afecto apasionado que parecía existir entre los hermanos Borgia y su hermana.

—Lo quiero bastante —dijo Julia suavemente—. Pero hablaba de Juan. Hay muchas murmuraciones en las calles con respecto a él.

—Siempre hay murmuraciones —susurró Lucrecia, recogiendo la aguja.

—Es verdad, pero esta vez las murmuraciones pueden ser muy perjudiciales para Juan.

Lucrecia levantó la mirada de su tarea.

—A causa de su matrimonio —prosiguió Julia con impaciencia—. He oído decir, por amigos que han llegado de España, que en la corte se habla de su comportamiento desenfrenado, de su amistad con Djem y de la forma en que pasan el tiempo. Hay cierto desagrado en esas esferas, que podría resultar perjudicial para Juan.

—¿Lo has dicho a mi padre?

Julia sonrió.

—Si viniera de mí, le podría parecer que estoy celosa de Juan. Sabe que conozco el afecto que existe entre ellos.

—Pero debería saberlo —dijo Lucrecia.

Julia estaba muy complacida. Era fácil llevar a Lucrecia por el camino en que uno necesitaba que fuera.

—Indudablemente debería saberlo. —Julia miró por la ventana, para ocultar la furtiva sonrisa que se dibujaba en sus labios—. Si proviniera de ti, tendría peso.

Lucrecia se levantó.

—En tal caso se lo diré. Se lo diré enseguida. Se afligiría mucho si ocurriera algo que impidiera el matrimonio de Juan.

—Eres sensata. Una fuente muy confiable me ha dicho que su futuro suegro está encarando la anulación de los esponsales, y que si Juan no reclama a su esposa en estos próximos meses encontrarán otro marido para ella.

—Iré a ver a mi padre inmediatamente —dijo Lucrecia—. Debería saberlo.

Julia la siguió.

—Te acompañaré —dijo— y si el Santo Padre se siente dispuesto a verme, allí estaré.

Alejandro lloró mientras abrazaba a su hijo.

—Padre —gritó Juan—, si me amas tanto como dices, ¿cómo puedes tolerar que te deje?

—Te amo tanto, hijo mío, que puedo dejarte ir.

—¿No podría haber un matrimonio que valiera más la pena para mí, aquí en Roma?

—No, hijo mío, tenemos que pensar en el futuro. Olvidas que eres duque de Gandia y que cuando estés casado con María tendrás el poder de España atrás de ti. No subestimes la importancia de este vínculo con la casa real española.

Juan suspiró, pero el Papa le rodeó el hombro con el brazo.

—Ven, mira qué regalos de boda tengo para ti y tu esposa.

Juan contempló en forma casi malhumorada las pieles y las joyas, y los cofres decorados con hermosas pinturas. En las últimas semanas los joyeros más importantes de Roma habían estado atareados comprando las mejores piedras y engarzándolas en exquisitos adornos para el duque de Gandia. Alejandro abrió un cofre y mostró a su hijo pieles de marta y armiño y collares de perlas y rubíes, hasta que logró que los ojos del joven brillaran por el deseo de usarlos.

—Ya ves, hijo mío, irás a España con todo el esplendor de un príncipe,

¿No te deleita eso?

Juan admitió a regañadientes que era así.

—Pero —agregó— aún queda mucho que lamento dejar.

El Papa lo abrazó.

—Ten la seguridad, mi adorado hijo, que no lamentas irte más de lo que yo lamento verte ir. —Alejandro acercó el rostro al de su hijo—. Cásate con tu María —dijo— y hazle un hijo. Logra un heredero... y luego, ¿por qué no deberías regresar a Roma? Puedes estar seguro de que aquí nadie te reprenderá por no permanecer allí una vez que hayas cumplido con tu deber.

Juan sonrió.

—Lo haré, padre —dijo.

—Y recuerda, Juan, que mientras estés en España debes comportarte como un español.

—Son tan solemnes...

—Sólo en ocasiones ceremoniales. Sólo te pido esto, mi querido muchacho. Cásate, logra tener un heredero y compórtate de tal modo que no ofendas a la corte de España. Al margen de eso... haz lo que quieras. Disfruta de la vida. Tu padre desearía que fueras feliz.

Juan besó la mano de su padre y lo dejó, para reunirse con Djem, que lo estaba esperando.

Cabalaron por la ciudad en una de sus aventuras, más alegres y extraños que nunca. Juan sentía que debía acumular la mayor cantidad de excitaciones posibles en el breve plazo que le quedaba.

Cuando su hijo se fue, el Papa mandó llamar a dos hombres: Ginés Fira y Mossen Jayme Pertusa.

—¿Estáis haciendo vuestros preparativos? —preguntó el Papa.

—Estamos preparados para partir hacia España en cualquier momento, Su Santidad —contestó Ginés.

—Está bien. Manteneos muy cerca de mi hijo y comunicadme cualquier cosa que le ocurra; por más insignificante que sea, deseo saberlo.

—Somos vuestros servidores, Santidad.

—Si descubriera que me habéis ocultado cualquier detalle, por más pequeño que sea, os excomulgaré, y os espera la condenación eterna.

Los hombres se pusieron pálidos. Cayeron de rodillas y juraron que informarían, en la medida de sus fuerzas, acerca de todos los detalles de la vida del duque de Gandia; no tenían otro deseo en la tierra que servir a Su Santidad.

Lucrecia había estado cabalgando hacia Monte Mario para ver los halcones, y al volver al palacio una esclava acudió a ella para decirle que Madonna Adriana la esperaba.

Lucrecia se dirigió a su apartamento, donde encontró a Adriana algo

perturbada.

—El Santo Padre desea que vayas a verlo —dijo ella—. Hay ciertas noticias.

Los ojos de Lucrecia se dilataron y sus labios se entreabrieron, una expresión característica que, junto con su mentón retraído, la hacían parecer más una niña de diez años que una muchacha que se acercaba a los catorce.

—¿Malas noticias? —preguntó, mientras el temor se asomaba a sus ojos.

—Son noticias de España —dijo Adriana—. No sé nada más.

Las noticias de España debían referirse a Juan. En realidad, durante los últimos meses nadie había logrado olvidar a Juan. Alejandro estaba preocupado en todo momento por lo que podría ocurrirle a su amado hijo.

Cuando llegaron de España malas noticias, se encerró, lloró y se sintió muy infeliz durante un día, lo cual tal vez para él era un plazo muy largo; luego se tranquilizó y dijo:

—No se puede creer en todo lo que se oye decir. Es natural que un príncipe tan espléndido tenga enemigos.

Las noticias habían sido siempre malas, de tal modo que Lucrecia experimentaba temores ante el llamado de su padre. Dijo:

—Me quitaré este traje e iré a verlo enseguida.

—Hazlo —le contestó Adriana—, está impaciente por verte.

Lucrecia se dirigió a su apartamento y Julia la siguió. Julia se sentía complacida, porque había recuperado todo su antiguo poder sobre el Papa. Había aprendido que no debía dejarse impresionar por su ligera preferencia por religiosas españolas o esclavas moras; esos deseos pasaban. Lucrecia le había hablado de la actitud de su madre hacia los amores livianos de su padre; Vannozza había reído con indulgencia, y él siempre se había preocupado por ella; le había dado dos esposos, y Canale era tratado como un miembro de la familia; incluso César tenía cierta consideración por él, por respeto hacia su madre. Y había que ver de qué manera el Papa había amado a los hijos de Vannozza, colmándolos de tantas atenciones amorosas que no podrían haber sido mayores aún si hubiera podido casarse con Vannozza y sus hijos fueran legítimos.

Lucrecia tenía razón, y Julia estaba decidida a lograr que su pequeña Laura fuera tratada con la misma atención amorosa. Alejandro adoraba a la niña, y como un signo de su amor por su madre, le había prometido otorgar el capelo cardenalicio a Alessandro Farnese. Sus familiares no le podían señalar con suficiente frecuencia hasta qué punto la admiraban y dependían de ella.

Pero ahora Julia se preguntaba en qué consistían estas noticias que el Papa deseaba transmitir a su hija. En otra época habría experimentado resentimiento por el hecho de que no se lo hubiera dicho a ella en primer término, pero ahora era capaz de adaptarse y ocultar cualquier sentimiento que sintiera.

—Mi padre me espera —dijo Lucrecia, mientras su esclava la ayudaba a quitarse su traje de montar.

—Me pregunto qué nuevos problemas ha habido —dijo Julia.

—Tal vez no sean problemas —dijo Lucrecia—. Podrían ser buenas noticias.

Julia rió.

—No cambias en absoluto —le dijo—. Hace casi un año que estás casada y eres todavía la misma que cuando nos encontramos por primera vez.

Lucrecia no la escuchaba; pensaba en todos los preparativos que habían precedido la partida de Juan. Sabía hasta qué punto Juan era importante para Alejandro; sabía que se había tomado mucho trabajo para asegurar que su hijo complaciera a la corte española; había oído hablar del obispo de Oristano, a cuyo cuidado el Papa había puesto a Juan desde el momento en que pisó suelo español; sabía de las órdenes que había impartido a Ginés Fira y Pertusa. ¡Pobres hombres, cómo podrían haber impedido que Juan desobedeciera las órdenes de su padre!

¡Y pobre Juan! No salir de noche. No jugar a los dados. Hacer compañía a su esposa y dormir con ella todas las noches hasta que concibiera un niño. Usar guantes cada vez que se bañaba en el mar, porque la sal era nociva para las manos, y en España se daba por sentado que un noble debe tener manos blancas y suaves.

Juan, desde luego, había desobedecido a su padre. Fira y Pertusa enviaron cartas en que le hablaban de todo eso, y esas cartas sumergieron al Papa en la melancolía —una melancolía transitoria, es verdad— antes de que reaccionara y dijera que a pesar de todo, sabía que su queridísimo hijo haría todo lo que se esperaba de él.

Juan había escrito cartas de tenor sombrío. Su matrimonio se había celebrado en Barcelona, y habían estado presentes el rey y la reina de España, lo cual era un gran honor y mostraba en cuánta estima tenían a María; pero, escribía Juan, no sentía inclinación por su mujer: era insulsa y su cara era demasiado larga; lo repelía.

Lucrecia trató de no pensar más en el día en que llegó la carta de Fira y Pertusa en que se informaba que Juan se había negado a consumar el matrimonio y que, en lugar de dormir con su esposa, había tomado algunos compañeros y había merodeado por la ciudad de noche, buscando a muchachas jóvenes para seducirlas o violarlas.

Eso era terrible, pues si el Papa disculpaba a su hijo, el rey de España no lo perdonaría, ya que la esposa de Juan era de la casa real y no debía ser humillada de este modo.

Por primera vez, Alejandro escribió en tono colérico a Juan, y pidió a César que le escribiera en los mismos lineamientos a su hermano; César, desde luego, no podía desear nada mejor.

Lucrecia se sentía atribulada por esa situación. Sabía que su padre estaba sumamente preocupado; no lo estaba tanto como lo habría estado la mayoría de los padres, desde luego, pero Lucrecia lo amaba tanto que no podía soportar el pensamiento de que estuviera aun levemente deprimido.

Lloró en su presencia, y él la abrazó y la besó apasionadamente.

—Mi tesoro, mi tesoro —gritó—. Nunca herirías a tu padre de este modo, mi dulce, mi dulce niña.

—Nunca, padre —lo aseguró ella—. Preferiría morir antes que herirte.

La mantuvo apretada contra él, llamándola mi querido, mi querido amor, y apenas permitió que no estuviera al alcance de su vista durante un día entero.

Pero las tormentas pasaron y Alejandro recuperó de nuevo su porte alegre, pues llegó una carta de Juan, en la cual declaraba que al escribirle como lo había hecho, su padre le había causado una gran infelicidad, la mayor que había padecido hasta entonces.

Ante eso, Alejandro lloró y comenzó a hacerse reproches.

Leyó la carta de Juan en alta voz a Lucrecia, a quien había enviado llamar al recibirla.

—“No puedo comprender cómo puedes creer esos siniestros informes, escritos por gente maliciosa, que no se preocupa por la verdad...”

—¿Ves? —había exclamado Alejandro en tono jubiloso—. Lo hemos juzgado mal.

—Entonces —dijo Lucrecia— ¿Fira y Pertusa han mentido?

Destellos de temor perturbaron la dulzura de sus ojos grises azulados. Lucrecia temía por esos dos hombres que había hecho, según ella lo sabía, lo que el Santo Padre les había pedido, y que tal vez fueran castigados para demostrar que Juan tenía razón.

Alejandro hizo un gesto con la mano.

—No importa. No importa —dijo.

No deseaba discutir con los dos hombres en quienes había confiado para que le dijeran la verdad; no deseaba tener que admitir que sabía que Juan mentía. Era mucho más agradable fingir que creía que su hijo decía la verdad.

—Su matrimonio ha sido más que consumado —gritó el Papa continuando la lectura de la carta. Estalló en risas—. Con seguridad lo ha sido. ¡Conozco a mi Juan!

“Si he merodeado de noche, padre mío, lo he hecho con mi suegro, Enrico Enriques, y otros amigos de Su Muy Católica Majestad. Existe la costumbre de hacer recorridas de noche en Barcelona.”

Luego Alejandro había caminado por el apartamento, hablando de Juan, diciendo a Lucrecia que siempre había estado seguro de que sus hijos nunca le fallarían; pero Lucrecia percibía que su padre estaba incómodo. Por ese motivo, cuando llegó el mensaje, temía de que hubiera nuevas noticias alarmantes sobre su hermano.

Cuando estuvo en presencia de su padre advirtió que se había preocupado indebidamente; la tomó entre sus brazos y la besó con fervor.

—Mi amadísima hija —gritó el Papa— he recibido las mejores noticias posibles. Lo celebraremos con un banquete esta misma noche. Escucha lo que tengo para decirte, mi tesoro: tu hermano pronto será padre. ¿Qué me dices de

eso, Lucrecia? ¿Qué me dices de eso?

Lucrecia lo abrazó.

—Oh, padre, soy muy feliz; no puedo encontrar palabras para expresar mi alegría.

—Sabía que estarías contenta. Deja que te mire. ¡De qué manera brillan y relucen tus ojos! ¡Qué hermosa eres, hija mía! Sabía qué alegría te daría la noticia; por eso no podía permitir que ningún otro te la transmitiera. No quería decirlo a nadie hasta que lo supieras.

—Me alegro por Juan —dijo Lucrecia—. Sé que feliz se sentirá, y también me alegro por Su Santidad, porque creo que el placer que te da es aún mayor que el que le dará a Juan.

—Entonces, ¿mi hijita se preocupa profundamente por su padre?

—¿Cómo podría ser de otro modo? —preguntó Lucrecia, como si se sorprendiera por lo que él le decía.

—Te amé profundamente desde el primer día en que te sostuve entre mis brazos, un bebé de cara roja con un mechón de oro sobre su cabeza; y te he amado constantemente desde entonces. Lucrecia mía... mi pequeña... ¡nunca me causarías a sabiendas un momento de ansiedad!

Lucrecia tomó su mano y la besó.

—Es verdad —dijo ella—. Me conoces bien.

Alejandro puso su brazo sobre el hombro de Lucrecia y la condujo a una silla.

—Ahora —dijo— debemos lograr que toda Roma se regocije ante esta noticia. Tú y Julia deben reunir sus adorables cabezas e inventar un banquete que supere todos los que hemos conocido.

Lucrecia sonreía cuando volvió a su apartamento. Se sorprendió al encontrar a su esposo allí.

—¿Mi señor? —dijo.

Giovanni rió.

—Es extraño verme aquí, lo sé —contestó con expresión hosca—. No debería serlo, Lucrecia. Eres mi esposa, lo sabes.

Un temor repentino la embargó. Nunca había visto a Sforza así. Había algo en sus ojos que ella no comprendía. Esperó con aprensión.

—¿Has estado con Su Santidad? —preguntó él.

—Sí.

—Lo imaginaba. Tu aspecto radiante me lo dice, y sé cómo están las cosas entre ustedes.

—¿Entre mi padre yo?

—Toda Roma sabe que él te adora.

—Toda Roma sabe que es mi padre.

Sforza rió; era una risa desagradable, pero leve; todo era leve en Sforza.

—Es porque toda Roma sabe que es tu padre que este afecto... que es más que adoración... es tan extraño —replicó.

Ella lo miró, pero Sforza ya se había dado vuelta y se alejaba del apartamento.

César se hizo presente en el palacio de Santa María in Portico. Su estado de ánimo era extraño, y Lucrecia no estaba segura acerca de lo que quería decir. ¿Estaba encolerizado? Sin duda alguna debía estarlo. Ahora Juan se iba a convertir en un padre legítimo y César pensaba que él nunca podría hacerlo. Qué triste era, pensaba Lucrecia, que la felicidad de su padre por el embarazo de la esposa de Juan fuera una nueva cruz que debía llevar César.

Ella sabía que César nunca había olvidado el voto que había hecho ante la Madonna de escapar de la Iglesia; y sabía que estaba tan decidido a cumplirlo ahora como cuando lo había formulado.

Por eso, cuando César cruzó la entrada a grandes pasos, Lucrecia se preguntó qué podría significar esa expresión de sus ojos, esa fuerte tensión de los labios.

Había oído rumores acerca de su vida en las universidades. Se decía que ningún vicio era demasiado degradante para César, así sólo fuera a título experimental. Se decía que el dinero y la influencia de su padre le habían permitido establecer una pequeña corte propia y que reinaba sobre sus cortesanos como un monarca despótico; una sola mirada era suficiente para dominarlos, y si alguien dejaba de cumplir sus órdenes, le ocurrían misteriosos accidentes con rapidez.

—César —dijo Lucrecia—, ¿ha ocurrido algo que te ha encolerizado?

La tomó por el cuello y le inclinó la cabeza hacia atrás. Le besó levemente los labios.

—Esos hermosos ojos ven demasiado —murmuró—. Quiero que vengas a cabalgar conmigo.

—Sí, César, con el mayor placer. ¿Por dónde cabalgaremos?

—Tal vez a la orilla del río. A través de la ciudad. Que la gente nos vea juntos. Lo disfrutan. ¿Y por qué no deberían disfrutarlo? Eres bastante agradable como para que te miren, hermana.

—Y tú eres el hombre más hermoso de Italia.

—César rió.

—¡Qué va —dijo—, en mis hábitos de sacerdote!

—Les agregas dignidad. Ningún sacerdote ha tenido nunca tu aspecto.

—Un hecho que indudablemente regocija poderosamente a todos los obispos y cardenales.

“Está de buen humor”, pensó ella, “yo estaba equivocada.”

Mientras cabalgaban se les unió otro jinete. Era una preciosa muchacha pelirroja, magníficamente vestida, en realidad excesivamente adornada,

resplandeciente de joyas, con su largo pelo rojizo que le caía por los hombros.

—Fiammetta te conoce bien, hermana —dijo César, mirando a la mundana pelirroja y luego la rubia inocencia de Lucrecia—. Dice que pronuncio tu nombre con demasiada frecuencia cuando estoy en su compañía.

—Somos una familia leal —explicó Lucrecia a la muchacha.

—Así es, sin duda —contestó Fiammetta—. Toda Roma habla de la devoción que existe entre vosotros; y es difícil decir quién ama más a Madonna Lucrecia: sus hermanos o su padre.

—Es reconfortante ser tan amada —dijo Lucrecia con sencillez.

—Ven —dijo César—, cabalgaremos juntos.

Cabalgó entre ellas, con una sonrisa sardónica entre los labios. La gente en las calles caminaba frente a ellos con la vista baja, pero cuando habían pasado se detenía para contemplarlos.

La reputación de César ya era tal que nadie osaba lanzarle una mirada hostil o crítica cuando él pudiera verlo; pero la gente no podía evitar mirarlo, mientras cabalgaba por las calles con su hermana y la otra mujer.

César sabía muy bien que los estaba escandalizando al cabalgar a la luz del día con una de las cortesanas más conocidas de Roma y su hermana; sabían que alguien lo relataría a su padre y que el Papa se sentiría disgustado. Era lo que se había propuesto César: que la gente mirara; que la gente murmurara.

Fiammetta disfrutaba de la excursión. Le encantaba que sus conciudadanos supieran que era la última amante de César Borgia. Era un estímulo para su reputación; y cuanto más tiempo gozara de su favor, tanto mejor, pues seguramente eso demostraría que en su profesión era superior a sus colegas.

Cabalaron hacia el antiguo Coliseo, que nunca había dejado de fascinar a Lucrecia y al mismo tiempo la llenaba de horror, mientras pensaba en los cristianos que habían sido arrojados a los leones y muertos por su fe.

—Oh —exclamó— es tan hermoso y sin embargo... perturbador. Dicen que si uno viene aquí de noche y espera entre las ruinas, escucha el grito de los mártires y el rugido de las bestias feroces.

Fiammetta rió.

—Es un simple cuento.

Lucrecia se volvió inquisidora hacia César.

—Fiammetta tiene razón —le dijo éste—. Lo que oirías, indudablemente, es a alguien que se lleva las piedras y los mármoles para construirse una casa. Estas historias de fantasmas se relatan para mantener alejados del Coliseo a los que puedan molestar a los ladrones.

—Tal vez sea así. Ahora ya no me siento alarmada.

—Pero te ruego —dijo César— que no vengas aquí de noche, hermana. No es para una persona como tú.

—¿Vendrías tú de noche? —preguntó Lucrecia a Fiammetta.

César contestó por ella.

—De noche el Coliseo es el lugar predilecto de los ladrones y las prostitutas.

Fiammetta se sonrojó levemente, pero había aprendido a no demostrar enojo ante César.

Lucrecia, al ver su desasosiego y comprendiendo su causa —pues comprendía a qué profesión pertenecía Fiammetta— dijo con rapidez:

—El Papa Pablo construyó su palacio con esos bloques de travertino. ¿No es maravilloso ver que en todos estos años se utilizó el mismo mármol, y las mismas piedras, y aunque todas las personas que lo construyeron y vivieron en él han muerto, 1.400 años después todavía se pueden construir casas con el mismo material?

—¿No es encantadora mi hermanita? —dijo César, y le lanzó un beso.

Se detuvo entre las ruinas durante un cierto tiempo, y luego volvieron con sus caballos hacia el Palacio de Santa María in Portico.

César dijo a Fiammetta que luego iría a visitarla y entró en el palacio de Lucrecia con ésta.

—Ah —dijo cuando estuvieron solos, y cada vez que César visitaba a Lucrecia sus asistentes comprendían siempre que deseaba estar solo con ella— estás algo escandalizada, confiésalo, hermana.

—La gente nos miraba, César.

—¿A ti no te gusta la pobre Fiammetta?

—Me gustó. Es muy hermosa... pero es una cortesana, ¿verdad? ¿Debería haber cabalgado en nuestra compañía a través de las calles?

—¿Por qué no?

—Tal vez porque eres un arzobispo.

César se llevó el puño al muslo, en un gesto muy recordado.

—Precisamente porque soy un arzobispo cabalgué a través de las calles con esa ramera pelirroja.

—Nuestro padre dice...

—Sé lo que dice nuestro padre. “Disfruta de tus amantes, diez, veinte, un centenar si lo deseas. Diviértete tanto como quieras... en privado. Pero en público, recuerda, recuerda siempre que eres un hijo de la Santa Iglesia.” Por todos los santos, Lucrecia, he jurado que escaparé de la Iglesia y me comportaré de modo que nuestro padre se vea obligado a liberarme.

—Oh, César, lo harás muy feliz.

—¿Y qué me dices de la infelicidad que me causa a mí?

—Es para que prograses.

—Lo escuchas más que a mí. Lo veo, hermana.

—Oh, no, César, no. Desearía que supieras que si hay algo que yo pudiera hacer para liberarte de la Iglesia, lo haría de buena gana.

—Sin embargo, te lamentas por tu padre. Dices con tanto fervor: “Sería feliz.” Ni una palabra de mi propia infelicidad.

—Sé que eres feliz, queridísimo hermano, y haría todo lo que estuviera a mi alcance para poner fin a esa infelicidad.

—¿Lo harías, Lucrecia? ¿Lo harías?

—Cualquier cosa... cualquier cosa.

La tomó por los hombros y le sonrió.

—Un día, tal vez, te pida que cumplas esa promesa.

—Te estaré esperando. Estaré dispuesta, César.

La besó con ardor.

—Me calmas —dijo—. ¿Acaso no lo hiciste siempre? Amada hermana, no hay nadie en la tierra a quien podría amar tanto como te amo a ti.

—Yo también te amo, César. ¿No es suficiente para hacernos felices, aun si tenemos que soportar otras pruebas?

—No —gritó él con los ojos encendidos—. Conozco mi destino. Es ser un rey... un conquistador. ¿Lo dudas?

—No, César, no lo dudo. Siempre te veo como un rey y un conquistador.

—Querida Lucrecia, cuando cabalgábamos con Fiammetta, tú mirabas esas antiguas ruinas y pensabas en épocas lejanas. En nuestra historia hay un hombre victorioso. Conquistó grandes países. Vivió antes de que se construyera el Coliseo y es el hombre más grande que ha salido hasta ahora de Roma. Sabes de quién hablo.

—De Julio César —dijo ella.

—Un gran romano, un gran conquistador. Lo imagino cruzando el Rubicón y sabiendo que toda Italia yacía a sus pies. Eso ocurrió cuarenta y nueve años antes del nacimiento de Cristo, y sin embargo, nunca ha habido otro como él, hasta ahora. ¿Sabes cuál era su lema? *Aut Caesar, aut nullus* (O César, o nadie). Lucrecia, desde este instante lo adopto como mío. —Sus ojos brillaban de megalomanía; estaba tan seguro de su grandeza que lograba que ella creyera en él—. Pero mira, ¿acaso no me llamaron César? No fue por casualidad. Hubo un gran César, habrá otro.

—Tienes razón —exclamó ella—. Estoy segura. En el futuro la gente hablará de ti como hablan del gran Julio. Serás un gran general...

Ahora su expresión se ensombreció.

—¡Y mi padre quiere convertirme en un eclesiástico!

—Pero serás Papa, César, un día serás Papa.

César pataleó con furia.

—Un Papa reina en la sombra; un rey, a plena luz del día. No quiero ser Papa. Quiero ser rey. Deseo unir toda Italia bajo mi bandera y mi mando... yo y nadie más que yo. Es la tarea de un rey, no la de un Papa.

—Nuestro padre debe liberarte.

—No lo hará. Se niega. Se lo he pedido. Le he implorado. Pero no, yo soy para la Iglesia, insiste. Uno de nosotros debe serlo. Juan tiene su yegua de cara larga en Barcelona. Goffredo tiene su ramera de Nápoles. Y yo... debo casarme con la Iglesia. Lucrecia, ¿hubo alguna vez una locura tan burda? Me siento asesino cuando me detengo a pensar en eso.

—¡Asesino, César! ¡Contra él!

César acercó su rostro al de Lucrecia.

—Sí —dijo con expresión torva—. Me siento asesino... aun hacia él.

—Hay que hacérselo comprender. Es el mejor padre del mundo, y si conociera tus sentimientos... oh, César, los comprendería. Trataría de hacer algo.

—Le he explicado mis sentimientos hasta el cansancio. En esos momentos, pierde todo su aspecto benigno. Nunca he visto un hombre tan decidido sobre algo como nuestro padre cuando le hablo de dejar la Iglesia. Está decidido a lograr que yo me quede allí.

—César, lo que me has dicho me causa mucha pena. No puedo ser feliz sabiendo que abrigas esos pensamientos con respecto a nuestro padre.

—Eres demasiado blanda, demasiado gentil. No debes ser así, niña. ¿Cómo piensas que te usará el mundo si continúas de este modo?

—No pensé en la forma en que el mundo me usaría. Pienso en ti, hermano querido, y en la forma en que te ha usado. No puedo tolerar que haya malos sentimientos entre tú y nuestro padre. Y tú, César... mi hermano... ¡hablaste de asesinato!

César rió con fuerza. Luego se mostró tierno.

—Deja de lado tus temores, pequeña. Yo no lo asesinaría. ¡Qué locura! De él provienen todos los beneficios que tenemos.

—No lo olvides, César. No lo olvides.

—Soy un hombre lleno de ira, pero no soy loco —contestó él—. Me vengaré a mi manera. Nuestro padre insiste en que yo entre en la Iglesia, y yo insisto en demostrarle hasta qué punto soy inadecuado para ejercer esa vocación. Ese es el motivo por el cual me paseo por las calles con mi cortesana pelirroja, en la esperanza de hacer comprender a nuestro padre que no puede obligarme a continuar esta vida.

—Pero, César, ¿qué son esos rumores de tu matrimonio con una princesa de Aragón?

—Rumores —contestó él cansadamente—. Nada más.

—Sin embargo, nuestro padre pareció examinar esa posibilidad en una época.

—Fue diplomacia hacerlo, niña. Nápoles lo sugirió para alarmar a los Sforza de Milán, y nuestro padre lo alentó por razones políticas.

—Pero dio una cálida bienvenida al embajador, y todos sabían que habían llegado aquí para discutir un posible matrimonio entre tú y la princesa.

—Diplomacia. Diplomacia. No pierdas tiempo en este tema. Yo no lo hago. Mi única esperanza consiste en demostrar a nuestro padre hasta qué punto soy inadecuado para la Iglesia, o en encontrar una forma de obligarlo a liberarme. Pero hay pocas esperanzas. Nuestro padre ha decidido convertirme en cardenal.

—¡Un cardenal, César! De manera que ése es el motivo de tu cólera. —Sacudió la cabeza—. Pienso en todos los que nos traen regalos, a mí y a Julia, porque esperan que influyamos en nuestro padre para que les dé el capelo

cardenalicio. Y tú... a quien anhela concederlo... no quieres saber nada con eso. ¡Qué extraña es la vida!

César abría y cerraba los puños.

—Temo —dijo— que una vez que esté en mis hábitos de cardenal no habrá escapatoria.

—César, hermano mío, tú escaparás —le contestó ella.

—Estoy decidido —dijo el Papa— a que te conviertas en cardenal.

César había sacado una vez más a colación el tema de su liberación, y como consideraba que su hermana podría ejercer una influencia suavizante sobre su padre, había insistido en que ella lo acompañara.

—Padre, te imploro que me liberes de la Iglesia antes de dar este paso.

—César, ¿estás loco? ¿Qué hombre en Roma rehusaría tales honores?

—Yo no soy ningún otro hombre de Roma. Soy yo y sólo yo. Rechazo este... este discutible honor.

—¡Puedes decir esto... ante Dios Todopoderoso!

César sacudió la cabeza con impaciencia.

—Padre, ¿sabes, no es cierto, que una vez que sea cardenal será más difícil liberarme de mis votos?

—Hijo mío, no hay posibilidad de liberarte de tus votos. No discutamos más ese tema. Lucrecia, mi amor, trae tu laúd. Me gustaría escucharte cantar esa nueva canción de Serafino.

—Sí, padre —dijo Lucrecia.

Pero César no le permitió cantar y, aunque el Papa lo miraba con un suave reproche, tomó la palabra:

—No puedes convertirme en cardenal, padre —dijo César en tono triunfante—. Soy tu hijo, pero tu hijo ilegítimo, y como sabes muy bien, ningún hombre puede convertirse en cardenal a menos que su nacimiento sea legítimo.

El Papa pasó por alto este argumento como si fuera tan sólo una avispa que provocara una irritación transitoria.

—Ahora comprendo tu ansiedad, hijo mío. Es por este motivo que has estado poco dispuesto. Deberías haberme hablado antes de tus temores.

—En consecuencia, padre, ves que es imposible.

—¡Tú... un Borgia, hablando de algo imposible! ¡Tonterías! Mi querido muchacho, nada es imposible. Un poco difícil, lo admito; pero no temas, he pensado en la forma de superar este problema.

—Padre, te imploro que me escuches.

—Preferiría escuchar el canto de Lucrecia.

—¡Me escucharás! ¡Me escucharás! —chilló César.

Lucrecia comenzó a temblar, lo había oído gritar de ese modo antes, pero nunca en presencia de su padre.

—Hijo mío —dijo el Papa friamente— pienso que estás sobreexcitado. Se debe al hecho de cabalgar a pleno sol en compañías inadecuadas para tu nivel. Te sugeriría que te abstuvieras de esa conducta que, te lo aseguro, mi amadísimo muchacho, trae aflicción a quienes te aman, pero que podría producirte un daño aun mayor a ti mismo.

César quedó inmóvil, mordiéndose los labios y abriendo y cerrando los puños.

Hubo un momento de temor en que Lucrecia pensó que iba a golpear a su padre. El Papa se mantenía sentado, sonriendo con benignidad, negándose a aceptarlo como una diferencia importante entre ellos.

Luego César pareció recuperar el control; se inclinó con dignidad y murmuró:

—Padre, imploro tu permiso para retirarme.

—Está otorgado, hijo mío —dijo Alejandro gentilmente.

César se fue y Lucrecia lo siguió con la mirada, llena de zozobra.

Estaba sentada en un taburete a los pies de su padre, y de pronto sintió que su mano le acariciaba la cabeza.

—Ven, mi amor. ¡La canción! Es agradable y suena mejor en tus dulces labios.

Mientras ella cantaba, el Papa acariciaba la dorada cabellera de su hija, y ambos olvidaron temporariamente la desagradable escena; encontraban muy fácil olvidar cuando eso los reconfortaba.

En los apartamentos privados del Papa, los cardenales Pallavicini y Orsini estaban sentados con él.

—Se trata de un asunto simple —dijo el Papa, sonriendo con aire placentero— y estoy seguro que no presentará dificultades para vosotros... esta pequeña formalidad de probar que quien es conocido como César Borgia es de nacimiento legítimo.

Los cardenales quedaron estupefactos, pues el Papa había reconocido abiertamente a César como su hijo.

—Pero, muy Santo Señor, esto es con toda seguridad imposible.

—¿Por qué? —preguntó el Papa con una afable sonrisa.

Orsini y Pallavicini se miraron el uno al otro con desconcierto. Luego Orsini habló.

—Santo Padre, si César Borgia es vuestro hijo, ¿cómo podría tener un nacimiento legítimo?

Alejandro les sonrió como si fueran dos simples criaturas.

—César Borgia —dijo— es el hijo de Vannozza Cattanei, una mujer de Roma. En el momento de su nacimiento era una mujer casada. Eso descarta la ilegitimidad de César, pues un niño nacido en matrimonio es legítimo, ¿no es verdad?

—Santidad —murmuró Pallavicini—, no sabíamos que esa dama estaba casada en el momento de su nacimiento. Se cree que sólo después del nacimiento de su hija Lucrecia, ella casó con Giorgio Di Croce.

—Es verdad que el matrimonio con Giorgio di Croce se celebró después del nacimiento de Lucrecia, pero la dama estaba casada con anterioridad. Su esposo era un cierto Domenico D'Arignano, un funcionario de la Iglesia.

Los cardenales se inclinaron.

—Entonces, eso demuestra que César Borgia es legítimo, Santidad.

—Lo es, por cierto —dijo el Papa, sonriéndoles—. Redactad una bula en que se establezca su parentesco y su legitimidad. —Su expresión era pesarosa; lo entristecía tener que repudiar a su hijo; pero esa negativa era necesaria en nombre de la ambición. Agregó—: Como yo había tomado a ese joven bajo mi patronazgo, le permití adoptar el nombre de Borgia.

Los cardenales murmuraron:

—Cumpliremos inmediatamente vuestros deseos, Santo Padre.

Cuando ambos partieron, el Papa se dedicó inmediatamente a escribir otra bula en la cual declaraba ser el padre de César Borgia. Lo entristecía un poco que esa bula debiera permanecer secreta durante un cierto tiempo.

César recorría encolerizado el apartamento de Lucrecia, y ella intentó en vano calmarlo.

—No contento —gritaba César— con obligarme a entrar en la Iglesia, ahora mi padre permite que se diga que soy hijo de cierto Domenico d'Arignano. ¿Y quién es Domenico d'Arignano? Te pido que me lo digas. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de Domenico d'Arignano?

—Oirán hablar de él ahora —dijo Lucrecia con suavidad—. Todo el mundo oirá hablar de él. Su derecho a la fama provendrá de haber sido designado como tu padre.

—¡Insulto tras insulto! —exclamó César—. ¡Humillación tras humillación! ¿Durante cuánto tiempo más deberé tolerar esta situación?

—Mi queridísimo hermano, nuestro padre desea tan sólo tu progreso. En su opinión, es necesario que te conviertas en cardenal, y ésa es la única forma en que puede hacerlo.

—En consecuencia, ¡me repudia!

—Es sólo por un cierto tiempo.

—Nunca —gritó César, golpeándose el pecho con los puños— olvidaré que mi padre me ha repudiado.

Mientras tanto, Alejandro había convocado un consistorio para que César pudiera ser declarado hijo legítimo.

Había elegido ese momento porque muchos prelados habían dejado Roma. El tiempo era caluroso y sofocante, y había informes de peste en varios barrios. Cuando la pestilencia se deslizaba en la ciudad, quienes lo podían encontraban invariablemente una excusa para huir a sus propiedades y viñedos en el campo. Así se procedía en esa época.

Alejandro sabía que había mucha oposición entre los cardenales a causa de los favores que había concedido a su familia y a sus amigos; los asuntos que debía plantearles ahora no se referían sólo a su hijo sino también al hermano de su amante, porque aunque había prometido a Julia que su hermano obtendría su capelo cardenalicio, aún no se le había otorgado.

Había pocos cardenales presentes en el consistorio, lo cual complacía a Alejandro. Era mejor enfrentar a pocos oponentes que a muchos. Pero los que estaban presentes abrigan sospechas, porque comprendían que se trataba de un paso preliminar, y temían lo que iba a ocurrir después. Alejandro llevaba el nepotismo demasiado lejos, se decían uno a otro. No pasaría mucho tiempo antes que cualquier hombre en una posición de importancia estuviera allí para servir al Papa.

Y sus sospechas aumentaron cuando Alejandro desplegó sus hermosas manos, sonrió con su más amable sonrisa y declaró:

—Mis señores cardenales, hagamos los preparativos necesarios. Mañana elegiremos a los nuevos cardenales.

Entonces todo quedó en claro. César había sido declarado legítimo para poder ser designado cardenal.

Hubo un débil murmullo en la asamblea, y muchos ojos se dirigieron hacia el cardenal Caraffa, que en ocasiones anteriores había demostrado audacia suficiente para oponerse al Papa.

—Mi Santo Señor —dijo Caraffa—, ¿ha concedido Su Santidad debida consideración a la utilidad de hacer estos nombramientos?

De nuevo esa suave sonrisa.

—La cuestión de nombrar a estos cardenales me concierne solamente a mí.

—Santidad —dijo una voz proveniente de la asamblea—, muchos entre nosotros estiman que no es necesario nombrar nuevos cardenales en este momento.

La sonrisa desapareció del rostro del Papa, y durante un instante todos los que estaban reunidos vieron a un Alejandro que habitualmente permanecía oculto.

Caraffa prosiguió audazmente:

—El punto es, Santidad, que conocemos algunos nombres que vos deseáis proponer, y no pensamos que resulten adecuados para el cargo ni deseamos tenerlos como colegas.

Era una referencia directa a la reputación de César y una forma de recordar que había sido visto en la ciudad en compañía de la cortesana Fiammetta. César había hecho deliberadamente alarde de su amistad con esa

mujer, previendo una escena de este tipo.

Era característico de Alejandro que su cólera no se dirigiera contra César sino contra los cardenales. Pareció aumentar de estatura. Los cardenales temblaban ante él, pues en Roma había una leyenda de que ningún hombre de la edad de Alejandro podía poseer tanta virilidad, una salud tan sorprendentemente buena, a menos que fuera sobrehumano. Esos cardenales pensaban que esa leyenda era verdadera, al ver al Papa enfrentarlos con una cólera desacostumbrada.

—Vosotros debéis aprender quién es Alejandro VI —gritó—. Y si persistís en vuestra intransigencia, os molestaré a todos nombrando tantos nuevos cardenales como lo desee. Vosotros nunca me expulsaréis de Roma y quienes traten de hacerlo o se opongan a mí en cualquier forma pueden considerarse como hombres muy locos. Vosotros deberíais realmente meditar hasta qué punto esos hombres están locos.

Hubo un breve silencio, mientras Alejandro contemplaba coléricamente a los cabizbajos cardenales que se hallaban ante él.

Luego, con la mayor dignidad, prosiguió:

—Ahora nombraremos a los nuevos cardenales.

Y cuando los integrantes de la asamblea vieron que al frente de la lista se encontraban los nombres de César Borgia y Alejandro Farnese y que los trece propuestos eran nombres de quienes no se podía dudar que trabajaran por el Papa contra sus enemigos, comprendieron que no se podían atrever a nada, salvo a aceptar su elección.

Alejandro les sonrió, y la expresión benevolente volvió a su rostro.

Cuando los cardenales ya no se encontraron en presencia del Papa, discutieron la situación.

Della Rovere, quien se había considerado siempre como un líder, recuperó su beligerancia, aunque en presencia del Papa había observado una actitud tan sumisa como el resto.

Su enemigo de otra época, Ascanio Sforza, lo apoyó. ¿Hasta cuándo debían tolerar el ultrajante nepotismo del Papa?, se preguntaron uno a otro. No conforme con convertir a su hijo ilegítimo en un cardenal, había hecho lo mismo con el hermano de su amante. Todos los nuevos nombrados eran sus instrumentos. Pronto apenas habría hombres en una posición influyente que pudieran elevar su voz contra Alejandro.

¿Y cuál era la política de Alejandro? ¿Enriquecer a su propia familia y a sus amigos? Así parecía.

En la ciudad había rumores de que ciertos hombres estaban muriendo misteriosamente. La mala reputación de César crecía; ahora se decía que estaba interesado en el arte del envenenamiento y que lo había estudiado; que tenía muchas malignas recetas, provenientes de los moros españoles. Pero ¿de

quién habría recibido César esos conocimientos? ¿De su padre?

“¡Desconfiad de los Borgia!” Estas palabras se escuchaban cada vez con mayor frecuencia en toda la ciudad.

Alejandro sabía lo que estaba ocurriendo y, temiendo un cisma, actuó con su vigor habitual. Convirtió a Ascanio Sforza casi en un prisionero en el Vaticano; y viendo lo que le había ocurrido a Sforza, della Rovere se apresuró a partir de Roma.

El esposo de Lucrecia observaba con aprensión el creciente malestar. Su pariente y patrono, Ascanio Sforza, se encontraba en el Vaticano sin poder. Además, Giovanni Sforza sabía que el Papa estaba menos complacido que antes con el matrimonio de su hija, y que ya estaba buscando un novio que le pudiera ser más provechoso.

El matrimonio no había sido consumado: la dote nunca había sido pagada. ¿Qué clase de matrimonio era ése?

Estaba acosado por temores de todos lados. No podía dormir con facilidad, pues estaba seguro de que era espiado en el Vaticano. Temía a los Orsini, que eran aliados de Nápoles y habían sido siempre enemigos de Milán. Se preguntaba si ahora que había perdido el favor del Vaticano se presentaría una buena oportunidad para eliminarlo. Si vagaba por el puente de San Angelo, ¿no vendrían corriendo desde Monte Giordano para hundir un cuchillo en su cuerpo? Y si lo hicieran, ¿a quién le importaría?

Giovanni Sforza era un hombre que se lamentaba por sí mismo: siempre había sido así. Sus familiares se preocupaban poco por él, del mismo modo que las nuevas relaciones que había adquirido a través de su matrimonio.

Su pequeña esposa, una criatura gentil, era una Borgia, y ¿quién podía confiar en un Borgia?

Sin embargo, durante esa época hubiera deseado que él y Lucrecia hubiesen sido verdaderamente esposo y esposa. Ella tenía un rostro dulce e inocente, y Giovanni creía que podía confiar en ella.

Pero era demasiado tarde para pensar en eso.

En esa época, en Roma se estaba desarrollando un gran espectáculo. Era la partida del pequeño Goffredo hacia Nápoles, donde debía casarse con Sanchia de Aragón.

César y Lucrecia presenciaron la partida de su hermanito hacia Nápoles: fue acompañado por un antiguo amigo de César. Virginio Orsini, que había hecho tolerable el primer año del muchacho en Monte Giordano, y que ahora era capitán general del ejército aragonés. También el tutor de Goffredo acompañaba la comitiva a Nápoles, don Ferrando Dixey, un español, y el Papa para demostrar que no olvidaba el país al cual pertenecía, confió a ese español dos cofres de joyas, regalos para la novia y el novio.

Y de este modo el rubio Goffredo, de once años de edad, se alejó de Roma

a caballo hacia su novia. Debía ser nombrado príncipe de Squillace y conde de Coriata y recibir la orden del Armiño, cuyo lema era: “Mejor morir que traicionar”.

Había una persona que observó la partida con una mezcla de orgullo y de pena. El sueño maternal de Vannoza se había realizado. Su pequeño Goffredo había sido aceptado como hijo de Alejandro; sería un príncipe, y ella se sentía muy feliz.

Pero había momentos en que habría deseado ser una humilde madre romana, con sus hijos a su alrededor; había momentos en que habría dado sus viñedos y su casa con la cisterna de agua, para ser simplemente eso.

La ansiedad de Giovanni Sforza se acrecentó con la nueva amistad entre Nápoles y el Vaticano, que debía aumentar aún más con el matrimonio de Goffredo y Sanchia.

Recelaba de mostrarse en las calles por temor a los enemigos de su familia; temía a los enemigos que pudiera tener en el círculo del Vaticano. Tenía una hermosa mujer, pero no se le permitía vivir con ella; era señor de Pesaro, una ciudad en la costa del Adriático que le parecía, especialmente en ese momento, un lugar muy apacible, apartado de todas las luchas por las montañas que lo protegían y bañado por las aguas heladas del río Foglia. Con el mar a un lado y las montañas al otro, Pesaro brindaba una frescura que contrastaba con el aire fétido de Roma, y Sforza sentía nostalgias de Pesaro.

Pidió audiencia al Papa, porque percibía que ya no podía permanecer en Roma.

—Bien, Giovanni Sforza —dijo Alejandro—, ¿qué tenéis que decirme?

—Santo Padre, en Roma todos creen que habéis llegado a un acuerdo con el rey de Nápoles, que es enemigo del estado de Milán. Si así fuera, mi posición se volvería difícil pues, como capitán de la Iglesia, un puesto en que he sido designado por vuestra benevolencia, estoy al servicio de Vuestra Santidad, y también al de Milán. No veo cómo puedo servir a dos amos sin fallar a uno de ellos. Santidad, con vuestra bondad, ¿podrías definir mi posición, de tal modo que pueda servirlos, tal como me pagan para hacerlo, y sin convertirme en enemigo de mi propia sangre?

Alejandro sonrió.

—Tomáis demasiado interés por la política, Giovanni Sforza. Sería sensato de vuestra parte servir a quienes os pagan.

Giovanni se atormentó en su fuero íntimo ante la calma mirada del Papa y deseó con todo su corazón no haberse comprometido nunca con los Borgia.

—Tus preguntas han sido contestadas, hijo mío —continuó Alejandro—. Déjame ahora, y te ruego que no te preocupes demasiado por la política. No tiene relación con tu deber.

Giovanni salió e inmediatamente escribió a su tío, Ludovico de Milán,

relatándole lo que había dicho al Papa y declarándole que preferiría haber tenido que comer toda la paja sobre la cual se acostaba antes que haber concertado ese matrimonio. Se colocaba bajo la protección de su tío.

Pero Ludovico no estaba dispuesto a brindarle asilo. Estaba observando con atención el aumento de la amistad entre Nápoles y el Vaticano; no estaba convencido de que el vínculo entre ambos fuera tan importante como se pensaba en Nápoles; el Papa era astuto y Ludovico prefería mantenerse al margen del problema.

Giovanni demostraba impaciencia.

La peste se extendió por toda Roma, y con ella aumentaban sus temores. Por el cargo que tenía en el Vaticano, estaba en libertad de dejar Roma cuando lo deseara.

Un día, rodeado por algunos de sus hombres, se alejó de la ciudad a caballo, rumbo a Pesaro.

Lucrecia no lo extrañó en lo más mínimo. Lo había visto poco, y sólo en circunstancias especiales habían aparecido juntos.

Julia se rió de ella mientras ambas jugaban con la pequeña hija de aquélla, Laura, que ahora tenía casi dos años.

—Se pensaría que has conseguido un amante, en lugar de perder uno —dijo Julia.

—¡Un amante! Nunca lo fue.

Lucrecia estaba pensativa. Había crecido, y ahora tenía catorce años. Julia tenía esa misma edad cuando se había convertido en la amante de Alejandro.

—Bien, no muestres tan abiertamente tu alegría por su partida —le aconsejó Julia.

—¿Mi Santo Padre está por venir a verme? —preguntó la pequeña Laura, tirando de las faldas de su madre.

Julia levantó a la pequeña y la cubrió de besos.

—Pronto, no lo dudo, mi tesoro. No puede estar mucho tiempo alejado de su pequeña Laura, ¿no es cierto?

Lucrecia las observaba, aun pensativa, pensando en los días en que el mismo padre había hecho las delicias de otros niños cuyo cuarto visitaba. Alejandro —un padre tan tierno para la pequeña Lucrecia como lo había sido para ella y para César, Juan y Goffredo— continuaba siendo tan joven como lo era cuando ella y sus hermanos estaban en el lugar donde pasaron su infancia. Ahora ya no eran niños, y parecía que les ocurrirían cosas maravillosas y excitantes a todos, salvo a ella. Se había casado, pero el suyo no era un verdadero matrimonio; y podía considerarse feliz porque su esposo había huido. Si lo había hecho huyendo de la peste o de ella, no importaba. Por cualquier motivo que fuera, era un cobarde. Sí, ella estaba segura de que

era un cobarde.

Había soñado con un amante tan magnífico como su padre, tan hermoso como su hermano Juan, tan excitante como César, y le habían dado un hombre pequeño, un viudo, un ser frío que no protestaba porque el matrimonio no se había consumado: la habían casado con un cobarde que huía de la peste sin intentar llevarla con él.

No es que deseara irse. Pero si Giovanni Sforza hubiera insistido en llevarla, habría deseado ir con él.

—Julia —dijo— piensas que ahora que Giovanni Sforza me ha dejado, ¿mi padre dispondrá un divorcio?

—Depende —dijo Julia, acariciando el largo pelo rubio de su hija— de la utilidad que para el Santo Padre tenga el matrimonio.

—¿Qué utilidad podría tener... ahora?

Julia dejó a su hijita y yendo hacia Lucrecia le posó la mano sobre el hombro.

—No tiene utilidad en absoluto —dijo—. Puedes estar segura de que el matrimonio será disuelto y que tendrás a un buen esposo... un esposo que declarará que no aceptará este matrimonio si no es un matrimonio. Además, estás creciendo, Lucrecia. Tienes edad suficiente para el matrimonio. Oh, sí, esta vez será un hermoso esposo. Un verdadero matrimonio.

Lucrecia sonrió.

—Lavémonos la cabeza una a otra —dijo, y Julia aceptó. Era su entretenimiento favorito, pues debían lavar su pelo rubio cada tres días, dado que en poco tiempo se oscurecía y perdía una parte de su brillante color. En consecuencia, pasaban largas horas lavándose recíprocamente el pelo.

Y mientras lo hacían conversaron del apuesto esposo que tendría Lucrecia cuando el Papa la liberara de Giovanni Sforza. Lucrecia se veía en una falda de terciopelo carmesí, bordada con perlas. Se arrodillaba en una almohada a los pies de su padre y decía: “Lo aceptaré de todo corazón”. Y el hombre que se arrodillaba a su lado era una figura borrosa, pero que combinaba el aspecto de su padre y las cualidades que admiraba tanto en sus hermanos.

Le pareció que era un Borgia el que estaba arrodillado a su lado.

Lucrecia dejó pronto de soñar, pues cuando su padre se enteró de que Giovanni Sforza había partido de Roma se encolerizó y lo mandó llamar enseguida.

Pero Giovanni, seguro en Pesaro entre sus propios súbditos, lejos del conflicto de la política y la amenaza de la peste, podía ser audaz. Hizo caso omiso de las órdenes.

Hubo amenazas y promesas, pues Alejandro temía lo que pudiera hacer su yerno una vez fuera de su control.

Finalmente el Papa declaró que si Giovanni Sforza volvía a Roma su matrimonio se consumaría y la dote sería pagada.

Todos esperaron ansiosamente para ver lo que haría en esas

circunstancias Sforza; Lucrecia esperó... llena de inquietud.

## PESARO

Aun con los señuelos que se le ofrecían, Giovanni Sforza se sentía reacio a volver a Roma.

Había intranquilidad en toda Italia, y Sforza lo sabía plenamente. Esta vez no era la guerra entre estados de la península lo que arrojaba sus sombras sobre el país; había un enemigo más poderoso.

El rey de Francia había renovado sus reclamaciones sobre el trono de Nápoles, y había informado a Alejandro que enviaría una misión al Vaticano para discutir la cuestión.

Alejandro, con su hábil diplomacia, recibió amablemente la misión francesa; y esta recepción fue mirada con tanta desaprobación en toda Italia que hubo rumores de que antes de que transcurriera mucho tiempo Alejandro sería depuesto. Della Rovere estaba alerta; estaba decidido a lograr sentarse en el trono papal la próxima vez, si se encontrara vacante.

Sin embargo, Alejandro no se había inmutado. Tenía una infinita confianza en sí mismo y estaba seguro de que podría salir de la mejor manera posible de cualquier situación, por más inquietante que fuera. Ferrante de Aragón había muerto y ahora su hijo Alfonso era el rey. Alfonso decidió mantener a toda costa la amistad papal, y le ofreció grandes regalos para sobornarlo, con el fin de consolidar esa amistad. No estaba en la naturaleza de Alejandro negarse a los sobornos, y en consecuencia se alió con Alfonso; mientras tanto los franceses se consideraron insatisfechos y amenazaron con una invasión.

En su refugio de Pesaro, Giovanni Sforza observaba lo que estaba ocurriendo, pero no se decidía con respecto al camino a tomar. Ludovico de Milán le había dado a entender con toda claridad que no podía confiar en él para que ayudara a su familiar en una situación de emergencia. El Papa era evidentemente fuerte, pues Alfonso de Nápoles buscaba con ardor la amistad papal. Por consiguiente, Giovanni Sforza decidió volver a Roma.

Lucrecia esperaba. Su pelo había sido recién lavado, su cuerpo estaba perfumado. Por fin iba a ser una verdadera esposa.

El Papa dio la bienvenida a su yerno como si su ausencia hubiera sido algo natural. Lo abrazó cálidamente, declaró que se sentía feliz de recibirlo y que su lecho nupcial lo estaba esperando.

Hubo banquetes y los habituales chistes groseros. Era casi como otra boda, pero Lucrecia no podía disfrutar la celebración en forma tan alegre como cuando se celebraron los verdaderos esponsales. Aquella vez, había sido una mascarada, en que ella había desempeñado el papel principal; esta vez, se trataba de la realidad.

La actitud de su esposo hacia ella había cambiado: Lucrecia lo sentía. Giovanni tomó su mano y ella sintió su aliento en el rostro. Por fin se había dado cuenta de que ella era esposa.

Bailaron juntos las danzas de Italia, no las danzas españolas que había bailado con Juan en esa oportunidad, tan parecida a ésta y, sin embargo, tan diferente.

Y luego fueron a la cama nupcial.

Giovanni estaba tranquilo y habló poco. Ella estaba preparada para lo que ocurriría —Julia la había preparado— pero sabía que sería muy diferente de la experiencia de Julia.

Estaba un poco atemorizada, pero serena como siempre, y sabía que si no experimentaba el éxtasis que había anhelado, por lo menos sería capaz de soportar lo que ocurriría.

Cuando estuvieron solos en la gran cama, ella le preguntó:

—Dime algo en primer término, Giovanni. ¿Por qué esperaste tanto antes de regresar?

—Hubiera sido insensato volver —masculló él—. Estaba la peste y... las cosas se presentaban inciertas.

Se dirigió hacia ella, impaciente, después de todos los meses de espera, pero Lucrecia se mantuvo apartada, sin el menor signo de temor en sus grandes ojos claros.

—¿Regresaste para la consumación... o para la dote?

—Para ambas —contestó él.

Era extraño, desconcertante, tal como había dicho Julia; y sin embargo, no era tal como lo había dicho Julia. Tenía conciencia de su excitación, del descubrimiento de un nuevo mundo que parecía abrirse ante ella, de placeres aún no soñados. Sabía que con otro habría sido distinto; pero aun con ese hombre resultaba suficiente. Sin embargo, con alguien... Se recostó sonriendo.

Había crecido de la noche a la mañana. Alejandro y Julia, que lo habían observado, lo discutieron juntos.

—Lo lamento por ella —dijo pensativa Julia—. Mi propia experiencia fue

muy diferente. ¡Pobre Lucrecia, con ese ser frío y nervioso! Su Santidad debería disolver el matrimonio y darle un verdadero hombre.

Alejandro chasqueó la lengua alegremente.

—¡Qué forma de hablar del matrimonio! Oh, es todavía joven. Tiene toda la vida por delante. Sin embargo, no dejo de lado la idea de concertar un divorcio, pero los divorcios no son fáciles de lograr. La Iglesia los aborrece.

—Pero si el santo padre lo decidiera, la Iglesia acataría sus deseos —le recordó Julia.

—Ah, pícara, te estás burlando de mí. Debo buscar un castigo para ti.

—Diré diez “te amo” y me postraré en adoración ante tus pies y gritaré: “Haz conmigo lo que quieras, Santo Padre, pues mi cuerpo y mi alma te pertenecen”.

—Mi Julia... mi pequeño amor. ¡Qué haría yo sin ti! Pero te ocuparás de mi Lucrecia, ¿no es cierto? ¡La aconsejarás, como la mujer inteligente que eres!

—Sobre la forma de tener amantes y de engañar a su esposo. Tal como lo hice yo.

—No fue engaño. El pobre Orsino estaba dispuesto a que fuera así, sumamente dispuesto.

Rieron juntos, mientras ella le aseguraba que quería a Lucrecia como a una hermana y que la cuidaría como tal.

Pero Julia deseaba discutir otros temas. Estaba ansiosa de que el Papa concertara un gran matrimonio para Laura, pues deseaba que toda Italia supiera que aceptaba a la niña como su hija.

—Lo haré. Nuestra adorada Laura tendrá un esposo tan bueno como puedas desearlo.

Le pidió que se quedara con él. Necesitaba la relajación que su relación con ella pudiera darle. En esa época se cernían nubes oscuras sobre Roma, y no quería pensar en la situación. Por eso quería divertirse con Julia; hizo el amor con ella como un joven, y ambos disfrutaron de su virilidad.

Había descubierto que era el mejor antídoto contra todos los problemas.

Lucrecia y Julia estaban en el apartamento de la primera, ambas con el pelo suelto sobre sus hombros. El de Julia le llegaba hasta los pies, y Lucrecia se podía sentar sobre el suyo. Lo habían lavado una vez más.

—Hay sol en el balcón —dijo Julia—. Vayamos allí y sequemos nuestro pelo. Secarlo al sol lo hace aun más rubio.

—¿Debemos ir al balcón?

—¿Por qué no?

—¿No podría alcanzarnos allí la infección?

—Oh, Lucrecia, ¿no estás cansada de quedar encerrada en el palacio? No nos es posible salir... ni siquiera por un minuto. Estoy cansada de esta

situación.

—Sería aún más agotador si se nos contagiara la peste.

—Me lo imagino. Me sentiré feliz cuando el tiempo caluroso haya terminado. Tal vez se lleve el aire pestilente con él.

Julia se levantó y sacudió su pelo húmedo.

—Iré al balcón.

—¿No prometiste al Santo Padre que no lo harías?

Julia hizo una mueca.

—No mencioné el balcón. Dije que no saldría.

—Se puede haber referido al balcón.

—Entonces vamos a suponer que no lo hizo. Ahora voy a salir allí. Me voy a sentar al sol para secarme el pelo.

—No, Julia, no deberías hacerlo.

Pero Julia ya se había ido.

Lucrecia se sentó en forma pensativa, mirando la figura de la Madonna y la lámpara que ardía ante ella.

—Madre Santa —oró—. Haz que pronto todos estemos bien.

Sabía que muchas cosas iban mal. No era sólo la peste: ésa era una visita frecuente. Había rumores desagradables acerca de su padre. Había oído cuchichear a los sirvientes: no había contado a nadie lo que había escuchado, pues los sirvientes podían ser azotados o castigados de una manera aún más terrible por decir algunas de las cosas que ella había oído por casualidad. Decían que la posición del Papa era insegura y que había muchos que deseaban desplazarlo y elegir a un nuevo Papa en su lugar. Los franceses amenazaban con una invasión, y algunos decían que el Papa era un aliado secreto del enemigo de Italia.

Todos estos problemas la preocupaban en gran medida. No sabía mucho acerca de las opiniones políticas de su esposo. Ahora compartían la cama y ella era verdaderamente una esposa, pero vagamente insatisfecha. Julia había dicho que él era frío; Lucrecia había descubierto que ella misma no lo era de ningún modo. No se entendía a sí misma; el deseo —un vago deseo de alguien desconocido— aparecía en ella, pero Giovanni no lo satisfacía. Se recostaba a su lado escuchando sus ronquidos y anhelando sentirse rodeada por los brazos de un amante. No los de Giovanni. Pero había momentos en que comenzaba a creer que cualquier amante era mejor que ninguno.

El amor que experimentaba era muy distinto del que conocía Julia, pero el amante de Julia era un hombre incomparable: Alejandro.

En alguna parte del mundo debía estar el amante que ella deseaba, pues debía haber otros hombres en el mundo que tuvieran las cualidades de los Borgia.

Pero éstos eran sus propios asuntos y raras veces Lucrecia era egoísta, de tal modo que los asuntos de los demás le parecían invariablemente de gran importancia, si no de mayor importancia que los propios.

Encontraba tiempo para pensar en el pobre César, más furioso que

nunca, ahora que aparecían peligros amenazantes y que no estaba en condiciones de actuar. Deseaba conducir sus propias tropas; había una posibilidad de gloria militar, y se la negaban. Adriana se había hecho nuevamente muy devota y pasaba mucho tiempo arrodillada; era evidente que estaba muy preocupada.

Lucrecia oyó exclamaciones provenientes de la plaza y corrió al balcón para ver lo que ocurría. Julia cayó casi desmayada en sus brazos.

En la frente de Julia había sangre.

—¿Qué ocurrió?

Lucrecia miró por el balcón.

—No salgas —dijo Julia—. ¿Estoy sangrando? Me vieron allí. En instantes se reunió una multitud. ¿Escuchaste lo que dijeron de mí?

—Oí las exclamaciones. Por favor, siéntate. Te lavaré la frente.

Batió palmas y apareció una esclava corriendo.

—Tráeme una palangana con agua y telas suaves —gritó— y no le cuentes nada a nadie.

Julia miró a Lucrecia con una expresión seria.

—Me gritaron apodos obscenos —dijo—. Y mencionaron al Santo Padre.

—Ellos... ¡no deberían atreverse!

—Pero se atrevieron, Lucrecia. Eso significa que en la ciudad está ocurriendo algo más de lo que pensamos.

—¿Crees que se proponen deponerlo?

—Nunca permitirá que lo hagan.

Llegó la esclava con el agua. Lucrecia la tomó y Julia dijo:

—Caí cuando quise pasar al balcón y me raspé la frente.

La esclava se inclinó y salió, pero no creyó lo que Julia había dicho.

“Conocen el problema”, pensaba Lucrecia. “Saben más de lo que se nos ha permitido saber a nosotros.”

Era imposible mantener secreta la noticia de que se habían arrojado piedras contra la amante del Papa cuando se encontraba en un balcón del palacio de Lucrecia. Cuando Alejandro lo supo fue de prisa a verlas.

A pesar de la peligrosa situación en que Alejandro sabía que estaba, su mayor preocupación en ese momento era la seguridad de su amante y de su hija.

Las abrazó con ternura y por primera vez desde que habían aparecido los nubarrones de la guerra sobre su cabeza demostró ansiedad.

—Mi tesoro, déjame ver esta herida. Debemos asegurarnos de que no hay infección. Santa Madre de Dios, podría haberte dado en el ojo. Pero los santos te han preservado, mi preciosa, y la herida no es grande. Y tú, Lucrecia, mi preciosa hijita, no estás herida. Doy gracias a la Virgen por eso.

Las mantuvo contra sí como si nunca quisiera soltarlas, y mientras

ambas contemplaban su rostro, Lucrecia percibió el conflicto que agitaba el alma de Alejandro.

—No debes sentir ansiedad, queridísimo padre —dijo Lucrecia—. Tendremos el mayor cuidado. No nos aventuraremos en el balcón hasta que cese toda esta agitación.

El Papa la soltó y se dirigió en actitud pensativa hacia la figura de la Madonna. Se quedó de pie ante ella, mientras sus labios se movían levemente. Estaba orando, y ambas comprendieron que estaba por tomar una decisión.

Luego se volvió lentamente hacia ellas, y era de nuevo el viejo y firme Alejandro.

—Mis tesoros —les dijo— ahora debo hacer algo que me aflige más que cualquier otra cosa. Voy a enviaros lejos de Roma.

—Por favor, padre, no lo hagas —imploró Lucrecia—. Permítenos quedarnos contigo. Prometemos no salir nunca. Pero estar lejos de ti sería lo peor que nos podría ocurrir.

Alejandro sonrió y posó la mano sobre su cabeza.

—Y mi Julia, ¿qué tiene para decirme?

Julia se había arrojado a sus pies y le había tomado la mano. Pensaba: “Algo más terrible que una peste amenaza a Roma. Los ejércitos franceses pueden invadirnos... impondrán un Papa de su propia elección, y ¿quién sabe lo que le ocurrirá a Alejandro?”

Julia había encontrado en Alejandro un amante muy satisfactorio, consumado y experimentado; no dudaba de que había tenido suerte al tener el mejor tutor de Roma. Pero una parte del atractivo de Alejandro residía en su poder, consistía en saber que era el cardenal más rico de Roma, y luego el propio Papa. Dada su manera de ser, todas esas circunstancias aumentaban su placer. Imaginarlo sin su gloria, tal vez un prisionero humillado de los franceses, lo hacía aparecer como una persona distinta que el amante todopoderoso, siempre indulgente y generoso, por el cual era un honor ser amada.

En consecuencia, a Julia no la molestaba del todo la idea de retirarse a un lugar seguro hasta que se pudiera determinar si Alejandro iba a mantener su poder o no.

No dio señales de lo que pensaba; y Alejandro, que habría detectado inmediatamente la duplicidad en un político, no la percibía en su amante, lo cual se debía en parte a ese constante deseo de ver sólo lo que deseaba ver.

Era tan fiel a Julia como siempre. La diferencia de edad la hacía parecer, aun ahora, cuando era madre, como una niña joven y cándida. La pasión de Julia había parecido siempre espontánea. Disfrutaba de él tanto como él de ella. Por consiguiente, Alejandro creía que ella sentiría tanto dejarlo como él sentiría perderla.

—No te abandonaremos —dijo Julia—. Enfrentaremos cualquier cosa, Santo Padre, antes de hacerlo. Preferiría morir por la peste o por la espada de soldados extranjeros antes que...

—No hables más, te lo ruego —dijo Alejandro haciendo un gesto de dolor—. No sabes lo que estás diciendo.

Julia se había recuperado; se levantó y su rostro resplandecía, tan inocente como el de Lucrecia. Dijo:

—Es verdad, Lucrecia, ¿no es cierto? Preferiríamos enfrentar... cualquier cosa... cualquier cosa... —hizo una pausa, para que Alejandro pudiera imaginar los peores horrores...— sí, cualquier cosa antes que abandonarte.

Lucrecia abrazó a su padre.

—Es verdad, queridísimo padre —gritó, y era lo que sentía.

—¡Mis niñas adoradas! —murmuró Alejandro, con voz quebrada por la emoción—. Es porque os amo que debo ser despiadado en este momento. No puedo permitir que os quedéis aquí. No puedo imaginar hasta qué punto será sombría mi vida sin vosotras; todo lo que sé es que sería aún más sombría si os pasara algo por mi egoísmo en manteneros aquí. Los franceses están reuniendo sus fuerzas. Son un país fuerte, y están decididos a tomar Nápoles. Pero no se conformarán con Nápoles. Tal vez veamos a soldados extranjeros en Roma. Y tú, mi amada, mi Julia, piensas en la muerte a manos de soldados extranjeros, pero no siempre las cosas son tan simples. Eres tan joven... tan hermosa. Nunca hubo dos criaturas más preciosas en la tierra. ¿Y cuál sería tu destino si cayeras en las manos de soldados brutales? ¿Lo has pensado? No quiero ni pensarlo. Prefiero perder la luz de vuestra presencia antes que pensar en eso.

—En tal caso, alejémonos durante un período tan breve como sea necesario para que te tranquilices —lo apaciguó Julia.

—Espero que no sea demasiado lejos de Roma —agregó Lucrecia melancólicamente.

—Estad convencidas, mis preciosas, que no bien sea seguro para vosotras estar aquí, os tendré de nuevo en mis brazos.

Las abrazó a ambas y continuó manteniéndolas contra él.

—Mis planes son éstos, mis queridas niñas. Lucrecia visitará el dominio de su esposo en Pesaro. Es a Pesaro donde me propongo enviaros.

Hubo alguien que se llenó de alegría ante la perspectiva de dejar Roma: era Giovanni Sforza. Aseguró al Papa que su primera preocupación serían las dos muchachas que el Santo Padre colocaba bajo su protección, y estaba fervientemente de acuerdo con Su Santidad en el sentido de que Roma, en ese mes de mayo de 1494, no era un lugar adecuado para ellas.

Así, en un hermoso día de sol se reunió en la plaza de San Pedro una multitud de servidores que parloteaban y de esclavas excitadas para completar la comitiva que debía viajar a Pesaro. Julia declaró que no podía viajar sin sus peluqueras y modistas y todos los sirvientes necesarios para su comodidad; Lucrecia, sabiendo que los miembros de su séquito se apenarían si se los

dejaba en Roma, insistió igualmente en que todos sus servidores la acompañaran. En vano Giovanni Sforza señaló que tendrían una menor necesidad de todos sus afeites en la tranquila Pesaro; las muchachas no lo escucharon, y Giovanni, que sólo ansiaba huir de Roma con tanta rapidez como fuera posible, cedió.

También Adriana, con sus sacerdotes y sus sirvientes, estaba en la comitiva; y el Papa permaneció en su balcón, contemplando la caravana hasta que pudo divisar esas dos cabezas doradas que aportaban tanto placer a su vida.

Cuando se fueron, se retiró a sus apartamentos y se encerró para lamentarse por su ausencia. Se dedicó al estudio de la situación política, decidido a emplear cada gramo de energía que poseía para convertir a Roma en un lugar seguro, de modo de poder traer de vuelta a sus amadas muchachas, para alegrar su vida.

Cuando dejaron Roma, Lucrecia se sorprendió al ver cómo se reanimaba Julia.

—Se podría pensar —dijo— que estás contenta de dejar al Santo Padre.

—No tiene sentido refugiarse en la melancolía, que sólo puede producir una melancolía aún mayor. Olvidemos que estamos en el exilio, lejos de nuestro Santo Padre y de nuestra amada ciudad. Saquemos el mayor provecho posible de lo que tenemos.

—No será fácil —dijo Lucrecia—. ¿Observaste su tristeza?

—Es el hombre más sabio de Roma —la tranquilizó Julia—. Pronto desechará su pena. Es él quien me ha enseñado mi filosofía de la vida. Pronto se estará divirtiendo. Por consiguiente, debemos divertirnos nosotras también, tanto como podamos.

—Esa es, indudablemente su filosofía —convino Lucrecia.

—Por consiguiente, estemos contentas... Me pregunto qué tipo de ciudad es Pesaro.

A medida que avanzaban hacia el norte a través de la bota de Italia, y pasaban por las ciudades, la gente se daba vuelta para contemplar a las extranjeras que venían de Roma. Se maravillaban ante las dos bellezas de cabellos dorados, con sus ricos vestidos; contemplaban a la pequeña Laura, que estaba con su madre, y se maravillaban porque había rumores de que esa niña, al igual que la rubia Lucrecia, era la hija del propio Papa.

Colgaban banderas de bienvenida, y los señores de las diversas ciudades a través de las cuales pasaban las recibían magníficamente. Esas recepciones divertían al pueblo y, como nadie estaba todavía seguro de que Alejandro sería depuesto, resultaba desatinado ofender en ese momento a alguien que —según la leyenda— estaba dotado de poderes sobrehumanos.

El ánimo de Giovanni Sforza mejoraba a medida que aumentaba la distancia que los separaba de Roma. Adquirió una nueva estatura e incluso se convirtió en algo parecido al amante en quien Lucrecia había soñado; y ella, siempre dispuesta a estar conforme, comprobó, en lo relativo a su vida

matrimonial, que nunca había sido más feliz.

Giovanni resplandecía de orgullo al ver las banderas desplegadas en honor de la comitiva, y al observar que era tratado como un igual por algunos señores, como los de Urbino, que anteriormente se habían considerado muy por encima de él.

Giovanni había terminado por comprender el honor que se le había conferido a través de su unión con los Borgia, y eso lo hacía más tierno hacia su esposa y muy ansioso por complacerla; como ella estaba dispuesta a ser complacida, la armoniosa relación entre ellos continuó durante todo ese viaje.

Sforza avisó de su inminente llegada a Pesaro y dio instrucciones a sus servidores, pues quería una bienvenida tal como nunca la habían brindado antes; deseaba que se llenaran las calles de flores y que se colocaran banderas; pidió que se escribieran versos, para que a su llegada les fueran recitados a él y a su esposa.

Por tal motivo, estaba encantado mientras efectuaban el largo cruce a través de los Apeninos, y se congratuló por tener una esposa que no sólo suscitaba fácilmente su ardor, que no sólo era una belleza, sino que era la hija de un hombre que, aun si su poder se encontraba amenazado, era el más poderoso de Italia, según lo admitía la mayoría.

En consecuencia, se preparó para la entrada triunfal a Pesaro.

Lucrecia y Julia se habían lavado el cabello la noche antes de la entrada. Lucrecia se proponía ponerse un hermoso vestido bordado en oro, y su pelo rubio estaría recogido en una red con muchas joyas.

Estaba recostada al lado de su esposo, pensando en el próximo día, recordando somnolienta la pasión que había demostrado durante el viaje, pasión de la cual ella no lo había considerado capaz. Hubiera deseado que él se despertara, para hacer otra vez el amor.

Luego se preguntó por lo que estaba ocurriendo en Roma y si su padre se habría recuperado de su pena. Julia no parecía lamentar mucho haberlo dejado, si bien era seguro que había encontrado consuelo en otra mujer.

Era extraño que Julia no se preocupara. Pero tal vez estaba bien así, pues si Julia se hubiera preocupado, eso la habría vuelto infeliz, y como el Papa encontraría sin duda alguna medios para consolarse, era una suerte que Julia se reconciliara con la idea de la separación.

Se estaba levantando viento, y ella podía oír el golpeteo de la lluvia.

Esperaba que por la mañana el sol resplandeciera.

—Giovanni —murmuró—, ¿escuchas cómo se levanta el viento?

No era muy hermoso; no era parecido al amante en quien había soñado: pero ella estaba siempre dispuesta al compromiso. Le atribuía una belleza y cualidades que no poseía, y pensaba en él como hubiera deseado que fuera, en vez de verlo tal como era.

Tocó levemente sus mejillas con el dedo. El rostro de Giovanni se crispó, y alzó una mano como si deseara alejar una mosca.

—Giovanni —cuchicheó Lucrecia.

Pero él continuó roncando.

Llegaron a Pesaro en medio de una violenta tormenta, con fuertes lluvias.

De las ventanas colgaban banderas manchadas de barro; algunas habían sido arrancadas por el viento y estaban desparramadas por el suelo. El Señor de Pesaro había ordenado que se desplegaran banderas, y sus sujetos las habían izado, pero el viento era cruel y no obedecía órdenes; por tal motivo la entrada no tuvo el carácter triunfal que su Señor había planeado.

Julia estaba encolerizada: la lluvia había saturado su hermoso pelo de tal modo que parecía de un color amarillo oscuro, en lugar de dorado. Su hermoso vestido se había arruinado.

—¡Maldito sea Pesaro! —gritó Julia, y deseó haber estado en Roma.

Adriana murmuraba oraciones mientras cabalgaba. Su vestido se le había pegado de una manera incómoda y el viento le levantaba el pelo por debajo de la red; se sentía indecorosa de ese modo, y su dignidad significaba mucho para Adriana. Sin embargo, estaba calmada, y había un cierto aire de triunfo en su rostro. Se decía a sí misma: “Cualquier cosa será mejor que Roma en este momento”.

El hermoso vestido de Lucrecia se había arruinado y su pelo se encontraba en el mismo estado que el de Julia. Una de sus sirvientas había encontrado una gran capa con la cual envolvió a su ama, de tal modo que toda su gloria quedó oculta para los pocos que habían afrontado el viento y la lluvia para contemplar la entrada de la nueva condesa.

—No dudo —dijo a Julia— que mañana brillará el sol.

—Tampoco dudo que estaremos en cama, con fiebre, por lo cual eso nos importará poco —refunfuñó Julia.

Llegaron al palacio de los Sforza y allí, tal como se había ordenado, esperaban los poetas que debían leer sus versos de elogio hacia su señor y su esposa.

En consecuencia, debieron estar de pie bajo la lluvia y el viento mientras que guarecidos bajo las arcadas, los poetas que tiritaban leían sus versos, en que daban la bienvenida a su condesa a su hogar en la asoleada ciudad de Pesaro.

Julia estornudó, mientras que Adriana, en su fuero interno, oró en silencio para que los poetas terminaran pronto con sus versos y Lucrecia, con su belleza oculta por la gran capa y su pelo dorado descendiéndole por el rostro en hebras parecidas a oscuras serpientes amarillas, sonreía, tal como se esperaba de ella. Pero su alivio fue evidente cuando la alocución concluyó.

Qué alegría estar en el interior del palacio, secarse y calentarse al lado del gran hogar, comer comida caliente y reír tontamente con Julia parlotando del terrible viaje hasta Pesaro, de cuyo recuerdo disfrutarían porque había terminado.

Pero al día siguiente apareció el sol, y Pesaro se presentó ante ellas en toda su belleza.

Lucrecia, mirando la hermosa zona del Adriático en la cual se encontraba la ciudad, las verdes colinas que la rodeaban en un encantador semicírculo, en cada uno de cuyos extremos estaban las altas montañas de Accio y Ardizio, estaba encantada con su nuevo hogar.

—Aquí —dijo a Julia— uno se siente alejado del resto del mundo.

—Ese es el motivo por el cual fuimos enviadas aquí, para estar seguras hasta que pase el conflicto.

—Creo que podría ser feliz —dijo Lucrecia— si mi padre y mis hermanos estuvieran conmigo.

—Oh, Lucrecia, deberás aprender a ser feliz sin tu padre y tus hermanos.

Durante los días siguientes, Lucrecia intentó serlo. Los súbditos de Giovanni habían hecho los mayores esfuerzos para recibir a la condesa en una forma tal que ella percibiera hasta qué punto estaban complacidos por tenerla entre ellos. Hubo banquetes, bailes y carnaval. Las pequeñas calles de la ciudad se llenaron de gente que reía, de payasos en trajes grotescos y de juglares que ejecutaban sus trucos en honor de Madonna Lucrecia. Nunca había habido tanta alegría en Pesaro, declaraba la gente, y era todo en honor de la nueva condesa.

Lucrecia apareció entre ellos y ganó sus corazones, no sólo con su belleza dorada sino también porque era evidente que apreciaba todo lo que estaban haciendo por ella.

Lucrecia y Julia se reunieron y elaboraron un programa de fiestas, decididas a que el pueblo de Pesaro contemplara más cosas magníficas de las que había visto nunca. Sacaron a luz sus más espléndidos vestidos, para deslumbrar los provincianos y para que pudieran tener una idea del esplendor de la sociedad romana.

Estaban resueltas a eclipsar a una belleza local, Caterina Gonzaga di Montecchio, de quien habían oído hablar mucho y a la que temían un poco, pues la fama de la belleza de esa mujer había llegado hasta Roma.

Se lavaron el pelo, se pusieron sus redes enjoradas, y cada una aseguró a la otra que nunca había tenido un aspecto más hermoso: los vestidos de seda y brocado con diamantes que se pusieron eran los que habrían usado para una gran ceremonia en Roma. Magníficamente ataviadas de este modo partieron, con Giovanni como escolta, para asistir al baile de los Gonzaga.

Fue una velada de triunfo. Estudiaron a la muy famosa belleza y descubrieron que si bien tenía piel y figura hermosas, su nariz era gruesa, sus dientes feos y su pelo resultaba insignificante en comparación con las largas trenzas doradas de Julia y Lucrecia.

Julia se puso muy alegre; Lucrecia demostró mayor serenidad, y no bien volvieron al palacio Sforza, se sentaron para escribir al Santo Padre y relatarle todo lo que habían visto, describiéndole el aspecto de Caterina, pues sabían que Su Beatitud podía haber tenido la impresión de que su belleza era

superior a la que tenía en realidad.

Julia agregó que Lucrecia estaba satisfecha con su nuevo hogar y que su salud era buena. El pueblo de Pesaro era fiel a los Sforza, escribió, y había continuamente fiestas, bailes, cantos y mascaradas. En cuanto a ella misma, al estar lejos de Su Santidad, de quien dependía toda su felicidad, era incapaz de encontrar ningún placer o satisfacción en las diversiones. Su corazón estaba con quien era el tesoro de su vida. Ella confiaba en que Su Santidad no las olvidaría sino que pronto las haría regresar a su lado.

Esas cartas deleitaban al Papa. Pidió que le escribieran todos los días, y les aseguró que cada uno de los detalles de su vida era de la mayor importancia para él.

Así era, en realidad, pues si bien los franceses estaban por invadir Italia y sus enemigos en la península trataban de deponerlos, se sentía muy feliz cuando recibía cartas de sus niñas amadas.

Cuando algunas semanas más tarde le llegó la noticia de que Lucrecia estaba en cama con fiebre, se sumió en un abismo de temor por su vida. Se encerró en sus apartamentos, se negó a ver a nadie y se acusó a sí mismo por permitir que ella se alejara de él, mientras hacía planes febriles para hacerla volver, a pesar de los peligros.

Deseaba que estuvieran con él. No podía disfrutar de la vida sin ellas. Escribió que la ausencia de Julia suscitaba en él un demonio de sensualidad que sólo podía ser aplacado por ella; en cuanto a sus hijos, ahora comprendía que ninguno le importaba tanto como su pequeña belleza de cabellos de oro. No se explicaba cómo podía haber pensado que el amor que sentía por sus hijos pudiera compararse con el que un hombre como él debía sentir por un ser tan delicadamente formado y tan exquisitamente hermoso como su Lucrecia. Debían volver. No debían separarse de nuevo. Cualesquiera que fueran los peligros, debían enfrentarlos juntos.

“Donna Lucrecia, mi amada hija”, escribió angustiado. “Nos has dado días de profunda angustia. Hubo malas noticias en Roma, amargas y terribles noticias de que habías muerto o que no había esperanza de que siguieras en vida. Comprenderás el dolor que nos causó, por el gran amor que sentimos por ti, mayor que el que tenemos por cualquier otro ser sobre la tierra. Damos gracias a Dios y a nuestra Gloriosa Señora porque han alejado el peligro de ti, pero no seremos felices hasta que te veamos personalmente.”

Las cartas iban y venían entre Roma y Pesaro y, si bien muchos creían que Alejandro estaba al borde del desastre, el Papa se negaba a reconocerlo y declaraba que daría todo lo que tenía para lograr la vuelta de sus seres amados.

Nada quería Giovanni Sforza con tanto ardor como quedar en Pesaro. Allí creía estar protegido de los desastres de la invasión: con seguridad los

franceses no cruzarían los Apeninos para tomar posesión de un dominio tan insignificante. Además, Lucrecia, sustraída de la influencia de su padre, era una esposa contenta y amorosa. ¿Por qué no podían permanecer en Pesaro durante el resto de sus vidas?

Había un inconveniente para eso. A causa de su puesto en la Iglesia, estaba a sueldo del Papa; y si bien siendo un Sforza trabajaba para Milán, su pariente Ludovico, que se preparaba para una invasión de la cual sabía que sería una de las primeras víctimas, tenía escaso tiempo o dinero para dedicarlos a Giovanni. Por consiguiente, los ingresos de Giovanni provenientes de Milán no habían sido pagados durante un cierto tiempo y, si desobedecía al Papa manteniendo a su hija alejada de él, ¿de qué manera podría esperar que el papado le pagara sus ingresos?

Giovanni se encontraba en un estado de perplejidad durante esas semanas de festividades, mientras Lucrecia y Julia hacían alarde de sus hermosos vestidos y su esplendor en su corte provincial.

Alejandro comprendía perfectamente a su yerno. Un hombre débil, un cobarde, pensaba el Papa; el tipo de hombre que despreciaba. Sabía que Giovanni se estaba escondiendo en Pesaro, lejos del conflicto inminente, y esperaba quedarse allí, manteniendo a Lucrecia lejos de su padre.

Eso no debía quedar así; y dado que si Giovanni decidía mantener a su esposa a su lado sería delicado para el Papa pedir su vuelta, Alejandro dispuso que Giovanni Sforza recibiera el mando de una brigada napolitana, y envió órdenes a Pesaro para que asumiera inmediatamente el mando de esa fuerza.

Cuando Giovanni recibió esta comunicación quedó pasmado.

Penetró en el apartamento de Lucrecia y le pidió que leyera el despacho de Roma.

—Partir inmediatamente... hacia Nápoles —leyó Lucrecia—. ¿Tú... Giovanni... ir a Nápoles? Pero tu familia y los napolitanos han sido siempre enemigos.

—Es así —gritó Giovanni—. ¿Qué planea tu padre? ¿Desea destruirme?

—¿Cómo podría desear destruir a mi esposo cuando declara que su mayor placer es complacerme?

—Tal vez piensa que el hecho de destruirme no te desagradaría.

—¡Giovanni!

Los ojos de Lucrecia le imploraban no hablar más. Temía mucho escenas como ésa.

—Oh, sí —vociferó Giovanni—. Desea que regreses con él. No puede vivir sin ti. ¿No es eso lo que dice? ¿Piensas que no comprendo por qué? ¿Crees que soy un idiota?

—Es mi padre amado, es cierto.

Giovanni rió estentoriamente.

—¡Tu padre amado! Qué divertido. Toda Italia ríe. El Papa es el padre amado de Madonna Lucrecia, y suspira por protegerla por debajo de sus hábitos apostólicos.

—Giovanni, estás histérico.

Era verdad. Giovanni estaba aterrado. Se veía atrapado en la red papal. Sus parientes en Milán no tenían tiempo para ocuparse de él; su suegro, el Papa, deseaba quitarlo de en medio; por consiguiente, debía ser entregado a los enemigos de su familia. ¿Qué sería de él?

—Me negaré a obedecer las órdenes del Papa —dijo—. ¿Cree que no comprendo lo que significan?

—Oh, Giovanni —dijo Lucrecia— estaría mal aconsejarte que desobedecieras a mi padre.

—¡Tú me aconsejarías que las obedeciera, no es cierto! Dirías: “Ve hacia los napolitanos. Acepta este mando de sus tropas. Eres un Sforza y un enemigo declarado de los napolitanos, pero ve, ve... porque mi padre desea quitarte de en medio, para que yo pueda volver a él... para que pueda vivir cerca de él y los rumores puedan crecer y crecer... y crecer...”

Comenzó a reír, pero su rostro estaba desfigurado por el temor.

Lucrecia intentó calmarlo, pero él no hacía más que gritar:

—No iré, ¿me escuchas? No iré.

Había otras aflicciones. Llegaron noticias de Capodimonte, la ciudad natal de Julia, de que su hermano Angelo estaba muy enfermo, y su familia creía que no sobreviviría.

Julia se sintió consternada. Quería mucho a su familia, especialmente a sus hermanos Angelo y Alessandro.

Fue a conversar con Lucrecia, y nunca, en el curso de su amistad, ésta la había visto tan angustiada.

—Se trata de noticias de mi hogar —explicó Julia.

—Mi querida Julia, ¡cuánto lo siento! —gritó Lucrecia—. Debemos orar para que todo termine bien.

—Debo hacer algo más que orar —le dijo Julia—. Iré a verlo. No puedo dejarlo morir sin verlo de nuevo.

—Recuerda las órdenes de mi padre... no debes alejarte de Pesaro sin su consentimiento.

—Mi hermano está muriendo, ¿comprendes? ¿Qué ocurriría si César o Juan estuvieran muriendo? ¿No irías a verlos?

—Pero no es César ni Juan —dijo Lucrecia con calma—. Es tan sólo Angelo.

—Es mi hermano tanto como César y Juan lo son tuyos.

Pero Lucrecia no podía admitirlo. Julia no comprendía los lazos que unían a la familia Borgia. Y el Papa se encolerizaría si Julia abandonara Pesaro para ir donde estaba su familia.

—¡Vaya! —exclamó Lucrecia—. Orsino está en Bassanello, y ese lugar no está a mucha distancia de Capodimonte. Sabes hasta qué punto a mi padre le

desagrada que estés cerca de tu esposo.

—No necesito ver a Orsino.

—Pero podría venir hacia ti. Oh, Julia, si valoras el amor de mi padre, no vayas a Capodimonte.

Julia quedó silenciosa. Estaba desgarrada entre sus deseos de ver a su hermano y su deseo de complacer al Papa.

Giovanni partió hacia Nápoles. Lucrecia lo despidió sin ningún pesar. Durante los últimos días había percibido hasta qué punto era débil el hombre con el cual se había casado, y añoraba la fuerza que había admirado siempre en su padre y en sus hermanos.

Giovanni, furioso y humillado, había decidido que, como no podía servir a los enemigos de su familia, fingiría hacerlo y enviaría información a los suyos sobre los movimientos del ejército napolitano. Sería un trabajo delicado, y si fuera descubierto, se encontraría en agudo peligro, pues se lo consideraría como un espía. Pero ¿qué podía hacer? ¿De qué otro modo se podría reconciliar con su familia? Era el pequeño gobernante de una pequeña comunidad: era un señor de provincia que no podía sobrevivir sin el apoyo de su familia y del Papa.

Después de que Giovanni se fue, la tristeza se apoderó del palacio. No hubo más entretenimientos; las muchachas ya no sentían inclinación por las fiestas. Se quedaban en el apartamento, Lucrecia jugando con Laura mientras Julia miraba por la ventana, para ver si llegaba un mensajero de Capodimonte. Un día, ese mensajero llegó, y las noticias que traía eran graves. Angelo Farnese estaba en su lecho de muerte, no había dudas al respecto; había expresado el deseo de ver a su amada hermana Julia, que había logrado tantos honores para la familia. Eso decidió a Julia.

Se dirigió hacia Lucrecia:

—Me voy inmediatamente a Capodimonte —dijo—. Estoy decidida a ver a mi hermano antes de que muera.

—No debes ir —insistió Lucrecia—. A mi padre le disgustará.

Pero Julia se mantuvo firme y ese mismo día, con Laura y Adriana, partió hacia Capodimonte.

Giovanni, Julia, Laura y Adriana se habían ido.

Lucrecia, en su soledad de Pesaro, meditaba sobre los cambios que se estaban produciendo a su alrededor.

En el castillo de los Orsini, en Bassanello, Orsino Orsini reflexionaba.

Al igual que Giovanni Sforza, era un hombre débil. Giovanni no podía olvidar nunca que pertenecía a una pequeña rama de la familia Sforza y que

era despreciado por sus parientes más ricos: Orsino no podía olvidar que era de pequeña estatura, bizco, y que ni siquiera las humildes muchachas de servicio estaban ansiosas de obtener sus atenciones.

A menudo experimentaba resentimiento por la forma en que era tratado. Le parecía que se habían burlado de él más de lo necesario, al casarlo con una de las más hermosas mujeres de Italia, que se había convertido en la amante del Papa aún antes de ser su esposa.

Era como si dijeran: “Oh, pero se trata tan sólo de Orsino, y Orsino no cuenta”.

Su propia madre había desempeñado un papel destacado en su humillación. “No seas tonto, Orsino” le había reprochado. “Piensa en los favores que Julia puede lograr del Papa para ti. ¡Riquezas! ¡Tierras! Son más provechosas que una esposa. En todo caso, si son mujeres lo que deseas, habrá muchas a tu disposición.”

¡La bella Julia! Era famosa en toda Italia. ¡La amante del Papa! ¡La madre de la hija del Papa! ¡Y estaba casada con Orsino, a quien nunca se le había permitido que se le acercara, por temor a ofender al Papa!

Orsino hizo un juramento:

—Este es el fin de mis humillaciones. Ella ha dejado al Papa. Está en Capodimonte y, por todos los santos, juro que será en verdad mi esposa. Juro que la arrancaré a su amante.

Desde su castillo, miró la pequeña aldea, arracimada alrededor de la vieja iglesia con su campanario de seis pisos; contempló el valle tranquilo a través del cual fluía el río Tíber. A su alrededor, todo parecía en paz. Pero si hacía lo que se esperaba de él, no disfrutaría de paz durante mucho tiempo. Su familia era una firme aliada de los napolitanos, y Orsino estaba al frente de una brigada. Debería dejar ese lugar y unirse a las fuerzas napolitanas. En ese momento estaría lejos de Julia y, si el Papa sabía que ella había venido a Capodimonte a visitar a su hermano moribundo, eso no lo molestaría tanto como si supiera que Orsino Orsini estaba cerca.

Pero ¿por qué se debía aplacar al Papa? ¿Por qué era tan necesario en ese momento? Los franceses estaban en camino con un poderoso ejército, y se decía que uno de sus objetivos consistía en deponer a Alejandro. En tal caso, ¿existía la misma necesidad que antes de aplacar al Papa?

“¡Por todos los santos, tendré lo que es mío!” Juró Orsino.

Hizo llamar a uno de sus capitanes, y cuando éste llegó le dijo:

—Llevarás las tropas a Umbria bajo tu mando. Tengo órdenes de que deben ir allí.

El hombre acató la orden, pero Orsino vio la mirada de estupor que había en sus ojos.

—No me siento bien —explicó Orsino—. Siento que la fiebre me está dominando. No te puedo acompañar. Debo permanecer aquí durante un cierto tiempo.

Sonrió en forma maliciosa al despedir al capitán.

Ahora había dado el primer paso.

El Santo Padre estaba por perder una amante y él, Orsino Orsini, estaba por ganar una esposa.

Cuando sus hombres partieron, se puso en camino a Capodimonte, donde tanto su madre como Julia se sorprendieron al verlo.

—Pero ¿qué significa esto? —gritó Adriana—. ¿No deberías estar con tus hombres en el campamento?

—Estaré donde desee estar —contestó Orsino.

Julia gritó:

—Pero creíamos que te habían dado órdenes.

Orsino la miró atentamente. Por algo se la conocía en toda Italia como *La Bella*. De pronto se vio atormentado por un centenar de imágenes de lo que debía ocurrir cuando ella hacía el amor con ese experto que era el Santo Padre y lo enloqueció una mezcla de cólera y deseo.

Le contestó:

—Ha llegado el momento en que he decidido ordenar mi propia vida.

—Pero...—comenzó Julia.

—Y la tuya —replicó Orsino.

—Es una locura —replicó Julia.

Miró a su suegra, pero Adriana estaba silenciosa. La madre de Orsino reflexionaba con rapidez. No creía que Milán pudiera resistir la arremetida de los franceses. Creía que pronto los extranjeros estarían en Roma. Si llegaban a Roma, los días de Alejandro como Papa estaban contados. Una mujer tan astuta como Adriana no iba a continuar aplacando a un hombre próximo a caer. Si Italia fuera invadida, habría familias, como los Orsini y los Colonna, que sobrevivirían; y Orsino, por más bizco que fuera, era un poderoso Orsini. Si demostraba un poco de ánimo, se haría caso omiso de su deformidad física. Adriana alzó los hombros.

—Es tu esposo, si bien se mira —contestó.

Y se fue, dejándolos juntos.

Julia, sobresaltada, enfrentó a Orsino.

—Orsino, no seas alocado —le dijo.

Se había acercado a ella y la había tomado por la muñeca.

—Sabes —gritó Julia— que el Papa te ha prohibido acercarte a mí.

Orsino rió, y asíéndola por los hombros la sacudió rudamente.

—¿No se te ha ocurrido que me podría corresponder prohibir al Papa que se acerque a ti?

—¡Orsino!

—*La Bella* —dijo él—, has traído grandes beneficios a tu familia. Has cumplido todos los pedidos que te han hecho.

Sus ojos se posaron sobre su cuello blanco y liso, en el cual llevaba un reluciente collar de diamantes, que había sido un regalo de su amante. Agarró el collar y el cierre se soltó. Lo arrojó lejos de él sin mirar dónde caía. Y cuando sus manos tocaron las cálidas carnes de Julia, fue como si hubiera tomado

una decisión. Ya no habría más tergiversaciones. Ni por un instante.

—Si me tocas —gritó ella— tendrás que responder a...

—Yo no le respondo a nadie —dijo él—. Te recordaré algo que parece haber olvidado... ahora, así como cuando te casaste conmigo. Eres mi esposa.

—Piensa con cuidado, Orsino.

—No es el momento de pensar.

Julia apoyó las manos contra el pecho de Orsino; sus ojos eran implorantes; el hermoso cabello dorado se había soltado de la red.

—¡Ahora! —dijo él—. Ahora mismo...

—No —gritó Julia—. No lo haré. Orsino... te odio. Déjame ir. ¡En un momento como éste! Con mi hermano muriendo... y...

—Debería haber habido otros momentos dijo él — . Centenares de momentos... millares de momentos. He sido un tonto, pero ya no lo soy más. Esos momentos pasaron. Este no pasará.

Julia estaba sin aliento, decidida a huir. Pero él estaba igualmente decidido, y era el más fuerte de los dos.

Después de un cierto tiempo, Julia dejó de luchar.

Angelo murió. Abrazó a su hermana por última vez y le dijo que debía agradecer siempre a la Virgen su belleza y recordar que gracias a ella había podido poner las bases de la grandeza de su familia.

Angelo no supo nunca lo que ocurría más allá de los muros del palacio. No sabía lo que estaba ocurriendo en su interior. Julia no se encontraba nunca a salvo de Orsino, quien estaba lleno de exigencias. Insistía en sus derechos y no admitía negativas.

Ella misma era una mujer sensual, y como tal comenzaba a encontrar una cierta excitación en sus encuentros con Orsino.

Alejandro estaría furioso, pero Julia se sentía impotente. Era una prisionera en Capodimonte, a merced de un esposo que había sido apartado de ella durante años. Alejandro era un amante perfecto, Orsino algo parecido a un patán, pero el patán brindaba un cambio excitante; y la divertía someterse a algo que era casi una violación y que, sin embargo, era un comportamiento legítimo para una pareja casada.

Lamentaba que Lucrecia no estuviera con ella, para poder confiarle sus problemas.

En cuanto a la familia Orsini, desde luego apoyaba a quien era uno de ellos. Orsino estaba en su derecho al plantear sus exigencias. ¿Su amante? Ahora podían reír de un viejo en decadencia. No duraría mucho.

También Adriana había cambiado.

—Debo apoyar a mi hijo —declaró—. Es lo más natural del mundo que insista en que su esposa viva con él.

Con el tiempo, las noticias de lo que había ocurrido llegaron hasta

Alejandro.

Nadie lo había visto tan furiosamente encolerizado como en ese momento. Recorría sus apartamentos, amenazando con excomuniones a diestra y siniestra. No dejaría a Julia en manos de ese patán, de ese idiota bizco. Debía ser traída de vuelta a Roma inmediatamente.

¿Por qué se le había permitido partir de Pesaro? ¿Qué había pasado con su hija? ¿Era cómplice de esa intriga contra él?

Escribió a Lucrecia. Ya era suficientemente malo que una hija careciera tanto de amor filial que no demostrara deseo de volver a su padre, pero que le desobedeciera estaba más allá de toda posibilidad de comprensión. Se sentía amargamente decepcionado con respecto a quien había amado más allá de cualquier cosa sobre la tierra. Lucrecia le mentía y era indiferente hacia él, y las cartas que le escribía a su hermano no estaban escritas en la misma forma maliciosa que empleaba para escribirle a él.

Cuando Lucrecia recibió esa carta de su padre, se sintió desesperadamente infeliz.

Siempre había habido disputas entre Juan y César, pero nunca entre ella y los otros miembros de su familia.

Y el hecho de que su padre le escribiera de ese modo la hería profundamente.

Desesperadamente aislada, se hundió en la melancolía. ¿Qué le había ocurrido a la amada familia? Ahora todos estaban separados. No era de extrañar que hubiera malentendidos. Juan estaba en España y Goffredo en Nápoles. César estaba en Roma, envuelto en su amargura, especialmente ahora, cuando amenazaba una guerra.

Y la más terrible de todas las tragedias era que su padre la amara tan poco que desahogara su cólera ante la traición de Julia sobre ella, sobre su hija Lucrecia.

Sólo podría tratar de mitigar su pena escribiendo a su padre. Le imploró que creyera que había sido incapaz de impedir que Julia abandonara Pesaro, que había hecho todo lo que estaba a su alcance para impedir que se fuera. Las cartas que le escribía a su padre estaban tan llenas de amor, eran tan tiernas y tan veraces como las que escribía a César. Podía estar siempre seguro de su amor y de su devoción. “Anhele estar”, escribía “a los pies de Su Beatitud, y anhele ser digna de su estima, pues si no lo soy no tendré nunca satisfacción ni deseos de vivir.”

Cuando Alejandro recibió esta carta, lloró y la besó tiernamente.

“¿Por qué dudé de mi hija amada?” se preguntó. “Mi Lucrecia, mi amor. Siempre me serás fiel. Son los otros los que me desobedecen y me engañan.”

Pero ¡qué infeliz era! Los “demonios de la sensualidad” lo roían, y no podía alejar de su mente la imagen de Julia y el bizco Orsino juntos.

La flota francesa obtuvo una rápida victoria sobre los napolitanos en Rapallo. Los ejércitos franceses cruzaron los Alpes y los italianos se encontraron superados desde el comienzo. Desplegando las blancas banderas de los Valois, los franceses avanzaron a través de Italia. En Pavia, Carlos VIII encontró al pobre y semidemente Gian Galeazzo, el verdadero duque de Milán; y cuando su hermosa y joven esposa Isabella se arrojó a los pies del pequeño Carlos, el rey francés se sintió tan conmovido por su belleza y sus sufrimientos que le prometió que haría todo lo que pudiera para restaurar a su esposo en el poder. Pero los amigos de Ludovico administraron presurosamente un brebaje con leche caliente, vino y cerveza al joven duque, quien murió en pocos días. A continuación Ludovico fue proclamado duque de Milán.

La noticia era mala para los italianos. Ludovico decidió no presentar lucha, y dio la bienvenida a los invasores franceses cuando avanzaron por sus tierras. Tampoco el gran capitán Virginio Orsini presentó combate, sino que ordenó que todos abrieran paso a los invasores.

Sólo hubo uno que parecía preparado a adoptar una actitud firme contra los franceses: Alejandro, el Papa.

Era despectivo hacia los italianos.

—Son despreciables —gritó—. Buenos para nada, salvo para pavonearse con hermosos uniformes. Las únicas armas que necesitan los franceses para conquistar Italia son trozos de tiza, para marcar sus acantonamientos.

Estaba decidido a hacer frente solo a la situación, si era necesario, contra todos sus enemigos.

Una vez más, como lo había hecho en el momento de la muerte de Calixto, Alejandro demostró al mundo la pasta de la cual estaba hecho. Nadie pudo dejar de admirar esa tranquila dignidad, esa seguridad de que no fracasaría, aunque todo el mundo arremetiera contra él.

El rey francés, *il Re Petito*, como lo llamaban los italianos, pues era deforme y presentaba un aspecto extraño en medio de sus fornidos soldados, se sentía algo perturbado ante la posibilidad de tener que atacar a un hombre que tenía el coraje de Alejandro. Le parecía que, después de todo, había un toque de dignidad en el Papa. Por consiguiente, desechó los repetidos ruegos de los enemigos de Alejandro en Italia de seguir adelante y deponerlo.

No sería él quien le infiriera un daño al Papa, decidió Carlos: si lo hiciera, podría tener la totalidad de países católicos como Francia y España contra él.

El antiguo enemigo de Alejandro, el cardenal della Rovere, que se había aliado con el rey francés, cabalgando a su lado y declarando que los franceses habían venido a liberar a Italia del yugo de Alejandro, se sintió consternado. Comprendió que una vez más sus planes para suceder a Alejandro habían quedado desbaratados.

Los franceses debían pasar a través de Roma en su marcha hacia el sur, pero Carlos decidió que lo único que pediría en Roma era que el Papa le permitiera transitar a través de los estados papales.

Mientras tanto, Alejandro permaneció firme. Declaró que resistiría las

exigencias francesas: un estremecimiento de miedo recorrió a todos los que se habían dicho que los días de Alejandro en el poder habían terminado. Adriana y los Orsini en Capodimonte fueron los primeros en desfallecer.

Adriana recriminó a su hijo por desobedecer al Santo Padre, y otros miembros de la familia Orsini se unieron a sus recriminaciones e instaron a Orsino a que partiera inmediatamente hacia su brigada, y no se arriesgara a enfurecer aún más a Alejandro.

En consecuencia, Julia se despertó una mañana y comprobó que los modales dominantes de su esposo sólo habían sido transitorios, y que había huido.

Llegó una carta del encolerizado Papa para Julia.

“¡Pérfida e ingrata Julia! Nos dices que no puedes volver a Roma sin el permiso de tu esposo. Aunque ahora conocemos tanto la perversidad de tu naturaleza como la de quienes te aconsejen, sólo podemos suponer que deseas permanecer donde estás, para poder continuar tus relaciones con ese caballo que es tu esposo.”

Julia leyó la carta con alarma: nunca el Papa le había escrito antes en esa forma: su familia estaba comenzando a criticarla por volverse en contra de su amante en beneficio de su esposo, y éste, que había sido tan temerario, había huido ante la primera señal de que el poder de Alejandro se mantenía firme.

Temblando, apretó a su hija contra ella.

—Nunca deberíamos haber dejado Roma —dijo.

—¿Iremos a ver a mi padre? —preguntó la niña.

Se había negado a llamar padre al bizco Orsino: padre, para ella, era un ser glorioso, parecido a un dios, alto, imponente, envuelto en hermosos hábitos, con una voz profunda y sonora, de manos acariciantes y un aspecto reconfortante.

—Lo haremos —dijo Julia, mientras la decisión brillaba en sus ojos.

Rió súbitamente. Después de todo era *La Bella*, y podía reconquistar todo lo que había perdido.

Envió una esclava para pedir a Adriana que acudiera a ella inmediatamente.

—Parto para Roma —dijo a su suegra no bien ésta apareció.

—¡Para Roma! Las rutas están inseguras. Los invasores franceses pueden estar en cualquier parte... antes de que llegemos a Roma.

Pero Adriana miraba con atención a su nuera, y Julia comprendió que, por más peligrosa que pudiera ser la ruta, era aún más peligroso seguir provocando el desagrado de Alejandro.

En consecuencia Julia, Adriana y una pequeña comitiva partieron de Capodimonte en dirección a Roma.

Julia estaba muy animada; también lo estaba Laura. Se preguntaba cómo podía haberse excitado con los modales repentinamente dominantes de Orsino, que ante la primera señal de alarma había puesto pies en polvorosa.

Anhelaba reunirse con su amante. En su parloteo, Laura hablaba de regresar a casa y ver nuevamente a su padre; Adriana oraba en silencio para que el Santo Padre no estuviera tan encolerizado con ella y Julia que no volviera a abrigar nunca los mismos sentimientos hacia ellas. Estaban sumamente ansiosas de llegar a Roma.

El viaje resultaba largo y tedioso; el tiempo no era bueno, pues transcurría el mes de noviembre; pero la alegría de Julia demostraba ser contagiosa, y era una alegre comitiva la que recorría la ruta a Viterbo.

De pronto Laura señaló algo y gritó que podía ver casas frente a ella. Todos se levantaron para mirar, y en el horizonte se divisó la ciudad de Viterbo.

—Ahora ya no falta mucho —gritó Julia—. Hemos hecho más de la mitad del viaje. Escribiré a Su Santidad cuando lleguemos a Viterbo y le diremos que estamos en camino.

—¡Escucha! —dijo Adriana.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia.

—Me parece haber escuchado el ruido de cascos de caballos.

Esperaron. No pudieron oír nada, y Julia se rió de su suegra.

—Estás nerviosa. ¿Crees que Orsino galopa tras nosotras para llevarnos de vuelta a la fuerza?

Laura comenzó a gritar al oír estas palabras.

—Quiero ver a mi padre.

—Y así será, mi tesoro. No temas. Pronto estaremos con él. Ven, no perdamos más tiempo y cabalgemos a toda velocidad hacia Viterbo.

Se pusieron en camino, pero esta vez fue Julia la que creyó haber oído el ruido de caballos al galope.

Se detuvieron de nuevo. Esta vez no había posibilidad de error. Julia miró temerosa a su pequeña comitiva, compuesta por mujeres en su mayoría.

—Prosigamos nuestra marcha a toda prisa —dijo—. No sabemos a quién podríamos encontrar en la ruta en estas circunstancias.

Espolearon sus caballos, pero al poco tiempo una de las mujeres gritó que una partida de caballería avanzaba hacia ellas.

Apuraron desesperadamente, pero los perseguidores se iban acercando cada vez más, y las mujeres estaban a más de un kilómetro de Viterbo cuando se vieron rodeadas.

Los labios de Adriana se movían en una oración silenciosa; Julia se sintió aterrada cuando reconoció el uniforme de los invasores franceses.

Fue un momento desesperado, aquel en que se vieron obligadas a detenerse mientras los hombres las rodeaban, y Julia sintió varios pares de ojos fijos sobre ella, sabiendo demasiado bien lo que esas miradas significaban.

—Mi bella dama —dijo el comandante— ¿hacia dónde vais tan de prisa?

Hablaba en francés, y Julia no lo comprendía muy bien. Se volvió hacia Adriana, que estaba tan espantada que sólo podía murmurar oraciones en

forma casi involuntaria, mientras su mente funcionaba, imaginando las cosas horribles que podrían ocurrir a las mujeres a manos de los invasores.

Laura, que cabalgaba con su madre, comenzó a gritar súbitamente y se abrazó a Julia, como si quisiera protegerse de los extranjeros.

—¡Por todos los santos —dijo un hombre— es una belleza!

—Mantén tu vista apartada de ella —le contestó el otro—. Será para el capitán. Si tienes cabeza, mirarás con más atención una de las otras muchachas, y te conformarás.

Julia dijo con tono imperioso:

—Soy Julia Farnese, esposa de Orsino Orsini. Sería aconsejable que me dejaran pasar. El Papa es mi amigo.

Uno de los hombres se acercó a ella y tocó su pelo dorado con asombro. Julia le apartó violentamente la mano, y el hombre gruñó en tono siniestro.

Luego alguien dijo:

—Mirad. Aquí viene el capitán.

Un hombre alto y elegante avanzó cabalgando, y Julia se reanimó al verlo, pues tenía un aspecto de nobleza natural y cierta gentileza en su rostro, que era muy reconfortante en esas circunstancias.

—¿Qué ocurre aquí? —gritó.

Los hombres, que habían estado manoseando a algunas de las mujeres, se apartaron.

—Un grupo de mujeres con sus sirvientes, señor —dijo el hombre que había conducido a la banda—. Una de ellas es una verdadera belleza, señor.

El comandante miró a Julia y dijo lentamente:

—Así lo veo. —Luego se inclinó y habló en un fluido italiano, sin el menor rastro de acento francés—: Mi señora, perdonad la rudeza de mis hombres. Confío en que no os hayan insultado.

—Lo han hecho —dijo Julia—. Y deseo que sepáis que soy Julia Farnese, esposa de Orsino Orsini. Sin duda alguna habéis oído hablar de mí.

Él se inclinó de nuevo.

—¿Quién no ha oído hablar de la más hermosa mujer de Italia? Ahora veo que los rumores no han mentido. *Madame La Bella*, aceptad mis excusas por lo que ha ocurrido. Mi nombre es Yves d'Allegre, a vuestro servicio.

—Me complace veros aquí, monsieur d'Allegre —dijo Julia—. Y ahora estoy segura que diréis a vuestros hombres que no sean tontos. Tenemos prisa.

—Ay de mí —suspiró Yves d'Allegre—. Estas rutas son inseguras para damas tan hermosas.

—Entonces acompañadnos a Viterbo, y tal vez allí se pueda lograr que haya soldados para protegernos. Un mensaje a Su Santidad, el Papa, relatándole nuestra difícil situación obtendrá una respuesta inmediata.

—Estoy seguro —dijo el francés, apreciando con la mirada la belleza de su exquisita figura—. No hay un solo hombre en Italia o en Francia que no estaría dispuesto a servirlos.

El temor de Julia estaba desapareciendo con rapidez. El hombre era encantador. Los franceses eran tan notoriamente galantes y el capitán tenía aún más que galantería francesa para ofrecer. Ella estaba comenzando a disfrutar de la aventura.

—Ay de mí —prosiguió él— vuestra belleza es tan grande, madame, que puede enloquecer de tal forma a quienes la observen que es posible que olviden el respeto y la consideración debidos a una dama de vuestra alcurnia. Os pido que me permitáis cabalgar a vuestro lado hasta Montefiascone, donde os protegeré con mi espada.

—Os doy las gracias —dijo Julia— pero es a Viterbo adonde deseamos ir.

—Ay de mí, soy un soldado, que debe cumplir con su deber. ¡Qué duro es el deber cuando entra en conflicto con el placer! Os pido mil excusas, pero debo llevaros a vos y a vuestra comitiva a Montefiascone.

Julia se alzó de hombros.

—Bien, pero entonces, cuando estemos allí, ¿enviaréis un mensaje a Su Santidad para decirle lo que nos ha ocurrido?

Yves se inclinó y dijo que sin duda alguna lo haría.

De esta manera, llevando el caballo de Julia por la rienda y colocándolo al frente de la pequeña banda, el capitán con ella a su lado, condujo a la comitiva hacia Montefiascone.

Esa aldea ya estaba en manos de los franceses, y al acercarse el grupo al lugar los soldados salieron de prisa para mirar el espectáculo. Hubo exclamaciones de alegría cuando vieron a las mujeres, y muchos ojos se posaron sobre Julia. Pero Yves d'Allegre gritó dando órdenes rígidas. Su prisionera no era una mujer común. Cualquiera que pusiera su mano sobre ella o sobre su comitiva padecería un castigo inmediato y drástico.

Los hombres retrocedieron. Creyeron haber comprendido. El capitán había seleccionado a la hermosa cautiva para él.

También Julia lo creyó, y mientras miraba al elegante caballero que cabalgaba a su lado se estremeció, no sin cierto placer, pensando en lo que podía ocurrirle.

Yves entró con ella a la ciudad y después de una breve conversación con sus oficiales superiores, Julia y su grupo fueron recibidas con el mayor respeto y alojadas en una de las casas más cómodas de la ciudad.

Julia puso a Laura a descansar al cuidado de su niñera y fue a la habitación que le había sido asignada. Se quitó la capa y la red que aprisionaba sus cabellos. Se recostó en la cama, pensando en todas las extrañas vicisitudes que le habían ocurrido desde que había dejado Roma. Su mente recordó con disgusto el episodio de Orsino; se dijo que se había visto obligada a participar en ese asunto, y se sentía feliz de que hubiera tenido un innoble fin.

Este... también éste sería un caso de fuerza mayor. El hombre era encantador, tan elegante...

Pero esperó en vano la llegada de Yves d'Allegre, pues el francés,

mientras ella esperaba, redactaba una nota al Papa informándole que *La Bella Julia* era una cautiva en sus manos y que se pedía un rescate de 3.000 escudos para su salvoconducto a Roma.

Cuando Alejandro se enteró de la noticia, se volvió frenético por el temor de que a su amante le pudiera pasar algo malo. Recolectó apresuradamente el dinero, que fue enviado enseguida. Luego, pensando tembloroso en el futuro, sintió que no podía esperar pacientemente en el Vaticano el regreso de Julia.

Debía ir a encontrarla. No importaba si los franceses estaban cerca; no importaba que todo el mundo riera de la pasión de un hombre viejo (y ese hombre era un Papa) por una mujer joven: no podía permanecer en el Vaticano. Debía salir a su encuentro.

Actuó como un hombre de veinte años. Ordenó que se le trajeran finas vestimentas. Se puso un jubón negro con un borde de brocado de oro. Anudó su cintura con un hermoso cinturón de cuero español, del cual colgaban una espada y una daga enjovadas. Llevaba botas españolas, y se colocó su gorra de terciopelo en forma garbosa.

De este modo salió a buscar a Julia y a traerla de vuelta a Roma.

Julia estaba encantada de verlo. Ahora se sentía humillada por su encuentro con Orsino y picada por el que había tenido con Yves d'Allegre, pero aquí estaba Alejandro, el hombre más importante de Italia —a pesar de todos los rumores de los últimos tiempos— y era su amante apasionado y más devoto.

—¡Julia, mi tesoro! —gritó el Papa.

—¡Mi Santo Señor! —murmuró Julia con aspecto sumiso.

Y si hubo risas en toda Roma porque el Santo Padre, vestido como un grande de España, se había comportado como un joven de veinte años con su amante, eso le preocupaba poco a Alejandro. Su posición era precaria, los franceses estaban casi en Roma, tenía una corona por la cual luchar, pero eso le parecía poco a un hombre de su inmenso genio como estadista. Su amante estaba encantada de haber vuelto, dejando de lado a amantes más jóvenes para estar con él.

Había otra cosa que era necesario hacer para lograr su felicidad completa. Lucrecia debía ser traída nuevamente a Roma.

Sola en su palacio de Pesaro, Lucrecia esperaba ansiosamente noticias. A veces un monje vagabundo aparecía pidiendo alimentos y alojamiento por una noche; a veces llegaba un mensajero con cartas de su padre; Lucrecia acogía cálidamente a esos visitantes y escuchaba en forma ansiosa todo lo que tenían para decir, pues se sentía aislada del mundo detrás de los montes que

rodeaban Pesaro.

Escuchó decir que el conflicto crecía, que Carlos de Francia estaba en camino a Roma; se enteró de la captura y la liberación de Julia, y del rescate que el Papa había pagado con mucho gusto. Le informaron que su padre había cabalgado al encuentro de su amante vestido como un hombre joven, como un galante grande de España, y qué feliz se sentía de tener una vez más a Julia con él.

Otros podían reírse burlonamente del comportamiento de su padre. Lucrecia, no. Estaba sentada en su ventana, mirando el mar y envidiando a Julia el afecto y la pasión que inspiraba al Papa, y pensando en la diferencia entre Alejandro y el hombre frío con quien se había casado.

Pero cuando oyó decir que los franceses estaban casi a las puertas de Roma, tembló por su padre.

En Roma nadie permaneció más calmo que Alejandro, mientras examinaba al pequeño rey con su magnífico ejército, y a los italianos que estaban ansiosos por vestirse y jugar a los soldados, pero que no estaban tan ansiosos de pelear.

En esa oportunidad César estaba con él, sardónico porque se le había negado el placer de derrotar a los franceses, sin perder oportunidad de señalar a su padre que si hubiese estado al frente de sus tropas habría habido por lo menos una compañía dispuesta a contener al invasor.

Rió en forma despreciativa y se golpeó el pecho con los puños.

—¡Oh, no! Debo quedar en la Iglesia. A mí... que podría haber salvado a Roma, que podría haber salvado a Italia y que con seguridad te habría salvado de tu actual posición humillante, a mí no se me ha permitido combatir.

—Mi querido hijo —lo reprendió el Papa—, eres demasiado impetuoso. No nos apresuremos tanto. La batalla aún no ha concluido.

—¿Sabe Su Santidad —dijo César— que los franceses han tomado por asalto Civita Vecchia y que en un día o dos estarán a las mismas puertas de Roma?

—Lo sé —replicó el Papa.

—¿Y te propones quedar aquí para que el rey pueda tomarte prisionero e imponerte sus propios términos, que deberás acatar?

—Vas demasiado de prisa, hijo mío. Aún no soy el prisionero del pequeño Carlos. Y no tengo intención de serlo. Espera un poco. Veremos quién será, en un plazo de pocos meses, el vencedor de la campaña. Te lo ruego, no cometas el error de colocarte entre mis enemigos, los cuales, desde el momento en que el primer pie francés pisó suelo italiano, se han dicho a sí mismos y el uno al otro que soy un hombre derrotado.

La calma de Alejandro ejercía un efecto tranquilizador aun sobre César.

Pero cuando el Papa advirtió a la vanguardia del ejército francés

acampada en Monte Mario, decidió que debía tomar refugio inmediatamente, con su familia, en la fortaleza de San Angelo.

La entrada en Roma del rey francés fue espectacular. Estaba anocheciendo cuando él y su ejército llegaron marchando a la ciudad, y en el crepúsculo el espectáculo parecía más aterrador de lo que habría sido en pleno día. Los franceses llegaron a la luz de un millar de antorchas, y los romanos se estremecieron al verlos. Los alemanes y los suizos, que se ganaban la vida luchando en las guerras de otros pueblos, eran todos hombres fornidos, fuertes y rudos, como podía esperarse. Los franceses eran buenos soldados y hasta entonces sólo habían encontrado una fácil victoria. Había numerosos nobles que acompañaban a los soldados, engalanados con muchas joyas resplandecientes, en su mayor parte producto del saqueo, que habían recogido en su camino a Roma. El pasaje del ejército duró seis horas; estaban los arqueros de Gascona y los escoceses de d'Aubigny, cuyos gaiteros tocaban una música animada mientras marchaban; estaban los maceros y los ballesteros, y treinta y seis cañones de bronce. Con la procesión apareció el rey, el que menos temor inspiraba. Rodeado por su ejército victorioso, el deforme y enfermizo Carlos tenía un aspecto patético con su armadura de oro.

La columna pasó por la Via Lata hacia el palacio de San Marcos, donde debía tener su alojamiento el rey; y los cañones se desplegaron en un semicírculo formidable en la plaza.

Desde su fortaleza, Alejandro y su séquito escucharon en la ciudad las exclamaciones de “¡Francia! ¡Roverel!”

César estaba al lado de su padre, abriendo y cerrando los puños. Sabía, al igual que Alejandro, que cuando cayera la noche los ciudadanos de Roma la pasarían mal. Había tesoros tentadores en las casas: vajilla de oro y plata, adornos de mayólica y peltre. Y estaban las mujeres.

Roma, la ciudad eterna, estaba a punto de ser saqueada.

Y mientras esperaban escucharon las exclamaciones, los chillidos y los mil gritos torturados de una ciudad violada.

—Allí está la casa de mi madre —dijo César en voz baja.

—No te conduelas por una casa —dijo el Papa—. Tu madre no está en ella.

—¿Dónde está mi madre? —gritó César.

—No temas. Dispuse que dejara Roma con su esposo unos días atrás.

“¿Cómo puede estar tan calmo?”, se preguntaba César. La suerte de los Borgia estaba en peligro; sin embargo aquel que había hecho grande el apellido estaba allí, escuchando las exclamaciones de horror, sereno, como si eso no fuera más que una tormenta pasajera.

César gritó:

—Me vengaré de esos brutos que entran en la casa de mi madre.

—No dudo que lo harás —dijo Alejandro con tranquilidad.

—¿Pero qué estás haciendo? Oh, padre mío, ¿cómo puedes estar tan calmo?

—No hay otra cosa que hacer —dijo Alejandro—. Debemos esperar un momento propicio para llegar a un acuerdo con *il Re Petito*.

César se sintió estupefacto, pues parecía que Alejandro no comprendiera lo que estaba ocurriendo. Pero Alejandro reflexionaba sobre otra crisis de su vida. En ese entonces, su tío estaba moribundo y toda Roma clamaba contra los amigos de Calixto. Pedro Luis, el hermano de Alejandro, había huido de Roma y, en consecuencia, sus grandes ambiciones no se cumplieron nunca. Alejandro se había quedado, contando con su dignidad y su audaz estrategia, y había logrado sobrevivir y tener éxito en sus ambiciones.

Era eso lo que haría de nuevo.

En los apartamentos del Vaticano, que pertenecían a los Borgia, el pequeño rey francés estaba impaciente. Recorría las habitaciones mirando por las ventanas a los jardines y más allá de los naranjos y los pinos, observaba Monte Mario.

Se sentía agraviado en cierta medida. Había venido como un conquistador. ¿Se podía admitir que esperara al vencido? Pero no se trataba de la víctima ordinaria de un ejército vencedor. Era el mismo Santo Padre, el jefe de la iglesia católica en todo el mundo. Carlos era católico, y su país compartía su devoción; y el rey nunca habría podido dejar de lado el respeto que sentía por el Santo Padre.

Finalmente el Papa aceptó discutir las condiciones. ¿Qué otra cosa podía hacer? El norte de Italia había sido conquistado; Roma estaba en poder de Carlos, dispuesto a abrirse camino combatiendo hacia Nápoles, hasta lograr la gran ambición de su país.

El Papa se vio obligado a llegar a un acuerdo. Había quedado sitiado en el castillo de San Angelo, pero cuando un proyectil perforó los muros de esa fortaleza aparentemente inexpugnable, consideró que había llegado el momento de salir a conversar sobre las condiciones de paz. Y esas condiciones, según decidió el rey francés, serían las suyas, pues el Santo Padre, un prisionero en su propia ciudad, se vería obligado a aceptarlas.

El sol de enero brillaba sobre el oro y el esmalte de los murales de Pinturicchio, aun no completados, y los que estaban allí retratados eran miembros de la familia Borgia. Carlos los estaba examinando cuando escuchó un movimiento en la sala y al darse vuelta vio una espléndida figura en un manto dorado. Por un instante creyó que estaba en presencia de un ser sobrenatural y que una de las pinturas de las paredes había adquirido vida. Era Alejandro, quien había entrado a través de un umbral bajo y estrecho, y cuando el Papa avanzó en la sala Carlos cayó de rodillas inmediatamente,

consciente de esa gran dignidad.

Alejandro le pidió que se levantara; sus modales eran paternos y benignos.

—Así que, hijo mío —dijo—, nos encontramos.

Y desde ese momento asumió el control de la situación; Carlos no pudo pensar en sí mismo como el conquistador ante esa presencia: sólo podía dirigirse con el mayor respeto al Santo Padre, quien hablaba a su hijo, como si le estuviera pidiendo que tuviera coraje, a pesar de la difícil situación en que él mismo se encontraba.

Era del todo ridículo, pero no obstante Carlos tartamudeó que deseaba un libre pasaje a través de los estados papales, y que había venido a exigirlo.

Las cejas del Papa se enarcaron ante la palabra exigencia, pero mientras Carlos hablaba escuchó ruidos de saqueo en las calles y volvió a la realidad, recordando que era el conquistador y que el Papa estaba en su poder.

—De modo que vos pedís un libre pasaje —dijo pensativamente el Papa. Su mirada se posó lejos, más allá del rey francés, y sonrió con serenidad, como si estuviera contemplando el futuro.

—Sí, Santidad.

—Bien, hijo mío, lo concedemos si vos y vuestros soldados dejáis inmediatamente Roma.

El rey miró a uno de sus hombres que había dado un paso al frente, un audaz soldado, que no se dejaba impresionar por ese ambiente o por la majestuosa personalidad de Alejandro.

—Los rehenes, Majestad —dijo.

—Ah, sí, Muy Santo Padre —dijo el rey—, necesitaríamos rehenes si os dejáramos en libertad en Roma.

—Rehenes. Parece una demanda correcta.

—Me alegra que Su Santidad esté de acuerdo. Hemos decidido que sean César Borgia y el príncipe turco Djem.

—El Papa se mantuvo silencioso durante cierto tiempo. El príncipe Djem, sí. Estaba de acuerdo. ¡Pero César!

Oyó afuera los patéticos lamentos de las mujeres; podía oler el humo. Roma estaba siendo saqueada. Se encontraba en llamas y en su agonía dirigía sus gritos hacia su santo padre. Alejandro debía salvar a Roma entregando a César y Djem.

Contemplando el hermoso mar Adriático, Lucrecia sentía crecer su malestar. Sabía que Giovanni se encontraba en una situación desesperada; estaba a sueldo del Papa y de los napolitanos, y trabajaba para Milán. ¿Cómo podía censurarlo? Nada la habría inducido a trabajar contra su propia familia. Por ende, ¿en qué forma podría censurar a Giovanni por lo que estaba haciendo? En forma característica, Lucrecia intentaba no pensar en su

esposo. Era un tema desagradable.

Pero reflexionar sobre los asuntos de su familia le parecía aún más desagradable. ¿Qué les estaba ocurriendo a los Borgia? Cuando llegaban viajeros al palacio Sforza, Lucrecia los hacía presentar inmediatamente ante ella, les daba comida y alojamiento y les imploraba que le dijeran lo que le estaba ocurriendo a su padre.

Trató de visualizar la situación. Los franceses en Roma; la casa de su madre saqueada; su padre, obligado a recibir al pequeño rey de Francia y a escuchar sus condiciones. Y César, el orgulloso César, obligado a salir de Roma a caballo, como rehén de los conquistadores. Era lo peor que podría haber ocurrido. Imaginó su cólera, y mientras estaba sentada, reflexionando, tratando de apartar la mente de las cosas desagradables, trabajando un poco con la aguja o tocando distraídamente su laúd, oyó un ruido en la parte inferior del palacio, y dejando de lado su bordado, descendió de prisa, pensando que podrían ser mensajeros con noticias.

Se trataba de un monje, humilde y hambriento, que visitaba a la Señora de Pesaro para relatarle las grandes noticias de Roma.

Lucrecia encontró difícil demostrarle hasta qué punto llegaba su alegría. Batió palmas para que las esclavas le trajeran agua, con la cual lavar sus cansados pies; le sirvieron vino y comida; pero antes de que se refrescara, Lucrecia insistió en que le dijera si las noticias eran buenas o malas.

—Buenas, señora —gritó el monje—. Las mejores entre las buenas noticias. Como sabes, el conquistador francés celebró una audiencia con el Santo Padre en el Vaticano, y allí fue necesario que Su Santidad llegara a un acuerdo.

Lucrecia asintió.

—Y sé que las condiciones incluían la entrega de rehenes, y que uno de ellos fue mi hermano César.

—Así es, Madonna. Se alejaron de Roma a caballo con los conquistadores. El cardenal Borgia y el príncipe turco.

—¿Cómo estaba mi hermano? Cuéntamelo. Sé que debe haber estado encolerizado, pues su orgullo quedó muy menoscabado.

—No, Madonna. El cardenal estaba sereno. Todos los que lo observaban se maravillaron no sólo por su calma sino también por la del Santo Padre, que observaba su partida con una aparente indiferencia. No los comprendimos. El cardenal llevó mucho equipaje con él. Había diecisiete vagones, todos recubiertos con terciopelo, lo cual causó gran regocijo entre los franceses. “¡Qué clase de cardenal es éste”, se decían uno a otro, “para estar tan preocupado con sus pertenencias!” Y, tal como puedes imaginarlo, el príncipe turco viajó con igual esplendor.

—De modo que cabalgó entre las mofas de nuestros enemigos —dijo Lucrecia— pero lo hizo con serenidad y dignidad. Pero cuán encolerizado debe haber estado.

—Los sorprendió cuando los soldados acamparon al fin del primer día.

He oído decir que fue un espectáculo cuando se quitó sus hábitos de cardenal y, desnudo hasta la cintura, luchó con ellos y derribó a sus campeones.

Lucrecia aplaudió y rió.

—Eso le debe haber producido placer. Lo sé.

—Les causó asombro que un cardenal se comportara de ese modo, Madonna. Pero a la noche siguiente, César tenía una sorpresa aún mayor para ellos.

—Dímelo con rapidez, te lo ruego. No puedo soportar el suspenso de esperar.

—La segunda noche se detuvieron en Velletri, en el borde de las marismas pontinas. Todo estaba en calma y nadie advirtió que uno de los arrieros se levantaba y se movía silenciosamente entre los soldados extranjeros. Ese arriero se encaminó a una taberna en la ciudad, y allí encontró a un servidor que lo esperaba con caballos. El arriero montó un caballo, y él y el servidor cabalgaron a toda prisa hacia Roma.

—¡Era César, mi hermano!

—Era el propio cardenal, Madonna. Se había vuelto a unir con el Santo Padre en Roma, y he oído decir que hay muchas risas y chistes en el Vaticano por este motivo.

Lucrecia rió, llena de placer.

—Es la mejor noticia que he escuchado desde hace mucho tiempo. ¡Cuánto debe haberlo disfrutado César! ¿Y el pobre gordo Djem escapó?

—No, el príncipe quedó con quienes lo habían capturado. Se afirma que carece del vigor de Su Eminencia. No podía luchar con los franceses; tampoco podía organizar su huida. Ha quedado allí. Pero ahora tienen un solo rehén, cuando habían querido tener dos; y el más importante de ambos —el propio hijo del Papa— se les ha escapado.

Lucrecia se puso de pie y bailó ante el monje unos pocos pasos de una danza española.

El monje observó, lleno de asombro, pero Lucrecia echó hacia atrás la cabeza y rió mientras daba vueltas hasta quedar sin aliento.

Luego se detuvo y le explicó:

—Estoy embargada por la alegría. Es un presagio. Mi hermano ha hecho un hazmerreír de los franceses. Es tan sólo el comienzo. Mi padre desembarazará a Italia de los conquistadores, y todos los hombres del país se lo agradecerán. Es el comienzo. Te lo aseguro. ¡Ven! Ahora comerás hasta decir basta lo mejor que tenemos en este palacio. Beberás el mejor vino. Debes estar alegre. Esta noche habrá un banquete en el palacio, y tú serás nuestro huésped de honor.

—Madonna, te regocijas demasiado pronto —murmuró el fraile—. Es tan sólo la huida de un rehén. Una gran parte de Italia está en manos del conquistador.

—Mi padre salvará a toda Italia —dijo Lucrecia solemnemente.

Pero sólo fue solemne por un instante. Ahora estaba llamando a sus

esclavas y a sus asistentes. Deseaba que prepararan un banquete: ese día habría bailes y fiesta en el palacio.

César había triunfado, y los triunfos de César eran tan importantes para ella como los suyos propios.

Lucrecia tenía razón. Fue el comienzo de mejores perspectivas. Los franceses estaban furiosos ante el escarnio que les había hecho César, pero no podían hacer nada. Una protesta que le hicieron a Alejandro le hizo sacudir la cabeza, lleno de pena.

—El cardenal se ha portado mal, muy mal —murmuró; y debió retirarse de prisa para desahogar la risa que lo sacudía.

El pequeño gordo Djem no pudo soportar los rigores de la vida con un ejército: fue atacado por una fiebre y murió. De este modo, en poco tiempo los franceses se vieron despojados de ambos rehenes.

No obstante, continuaron marchando sobre Nápoles, donde Alfonso, el rey, al enterarse de que se acercaban, huyó a Sicilia, dejando el reino a su hijo Ferrandino. Pero éste demostró no ser un buen soldado, y cuando advirtió que los ejércitos franceses se acercaban, siguió el ejemplo de su padre, eligiendo como refugio la isla de Ischia, donde se retiró con su corte, dejando a Nápoles a merced de los invasores.

Eso parecía un signo de buena suerte para Carlos, pero el rey francés no había tenido en cuenta el clima y la indolencia de sus soldados. Italia estaba detrás de ellos, como un país conquistado, y habían acampado en una ciudad como Nápoles, llena de sol. Las mujeres eran apetitosas, los burdeles, numerosos y los soldados estaban decididos a disfrutar de un descanso después de la marcha.

Mientras tanto, Alejandro no había quedado ocioso. Sus mensajeros habían ido y venido continuamente entre el Vaticano, Venecia, Milán, el rey de España y el emperador Maximiliano.

Alejandro les señaló que a menos que se convirtieran rápidamente en sus aliados, Italia quedaría por completo bajo el dominio de los franceses, y eso no sería beneficioso para ninguno de ellos.

Cuando el rey francés se enteró de las alianzas que se estaban formando se alarmó. Sus soldados se encontraban debilitados: además, se habían vuelto indisciplinados y muchos estaban enfermos. Carlos estaba por recibir la corona de Nápoles, cuando se le ocurrió que esa corona le sería de escasa utilidad si debía llevarla apenas durante una semana o algo más antes de que sus enemigos lo vencieran.

Había una sola forma de salir de sus dificultades. Debía abandonar Italia a toda velocidad. Pero por el camino vería al Papa, del cual sospechaba correctamente que había organizado a sus enemigos contra él, y le pediría la investidura como rey de Nápoles.

Carlos abandonó Nápoles e inició la marcha hacia el norte, pero Alejandro, al enterarse de su cercanía, abandonó inmediatamente Roma y se dirigió a Perugia, de tal modo que cuando Carlos llegó a Roma encontró

desierto el Vaticano.

Bufando de cólera, no pudo hacer más que proseguir la marcha.

Estaba desconcertado. Había conquistado el país con sus ejércitos victoriosos, y los gobernantes de los estados habían caído ante él; luego había venido a Roma, creyendo que el Papa Borgia era su vasallo en igual medida que esos jefes de estados que se habían inclinado ante él. Así parecía. Y sin embargo... no lo era.

Carlos prosiguió su marcha, maldiciendo al astuto zorro del Vaticano.

Alejandro encontró divertida la vida de Perugia. Una vez más había demostrado que su estrategia era correcta. Era como si se repitiese el momento de la muerte de Calixto. Entonces, como ahora, había esperado sereno, complaciente; y ahora, como entonces, sus enemigos habían jugado en sus manos.

Con él estaban Julia y César; pero había alguien a quien añoraba: su queridísima hija.

—Lucrecia debe estar aquí —dijo a César—. Ha estado separada demasiado tiempo de nosotros.

César sonrió ante la perspectiva de volver a ver a su hermana. Se sentía más feliz. Su padre se había divertido mucho con su aventura. ¿Estaba comenzando a ver qué carta de triunfo podría ser César como un comandante de los ejércitos? No le cuadraba a un cardenal luchar con soldados, como lo había hecho él, y realizar una huida tan espectacular.

César tenía veinte años; estaba aumentando en estatura, y el Papa, a pesar de toda su milagrosa virilidad, tenía sesenta y cuatro años.

César comenzó a pensar en el día en que su padre se dirigiría a él en busca de consejo; entonces él, César, tomaría las decisiones.

Ahora ambos estaban en perfecto acuerdo, pues habían decidido que Lucrecia debía volver a encontrarse con ellos en Perugia.

Giovanni Sforza, que había vuelto a Pesaro, no se sintió complacido por el mensaje del Papa.

Entró vociferando en el apartamento de Lucrecia, donde ella daba órdenes para que prepararan su equipaje.

—No te irás —dijo él.

—¿Noirme? —Los ojos claros se dilataron con incredulidad—. Pero si son órdenes de mi padre.

—Soy tu esposo, y soy yo quien debe decir dónde puedes ir.

—Giovanni, no puedes negarme el permiso de ir.

—Puedo y lo haré.

Era audaz, porque pensaba en los kilómetros que separaban a Perugia de Pesaro. “¡Pobre Giovanni!” pensaba Lucrecia. “No es un valiente.”

Pero casi inmediatamente ella también se alarmó, pues recordó igualmente la distancia existente entre Pesaro y Perugia.

Giovanni era un hombre débil, y como tal estaba siempre ansioso por mostrar su fuerza cuando creía que tenía la posibilidad de hacerlo. Ahora se volvió hacia los servidores de Lucrecia.

—Quiten de en medio los vestidos de la condesa —dijo—. Vuelvan a ponerlos donde estaban.

Se dio vuelta y la dejó.

Lucrecia no se dejó embargar por la cólera. Era parecida a su padre, y conocía la eficacia de la diplomacia.

Estaba convencida que después de una breve demora, estaría en camino hacia Perugia. En consecuencia, sonrió con pesar y se sentó a escribir una carta a su padre.

Giovanni tenía su precio. Estaba aprendiendo la necesidad de negociar. Lo habían mantenido en la pobreza y como una persona sin importancia, pero los Borgia debían recordar que si bien su esposa era la hija del Papa, en calidad de esposo él, Giovanni, tenía cierto control sobre ella. Como era tan preciosa para ellos, debían demostrar algún respeto hacia su esposo.

Deseaba quedar liberado de la odiosa posición en que lo habían colocado. Quería un nuevo mando; y como el Papa había concertado una alianza con Venecia, ¿por qué no podía enrolarse como capitán en el ejército veneciano? El Papa podría lograrlo fácilmente para su yerno; si lo hacía, por tales servicios, Giovanni Sforza no impondría restricciones a los movimientos de su esposa.

Cuando el Papa oyó hablar de las aspiraciones de Sforza rió mucho.

—Por Dios —dijo a César—, después de todo, ese pobre tipo tiene cierto espíritu. Veré lo que se puede lograr del Dux.

César desdeñaba a su cuñado. Lo habría odiado, quienquiera que fuera, simplemente por ser el esposo de Lucrecia, pero le pareció humillante que su hermana hubiese tenido que aceptar a semejante hombre.

—Es una lástima —dijo a su padre— que no podamos encontrar alguna forma de desembarazar a Lucrecia de Sforza.

La mirada del Papa vaciló un poco.

—Tal vez... —murmuró—. En algún momento... Por ahora lo transferiremos al Dux.

Giovanni recorrió con furia los apartamentos de su esposa.

—¡Así que —gritó— tendré una *condotta* en el ejército veneciano!

—Y estás contento, ¿no es cierto? —preguntó Lucrecia alegremente—. ¿No era eso lo que querías?

—Debería tener un trato igual al de tu hermano —exclamó Giovanni.

—¿No es lo que tienes? Giovanni Sforza y Juan Borgia tienen ambos mando en el ejército del Dux. ¿No es así?

—Sí, así es. Ambos tenemos mando. Pero hay una diferencia. Tu padre se ha ocupado de eso. ¡Yo tendré 4.000 ducados... tu hermano, 31.000!

—Pero, Giovanni —trató de calmarlo Lucrecia—, si no te hubieras enterado del sueldo de mi hermano, te habrías sentido feliz con tus 4.000 ducados.

—¡Pero me he enterado! —las venas de Giovanni le latían en las sienas—. Me tratan así para demostrarme que carezco de importancia en comparación con tu hermano. Tu padre me insulta deliberadamente. No te dejaré ir.

Lucrecia se mantuvo silenciosa durante algunos segundos; luego, dijo en tono comedido:

—Si no me dejas, aun los 4.000 ducados no serán tuyos.

Giovanni cerró los puños y golpeó el suelo con los pies. Parecía a punto de estallar en lágrimas.

Lucrecia lo observaba en forma desapasionada. Pensaba: “Pronto partiremos hacia Perugia, y cuando me lleve allí, nos dejará.”

Se abandonó al placer de pensar en su encuentro con su padre y con César.

## CESAR

Lucrecia fue abrazada por su padre y por César, ¡y qué cálidos, qué apasionados fueron esos abrazos!

—No puedo comprender cómo hicimos para vivir sin ti —declaró el Papa.

—Te hemos extrañado más de lo que te podemos decir —murmuró César.

Ella miraba a uno y otro, tomando sus manos y besándolas.

—¡Oh, mi padre, oh, mi hermano! —gritó—. ¿Por qué todos los demás hombres me parecen pequeños e insignificantes al lado de vosotros dos?

La hicieron dar vuelta, mientras estudiaban todos los detalles de su aspecto. Lucrecia había cambiado, declaró César; y su ceño se oscureció transitoriamente. Recordaba que ahora su matrimonio se había consumado.

—Nuestra pequeña crece —murmuró el Papa—. Me reprocho a mí mismo lo que ha ocurrido. Habría sido posible mantenerte conmigo, mi amadísima, en medio de todos nuestros problemas.

—Hubo muchos momentos difíciles —murmuró César—. Pienso que habríamos padecido una agonía de ansiedad, Santidad, si nuestro ser tan amado hubiera estado expuesto al peligro.

—Tienes razón, hijo mío. ¿Y por qué deberíamos condolernos de lo que pertenece al pasado? Hagamos un banquete para dar la bienvenida a mi queridísima hija, y quiero verlos bailar y cantar juntos.

César había tomado la mano de Lucrecia.

—¿Qué dices tú, hermana?

—Deseo ardientemente bailar contigo. Anhele mostrar a todos mi felicidad por haber podido reunirnos.

César había tomado el rostro de Lucrecia entre sus manos y lo estudiaba con atención.

—¿En qué sentido has cambiado, hermana?

—Soy un poco más vieja, nada más.

—Más instruida en las cosas del mundo —dijo el Papa con ternura y en forma casi maliciosa.

César la besó.

—Espero, queridísima hermana, que tus pruebas no hayan sido

demasiado aburridas.

Lucrecia sabía lo que César quería decir y rió.

—No, estuvieron bastante bien.

—El Papa, mientras los contemplaba, posó su mano sobre el hombro de César.

—Ahora, déjala ir. Deja que sus mujeres la vistan para nuestro banquete. Entonces los veré bailar juntos y me sentiré muy feliz por tener a dos de mis seres queridos bajo mi mismo techo.

Lucrecia besó la mano de su padre y ambos hombres la observaron mientras ella se alejaba.

—¡Qué encantadora es! —dijo César.

—Comienzo a creer que es la más hermosa muchacha de Italia — replicó el Papa.

—Estoy seguro de que es así —dijo César.

Miró a su padre con rapidez. Julia estaba perdiendo su ascendiente sobre el Papa, quien no le perdonaba haber convivido con su esposo. Había hecho el gran gesto de salir a su encuentro para saludarla cuando había pagado su rescate, pero César tenía plena conciencia de que Julia ya no era la amante favorita de su padre, y estaba contento. Siempre lo había irritado el ascenso al poder de la familia Farnese.

Si bien parecía sentir un frívolo placer en las diversiones que se desarrollaban a su alrededor, Alejandro hacía planes para el futuro. Le confió a César:

—Espero que no tardaremos en volver a Roma. Hay mucho que hacer si queremos impedir que se produzcan situaciones casi desastrosas, como aquélla que hemos pasado ahora. César, debemos concentrarnos en destruir el poder de los señores feudales que han demostrado ser tan débiles y flojos cuando se acercó el invasor. Yo pienso en una Italia fuerte.

—Una Italia fuerte bajo el papado —aprobó César—. Necesitas un ejército fuerte, padre, y buenos generales.

—Tienes razón, hijo mío.

Alejandro percibió el pedido que afluía a los labios de César: “Libérame. Mira qué general puedo ser”.

Alejandro comprendió que no había llegado el momento de decir a César que no bien estuviera en Roma se proponía hacer regresar a Juan de España. Juan debía tomar el mando de los ejércitos del Papa y presentar batalla a los Orsini, que durante la invasión francesa habían traicionado sus intereses. Después de someterlos, las familias rivales verían hasta qué punto se había vuelto poderoso el Papa; se adaptarían a los deseos del Papa Borgia o padecerían el mismo destino.

Le hubiera gustado hablar de esos temas con César, pero era evidente que sólo podían conducir a un punto: la llamada de Juan de España.

Era tan agradable tener a su querida Lucrecia con él, lo hacía tan feliz ver el deleite de César por ella y el de ella por él, que no deseaba hacer nada

que echara a perder ese placer, por lo cual cambió con habilidad el tema.

—Nuestra pequeña Lucrecia... —murmuró—. Desearía que hubiésemos encontrado a un esposo más digno de ella.

—Me enloquece pensar en ese zoquete... ese patán provinciano... cerca de mi hermana.

—Arreglaremos las cosas para que no disfrute de Perugia —sugirió el Papa.

César sonreía de nuevo.

—Debemos despacharlo a toda velocidad al Dux —dijo—. ¿Es posible?

—Debemos pensarlo los dos, hijo mío. Entonces tendremos a Lucrecia para nosotros.

Lucrecia estaba recostada en su cama, con su cabello húmedo desparramado a su alrededor. Sentía una extraña excitación, al recordar los placeres de la noche anterior. Había sido un grandioso banquete en el palacio de Gianpaolo Baglioni, que en su calidad de feudatario de la Iglesia había considerado su deber y su placer recibir al Santo Padre.

Baglioni era un hombre fascinante, hermoso y audaz. Sobre su crueldad circulaban diversas historias, y sus esclavos y servidores temblaban cuando los miraba con dureza. César le había dicho a Lucrecia, mientras bailaban, que en las mazmorras situadas debajo del palacio, aquellos que ofendían a Baglioni eran torturados sin piedad.

Parecía difícil de creer que un hombre tan fascinante pudiera ser cruel; sólo había demostrado amabilidad hacia Lucrecia. Si hubiera visto a alguien torturado por su orden lo habría odiado; pero las mazmorras estaban muy lejos del salón de los banquetes, y los gritos de las víctimas no podían llegar hasta quienes se divertían.

Baglioni había observado a Lucrecia y a César mientras bailaban, y sus ojos estaban llenos de maliciosa diversión. También lo estaban los de otros.

—Los bailes españoles, César —había murmurado ella—. Nuestro padre desea vernos bailarlos.

Y habían bailado, ella y César, bailado como lo había hecho con su hermano Juan en sus propias nupcias. Había recordado esos bailes de esponsales, pero no se había referido a ellos; no deseaba encolerizar a César.

Baglioni había bailado con una mujer muy hermosa, su amante.

Era tierno hacia ella y al observarlos, Lucrecia cuchicheó a César:

—¡Qué gentil es! Sin embargo, dicen que inflige terribles torturas a quienes lo ofenden.

Entonces César la atrajo hacia él.

—¿Qué relación tiene su gentileza hacia ella con su crueldad hacia otros?

—Tan sólo que resulta difícil creer que alguien que puede ser tan gentil pueda ser también tan cruel.

—¿No soy yo tierno? ¿No soy cruel?

—Tú... César... eres distinto de cualquier otro sobre la faz de la tierra.

Eso lo había hecho sonreír; y ella había sentido que los dedos de César apretaban con fuerza su mano, de tal modo que ella podría haber gritado de dolor; pero el dolor infligido por César, de algún modo extraño, siempre la había deleitado.

—Cuando volvamos a Roma —le había dicho, y la expresión de su rostro la había hecho estremecer— haré tales cosas a quienes violaron la casa de nuestra madre que los hombres hablarán de eso durante muchos años. Cometeré actos iguales a los que ocurren en las mazmorras de Baglioni. Y durante todo ese tiempo te amaré, hermana mía, con el mismo amor fiero pero gentil que he sentido por ti desde que eras un bebé en tu cuna.

—Oh, César..., ten cuidado. ¿De qué puede servir recordar lo que ocurrió en el calor de la guerra?

—Puede servir, hermana, para mostrar a todos los que tomaron parte en eso que en el futuro deben recordar lo que arriesgan atreviéndose a insultarme a mí o a los míos. Ah, tienes razón al decir que Baglioni ama a esa mujer.

—Es su amante favorita, según he oído decir; y no caben dudas de que es así.

—¿Has oído algo más con respecto a ella, Lucrecia?

—¿Algo más? Pienso que no, César.

De pronto César rió, y sus ojos adquirieron una expresión salvaje.

—Es su amada, sin duda —dijo él—; pero es también su hermana.

Lucrecia pensaba en eso mientras estaba recostada en su cama.

Su esposo entró en la habitación y se detuvo al lado de la cama, mirando a su mujer. Luego hizo una seña a la sierva que estaba sentada allí cerca, bordando uno de los vestidos de Lucrecia.

Lucrecia estudió a su esposo con los ojos entornados. Parecía más pequeño, menos imponente aquí en Perugia que en Pesaro. Allí, ella lo veía como su esposo y, siendo como era ella, estaba dispuesta a conformarse con lo que la vida le había dado; había hecho todo lo posible para amarlo. Es verdad que lo había encontrado insatisfactorio, frío, carente de ardor. Sus deseos se habían despertado, y ella tenía constantemente consciencia de que permanecían insatisfechos.

Aquí en Perugia, lo miraba a través de los ojos de su hermano y de su padre; y era un hombre diferente el que veía.

—De modo —gritó él— que debo irme. Debo dejarte aquí.

—¿Es así, Giovanni? —preguntó ella con voz lánguida, asegurándose de que él no percibiera el vago placer que ella experimentaba.

—¡Lo sabes! —vociferó él—. Es posible que hayas pedido que yo sea trasladado.

—¿Yo? ¡Giovanni! Pero eres mi esposo.

Giovanni se acercó a la cama y la tomó rudamente del brazo.

—No lo olvides —dijo.

—¿Cómo podría olvidar tal cosa?

—Podrías hacerlo ahora que estás con tu familia.

—No, Giovanni. Todos hablamos constantemente de ti.

—¿Habláis de la forma de desembarazaros de mí, eh?

—¿Por qué deberíamos desearlo?

Eso lo hizo reír.

—¡Qué hermosos brazaletes usas! ¿De dónde vinieron? No me lo digas. Lo adivino: son un regalo del Santo Padre. ¡Qué hermosos regalos le hace un padre a su hija! No prodigó nada mejor a Madonna Julia en el momento culminante de su pasión por ella. Y tu hermano es igualmente atento. Se podría decir que rivaliza con su padre.

Ella bajó los ojos; dejó que sus cabellos largos y finos juguetearan con los adornos enjoyados que tenía en las muñecas.

Recordó cuando su padre los había puesto allí; los besos solemnes, las palabras de amor.

—No me quieren aquí —exclamó Giovanni—. Soy un estorbo. Soy una molestia. ¿No soy tu esposo?

—Te ruego, Giovanni, no hagas estas escenas —dijo ella—. Mi hermano podría escucharte.

Lo miró, y vio que el temor asomaba a sus ojos. Ella sabía que la mención del nombre de César producía ese efecto en muchas personas.

Sus puños cerrados habían caído hacia los costados. Miró una vez más la hermosa y seductora muchacha recostada en la cama; luego se dio vuelta y se alejó.

Ella era el señuelo. Debía ser cuidadoso. Era como una mosca imprudente, que había caído en la red de los Borgia. Lo más seguro que podía hacer era escapar mientras estuviera a tiempo. En ese momento, constituía una leve irritación para ellos. ¿Quién sabía lo que podría llegar a ser?

Pensó en la suavidad de Lucrecia y en las primeras semanas en Pesaro, cuando ella se había convertido verdaderamente en su mujer. Era joven y aparentemente inocente; también era muy hermosa, muy sensible; tal vez demasiado sensible; con el temor natural que experimentaba Giovanni, se había sentido un poco asustado de algo que lo había puesto sobre aviso con respecto a una pasión reprimida en el interior de ese cuerpo de forma exquisita, y sin embargo frágil.

Hubiera deseado decirle: “Ven conmigo. Ven secretamente. No dejes que lo sepan, porque nunca te permitirán que escapes de ellos”.

Pero si ella se iba con él, ¿qué les ocurriría a los dos? No se les permitiría nunca escapar. Giovanni lo comprendía. Ahora comprendía por qué no la dejarían ir.

Lo había comprendido cuando había visto a Baglioni y a su amante en su banquete. El Papa los había bendecido a ambos, a Baglioni y a su amante, y sabía de qué se trataba.

Giovanni Sforza vacilaba. “Tómala contigo”, le urgía una voz interior, “es

tu esposa. Aún no está corrompida; es gentil y hay suavidad en ella. Aun no la han convertido en una de ellos... pero lo harán. Y ella es tu esposa... tuya para que la moldees, tuya para que la guardes para siempre”.

Pero era un hombre manso. Había observado la mirada de su padre cuando se posaba sobre ella; había visto la fiera posesividad en los ojos de su hermano.

Giovanni no se atrevía, pues era un hombre atemorizado.

—Debo ir —gritó con súbita cólera—. Y tú te quedarás aquí. ¡En Roma dicen que hay amplio refugio para ti por debajo de los hábitos apostólicos!

Ella parecía haber olvidado que Giovanni estaba allí.

Se veía bailando con César y pensaba en Baglioni, sentado en la mesa, acariciando a su hermosa hermana.

César tenía razón al decir que ella había crecido. Había muchas cosas que estaba comenzando a comprender.

Las doncellas de Lucrecia estaban peinando su largo cabello. Recién lavado, poseía destellos de oro al caer sobre sus hombros. Se estaba volviendo más hermosa. Su rostro aún presentaba el aspecto inocente que se debía tal vez, en gran parte, a su mentón retraído y a sus ojos grandes; pero ahora en esos ojos había una expectativa nueva.

Había vuelto a Roma después de una breve visita a Pesaro, y su esposo Giovanni estaba de nuevo con ella, pero pronto partiría. Debía volver a su *condotta*. Ella se sentía feliz de que él se fuera. Estaba cansada de Giovanni y de sus continuas insinuaciones. Al mismo tiempo, era consciente de la creciente antipatía de su padre hacia su esposo, y del firme odio de César.

César era la persona más importante de su vida, pero continuaba teniéndole miedo, ese exquisito terror que despertaba en ella y que ahora comenzaba a comprender.

Su vida con Giovanni le había enseñado lo que podría esperar de los hombres, y tal vez, como ahora se sabía capaz de una pasión similar a la de su padre y sus hermanos, esperaba ansiosamente lo que el futuro le depararía. De Giovanni no esperaba nada; sin embargo, como era un cobarde y como estaba continuamente preocupado por su falta de dignidad y la falta de respeto que se demostraba hacia él, ella lo compadecía; y estaría contenta cuando él se fuera, pues no sólo lo compadecía sino que también temía por él.

Sus criadas le habían fijado la red enjoyada sobre el pelo y ya estaba preparada para el banquete.

Este era en honor del conquistador de Fornovo, y su padre había insistido en que Gonzaga fuera recibido en el palacio de Santa María in Portico, de tal modo que toda Roma supiera en cuánta estima tenía a su hermosa hija.

Lucrecia estaba creciendo, por cierto. Esa noche se reuniría en su casa la

gente más notable de Roma, y ella sería la anfitriona.

Giovanni Sforza se encolerizaría, porque resultaría evidente que le concedían escasa importancia. Se mantendría en segundo plano, y nadie le prestaría atención y cuando Gonzaga se alejara a caballo, Giovanni lo haría con él y, una vez más, habría un breve respiro.

Estaba muy hermosa al ir a recibir a sus huéspedes, con su minúscula negra llevando la cola de su vestido, que era de rico brocado y recargado de joyas. Tenía el don de parecer a la vez más joven y más vieja de lo que indicaban sus dieciséis años: en ciertos momentos era una niña inocente, en otros, una mujer.

Allí estaban reunidos su padre, su hermano y los miembros de la corte papal, y entre ellos se encontraba el séquito de Francesco Gonzaga, el marqués de Mantua.

El propio marqués se encontraba ante ella, un hombre de notable aspecto y personalidad. Era muy alto, delgado y de tez muy oscura; y su cuerpo, si bien sumamente agraciado, sugería una inmensa fuerza y virilidad. Sus ojos negros eran brillantes, de mirada profunda y sus párpados recargados le daban el aspecto de estar constantemente semicerrados. Sus labios eran llenos y sensuales; evidentemente era un hombre que había disfrutado de muchas aventuras, tanto en la guerra como en el amor.

Se inclinó con gracia ante la hija del Papa.

—He oído hablar mucho de vuestros encantos, Madonna —dijo en una voz en la cual había un tono de ternura—; siento el mayor placer en besar vuestra mano.

—Aquí hemos oído hablar mucho de vos —murmuró Lucrecia—. La historia de vuestro valor os ha precedido.

El marqués se sentó a su lado y le habló de la batalla, de cuánto se había reprochado haber dejado escapar al rey francés.

—Dejó tras él muchos prisioneros —dijo Lucrecia— según lo hemos oído decir aquí, con muchos de los tesoros que había arrebatado al pueblo de Italia.

Gonzaga convino en que era verdad, y continuó dando más detalles de la campaña, sorprendido él mismo de hablar de ese modo con una hermosa muchacha. Pero se trataba tan sólo de una muchacha. Tenía dieciséis años, pero le parecía mucho más joven.

En cuanto a Lucrecia, deseaba que ese hombre atrayente le hablara de sí mismo, lo cual hubiera interesado mucho más que los detalles de sus batallas.

Bailaron, y ella experimentó un escozor de excitación que la recorría cuando sus manos se tocaban. Pensaba: “Si Giovanni Sforza hubiera sido un hombre como éste, qué diferentes habrían sido mis sentimientos hacia él”.

Alzó los ojos y le sonrió, pero él continuó viéndola como una niña.

El Papa y César los observaban mientras bailaban.

—Una hermosa pareja —dijo el Papa.

César parecía incómodo.

—Gonzaga es notorio por su atracción para las mujeres. No debería

pensar que puede tomar a Lucrecia antes de pasar a la conquista siguiente.

—Puedes estar seguro de que no lo piensa —murmuró Alejandro—. La ve como una hermosa criatura.

Había otro tema del cual Alejandro deseaba hablar pronto con César; debía elegir el momento correcto para hacerlo. Muy pronto Juan Borgia recibiría la carta de su padre, y no tenía dudas de que el joven duque de Gandia tardaría poco en volver a Roma.

Y cuando llegara, Alejandro lo pondría a cargo de sus ejércitos, lo cual enfurecería a César.

“Son mis hijos”, reflexionaba Alejandro; “¿no me corresponde a mí mandarlos?”

Tal vez. Pero mientras observaba el rostro enardecido a su lado, se sentía incómodo. El aspecto sombrío y meditabundo de la naturaleza de César se había vuelto más pronunciado últimamente. Alejandro había concedido a César grandes beneficios, y lo había hecho disfrutar de enormes privilegios. Cuando había concurrido a las universidades, la riqueza y el poder de su padre le habían permitido reunir una pequeña corte propia, una corte que dirigía despóticamente. Había rumores inquietantes acerca de los poderes de César y los métodos que empleaba para desembarazarse de sus enemigos.

Alejandro no podía creer que él, el Papa todopoderoso, que había triunfado recientemente sobre sus enemigos, temía a su propio hijo.

Sin embargo, ahora vacilaba en contarle que había pocas dudas de que su hermano estaría pronto en Roma.

En cambio comenzó a hablar de Goffredo, el hijo más joven, a quien también había mandado llamar.

—Es hora —dijo— que Goffredo y Sanchia estén con nosotros. Los rumores con respecto a esa mujer se hacen cada vez más interesantes.

Eso hizo reír a César; y no había nada que le gustara tanto a Alejandro como disfrutar de un pequeño chismorreo con los miembros de su familia. Les parecía muy divertido, a ambos, contemplar al pequeño Goffredo con su esposa, que era notoria por sus amores.

—Esa mujer —dijo César alegremente— será un agregado interesante al hogar de Su Beatitud.

Lucrecia permaneció con su padre y César en el balcón, observando la partida de Francesco Gonzaga. Éste cabalgaba al frente de la comitiva, y era el hombre que había suscitado una cierta sensación de pesar en su fuero interno, al pensar que Giovanni Sforza no estaba a su altura. Ahora Francesco se encaminaba hacia Nápoles y al pasar a través de Italia, en todas partes, sería honrado como el hombre que, junto con el santo padre, había hecho más que cualquier otro para expulsar al invasor de su tierra.

Tenía el aspecto de un conquistador. Las muchedumbres prorrumpían

en aclamaciones, derramaban flores a su paso y los ojos de las mujeres sólo se dirigían a él en el vasto cortejo.

Agradecía con gracia las aclamaciones, mientras sus ojos oscuros brillaban al mirar a alguna muchacha que se destacaba por su belleza. Una sonrisa de admiración, mientras se lamentaba de tener que irse, modificaba momentáneamente su expresión.

Giró y sonrió en señal de despedida hacia el grupo en el balcón, y sus ojos se posaron brevemente en la hija del Papa, esa hermosa muchacha con su reluciente pelo dorado, pero si en algún momento pensó que al cabo de algunos años Lucrecia sería digna de una más íntima relación, olvidó con rapidez ese pensamiento.

Había otro que cabalgaba en la comitiva y que se dio vuelta para echar una última mirada al grupo reunido en el balcón: Giovanni Sforza. Se sentía encolerizado mientras miraba a la muchacha de cabellos dorados. Estaba allí, entre el padre y el hermano, y le pareció a Giovanni que era la cautiva de ambos. Se la quitarían; la convertirían en una de ellos, y muy pronto no sería posible reconocer a la niña dócil que había sido su esposa durante dos meses en Pesaro. Lamentaba esos meses, pues sabía que nunca volvería a vivir en tanta armonía con su gentil Lucrecia.

Ella estaba cambiando. Aún era una niña, pero era una Borgia, y su padre y su hermano habían decidido imprimir en ella el sello de los Borgia. En pocos años —tal vez menos— Lucrecia sería como ellos... perdería su encantadora inocencia, y su sensualidad se agrandaría de tal modo que también ella estaría dispuesta a aplacarla a cualquier precio; marchitarían su ternura y la reemplazarían con la indiferencia.

Anhelaba volver, entrar por la fuerza en el palacio, obligarla a dejarlos y a regresar con él a Pesaro, donde podrían vivir apartados del conflicto de la política y de la sombra de su familia, intrigante e inescrupulosa.

Pero, ¿quién era él para soñar así? Era un hombre pequeño; un cobarde que siempre había estado temeroso de alguien o de algo, siempre tratando de alejar el recuerdo de sus humillaciones.

No. Era demasiado tarde. Se la habían arrebatado y la habían alejado de él; ya estaba perdida.

Una niebla de cólera pasó ante sus ojos. Francesco se había vuelto hacia él.

—Os causa pena —dijo— dejar a la señora Lucrecia.

Sforza rió con amargura.

—A ella no le causa pena —dijo—. Está bastante contenta de establecerse bajo el manto apostólico.

Francesco lo miró sorprendido. Sforza, recordando desaires del pasado, no pudo impedir decir entre dientes, con expresión salvaje:

—Su Santidad está ansioso de desembarazarse de mí. Desea quedar completamente a cargo de su hija... desea ser tanto esposo como padre.

Se produjo un silencio. Francesco miró hacia adelante; la cabalgata

prosiguió su marcha.

En el balcón, el Papa contemplaba con ternura a su hija.

—Gonzaga se ha ido —dijo—. Ahora, mi querida, debes prepararte para dar la bienvenida a tu hermano Goffredo y a tu cuñada Sanchia. Pronto estarán con nosotros.

## SANCHIA DE ARAGÓN

La voluptuosa Sanchia estaba recostada en su cama, mordisqueando confituras. Tumbadas en la cama, sirviéndose de vez en cuando de la fuente, se encontraban sus tres damas de compañía favoritas: Loysella, Francesca y Bernardina.

Sanchia les hablaba del amante con quien había compartido su última noche, pues se deleitaba en volver a recordar los detalles de sus diversas aventuras amorosas, declarando que de este modo experimentaba un doble placer: primero en la realidad, luego en la memoria.

Sanchia era notablemente hermosa, y uno de sus mayores atractivos era el contraste entre su cabello oscuro, sus cejas negras, su piel de color verde oliva y sus asombrosos ojos azules. Sus rasgos eran marcados, su nariz aquilina y de hermosas formas; su boca era suave y sensual. Mirarla significaba recordar inmediatamente placeres eróticos. Sanchia lo sabía, y la franca sensualidad de sus sonrisas sugería que había hecho descubrimientos desconocidos para todos los demás, pero que estaría encantada de compartir con aquéllos a quienes sonreía, para que ellos y sólo ellos conocieran ese secreto.

Sanchia había tenido amantes desde que tenía uso de razón, y sabía que continuaría teniéndolos hasta el momento de morir.

—No aguardo el viaje con gran placer —decía ahora—. Pero ¡qué diversiones nos esperan cuando lleguemos a Roma! Estoy ya a medias enamorada de César Borgia, y aún no lo he visto. ¡Oh, qué gran pasión nos espera!

—Harás que el Papa esté celoso de su propio hijo —sugirió Francesca.

—No lo creo. No lo creo. Dejaré a Su Santidad para ti, Loysella, o tal vez para la pequeña Bernardina. Juntas, tal vez puedan compensar su cansancio por Madonna Julia, aquélla que es conocida como *La Bella*.

Loysella dijo:

—Madonna, no deberías hablar así del Santo Padre.

—Es tan sólo un hombre. Y no te escandalices tanto. No te estoy sugiriendo que te conviertas en compañera de cama de ese monje loco,

Savonarola.

Loysella se estremeció, mientras Sanchia hacía conjeturas.

—Nunca he tenido como amante a un monje —murmuró—. Tal vez durante nuestro viaje pasemos por algún monasterio...

—Eres pícara, Madonna —dijo Francesca con una risa tonta—. ¿No temes hablar de este modo?

—No temo nada —replicó Sanchia—. Me confieso y hago mis penitencias. Cuando sea vieja modificaré mi forma de ser y entraré sin duda en un convento de monjas.

—Deberá ser un monasterio para ti sola —dijo Loysella.

—No, no; aunque me gustaría ensayar con un monje, sería por una sola vez. No pido a un monje noche tras noche... día tras día.

—¡Callémonos! —dijo Francesca—. Si nuestras conversaciones fueran escuchadas...

—No importa. Nadie intenta modificar mi forma de ser. Mi padre, el rey, sabía hasta qué punto amo a los hombres, y sin embargo, ¿qué hizo? Dijo: “Sanchia es una de nosotros. No se puede pedir peras a los olmos.” Mi hermano sacude la cabeza y está de acuerdo; y aun mi anciana abuela sabía que era inútil tratar de reformarme.

—Su Santidad te reformará. Es por esto que te ha mandado llamar.

Sanchia sonrió traviesamente.

—Según lo que he oído decir de Su Santidad, no es para reformarme que me invita a Roma.

Loysella fingió taparse los oídos para no escuchar palabras tan profanas, pero Sanchia no hizo más que reír y pidió a Francesca que le trajera el collar de oro y rubíes que su último amante le había regalado.

Se levantó, y poniéndose el collar, se paseó ante sus damas.

—Él me dijo: “Sólo lo mejor es digno de adornar ese cuerpo perfecto”.

Hizo una mueca y miró el collar.

—Espero que sea de lo mejor.

—La artesanía es exquisita —exclamó Francesca, mientras lo examinaba.

—Puedes probarlo —dijo Sanchia—. Todas vosotras. Ah, la última noche fue maravillosa. Tal vez esta noche sea igualmente excitante, y tal vez no. Es el viaje del descubrimiento el que me encanta. La segunda noche es como cruzar un mar que ya ha sido atravesado. No son las mismas sorpresas... ni los mismos descubrimientos. ¡Cuánto hubiera deseado estar aquí cuando los soldados franceses llegaron a Nápoles!

Francesca fingió estremecerse.

—Se han dicho muchas cosas. No podrías haber escapado. Se habrían apoderado de ti.

—Hubiese sido excitante. Dicen que los franceses son buenos amantes, y tan caballerescos, tan galantes. Pensar que mientras nos escondíamos en esa pesada isla de Ischia, ocurrían cosas tan excitantes en Nápoles.

—Tal vez lo hubieras aborrecido —sugirió Bernardina—. Hubo una mujer

que, al ser perseguida por los soldados, se mató arrojándose desde el techo de su casa.

—Conozco mejores lugares de descanso que las piedras del patio —dijo Sanchia—. Sí, desearía haber estado aquí para encontrar a los galantes franceses. Me sentía encolerizada... muy encolerizada cuando nos obligaron a huir rápidamente hacia el exilio. Ese es el motivo por el cual ahora debo tener tantos amantes. Hay que recuperar mucho tiempo perdido. ¿Comprendes?

—Nuestra señora recupera el tiempo perdido de una manera muy encomiable —murmuró Loysella.

—Por lo menos —dijo Sanchia— los rumores no han mentido. Su Santidad escribe a mi padre que algunos informes acerca de mi conducta, que le han llegado a Roma, lo han molestado seriamente.

—Madonna... Sanchia, ten cuidado... ten cuidado cuando llegues a Roma.

—¡Ten cuidado! No, lo que haré, en cambio, será tener a César.

—He oído hablar mucho de César —dijo Loysella.

—Extrañas habladurías —intervino Francesca.

—Se dice —prosiguió Loysella— que cuando posa sus ojos sobre una mujer y dice “ven aquí”, ella no se atreve a desobedecer. Si lo hace, es llevada por la fuerza y castigada por haberse atrevido a demorar en obedecer al señor cardenal.

—He oído decir —agregó Bernardina— que recorre las calles buscando vírgenes apropiadas para llenar su harén. He oído decir que cualquiera que se interpone en su camino muere de una manera misteriosa; nadie sabe cómo.

Sanchia se tomó las manos detrás del cuello, arrojó hacia atrás su ondulado pelo negro y rió.

—Parece más excitante que cualquier hombre que he conocido. Anhele verme con él cara a cara.

—Ten cuidado, Sanchia —le rogó Bernardina—. Ten cuidado cuando te encuentres cara a cara con César Borgia.

—Os pediría que tengáis cuidado vosotras —dijo Sanchia riendo—. Os ruego que mantengáis ocupado a mi pequeño Goffredo durante esa velada. No quiero que se pasee por mi dormitorio mientras recibo a los visitantes. Es malo para la moral de esa pequeña y querida criatura.

Las muchachas rieron.

—Querido Goffredo. Es un tesoro, y tan bonito. Anhele acariciarlo —declaró Francesca.

—Puedes acariciarlo cuanto tiempo lo desees —le prometió Sanchia—. Pero te ruego que lo mantengas alejado de mi dormitorio—. ¿Dónde está ahora? Hagámoslo venir aquí, para que nos hable de su hermano. Después de todo, sabe más de César Borgia que cualquiera de nosotras.

Sus damas ayudaron a Sanchia a ponerse su vestido, y ella estaba recostada sobre sus almohadones cuando entró Goffredo.

Era muy guapo y parecía menor de lo que era, pues ya tenía casi catorce

años.

Corrió hacia la cama y se arrojó allí al lado de su esposa. Ella extendió un brazo y lo apretó contra ella mientras acariciaba su hermoso pelo, que tenía tintes cobrizos. Goffredo contempló a su esposa con admiración. Sabía que se había casado con una mujer de la cual se decía que era la más hermosa de Italia. Había oído decir que su belleza era comparable con la de su hermana Lucrecia y con la de la amante de su padre, Julia; y en su mayoría, quienes habían visto las tres bellezas declaraban que Sanchia tenía una belleza que igualaba las otras y algo más: había en ella un hechizo, algo que la hacía única. Era insaciablemente sensual; derramaba promesas de placeres desconocidos sobre todos los del sexo opuesto que se acercaban a ella. Por eso, aunque se admiraba la belleza dorada de Lucrecia y Julia, la belleza morena de Sanchia lo era más: no podía olvidársela nunca.

—¿Y qué ha estado haciendo hoy mi pequeño esposo? —preguntó Sanchia.

Goffredo se adelantó para besar su mentón, blanco y firme.

—He estado cabalgando —dijo—. ¡Qué hermoso collar!

—Me lo dieron anoche.

—No te vi anoche. Loysella me dijo que no debía molestarte.

—Pícara Loysella —dijo Sanchia alegremente.

—Estuviste con un amante —declaró Goffredo—. ¿Te resultó agradable?

Besó su cabeza distraídamente pensando en el amante de la última noche.

—He conocido peores y mejores —sentenció.

Goffredo rió y levantó el hombro ligeramente, como lo hace un niño cuando siente placer. Se volvió hacia Loysella y dijo:

—Mi esposa ha tenido más amantes que cualquier otra mujer de Nápoles, salvo las cortesanas, desde luego. Pero estarás de acuerdo en que no puedes incluir a las cortesanas.

—Estoy de acuerdo —dijo Francesca.

—Ahora —preguntó Sanchia— cuéntenos de tu hermano. Háblanos del famoso César Borgia.

—Nunca conocerás a un hombre parecido a mi hermano César.

—Todo lo que hemos escuchado nos induce a creerlo —contestó Sanchia.

—Mi padre lo ama profundamente —se jactó Goffredo— y ninguna mujer le ha dicho nunca que no.

—Hemos oído que las mujeres son castigadas cuando le dicen que no —dijo Loysella—. ¿Cómo es posible, si nadie lo hizo nunca?

—Porque saben que las castigaría si dijeran que no. Temerían decirlo. Por consiguiente, no dicen no, dicen sí... sí... sí.

—Es lógico —dijo Sanchia—. Por consiguiente, debemos prepararnos todas a decir sí... sí... sí.

Introdujo una confitura en la boca de Goffredo; él se estiró al lado de Sanchia, y la comió con satisfacción.

—Francesca —ordenó Sanchia— peina a mi pequeño marido. Tiene un cabello tan bonito. Cuando está peinado, brilla como el cobre.

Francesca obedeció; las otras dos muchachas se estiraron al pie de la cama. Sanchia quedó recostada con aspecto somnoliento, con el brazo alrededor de Goffredo. Ocasionalmente le alcanzaba una confitura pero la mordisqueaba un poco antes de introducirla en la boca de Goffredo.

Este último, muy contento, comenzó a jactarse. Se jactó de César, del valor de César, de la crueldad de César.

Goffredo no sabía por quién era mayor su admiración: por su hermano, ante cuyo nombre todos temblaban en Roma, o por su esposa, que había tenido más amantes que cualquier otra mujer de Nápoles, salvo las cortesanas, desde luego, con las cuales era injusto compararla.

La cabalgata que se encaminaba hacia Roma era divertida, pues en su centro estaba la hermosa Sanchia, con su pequeño esposo y sus tres damas de honor. Sanchia tenía el porte de una reina; tal vez por ser la hija ilegítima del rey de Nápoles, asumía en público un aire de realeza; eso realzaba su asombroso atractivo porque, oculta bajo ese espectro, se encontraba una mirada promisoría dirigida hacia cualquier hombre joven bien parecido que encontrara, sin que la preocupara que fuera un simple mozo de cámara.

Sus damas de honor reían ante su promiscuidad; ellas mismas estaban lejos de ser pudibundas, despreocupadas en sus amoríos como las mariposas en un día de sol, revoloteaban de un amante a otro: pero carecían del vigor de Sanchia.

Esta última había dejado de lamentarse porque no se la había dejado en Nápoles durante la invasión francesa. Había dejado de preocuparse por el hecho de que no se le hubiera permitido encontrar al rey francés. Estaba segura de que César Borgia sería un amante mucho más divertido y excitante que el pobre pequeño Carlos.

En todo caso, Sanchia no acostumbraba quejarse. La vida estaba demasiado llena de placeres para personas como ella; su reino estaba a su alcance. A quienes la rodeaban podrían ocurrirles cosas tristes y terribles. Su padre había sido arrojado al exilio y a la locura. Pobre padre. Su corazón había quedado destrozado cuando los franceses tomaron su reino.

Conociendo su angustia, Sanchia estaba decidida a no valorar demasiado los tesoros que habían deleitado a su padre.

Cuando se enteró que iban a casarla con un muchachito, un bastardo del Papa y ni siquiera un bastardo favorito, al comienzo se había sentido irritada. El matrimonio que le proponían le había demostrado con claridad que no tenía la misma importancia que su media hermana, que era la hija legítima del rey Alfonso.

Goffredo Borgia, el hijo de Vannozza Cattanei y posiblemente del Papa

Borgia... ¡y posiblemente no! Ella sabía que había habido sospechas en cuanto al nacimiento de su pequeño esposo y que en ciertas ocasiones aun el Papa había declarado que el muchacho no era su hijo. ¿Debía acaso Sanchia, hija del rey de Nápoles —por más ilegítima que fuera— ser dada en matrimonio a alguien como Goffredo?

Pero le habían explicado: tanto si es o no es un bastardo del Papa, éste lo acepta: es lo único importante.

Tenían razón, el Papa buscaba una alianza con Nápoles y tal era el motivo por el cual se había concertado el matrimonio. Pero ¿si se suponía que podía llegar un momento en que el Papa riñera con Nápoles y ya no considerara que el matrimonio podía serle útil? Sanchia había sabido la forma en que Giovanni Sforza había caído en desgracia con el Papa, y de qué manera mezquina era tratado en los círculos del Vaticano.

Pero eso era diferente. Sforza era un hombre poco atrayente y de una naturaleza que no se podía considerar encantadora. Sanchia sabía de qué manera cuidarse, mientras el pobre Giovanni Sforza no había sabido hacerlo.

Se había reconciliado con la idea de su matrimonio, y había terminado por encariñarse con el muchachito que le habían llevado; se unía a los maliciosos chistes acerca del matrimonio, y había habido muchos, pues toda la corte sabía que ella tenía sus amantes, y no podían ocultar lo divertido que era pensar en lo que ocurría entre la experimentada y consumada princesa y ese niño.

¡Qué hermoso muchachito era cuando se lo habían presentado! Y cuando se acostaron y él se sintió un poco asustado por quienes se habían reunido a su alrededor con sus groseros chistes y sus gestos obscenos, ella les había contestado con dignidad; y cuando quedó sola con su esposo lo tomó en sus brazos, le secó las lágrimas y le dijo que no se preocupara. No necesitaba preocuparse de nada.

Siendo Sanchia, había quedado conforme con ese esposo. Era muy simple dejarlo al cuidado de sus devotas damas, mientras ella recibía a sus amantes.

Sanchia era así. La vida sería siempre una fiesta.

Los amantes entraban en su vida y salían de ella; su reputación se había difundido por toda Italia, y ella creía que había pocos hombres que no se habrían sentido encantados de convertirse en los amantes de Madonna Sanchia.

Y ahora debía ir a Roma para convertirse en un miembro de esa extraña familia, con respecto a la cual había tantos rumores.

En su equipaje estaban los vestidos que usaría al visitar al Papa en el Vaticano; allí estaba el vestido con el que haría su entrada. Debía estar hermosa en esa ocasión porque, si se podía confiar en los informes, tenía una rival en su cuñada Lucrecia.

Roma estaba en una fiebre de excitación. Durante toda la noche los ciudadanos se habían congregado, alineándose en las calles. Sería una brillante procesión; el pueblo estaba seguro de eso, pues el hijo más joven del Papa traía a su esposa a Roma, y una de las mayores hazañas de los Borgia consistía en su habilidad para organizar brillantes espectáculos.

En el Vaticano, el Papa esperaba con evidente impaciencia. Se observó que estaba abstraído con respecto a sus obligaciones, pero que se encontraba profundamente interesado en los preparativos que se hacían para recibir a su nuera.

También César esperaba ansiosamente la llegada, aunque no expresaba su alegría en forma tan abierta como su padre.

En el palacio de Santa María in Portico, Lucrecia estaba más ansiosa que cualquiera, pues temía todo lo que había escuchado con respecto a su cuñada.

Sanchia era hermosa. ¿Hasta qué punto? Lucrecia se estudió con ansiedad en el espejo. Su pelo ¿era tan dorado como había sido antes? Era una lástima que Julia se hiciera ver muy poco en esos momentos; como no gozaba ya del favor del Papa, raras veces visitaba el Vaticano y Santa María. Julia le habría brindado consuelo en esas circunstancias. Lucrecia tenía conciencia de una ligera sensación de cólera, que era ajena a su naturaleza, cuando pensaba en la forma en que César y su padre hablaban constantemente de Madonna Sanchia.

“¡La mujer más hermosa de Italia!” Lo había oído muchas veces. “Ella sólo necesita mirar a un hombre, y éste se convierte en su esclavo. Es brujería, según dicen.”

Ahora Lucrecia comenzaba a conocerse. Estaba envidiosa de Sanchia. Deseaba ser conocida como la mujer más hermosa de Italia: deseaba que los hombres la miraran y se convirtieran en sus esclavos, y deseaba que se sospechara de su brujería a causa de sus extraordinarios poderes.

Y estaba celosa... profundamente celosa a causa de la atención que César y su padre habían concedido a esa mujer.

Ahora el día había llegado. Muy pronto aparecería Sanchia de Aragón, cabalgando por la Via Appia. Muy pronto Lucrecia comprobaría si los rumores habían mentido.

Se sentía vagamente infeliz. No hubiera deseado ir a recibir a su cuñada, pero su padre había insistido:

—Pero desde luego, mi querida, debes ir a recibirla. Es el respeto debido a tu hermana. Y qué agradable cuadro harán, tú y tus damas, ella y las suyas. Ustedes dos deben ser las más hermosas criaturas del país.

—He oído decir que ella lo es. ¿No piensas que ella me eclipsará?

El Papa pellizcó afectuosamente la mejilla de su hija, murmurando:

—¡Imposible! ¡Imposible!

Pero sus ojos brillaban y ella, que había observado la forma en que había sido absorbido por Julia al comienzo, percibió que sus pensamientos estaban con Sanchia, no con su hija.

Lucrecia hubiera deseado patalear y gritarle: “Ve y recibela tú, pues estás tan ansioso por su llegada”.

Pero como era tan sólo Lucrecia, inclinó la cabeza y reprimió sus sentimientos.

Ahora se preparaba.

Estaba en su apartamento, mientras sobre su cabeza se deslizaba su vestido de brocado verde y oro. Entre sus mujeres hubo un murmullo de admiración.

—Nunca, nunca Madonna habéis tenido un aspecto tan hermoso —le dijeron.

—Sí, sí —dijo ella—, aquí en el apartamento entre todas vosotras, que estáis vestidas en forma simple. Pero ¿qué aspecto tendré cuando nos encontremos en la puerta de Letrán? Supongamos que ella esté vestida de una manera más espléndida. ¿Qué aspecto tendré entonces, pues dicen que es la mujer más hermosa de Italia, y eso significa la más hermosa del mundo?

—¿Cómo es posible que sea así, Madonna, cuando vos tenéis ese título?

En forma característica, Lucrecia permitió que la consolaran; y al contemplarse con su vestido en verde y oro, cuando sus ojos se posaron sobre la toca con plumas que le sentaba tan bien, cuando miró su reluciente cabello dorado, se calmó. Nadie tenía un cabello como el suyo, salvo Julia y ya no gozaba del favor del Papa.

La cola de su vestido estaba lista y ella la había seleccionado con cuidado. Había doce muchachas con vestidos hermosos —no hermosas muchachas, sino vestidos hermosos; no quería demasiada competencia— y sus pajes llevaban mantos de brocado rojo y oro.

Lucrecia sentía que no iba a recibir a una cuñada sino a una rival. Sabía que al murmurar corteses palabras de bienvenida, en realidad estaría pensando: “¿Es más hermosa que yo? Mi padre y mi hermano ¿concentrarán toda su atención en esta recién llegada y olvidarán a Lucrecia?”

En el sol de mayo, el séquito de los cardenales estaba esperando, todos vestidos espléndidamente, todos relucientes en el aire claro y luminoso; estaban allí los embajadores, y los guardias de palacio presentaban armas.

El pueblo prorrumpió en una exclamación cuando apareció Lucrecia con sus doce acompañantes. Tenía un aspecto encantador, con sus rubios cabellos derramándose sobre sus hombros, por debajo del gorro con plumas y con el vestido verde y oro tachonado de joyas. Pero cuando se acercaron a la Puerta de Letrán, Lucrecia vio a la muchacha que le había causado tantos pensamientos de celos, y comprendió que Sanchia era indudablemente una formidable rival.

Rodeada por la comitiva que Sanchia había traído con ella como princesa

de Squillace —sus alabarderos y caballerizos, sus mujeres y sus hombres, sus esclavas, sus bufones— la hermosa princesa cabalgaba con Goffredo a su lado.

Una rápida mirada fue suficiente para que Lucrecia comprendiera que Goffredo, si bien había crecido un poco, era todavía un niño. La gente podría admirar su hermoso aspecto y sus magníficos cabellos castaños, pero todos los ojos se dirigían hacia la mujer que cabalgaba a su lado.

Sanchia, vestida solemnemente de negro —al igual que Goffredo— para recordar a todos los que la miraban que eran españoles. El traje de Sanchia estaba muy bordado y sus mangas eran anchas; su cabello azul y negro se derramaba sobre sus hombros y, por contraste, sus ojos eran brillantemente azules.

De pronto, el brocado verde y oro pareció infantil: bastante bonito, pero sin la elegancia de un negro vestido español bordado.

Las cejas oscuras de Sanchia habían sido depiladas un poco, de acuerdo con la moda, pero aún eran abundantes y su rostro estaba muy pintado: hubo murmullos en la muchedumbre: parecía tener más de diecinueve años.

Sus modales eran a la vez principescos e insolentes. Eran altaneros, y sin embargo, como siempre, en su expresión se insinuaba ese gesto prometedor para cualquier hombre apuesto que captara su atención.

Lucrecia había acercado su caballo al de su hermano y al de su cuñada, y su recibimiento fue suficientemente afectuoso como para satisfacer a todos los que lo presenciaron.

Luego volvieron hacia atrás con sus caballos y se dirigieron juntas hacia el Vaticano.

—Me alegro de que por fin nos hayamos encontrado —dijo Sanchia.

—Yo también me alegro —contestó Lucrecia.

—Estoy segura de que seremos amigas.

—Es mi ardiente deseo.

—Desde hacía mucho tiempo deseaba encontrar a los miembros de mi nueva familia.

—En especial a César —terció Goffredo—. Sanchia ha hecho infinidad de preguntas acerca de nuestro hermano.

—Está ansioso por verte. Los informes sobre ti han llegado hasta nosotros, aquí en Roma.

Si hubiera estado a solas con Lucrecia, Sanchia habría estallado en una carcajada. Tal como estaban las cosas dijo:

—También han llegado hasta mí relatos sobre todos vosotros. ¡Qué hermoso pelo tienes, hermana!

—Debo decir lo mismo del tuyo.

—Nunca he visto un pelo tan dorado.

—Ahora lo verás a menudo. Las mujeres de Roma se están haciendo hacer pelucas de seda, y se las ve caminando por las calles con ellas.

—En tu honor, querida hermana.

—En su mayoría son cortesanas.

—La belleza es su negocio, y tratan de parecerse a ti.

Lucrecia sonrió levemente, pero no logró ocultar la aprensión que esta joven mujer suscitaba en ella.

No escuchó los cuchicheos tras de ella.

—A Madonna Lucrecia no le gusta tener una rival en el Vaticano.

—¡Y qué rival!

Alejandro no había podido esperar con los cardenales para dar la bienvenida a la procesión, tal como lo exigían las formalidades. Había aguardado en una sala desde la cual se dominaba la plaza, mirando por la ventana con impaciencia, tan ansioso estaba de echar la primera mirada a esa muchacha que tenía la reputación de ser más hermosa que cualquier otra mujer en Italia y que era tan libre en sus favores como cualquier cortesana.

Ahora que la vio al frente de la comitiva, y cabalgando al lado de su hija de pelo dorado —cabellos azabaches y cabellos rubios— la vista le encantó. ¡Qué hermosas eran, ambas! ¡Qué contraste, qué contraste delicioso!

Debía apresurarse para estar en su lugar para recibirlas cuando llegaran. Sentía gran impaciencia por abrazar a la espléndida princesa.

Se quedó en pie detrás del muro dorado, en el cual estaba pintada la historia de Isis, mientras esperaba que su nuera llegara hasta él. A su alrededor se alineaban los cardenales, y Alejandro tuvo un momento de gran satisfacción. Se deleitaba por todas las fiestas, las ceremonias que encontraba, como santo padre, en cada hora de su vida diaria; amaba la vida que tenía para ofrecerle todo lo que anhelaba. Se trataba de uno de esos raros seres que podían estar satisfechos con cada instante, en el momento en que llegaba. Era un hombre feliz.

Ahora Sanchia se acercaba: hermosa, con su pelo oscuro, y tan audaz; sus ojos estaban bajos, pero ella no podía ocultar su audacia. Tenía toda la arrogancia de una mujer que sabe que es deseada; tenía todo el encanto de su sexo para un hombre como él.

Alejandro estaba en una fiebre de excitación cuando ella, con el pequeño Goffredo a su lado, se arrodilló para besar su pie.

Luego retrocedió y se adelantaron sus damas, todas deliciosas, todas dignas de ser sus criadas, pensaba Alejandro. Las estudió a todas, una por una, y sintió de nuevo placer al estar con ellas.

Ahora habían tomado sus lugares; Goffredo estaba de pie al lado de César, y éste posaba sus ojos indagadores en la esposa de su hermano; y en las gradas del trono, arrodilladas sobre dos cojines de terciopelo rojo, se encontraban Lucrecia y Sanchia.

Alejandro reflexionó que éste era un momento feliz y deseó prescindir rápidamente de la solemne ceremonia para poder hablar con su nuera, hacerla

reír, hacerle comprender que aunque era su suegro y el jefe de la Iglesia, no obstante era un hombre divertido, que sabía cómo ser galante con las damas.

Uno de los cardenales, que observaba la escena, se dio vuelta hacia otro y dijo:

—El hermano y el padre tienen la vista fija en la mujer de Goffredo.

Otro susurró:

—Todos tienen la vista fija en la mujer de Goffredo.

Llegó la respuesta:

—Recuerda lo que te digo: Madonna Sanchia traerá problemas al Vaticano.

Sanchia entró al apartamento de Lucrecia, y con ella sus tres criadas.

Lucrecia se sobresaltó un poco por la intrusión. Era Domingo de Pentecostés, dos días después de la llegada de Sanchia y Goffredo, y Lucrecia estaba siendo vestida para el servicio en San Pedro.

Sanchia había empezado por ignorar todas las reglas de la etiqueta, y Lucrecia percibió que estaba decidida a comportarse aquí en Roma como si se encontrara todavía en la relajada corte de Nápoles.

El vestido de Sanchia era negro, pero ella estaba lejos de tener un aspecto recatado; sus ojos azules eran casi cínicos, pensó Lucrecia; era como si Sanchia estuviera tejiendo planes, planes secretos y sutiles.

—¿Y cómo está mi querida hermana hoy? —preguntó Sanchia—. ¿Lista para la ceremonia? He oído decir que debemos escuchar a un prelado español y, en consecuencia, va a pronunciar sermones demasiado largos.

—Pero debemos concurrir —explicó Lucrecia—. Mi padre estará presente, y también lo estarán todos los dignatarios de la corte papal. Es un acontecimiento importante y...

—Oh, sí... debemos estar presentes.

Sanchia, pasando su brazo alrededor de Lucrecia y atrayéndola hacia un espejo, contempló las imágenes de ambas.

—No parezco tener el atuendo necesario para asistir a un servicio solemne, ¿no es cierto? Y cuando miro más de cerca, tampoco tú pareces estar ataviada para una ceremonia. Lucrecia, ¡qué inocente pareces con tus hermosos ojos claros y tu cabello dorado! Pero ¿eres inocente, Lucrecia? ¿Lo eres?

—¿Inocente de qué? —preguntó Lucrecia.

—De la vida... de lo que quieras. Oh, Lucrecia por esa dorada cabeza pasan pensamientos de los cuales no dices nada. Pareces asombrada. Pero tengo razón, ¿no es verdad? Una mujer tan hermosa como tú no puede estar tan alejada de... de todo lo que hace al mundo tan interesante.

—Me parece que no comprendo.

—¿Eres tan criatura? ¿Qué pasa con César? Estará en este servicio

solemne. Sabes, hermana, he anhelado encontraros a todos vosotros, y tú eres la única con la cual, hasta ahora, he estado sola.

—Ha habido tantas ceremonias —murmuró Lucrecia, vacilante con respecto a la muchacha que tenía tan pocos pelos en la lengua y que, por consiguiente, decía esas cosas que la embarazaban y que hubiera sido mucho mejor callar.

—Oh, sí. Más adelante los conoceré muy bien a todos, no lo dudo. César no es exactamente como yo lo había imaginado. Es tan hermoso personalmente como lo decían los rumores. Pero existe algo extraño en él, un resentimiento melancólico...

—Mi hermano deseaba ser un gran soldado.

—Ya veo. Ya veo. No se siente a gusto con los hábitos de la Iglesia.

Lucrecia miró a su alrededor con una sensación de incomodidad. Dijo a sus criadas:

—Eso es todo. Ahora, dejadnos.

Miró a Sanchia, esperando que también ella despidiera a sus mujeres.

—Son mis amigas —dijo Sanchia—. Espero que sean las tuyas. Te admiran. ¿No es cierto? —preguntó al trío.

—Todas estamos de acuerdo en que Madonna Lucrecia es sumamente hermosa —dijo Loysella.

—Ahora háblame de César —insistió Sanchia—. Es un hombre colérico... muy colérico. Lo sé.

—Al final, hará siempre lo que está decidido a hacer —dijo Lucrecia.

—¿Le tienes; mucho cariño a tu hermano?

—Es imposible no admirarlo más que a cualquier otro en la tierra, pues supera a todos.

Sanchia sonrió, con un gesto que indicó que ella también lo sabía. Ahora comprendía. Había algo cierto en los rumores que había escuchado acerca de los extraños y apasionados vínculos que existían en la familia Borgia.

Sabía que Lucrecia abrigaba sospechas sobre ella, que estaba celosa porque temía que Sanchia pudiera atraer al Papa y a César de tal modo que dejaran de ansiar la compañía de Lucrecia. Era una situación nueva, que le gustaba.

Además, era reconfortante pensar que César Borgia no se salía del todo con la suya. Odiaba los hábitos de la Iglesia, a pesar de lo cual se veía obligado a llevarlos, y ése era el motivo por el cual ella había observado la cólera que ardía en sus ojos. Ella, como la hija ilegítima del rey de Nápoles, obligada a tomar el segundo lugar después de su media hermana, comprendía sus sentimientos. Eso la acercaba aún más a César, y su vulnerabilidad la fascinaba.

Cuando se dirigieron a San Pedro, ella se sentía casi irrefrenablemente alegre; pasó su brazo afectuosamente por la cintura de Lucrecia cuando entraron a la Iglesia. ¡Qué larga era la ceremonia! Allí estaba el Santo Padre, aparentemente una persona muy distinta del padre jovial que había sido tan

afectuoso durante el banquete de la noche anterior. Sanchia había tenido razón con respecto al prelado español: su sermón seguía y seguía.

—Estoy cansada —cuchicheó a Lucrecia.

El rostro pálido de Lucrecia se sonrojó ligeramente. La princesa napolitana parecía no saber cómo comportarse durante una ceremonia solemne.

Lucrecia no dijo nada.

—Este hombre ¿no terminará nunca?

Loysella reprimió la risa y Bernardina susurró:

—¡Por el amor de todos los santos, Madonna, cállate!

—Pero es demasiado largo para aguantarlo —se quejó Sanchia—. ¿Por qué no deberíamos estar sentadas? Mira, allí hay bancos vacíos.

Lucrecia dijo en un susurro:

—Son para los canónigos cuando cantan el Evangelio.

—Serán para nosotras ahora —dijo Sanchia.

Varias cabezas se dieron vuelta al escuchar las voces que murmuraban, y muchos vieron a esa hermosa y joven mujer trepar a los bancos con un crujir de sedas y exponiendo a la vista de todos sus piernas muy bien contorneadas. Loysella, Francesca y Bernardina, que seguían en todas las cosas a su ama, no vacilaron. Donde iba Sanchia, iban ellas.

Lucrecia, observándolas por un instante, sintió en ella una creciente excitación. Sabía que esas muchachas vivían vidas coloridas, y anhelaba el tipo de aventuras de las cuales disfrutaban; deseaba identificarse con ellas.

Sin vacilar, las siguió, trepando a los bancos, acomodándose entre ellas con un crujir de ropas, una sonrisa desusadamente maliciosa en los labios, mientras las risas brotaban en su interior.

Se acomodaron en sus bancos y Sanchia adoptó una expresión de fingida compunción. Loysella inclinó la cabeza rápidamente hacia atrás para ocultar su hilaridad, y Lucrecia necesitó toda su fuerza de voluntad para no estallar en una risa histérica.

Habían escandalizado a la corte papal.

Nunca, se quejaron los cardenales, se ha visto semejante comportamiento durante un servicio solemne. Era evidente que esa napolitana no era más que una ramera de corte. Las miradas que distribuyó confirmaban la reputación que la había precedido.

Desde el púlpito de San Marco en Florencia, Girolamo Savonarola predicó largo y tendido y en tono fuerte, señalando que la corte papal era una vergüenza para el mundo y que las mujeres del Papa se comportaban con gran indecencia y eran el escándalo de la gente.

Los cardenales se acercaron con indecisión al Santo Padre.

—Su Santidad habrá experimentado una gran tristeza —dijo uno—. El

espectáculo del comportamiento de esas jóvenes mujeres durante las ceremonias de Pentecostés escandalizó a todos los que las vieron.

—¿Es así? —dijo Alejandro—. Observé muchos ojos que brillaban cuando giraron en esa dirección.

—Con asco, Santidad.

—No vi asco, sino cierto deleite.

Los cardenales tenían un aspecto severo.

—Sin duda alguna Su Santidad tratará adecuadamente a esas pecadoras.

—Vaya, vaya, ¿qué pecado hay en las travesuras de esas niñas? Las muchachas jóvenes, por su propia naturaleza, son fogosas. Yo, por mi parte, no desearía que fueran de otra manera. ¿Y quién, entre ustedes, no se sintió un poco aburrido de nuestro digno predicador?

—¡No obstante, esa mujer trae los modales de Nápoles a Roma!

El Papa asintió intentando aplacarlos. Hablaría con las muchachas.

Lo hizo. Pasó un brazo alrededor de Sanchia y otro alrededor de Lucrecia, y dio a sus rasgos una expresión de fingido reproche. Las besó con ternura y sonrió con benignidad a Loysella, Bernardina y Francesca, que estaban de pie ante él, con las cabezas inclinadas, pero no tanto como para impedirles mirar ocasionalmente al Santo Padre.

—Habéis escandalizado a la comunidad eclesiástica —dijo él— y si no hubierais sido tan hermosas me habría visto obligado a retaros y a aburriros de una manera tan completa como lo hizo ese prelado español.

—Pero comprended, Muy Santo Señor...—dijo Sanchia, mirándolo con sus pestañas oscuras y esos ojos sumamente azules.

—Lo comprendo —dijo el Papa, lanzándole una mirada apasionada—. Me da el mayor placer del mundo ver tanta brillantez y belleza en mi corte y si tan sólo os mirara frunciendo el ceño, sería el hombre más ingrato de esta tierra.

Después de lo cual todos rieron, y Sanchia dijo que cantarían para él, pues no sólo era su santo padre sino también su padre muy amado.

Fue así como Sanchia cantó, con el acompañamiento del laúd de Lucrecia, y las muchachas se dispusieron a su alrededor, Loysella, Bernardina y Francesca, sentadas en taburetes a sus pies, elevando hacia él ojos admirativos y maravillados, mientras Sanchia y Lucrecia se apoyaban en sus rodillas.

“¡Reprender a estas hermosas criaturas!” pensaba Alejandro. “¡Nunca!” Sus pequeñas travesuras sólo podían divertir a un padre tan benevolente.

Esa noche Sanchia bailó con César. Sus miradas se cruzaron y ella percibió ese ardiente resentimiento contra el mundo que lo embargaba. Ella tenía un temperamento distinto, y era por eso que había podido hacer caso omiso de los desaires y disfrutar de su vida. Pero había un vínculo entre ellos.

A pesar de todas sus demostraciones de afecto, el Papa no le había asignado en la corte papal la posición que ella anhelaba. Era tan sólo la esposa de Goffredo, del cual se sospechaba que tenía un padre que no era Alejandro; habría sido diferente si ella hubiese sido la esposa de César.

Pero su naturaleza sensual le hacía posible olvidar todo lo demás en persecución de la satisfacción sexual. Esa satisfacción dominaba su vida. No ocurría lo mismo con César. Deseaba placeres carnales, pero tenía otros deseos, igualmente insistentes. Su amor por el poder era mayor que su deseo por las mujeres.

Ella, que había conocido a tantos hombres que lograba comprenderlos con facilidad, tenía conciencia de su poder, y estaba decidida a lograr que César olvidara sus ambiciones y se dedicara a perseguirla. Ambos eran experimentados y hallarían gran placer en sorprenderse el uno al otro revelándose lo que eran capaces de hacer. Cada uno lo sabía mientras ambos bailaban y se preguntaban: ¿por qué demorarlo más? La demora era algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a tolerar.

—Eres todo lo que yo había oído que eras —le dijo Sanchia.

—Eres todo lo que yo esperaba que fueras —le contestó él—. Me preguntaba cuándo tú y yo podríamos hablar juntos. Es la primera vez que ha ocurrido, y todos los ojos están sobre nosotros.

—Tenían razón —dijo César— al decir que eras la mujer más hermosa del mundo.

—Tenían razón cuando decían que había algo aterrador en ti.

—¿Me encuentras aterrador?

Ella rió.

—Ningún hombre me aterroriza.

—¿Han sido siempre tan gentiles?

—Siempre —dijo ella—. Desde el momento en que pude hablar, los hombres han sido gentiles conmigo.

—¿No estás cansada de mi sexo, dado que lo conoces tan bien?

—Cada hombre es diferente de todos los demás. Eso es lo que he comprobado. Tal vez por eso he descubierto siempre que son tan fascinantes. Y ninguno de los que he conocido ha sido ni remotamente como tú, César Borgia; estás en una categoría aparte.

—¿Y te gusta esta novedad en mí?

—Me gusta tanto que querría conocerla para que dejara de ser novedosa y me resultara familiar.

—¿Qué has escuchado decir de mí?

—Que eres un hombre que no admite un no como respuesta, que los hombres temen que frunzas el ceño y que cuando haces señas a una mujer debe obedecer, por temor, si no lo hace por deseo. He oído decir que quienes te desagradan encuentran un mal destino, y que algunos han sido descubiertos en callejones, estrangulados o acuchillados. He oído que algunos han tomado vino en tu mesa y que han creído estar meramente ebrios, y que luego se han

sentido morir. Esas son las cosas que he oído decir de ti, César Borgia. ¿Qué has oído decir de mí?

—Que practicas la brujería, de tal modo que todos los hombres que deseas quedan bajo tu hechizo, y que una vez que alguien ha sido tu amante no te puede olvidar nunca.

—¿Y tú crees esos cuentos de mí?

—¿Y tú crees esos cuentos de mí? —replicó César.

Ella lo miró a los ojos y la llama del deseo que ardía en los suyos era igual a la que percibía en los de César.

—No lo sé —dijo ella— pero estoy decidida a descubrirlo.

—Tampoco lo sé yo —contestó él—, y creo que estoy tan ansioso por hacer mis descubrimientos como tú.

Sus manos apretaron las de ella.

—Sanchia —dijo— ¿esta noche?

Ella cerró los ojos y asintió.

Eran observados.

El Papa sonreía con afecto. Era inevitable. ¿Cómo podría haber sido de otro modo? ¡César y Sanchia! Eran una buena pareja, y desde el momento en que César había oído hablar de ella había decidido que así sería.

“Ahora se pondrán a murmurar los mismos fastidiosos promovedores de escándalos,” musitó Alejandro, “y los cardenales elevarán manos y voces escandalizadas; Savonarola tronará desde su púlpito acerca del vicio que se ha entronizado en la corte papal”.

El Papa suspiró, levemente envidioso de su hijo, riendo maliciosamente para sus adentros; pensaba persuadir a César que le hiciera un relato completo del asunto.

Goffredo observaba la escena con deleite. Qué hermosos parecían, bailando juntos. “Mi esposa y mi hermano. Son las dos personas más distinguidas del baile. Todos los miran. Y ellos están encantados el uno con la otra.”

“César, el gran César, me agradecerá haber traído a Sanchia. Y Sanchia está claramente encantada de encontrar a César. ¡Todos sus amantes deben parecer tan indignos, cuando los compara con él!”

Lucrecia observaba.

“De modo que la esposa de Goffredo ha decidido tomar como amante a César. Sabe cómo atraerlo, cómo complacerlo.”

Lucrecia quería hundir el rostro en sus manos y sollozar; y deseaba fervientemente que Sanchia no hubiera venido nunca a Roma.

Estaban recostados juntos en la cama de Sanchia.

Sanchia sonreía, mirando de reojo a su amante. Es verdad, pensaba con una sensación exultante, no hay ningún hombre como él. Tiene la virilidad de dos hombres; es experto y sin embargo, ansioso por descubrir; es ardiente y sin embargo, reservado; apasionado y sin embargo, frío. En todas sus experiencias, nunca había conocido a un amante como César Borgia.

Se volvió hacia él y le dijo lánguidamente:

—Deberían haberme casado contigo... no con Goffredo.

Vio que su rostro cambiaba de expresión; la tranquila sensualidad se esfumó y en su lugar apareció una súbita cólera, tan intensa que la sobresaltó, en el estado de indolencia en que se encontraba.

Apretó los puños y ella comprendió que luchaba consigo mismo para contener su ira.

—Mi padre —dijo— consideró que debía enviarme a la Iglesia.

—Es incomprensible —le contestó ella en tono tranquilizador, y posó su mano sobre el brazo de César, para atraerlo hacia ella, buscando una vez más suscitar el deseo.

Pero César no estaba dispuesto a que la seducción lo apartara de su cólera.

—Tengo dos hermanos —dijo— y sin embargo fui el elegido.

—Serás Papa —le dijo ella— y eso no te impedirá disfrutar de aventuras como ésta, César.

—Deseo comandar los ejércitos —dijo él—. Deseo tener hijos... hijos legítimos. Quiero dejar los hábitos de cardenal. Aborrezco este asunto y todo lo que está relacionado con él.

Ella se sentó en la cama, y su largo cabello recubría su desnudez. Sus ojos azules brillaban. Deseaba apartarlo de su cólera, inducirlo a hacer de nuevo el amor. Era un desafío. “La cólera ¿es más importante que yo para él? ¿Qué clase de hombre es éste, que habla de sus ambiciones mientras está en la cama conmigo?” Tomó sus manos y le sonrió.

—No dudo que todo lo que desees será tuyo, César Borgia.

—¿Eres una bruja? —preguntó él.

Ella asintió lentamente y rió, mostrando su lengua roja.

—Soy una bruja, César Borgia, y te prometo... un uniforme de soldado, una esposa e hijos legítimos.

Él la miraba con atención; por lo menos había logrado atraer su atención sobre ella, aun si era el posible poder de la profecía, antes que su cuerpo, aquello que lo atraía.

Sus ojos estaban dilatados.

—Uno de la familia debe ir a la Iglesia —prosiguió ella—. Debería haber sido el pequeño Goffredo. ¿Por qué no podría ser Goffredo?

César se arrodilló en la cama a su lado; la tomó por los hombros y miró sus salvajes ojos azules.

—Sí —dijo ella—. Aquí está la respuesta. Debería haber un divorcio. El

pequeño Goffredo debe vestir los hábitos cardenalicios y Sanchia y César deben ser marido y mujer.

—¡Por todos los santos! —gritó César— es un buen plan.

Luego la asió y la besó salvajemente. Ella rió.

—Espero que mi señor no me ame menos porque algún día pueda ser su esposa. Dicen que los caballeros de Roma encuentran a las amantes que descubren por sí mismos más de su gusto que las esposas que son encontradas para ellos.

—Así es —dijo César con fiereza.

—En primer término —gritó ella—, debes declarar que deseas ser mi esposo...

Cayó de espaldas riendo, y lucharon durante un cierto tiempo.

—César —murmuró ella dichosa—, tienes la fuerza de diez hombres.

Lucrecia pidió audiencia a su padre.

Alejandro estudió ansiosamente a su hija. Parecía pálida y desdichada.

—¿Qué ocurre, mi querida? —preguntó.

Ella bajó los ojos. Detestaba tener que mentirle, y sin embargo no podía decirle la verdad.

—No me siento bien, amadísimo padre —dijo—. Hay una peste en el aire de Roma y creo que me afecta. En estos últimos días y noches he tenido una ligera fiebre.

Las frías y enojadas manos de Alejandro se posaron sobre su frente.

—Mi adorada, mi bendita —murmuró.

—Te ruego que me perdones —dijo Lucrecia— porque te voy a pedir algo que sé que no estarás ansioso de concederme. Siento que necesito un cambio de aire, y me gustaría pasar una corta temporada en Pesaro.

Se produjo un silencio.

Su esposo estaría allí, pensaba el Papa; se sentía cada vez más insatisfecho del matrimonio de su hija. Pero Lucrecia parecía pálida, y él anhelaba hacerla feliz.

Los ojos de Lucrecia se posaron sobre la almohadilla de terciopelo rojo en la cual estaba arrodillada.

Sentía que era una niña extrañamente perpleja, que no se comprendía a sí misma. Odiaba a Sanchia, con sus brillantes ojos azules, su risa salvaje y sus profundos... profundos conocimientos.

Sanchia trataba a Lucrecia como una niña, y Lucrecia sabía que en asuntos del mundo continuaría siendo una niña mientras no comprendiera sus propias emociones. Sólo sabía que no podía tolerar ver a Sanchia y César juntos; que detestaba la complacencia de Goffredo, el parloteo de las tres mujeres que atendían a Sanchia.

A menudo había pensado en Pesaro durante las últimas semanas,

cuando había ido a los apartamentos de Sanchia porque sabía que César estaba allí y porque sabía que si no iba dejaría de verlo ese día.

Pesaro era una pequeña y tranquila ciudad, rodeada por colinas que formaban un semicírculo a su alrededor y con el mar azul bañando sus orillas; en Pesaro podía vivir con su esposo y comportarse como una esposa normal.

En Pesaro se había sentido como las otras mujeres, y así deseaba sentirse.

Los dedos de su padre acariciaban su pelo; Lucrecia oyó su voz, muy gentil y tierna, como si comprendiera:

—Mi amada, si tu deseo es ir a Pesaro, a Pesaro irás.

Alejandro encontró a su hijo en los apartamentos papales.

—Tengo noticias para ti, César —dijo.

Alejandro se sentía incómodo, pero era necesario revelar las noticias pronto, y César estaba sumergido profundamente en una aventura con Sanchia que estaba demostrando ser absorbente. Alejandro no dudaba de eso. En consecuencia, estando César satisfecho, era un buen momento para decirle lo que había deseado confiarle hacía mucho tiempo y que no podía serle ocultado durante mucho más.

César contestó:

—¿Sí, muy Santo Padre?

—Juan regresa.

Alejandro deslizó con rapidez su brazo sobre el de su hijo; no deseaba ver la sangre arremolinarse en las mejillas de César; no deseaba observar el colérico color rojizo de sus ojos.

—Sí, sí —dijo Alejandro, caminando hacia la ventana y llevando gentilmente a César con él—. Estoy envejeciendo y me sentiré feliz teniendo una vez más a mi alrededor a toda mi familia.

César se mantuvo silencioso.

Aún no es necesario, pensaba Alejandro, decir a César que Juan había sido traído de regreso para conducir una campaña contra los Orsini, que debían ser castigados por pasarse a los franceses sin combate durante la invasión. No hacía falta decir: “Cuando Juan venga, lo haré comandante de las fuerzas papales.” César lo sabría... pero más tarde.

—Cuando regrese —dijo Alejandro alegremente— debemos llamar de vuelta a la pequeña Lucrecia. Anhele el día que todos los miembros de mi amada familia se sienten en mi mesa, para que mis ojos puedan alegrarse viéndolos.

César prosiguió en silencio. Sus dedos se retorcián mientras se aferraban a sus hábitos de cardenal. No veía la plaza más allá de la ventana; había perdido conciencia de la presencia de Alejandro, de pie a su lado.

Sólo podía pensar que Juan, el envidiado, el odiado, estaba por regresar.

## CARNAVAL ROMANO

Los dos hermanos se encontraron en la Porta Portuense. César, tal como lo establecía la tradición y ante la insistencia de su padre, se puso al frente de una cabalgata integrada por los cardenales y sus magníficos séquitos, para dar la bienvenida al hermano a quien odiaba más que a cualquier otro ser en la tierra.

Se enfrentaron el uno al otro. Juan había cambiado algo desde su partida a España. Era más arrogante, más magnífico y los rasgos de crueldad alrededor de su boca se habían acentuado. La disipación había marcado sus rasgos, pero continuaba siendo muy hermoso. Su vestimenta era más espléndida que todo lo que César le había visto usar antes. Su capa de terciopelo rojo estaba decorada con perlas, y su chaleco de la misma tela, en un tono pardo claro, destellaba con el brillo de perlas y relucientes joyas de todos los colores. Aun su caballo brillaba por los adornos de oro y las campanillas de plata. Juan tenía un aspecto deslumbrante al entrar en la ciudad de Roma, y los ciudadanos quedaron asombrados al observarlo.

Mientras cabalgaban uno al lado del otro hacia el palacio apostólico, que debía ser la casa del duque, Juan no podía dejar de echar miradas maliciosas hacia su hermano. Quería hacerle saber que tenía plena conciencia de la enemistad que existía entre ambos y que, ahora que se había convertido en un gran duque con un hijo y otro niño por llegar, ahora que había regresado a pedido de su padre para ponerse al mando de sus fuerzas, comprendía que no era probable que la envidia de César se hubiera aminorado en lo más mínimo.

El Papa no pudo contener su alegría al ver al hijo a quien más amaba.

Lo abrazó y lloró, mientras César contemplaba la escena, apartado, apretando los puños y los dientes diciéndose a sí mismo: “¿Por qué debería ser así? ¿Qué tiene él que no tenga yo?”

Alejandro, al mirar a César, adivinó sus sentimientos y, como sabía que César debía sentirse sin duda alguna aún más encolerizado al comprender

plenamente la gloria que le correspondería a Juan, extendió su mano hacia César y dijo con afecto:

—¡Mis dos hijos! Actualmente son raras las oportunidades en que tengo el placer de teneros conmigo al mismo tiempo.

Cuando César hizo caso omiso de la mano que se le tendía y se dirigió hacia la ventana, Alejandro se sintió molesto. Era la primera vez que César lo desairaba abiertamente, y el hecho de que hubiera ocurrido en presencia de terceras personas era doblemente molesto. Decidió que lo mejor sería soslayar el gesto.

César dijo, sin dar vuelta la cabeza.

—Abajo hay una multitud que espera con el deseo de mirar un poco más al espléndido duque de Gandia.

Juan avanzó hacia la ventana; se volvió hacia César, dirigiéndole una sonrisa insolente.

—No los decepcionaré —dijo mirando sus atavíos enjogados y dirigiéndose de nuevo a César—: Es una lástima que los hábitos comparativamente sombríos de la Iglesia sean lo único que tengas para mostrarles, hermano.

—Entonces comprenderás —contestó César con rapidez— que no es al duque a quien aplauden, sino al jubón enjogado del duque.

Alejandro se había entrometido entre ambos, poniendo los brazos sobre sus hombros.

—Estarás interesado en conocer a la esposa de Goffredo, mi querido Juan —dijo.

Juan rió.

—He oído hablar de ella. Su fama ha llegado incluso a España. Algunos de mis familiares más mojigatos hablan de ella cuchicheando.

El Papa estalló en una risa.

—Somos más tolerantes en Roma, ¿no es cierto, César?

Juan miró a su hermano.

—He oído decir —dijo— que Sanchia de Aragón es una mujer generosa. Tan generosa que todo lo que tiene para dar no puede ser concedido a un solo esposo.

—Nuestro César, aquí, es una persona fascinante —dijo Alejandro intentando aplacar los ánimos.

—No lo dudo —rió Juan.

En sus ojos había decisión. César lo miraba con un aspecto desafiante. Cada vez que un hermano había lanzado un desafío al otro, el reto había sido recogido.

Giovanni Sforza cabalgaba hacia Pesaro. ¡Cuánto agradecía regresar a su casa! ¡Qué cansado estaba de los conflictos que se desencadenaban a su

alrededor! En Nápoles era tratado como lo que era, un extranjero; se sospechaba que espiaba para los milaneses, lo cual era verdad. El último año no le había aportado nada que mejorara su propia opinión de sí mismo. Estaba atemorizado de una mayor cantidad de gente, de lo que había estado nunca en toda su vida.

Sólo detrás de las colinas de Pesaro se podía sentir en paz. Se puso a soñar despierto placenteramente mientras cabalgaba hacia su hogar. Pensó que podría ir a Roma, tomar a su esposa y traerla de vuelta con él a Pesaro, desafiando al Papa y a su hermano César. Se oyó decir: “Es mi esposa. ¡Intenten arrebátarmela, si se atreven!”

Pero eran sueños. ¡Como si fuera posible decir al Papa y a César Borgia tales cosas! La tolerancia que el Papa demostraría hacia alguien que parecía haber perdido la cabeza, las burlas de César hacia quien conocían como un cobarde disfrazándose de valiente, era más de lo que Giovanni Sforza podía tolerar.

En consecuencia, sólo podía soñar.

Cabalgó lentamente a lo largo del río Foglia, sin prisa, ahora que Pesaro estaba a la vista. Cuando llegara a su casa, la encontraría aburrída; la vida no sería lo que había sido durante los meses en que había vivido allí con Lucrecia.

¡Lucrecia! Al comienzo, durante la época en que el matrimonio aún no había sido consumado, le había parecido tan sólo una niña tímida y desconcertada. ¡Pero había descubierto que ella era muy diferente! Deseaba llevársela, hacerla completamente suya y purgarla gradualmente de todo lo que había heredado de su extraña familia. Podía divisar el castillo, fuerte, aparentemente inexpugnable.

“Allí —pensaba— podría vivir con Lucrecia, feliz, seguro, todos los días de nuestra vida. Podríamos tener hijos y encontrar la paz en nuestro baluarte, entre las montañas y el mar.”

Sus criados acudían para saludarlo.

—Nuestro señor ha regresado a su casa.

Se sentía grande e importante, como el señor de Pesaro, mientras avanzaba con su caballo. Pesaro podría haber sido un gran dominio; esas pocas personas podrían haber sido una multitud.

Aceptó el homenaje, desmontó y entró en el palacio.

Fue una deslumbrante manifestación de su sueño; allí estaba ella, con el sol brillando sobre su pelo rubio que caía libremente por sus hombros, e iluminaba las pocas y discretas joyas que llevaba, como correspondía a la dama de un castillo de secundaria importancia.

—¡Lucrecia! —gritó.

Ella sonrió con esa sonrisa fascinante que aún mantenía un sello infantil.

—Giovanni —le contestó ella—, estaba cansada de Roma. Vine a Pesaro para poder estar aquí con el fin de darte la bienvenida a tu regreso.

Él posó sus manos sobre los hombros de Lucrecia y le besó la frente, luego las mejillas, antes de rozar levemente sus labios.

En ese momento, creyó que el Giovanni Sforza que había visto en sus sueños podía existir en realidad.

Pero Giovanni Sforza no podía creer en su felicidad. Debía torturarse a sí mismo... y a Lucrecia.

Descubría continuamente nuevos ornamentos en sus cofres de joyas.

—¿De dónde viene este dije? —preguntaba.

—Mi padre me lo dio —era invariablemente la respuesta.

O bien:

—Es un regalo de mi hermano.

Entonces Giovanni lo volvía a arrojar a la caja, salía con paso airado de la habitación o la miraba con ojos encendidos.

—¡El comportamiento de la corte papal está escandalizando al mundo! — declaró—. Ha empeorado desde que llegó la mujer de Nápoles.

Eso hacía infeliz a Lucrecia; pensaba en Sanchia y en César juntos, en el deleite de Goffredo por el hecho de que su esposa complaciera tanto a su hermano, en la diversión de Alejandro y en sus propios celos.

“Somos verdaderamente una familia extraña” pensaba ella.

Miraba hacia el mar, y había cierta esperanza en sus ojos de poder adaptarse a las normas de corrección establecidas por hombres como Savonarola, una esperanza de poder vivir tranquilamente con su propio esposo en su baluarte montañoso, de poder dominar ese deseo de estar con su propia familia, tan perturbadora.

Pero si bien Giovanni no podía brindarle ninguna ayuda y sólo le dirigía continuos reproches, ella estaba decidida a ser paciente, de modo que escuchaba con tranquilidad sus estallidos de cólera y sólo trataba suavemente de convencerlo de su inocencia. Había ocasiones en que Giovanni se arrojaba a sus pies y le declaraba que en el fondo ella era buena y que él era un bruto al regañarla continuamente. No podía explicarle que se veía siempre como un pobre diablo, despreciado por todos, que la conducta de la familia de Lucrecia y los rumores referentes a ella lo hacían parecer aún más pobre, aún más despreciable.

Había momentos en que ella pensaba: “Ya no puedo tolerar más esto. Tal vez me ocultaré en un convento. Allí, en la soledad de una celda, podría comenzar a comprenderme, a descubrir una forma de escapar de todo lo que conozco.”

Pero ¿de qué manera podía ella soportar la vida en un convento? Cuando llegaban cartas de su padre, su corazón se ponía a palpar y sus manos temblaban mientras se apoderaba de ellas. Leer lo que le escribía la hacía sentir como si él estuviera con ella, hablándole; entonces comprendía qué feliz

era cuando estaba en el corazón de su familia, y que sólo entonces podía serlo completamente.

Debía encontrar una compensación por este amor irresistible que experimentaba hacia su familia. ¿Un convento era la respuesta?

Alejandro le pedía que volviera. Señalaba que su hermano Juan estaba en Roma, aún más hermoso y más encantador que cuando se había ido. Todos los días pedía por su amada hermana y preguntaba cuándo regresaría. Lucrecia debía volver inmediatamente.

Contestó que su esposo deseaba que ella permaneciera en Pesaro, donde él tenía ciertas tareas que desempeñar.

La respuesta llegó con rapidez.

Su hermano Juan estaba por emprender una campaña militar dirigida en primer término contra los Orsini, y luego se proponía someter a todos los señores que habían demostrado su impotencia frente a los invasores. Las ricas tierras y posesiones de esos barones caerían en las manos del Papa. Lucrecia sabía que ése era el primer paso en la ruta que hacía mucho tiempo Alejandro había planeado emprender.

Ahora su querido yerno, Giovanni Sforza, podía mostrar su temple y lograr grandes honores para sí mismo. Lo invitaba a agrupar sus fuerzas y a unirse al duque de Gandia. Lucrecia no desearía quedarse sola en Pesaro, por lo cual debía volver a Roma, donde su familia prepararía un gran recibimiento para ella.

Cuando Giovanni Sforza leyó esta carta, se sintió furioso.

—¿Qué soy? —gritó—. Tan sólo una pieza en un tablero de ajedrez, que se mueve a un lado y a otro. No me uniré al duque de Gandia. Tengo mis propias tareas que realizar aquí.

Fue así como vociferó y se enfureció ante Lucrecia, pero sabía, y ella también que en realidad sentía temor al Papa.

Sin embargo, en esta ocasión decidió intentar un compromiso. Reunió a sus hombres, pero en lugar de partir con ellos, le escribió al Papa y le explicó que sus obligaciones en su propio dominio le impedían partir en ese momento.

Él y Lucrecia esperaban una orden de que obedeciera y la expresión de un colérico reproche.

Se produjo un prolongado silencio; luego llegó desde el Vaticano una respuesta tranquilizadora. Su Santidad comprendía plenamente las razones de Giovanni Sforza; ya no insistía en que se uniera al duque de Gandia. Al mismo tiempo, recordaba a su yerno que hacía mucho tiempo que no lo veía en Roma y que le produciría el mayor placer abrazar una vez más a Giovanni y a Lucrecia.

Esta carta hizo muy feliz a Lucrecia.

—Yo temía —dijo a su esposo— que tu negativa a unirme a mi hermano encolerizaría a mi padre. Pero ¡qué benevolente es! Comprende, ya lo ves.

—Cuanto mayor es la benevolencia de tu padre, tanto más le temo —gruñó Giovanni.

—No lo entiendes. Nos ama. Desea tenernos con él en Roma.

—Lo que desea es que tú estés en Roma. No sé lo que desea para mí.

Lucrecia miró a su esposo y se estremeció imperceptiblemente. Había momentos en que percibía que no había escapatoria con respecto al destino que su familia le estaba preparando.

Raras veces César había estado feliz en toda su vida como en ese momento.

Su hermano Juan estaba ayudando a demostrar todo lo que él, César, había tenido tanta dificultad en hacer comprender a su padre. ¡Cuánta cólera había sentido en la ceremonia en que Juan había sido investido con el estandarte, finamente bordado y la espada, ricamente enjoyada, de capitán general de la Iglesia! ¡Cómo había brotado la furia en su interior al ver que los ojos de su padre brillaban de orgullo al observar a su hijo favorito!

“¡Loco!” —hubiera deseado gritar César—. ¿No ves que traerá desgracia a tus ejércitos y al nombre de los Borgia?”

Y las profecías de César se estaban realizando. Eso era lo que le daba gran placer. Ahora su padre podría advertir con seguridad la locura que había sido conferir a su hijo Juan honores militares para los cuales no estaba preparado, y la estupidez de impedir que el valiente y audaz César tomara el mando que, por la locura de un padre, había sido dado a Juan.

Todo estaba a favor de Juan. La riqueza y el poderío del Papa lo respaldaban. El gran capitán Virginio Orsini continuaba prisionero en Nápoles y no podía participar en la defensa de su familia. Para cualquiera que tuviera un solo gramo de conocimientos militares, razonaba César, la campaña debería haber sido rápida y victoriosa.

Al comienzo pareció que así sería, pues al estar prisionero Virginio, los Orsini no parecían tener valor para luchar, y uno por uno se rindieron ante las fuerzas de Juan, como lo habían hecho ante los franceses. Castillos y castillos abrían sus verjas, y el conquistador entraba sin derramar una sola gota de sangre.

En el Vaticano, el Papa se regocijaba; aun en presencia de César, sabiendo cómo hería en su amor propio a su hijo mayor, no podía ocultar su orgullo.

Ese era el motivo por el cual el nuevo giro de los acontecimientos resultaba tan gratificante para César.

El clan de los Orsini no fue vencido con tanta facilidad como lo habían creído el joven e insolente duque de Gandia y su padre, que chocheaba por él. Se había reunido con todas sus fuerzas en el castillo familiar de Bracciano, bajo la dirección de la hermana de Virginio. Bartolomea Orsini era una valiente mujer. Había sido educada en la tradición militar y no estaba dispuesta a someterse sin luchar. En eso era ayudada por su esposo y otros

miembros de la familia.

Juan Borgia se sobresaltó al tropezar con una resistencia que no esperaba. No tenía experiencia de la guerra y sus métodos para romper el sitio de Bracciano parecieron a la vez infantiles y alocados a los experimentados guerreros que combatían en ambos bandos. No deseaba luchar, pues era un soldado que tenía más afecto por su espada enjoyada y su blanco bastón de mando que por el combate. Por consiguiente, envió mensajes a los defensores del castillo, al comienzo tratando de engatusarlos y luego con amenazas, diciéndoles que su plan más sensato consistiría en rendirse. Acampado fuera del castillo, la situación se tornaba incómoda; el tiempo era malo y las espléndidas vestimentas de Juan resultaban inadecuadas. Su capitán más capaz, Guidobaldo di Montefeltro, duque de Urbino, fue muy malherido y se vio obligado a retirarse, lo que significó la pérdida de su mejor asesor.

El tiempo pasaba y Juan continuaba fuera del baluarte de Bracciano. Estaba cansado de la guerra y había oído que toda Italia reía del comandante de las fuerzas del Papa, y más aún, adivinaba hasta qué punto su hermano disfrutaba con este giro de los acontecimientos.

El pueblo de Roma susurraba acerca del gran capitán:

—¿Cómo le va ahora? ¿Estará tan bonito como cuando partió? La lluvia y el viento no deben ser buenos para todo ese terciopelo y ese brocado.

Alejandro estaba lleno de ansiedad y declaró que si era necesario vendería su tiara para llevar la guerra a una conclusión satisfactoria. No podía tolerar la compañía de su hijo mayor, César, pues éste no intentaba ocultar su placer ante la forma en que iban las cosas. Este odio de hermano contra hermano, pensaba Alejandro, era una locura completa. César y Juan ¿no habían aprendido todavía que la fuerza residía en la unidad?

César estaba con él cuando le llegó la noticia de que Juan se encontraba esperando aún fuera del castillo y que Urbino había sido herido.

Observó que el rostro de su padre se llenaba de sangre y mientras estaba allí, exultante, Alejandro se tambaleó y habría caído si César no se hubiera precipitado para sostenerlo.

Mirando a su padre, cuyo rostro se había oscurecido por la sangre que había afluído, mientras el blanco de sus ojos se enrojecía y las venas latían en sus sienes, César tuvo un súbito y terrible temor de un futuro en el cual Alejandro no estaría allí para proteger a su familia. En ese momento, comprendió cuánto debían a ese hombre, que hasta entonces había tenido gran renombre por su vitalidad, ese hombre que con seguridad debía poseer un don especial.

—¡Padre! —gritó César espantado—. ¡Oh, mi amado padre!

El Papa abrió los ojos y percibió la ansiedad de su hijo.

—Querido hijo —le dijo—. No temas. Aún estoy con vosotros.

Una vez más revelaba esa vitalidad excepcional. Era como si Alejandro se negara a aceptar los achaques de una vejez que se acercaba.

—Padre —gritó César angustiado—, ¿no estás enfermo? No puedes estar

enfermo.

—Ayúdame a llegar hasta mi sillón —dijo Alejandro—. ¡Allí! Esto es mejor. Fue un desfallecimiento momentáneo. Sentí que la sangre martilleaba en mis venas, y me pareció que la cabeza me estallaría. Ya está pasando. Fue el choque de esta noticia. En el futuro, debo controlarme. No hay necesidad de atormentarse por lo que aún no ha ocurrido.

—Debes tener más cuidado, padre —le aconsejó César.

—Oh, hijo mío, hijo mío, no tengas un aspecto tan angustiado. Y sin embargo me siento feliz de ver que te preocupas tanto por mí.

Alejandro cerró los ojos y se recostó en su sillón, sonriendo. El astuto estadista, siempre obstinadamente ciego cuando se trataba de su familia, se permitía creer que era por afecto hacia su padre que César se sentía alarmado, y no porque tuviera conciencia de la precaria posición en que se encontraría él, junto con el resto de su familia, si el Papa ya no estuviera allí para protegerlos.

César pidió a su padre que llamara a su médico, para que lo examinara y finalmente Alejandro prometió que lo haría. Pero la resistencia del Papa era asombrosa y, pocas horas después del desvanecimiento estaba haciendo nuevos planes para el éxito de Juan.

Por desgracia, con el tiempo, aun Alejandro debió enfrentar el hecho de que Juan no era un soldado, lo cual se hizo innegable cuando los Orsini recibieron ayuda de los franceses y estuvieron en condiciones de atacar a los sitiadores del castillo.

Enfrentado con una verdadera batalla, Juan demostró ser un conductor incapaz y el encuentro terminó mal para las fuerzas papales; el único entre ellos que se distinguió fue el duque de Urbino que, recuperado de sus heridas, fue tomado prisionero por los Orsini. En cuanto a Juan, fue herido levemente y, comprendiendo que se encontraba en una posición algo ridícula, de la cual quería salir por sobre todas las cosas, declaró que al estar herido no podía seguir adelante y debía dejar que sus ejércitos terminaran el conflicto bajo un nuevo comandante.

Ahora toda Italia reía de las aventuras del hijo del Papa. Recordaban la ceremonia en la cual había sido designado como jefe de los ejércitos papales; al partir de Roma encabezando a sus tropas, había marchado con el aspecto de un conquistador.

Esto era muy divertido para los romanos y mucha gente estaba complacida. Eso debía enseñar al Papa que era peligroso para sus propios intereses llevar demasiado lejos el nepotismo.

César se había recuperado de su alarma con respecto al desfallecimiento del Papa pues estaba tan pletórico de vitalidad como de costumbre, y aquél no iba a perder esta oportunidad de ganar puntos con respecto a su hermano.

Convocó a sus amigos y juntos diseñaron brillantes carteles, que colgaron en varias rutas importantes en toda la ciudad.

“Buscados —decían esos carteles— quienes tengan cualquier noticia con

respecto a cierto ejército de la Iglesia. Si alguien dispone de tal información, que la transmita inmediatamente al duque de Gandia.”

Juan regresó a Roma, donde fue recibido con un afecto no disminuido por su padre, quien comenzó inmediatamente a buscar disculpas para su hijo y a asegurar a todos que si Juan no hubiese tenido la mala suerte de ser herido, otra hubiera sido la historia.

Todos los que lo escucharon se asombraron ante la simulación de Alejandro, quien se deleitaba tanto en engañarse. Pero pronto admiraron su diplomacia, pues se puso de manifiesto que el Papa nunca perdía una guerra. Podía ser derrotado en una batalla, pero después de la batalla venían las tratativas y de ellas el Papa emergía invariablemente como el vencedor.

César fue a ver a su padre, y encontró a Juan con él.

Al ver a su hermano, no pudo impedir que una sonrisa burlona asomara en sus labios.

—Así que —gritó— no te has reincorporado a tu ejército, general.

—Cardenal, mi ejército y yo nos hemos separado —dijo Juan alegremente—. Nos hemos cansado el uno del otro.

—Así lo he oído —rió César—. Toda Roma habla de eso. Incluso hay carteles en los muros de la ciudad.

—Sería interesante descubrir quién los puso allí.

En los ojos de Juan había una mirada asesina.

—Que haya paz, hijos míos —terció Alejandro—. Lo hecho, hecho está. Hemos tenido mala suerte y ahora haremos la paz.

—¡Debemos pedir la paz! —el tono de César era lúgubre—. Una bonita situación.

—La convertiremos verdaderamente en una hermosa situación —susurró Alejandro—. Los Orsini no tienen ganas de continuar la lucha. Les he ofrecido mis condiciones y serán aceptadas.

—¿Vuestras condiciones, Santidad?

—Mis condiciones y sus condiciones —dijo Alejandro alegremente—. Les permitiré volver a comprar sus propios castillos. Verás que con esta guerra no perderemos nada.

—¿Y Urbino? —preguntó César—. Está prisionero. ¿Qué rescate se pedirá por él?

El Papa se desentendió de esta cuestión.

—Sin duda alguna su familia está reuniendo el rescate.

Los ojos de César se entrecerraron. Ese hombre brillante, su padre, estaba convirtiendo la derrota de Juan en una victoria.

Juan observaba maliciosamente a su hermano. Le dijo:

—Como estoy cansado de la guerra, me alegro de que mañana comience el carnaval.

En los ojos de Juan había un odio comparable al de César. “Has tratado de desacreditarme a los ojos de nuestro padre, César Borgia”, pensaba; “no imagines que te permitiré atacarme con impunidad. ¡Ten cuidado, pues

encontraré una forma de dar vuelta la situación, mi señor cardenal!”

Fue con César con quien el Papa discutió las condiciones de paz. Juan estaba demasiado atareado ideando su disfraz de carnaval y planeando sus propias diversiones. Notaba la ausencia de Djem, quien tenía siempre alguna sugerencia extraña y fantástica en tales situaciones.

“Debe llegar un día”, pensaba César, “en que nuestro padre comprenderá que soy el único que está a su lado, para compartir su ambición. ¿Cómo un hombre tan brillante como lo es él puede continuar arriesgando nuestra posición por esa ciega y alocada confianza en un hijo a expensas del otro?”

En momentos como éstos, César se sentía casi feliz. Ahora no había necesidad de llamar la atención sobre los defectos de Juan; debían ser perfectamente evidentes aun para Alejandro, atontadamente devoto a Juan.

—Padre mío —le dijo— me sorprendes. Nosotros los Borgia acabamos de experimentar una derrota que habría demostrado ser desastrosa para muchos y tú estás convirtiendo rápidamente esa derrota en una victoria.

Alejandro rió.

—Hijo mío, se gana más en la mesa de negociaciones que en el campo de batalla.

—Eso, me atrevo a sugeriros, Santidad, podría depender de los soldados. Si yo hubiese sido soldado, habría llevado mi bandera al interior del baluarte del enemigo. Habría colocado mi talón sobre la garganta del enemigo y las condiciones impuestas habrían sido las mías propias. En realidad, no habría habido condiciones. Yo habría conquistado sus propiedades y sus castillos.

—Has hablado con nobleza, hijo mío.

César estaba atento. ¿Percibió una cierta luz especulativa en los ojos de su padre? ¿Iba a ser finalmente razonable?

—Pero —prosiguió el Papa— ahora estamos en cierta posición, y debemos zafar de ella. En este caso, lo importante es tener prisa. Si nosotros hemos sido humillados, hijo mío, ellos están agotados. Temen seguir combatiendo; ése es el motivo por el cual están dispuestos a aceptar condiciones.

César rió, con admiración.

—¡Y les has hecho comprar de nuevo sus propios castillos!

—Por 50.000 florines de oro.

—Pero hubiese sido preferible que hubieras guardado los castillos, padre, como habría ocurrido si los hubieses derrotado por completo.

—Tenemos 50.000 florines más.

—Eso debía ser tan sólo un comienzo. Pero comenzamos con los Orsini. ¿Y ahora?

—Recurriremos a la paz durante un cierto tiempo.

—¿Y los Orsini, cuando se recuperen de su debilidad?

El Papa miró directamente hacia su hijo.

—Hay una cláusula en el tratado que debí aceptar. Virginio Orsini estaba encarcelado en Nápoles durante el conflicto...

César hizo crujir sus dedos.

—Y si no lo hubiese estado, padre mío, habría sido muy lamentable para nosotros.

El Papa estuvo de acuerdo. César sonreía; recordaba los días, hacía mucho tiempo, cuando había dejado la casa de su madre y había vivido durante un año en Monte Giordano. Recordaba la llegada del gran soldado al baluarte de los Orsini, y cómo su corazón de muchacho había disfrutado en presencia de ese hombre; pensaba en las largas cabalgatas, en la actitud severa pero afectuosa de Virginio hacia él. Durante ese año, uno de los héroes de la vida de César había sido Virginio Orsini. César se había sentido orgulloso cuando Virginio había expresado su deseo de que hubiese sido su hijo; y de que si lo hubiese sido, habría hecho de él un soldado.

—Lo admiras, según veo —dijo Alejandro.

—Es un gran soldado.

—No de fiar cuando los franceses invadieron Italia.

—Sin duda tuvo sus razones, padre. Los Orsini se han aliado con los franceses.

—Contra nosotros —dijo el Papa—. Pero esta cláusula del tratado... los Orsini exigen que Virginio sea liberado inmediatamente de su encarcelamiento.

—Veo, padre, que no deseas liberar a Virginio.

—Tú mismo has dicho que la situación habría sido diferente si Virginio hubiera estado disponible para dirigir las fuerzas de su familia. Aún son nuestros enemigos. En este momento están agotados por el reciente conflicto; carecen de un verdadero líder; y si lo tuvieran... —El Papa se encogió de hombros—. Hijo mío, se me ocurre que los Orsini pueden estar tan dispuestos a acceder a mis condiciones, insistiendo sólo en que Virginio sea liberado, para que cuando se encuentre entre ellos de nuevo se unan contra nosotros. Virginio no debe ser liberado.

—Sin embargo, dices que ésa es la cláusula en que insisten.

—Así es.

—¿Y la has aceptado?

—La he aceptado.

—Por consiguiente, en muy poco tiempo Virginio estará libre.

—No debería dejar su cárcel.

—Sin embargo has aceptado...

—Tenemos amigos en Nápoles. Aún faltan unos pocos días. César, te encargo de eso. Siempre has tratado de demostrarme tu sutileza. Los grandes comandantes deben poseer no sólo coraje sino también recursos.

—Cuando era muchacho y vivía en Monte Giordano lo conocí muy bien —dijo César lentamente.

—Eso fue hace mucho tiempo, hijo mío.

—Sí —dijo César—, hace mucho tiempo.

El Papa posó su mano sobre el hombro de su hijo.

—Sabrás cómo hacer lo que es mejor para nuestra familia —concluyó.

Era insensato mantener una actitud sentimental.

César iba y venía por su apartamento. Era impropio de él incurrir en demoras cuando sabía que había que hacer algo que redundaría en su beneficio. Y sin embargo, los recuerdos continuaban acudiendo. Se podía ver cabalgando al lado de esa figura maciza; podía sentir de nuevo la admiración que ya había sentido.

Virginio Orsini, el hombre que había hecho tolerable la vida en Monte Giordano; Virginio, quien siempre había querido hacer de él un soldado.

No había tiempo para perder. Se debía enviar inmediatamente un mensaje a Nápoles. Había que enviar allí una pequeña cantidad de un polvo blanco y seguir las instrucciones.

Pronto Virginio Orsini tomaría su última comida en la cárcel.

“Si se tratara de otro, no vacilaría”, pensaba César. “No lo pensaría dos veces. ¡Pero Virginio! ¡Tonterías, tonterías! ¿Qué era la veneración de un muchacho?”

Sin embargo, había sido cortés.

¡Cortés! ¿Qué tenía que ver la cortesía con César Borgia?

No obstante, continuaba recorriendo su apartamento. “No Virginio”, murmuró, “no Virginio Orsini.”

En las calles el carnaval estaba en su apogeo, y el pueblo de Roma se empeñaba en divertirse. El Papa, con esa destreza mental que asombraba a todos los que entraban en contacto con ella, había extraído una vez más una victoria diplomática de una derrota militar con la destreza de mano de un prestidigitador. Los Orsini habían sido victoriosos. Pero ¿qué habían ganado? Tan sólo una cesación de hostilidades. Habían pagado mucho para recuperar sus castillos, y el jefe de su familia, Virginio Orsini, aunque había conseguido su liberación, había muerto súbitamente pocas horas antes de dejar su prisión.

El pueblo rió ante los taimados métodos del Santo Padre, mientras se dedicaba a divertirse.

Hombres y mujeres con máscaras y trajes de fantasía llenaban las calles. Pasaban las procesiones, de las cuales algunas llevaban grotescas figuras que mantenían por sobre las cabezas de los juerguistas: otros llevaban figuras extrañas, fantásticas, títeres que hacían gestos obscenos, para inmenso deleite de la muchedumbre. Había música, bailes y alegría general, y las guerras y las

intrigas políticas parecían estar muy lejos.

En su apartamento, César miraba a los juerguistas en la plaza y estaba enojado consigo mismo, porque no podía borrar el recuerdo de Virginio Orsini de su mente; cuando dormía se despertaba sobresaltado, imaginando que la figura alta y rígida estaba al lado de su cama, mirándolo en actitud de reproche.

Era insensato, impropio de él. Necesitaba diversión. Deseaba que Lucrecia estuviera en Roma. Él y su padre debían traerla de vuelta y liberarla de ese patán provinciano, Giovanni Sforza. Odiaba a ese individuo. Ese odio era un consuelo para él.

Ahora pensaba ir al apartamento de Sanchia. Se entregaría con ella a una orgía tan grande de sensualidad que olvidaría todas las sombras que se cernían sobre él; sus pensamientos sobre Sforza y Lucrecia, el recuerdo de Virginio Orsini.

Encontró a Loysella sola en el apartamento de Sanchia y preguntó dónde estaba su ama.

—Mi señor —contestó Loysella, arrojándole miradas con la vista baja—, la princesa salió hace algunos instantes con Francesca y Bernardina para mirar el carnaval. Su señoría no se debe preocupar. Estaban enmascaradas.

No estaba preocupado; sólo ligeramente irritado.

No tenía ganas de ir a buscarla entre esa masa agitada.

Miró a Loysella, quien se sintió llena de esperanzas.

Luego, de pronto, César se alejó, lleno de disgusto. Era como si fuera de nuevo un muchacho, y Virginio estuviera de nuevo a su lado, reprochándole alguna violación de los buenos modales.

Dejó bruscamente el apartamento; fue al suyo y trató en vano de aislarse de los ruidos del carnaval.

La máscara de Sanchia sólo ocultaba parcialmente su belleza. A través de ella, sus ojos azules observaban la escena a su alrededor. Su pelo negro escapaba de la capucha de su manto.

Francesca y Bernardina estaban enmascaradas en forma similar; y reían tontamente porque sabían que habían sido seguidas al dejar el palacio.

—¡Qué excitación! ¡Qué carnaval grandioso! —susurró Francesca—. No hubo nunca carnavales iguales en Nápoles.

—Esperemos aquí y observemos pasar a la multitud —sugirió Sanchia, sabiendo que había tres hombres de pie a su lado.

Miró por sobre los hombros y un par de ojos brillantes ocultos por una máscara, encontraron los suyos y sostuvieron su mirada.

—Creo —dijo ella— que no hicimos bien en salir solas, sin estar escoltadas por ningún caballero. Podría ocurrirnos... cualquier cosa.

Algunos juerguistas que pasaban se detuvieron al ver a tres muchachas,

pues había algo en su aspecto que atraía una atención inmediata.

Un hombre joven, con el entusiasmo del carnaval, se acercó a Sanchia y tomó su mano.

—Hay una dama muy hermosa oculta tras esa máscara, estoy seguro —dijo él—. Venid, hermosa... uníos a nosotros.

Sanchia contestó:

—No deseo hacerlo.

—Es carnaval, señora, y una dama como vos no debe quedar apartada.

Ella gritó cuando el joven le asió el brazo, y uno de los hombres que habían estado detrás de ella gritó:

—Despacha al perro insolente.

El joven que había hablado en primer término palideció bajo su máscara cuando uno de los miembros del terceto dio un paso hacia adelante, con la espada en la mano. El joven tartamudeó:

—Es época de carnaval. No me proponía hacer ningún daño...

Luego, como el otro levantó su espada y le tocó el brazo, gritó y huyó, seguido por los miembros de su grupo.

—¿Debo seguirlo, mi señor? —preguntó el que había desenvainado su espada.

—No —dijo una voz lánguida—. Es suficiente.

Sanchia se volvió hacia él.

—Os lo agradezco, mi señor —dijo ella—. Me estremezco al pensar lo que podría habernos ocurrido a mí y a mis mujeres si no hubierais estado aquí para salvarnos.

—Es un gran placer para nosotros salvar a una dama como vos —dijo el hombre.

Le besó la mano.

Lo conocía y se daba plena cuenta que él también la conocía. Pero era un juego placentero el que estaban jugando; había comenzado con su regreso de la guerra. Ella sabía también que era en parte a causa de su odio hacia César que estaba decidido a perseguirla; y si bien Sanchia no tenía la intención de constituir un motivo de disputa entre ambos, estaba decidida a convertir al hermano de César en su amante.

Era hermoso, a su manera, más que César; su reputación era igualmente mala, pero de un modo diferente. Iba a darle una lección al duque de Gandia; le mostraría que su necesidad de Sanchia de Aragón superaría sus deseos de vengarse de su hermano. Esa necesidad iba a convertirse en lo más importante en la vida de él.

Pero en ese momento le gustaba fingir, enmascarados como estaban, que no conocían la identidad uno de la otra.

Juan mantuvo las manos de Sanchia entre las suyas.

—¿Nos unimos a los juerguistas?

—No estoy segura de que sería apropiado para nosotras hacerlo —replicó Sanchia—. Vinimos tan sólo para observar la escena desde corta distancia.

—Es imposible observar el carnaval desde corta distancia, como os habréis percatado por la conducta de esos perros insolentes. Venid, dejadme mostraros el carnaval. No necesitáis temer nada. Estoy aquí para protegeros.

—Debemos mantenernos juntas, mis damas y yo —murmuró ella—. Nunca me perdonaría si les pasara algo.

Sanchia sonreía en forma maliciosa. Lo que quería decir era esto:

“No confío en tu protección, Juan. Si hubiera peligro podrías huir. Pero si tus ayudantes están cerca me sentiré más feliz.”

—Nos mantendremos con nuestro pequeño grupo —dijo Juan. Hizo una seña a los hombres, uno de los cuales tomó inmediatamente la mano de Francesca, y el otro, la de Bernardina—. Ahora —prosiguió—, ¿dónde iremos? ¿Al Coliseo? Habrá una gran fiesta allí. ¿O a ver la carrera en el Corso?

—Escoltadnos donde lo deseéis —dijo Sanchia.

—Entonces sugiero, mi señor —dijo uno de los hombres— que nos alejemos de la multitud. Estas delicadas damas están en peligro de ser pisoteadas por la plebe.

—Hablas sensatamente —dijo Juan.

—Hay un pequeño albergue cerca de la Via dei Serpenti. Un lugar en el que podemos estar a salvo del clamor de la gente común.

—Entonces vayamos hasta ese albergue —dijo Juan.

Sanchia se dirigió a Francesca y Bernardina.

—No —dijo—, no creo que yo y mis damas debamos acompañaros a esa posada. Si nos lleváis a la plaza San Pedro, estaremos bastante seguras y...

—Venid —dijo Juan, con los ojos brillantes a través de la máscara—. Poneos en mis manos, hermosa dama. No lamentaréis nada.

Sanchia fingió estremecerse.

—Me siento un poco incómoda...

Pero Juan había pasado el brazo alrededor de su cintura y había comenzado a correr, llevándola con él. Sanchia miró con temor sobre su hombro, pero Francesca y Bernardina habían sido tratadas de una manera similar. Dieron leves aullidos de fingido horror, pero sus caballeros no los tuvieron en cuenta, mientras seguían a Juan y Sanchia.

—¡Abrid camino! ¡Abrid camino! —gritaba Juan mientras forzaba el paso a través de la multitud. Muchos le hablaban; algunos trataban de detenerlo. Los ánimos y el mal genio se encrespaban en la época de carnaval.

Pero esos dos hombres estaban siempre cerca de Juan y, o por algo que decían, o por el hecho de ser conocidos, era evidente que cada vez que alguien los desafiaba, pronto se escabullía, presa del temor.

Entonces Sanchia observó que en el manto de Juan había un prendedor en que estaba grabado el toro que pacía. También sus hombres llevaban el emblema, uno en su sombrero, el otro en el jubón. Sanchia rió para sus adentros. Juan no se aventuraría en las calles en cualquier momento, sin alguna señal de quién era exhibida en forma prominente sobre su persona. Podía haber muchos dispuestos a atacar a un joven fanfarrón que se volviera

desagradable, ¿pero quién se atrevería a levantar el brazo contra un Borgia?

Sanchia disfrutaba su velada. Debía dar una lección a César. Había estado mucho más interesado en humillar a su hermano que en ella, y esos desaires debían ser pagados. Conocía una forma de hacerlo enfurecer más que por cualquier otro motivo. De ese modo César debía pagar los desaires que le había hecho.

Durante los últimos días había habido miradas de entendimiento entre Sanchia y Juan, pero ésta era la forma más divertida de permitir que esas pequeñas insinuaciones alcanzaran su apogeo. Cuando llegaron a la Via dei Serpenti, se deslizaron de prisa a través de un laberinto de callejones. El ruido de los juerguistas pareció apaciguarse cuando uno de los hombres de Juan empujó la puerta de una posada, abriéndola, y todos entraron.

Juan gritó:

—Traed comida. Traed vino... mucho vino.

El posadero acudió corriendo. Se inclinó profundamente y demostró gran temor cuando sus ojos se posaron sobre el broche que usaba Juan.

—Mis buenos señores —comenzó.

—Nos has oído pedir vino y comida. Tráelos rápidamente —dijo Juan.

—Con la mayor prisa, mi señor.

Juan se sentó en un sofá y obligó a Sanchia a sentarse a su lado.

—Estoy decidido —susurró— a que disfrutes de la hospitalidad... de toda la hospitalidad... que el posadero pueda brindar.

Sanchia contestó:

—Mi señor pienso que debería decirte que no soy una humilde mujer de la cual uno puede apoderarse en tiempo de carnaval.

—Tu voz, tus modales te traicionan —dijo él—. Pero las mujeres que se aventuran en las calles durante el carnaval piden que uno se apodere de ellas.

Sus hombres reían y aplaudían todo lo que decía Juan.

—Beberemos vino con vosotros y luego os dejaremos aquí —declaró Sanchia.

—Estamos ansiosos por disfrutar de todos los placeres que pueda brindar el carnaval —se aventuró a decir uno de los hombres, manteniendo la vista en Juan.

—Todos —se hizo eco Juan.

El posadero llegó presuroso con vino.

—¿Es el mejor que tienes? —preguntó Juan.

—El mejor de los mejores, mi señor.

—Entonces debería ser bueno; si no lo fuera, yo podría encolerizarme.

El posadero estaba temblando visiblemente.

—Ahora —gritó Juan— echa el cerrojo a todas las puertas. Deseamos estar solos... completamente solos, ¿me comprendes?

—Sí, mi señor.

—En cuanto a la comida, no la traigas, después de todo. Ahora siento que no tengo hambre. Bastará con el vino. ¿Tienes algunos cuartos cómodos

en tu posada?

—Puedo atestiguarlo —dijo uno de los hombres, riendo en forma disimulada— pues ya los he usado.

—Ahora déjanos, compañero —dijo Juan y volviéndose hacia las damas— : Brindaremos por la alegría que este día nos dará a todos.

Sanchia se había levantado.

—Mi señor —comenzó a decir.

Juan la rodeó con sus brazos y la abrazó. Ella luchó, pero Juan tenía plena conciencia de que su lucha era fingida, que sabía quién era él y que estaba tan decidida a que eso ocurriera como lo estaba él.

Apoyó sobre la mesa su vaso y dijo:

—En estos momentos, no necesito vino. —Alzó a Sanchia en sus brazos, exclamando—: ¡Posadero! Llévame al mejor de tus cuartos... y no te demores, pues tengo prisa.

Sanchia pataleó bonita e ineficazmente. Bernardina y Francesca se aferraron una a otra mientras sus amantes en perspectiva las tomaban, y Sanchia y Juan desaparecieron.

El cuarto era pequeño, pero tan limpio como se podía esperar, su cielorraso era bajo.

—No es la cama que yo hubiera elegido para ti, mi princesa —dijo Juan—. Pero será suficiente.

—Deberías saber quién soy yo —le dijo Sanchia.

Él le sacó la máscara.

—Ya lo sabía de antemano —contestó— del mismo modo que tú. ¿Por qué, dulce Sanchia, quisiste hacerme representar este pequeño espectáculo de violación? Un acuerdo mutuo para llegar a lo inevitable habría sido mucho más cómodo.

—Mucho menos divertido —dijo ella.

—Tengo la impresión —la desafió él— de que estás asustada de César.

—¿Por qué debería estarlo?

—Porque has sido su amante desde que llegaste a Roma, y tiene la reputación de ser un amante celoso.

—No temo a ningún hombre.

—César es diferente de otros hombres. Sanchia... insaciable Sanchia. No puedes mirar a un hombre sin desear conocerlo. Advertí tus miradas... Advertí tus pensamientos, en el momento mismo en que te vi por primera vez. Estabas decidida a que nosotros dos estuviéramos así, pero decidiste jugar sobre seguro. “Que Juan reciba todas las censuras”, dijiste. “En consecuencia, deseo una violación.”

—¿Crees que me preocupo por lo que piensan mis antiguos amantes?

—Incluso tú tienes miedo de César.

—No seré mandada por nadie.

—En este caso estás equivocada. En este cuarto, con la puerta cerrada, yo seré quien te mande.

—Olvidas que hace un instante me acusaste de arreglar esto.

—No discutamos la situación. ¡Sanchia... Sanchia!

Ella rió.

—¡Qué autoritario eres! Si hubieses demostrado contra los Orsini la misma decisión que hacia tres mujeres indefensas...

La tomó por los hombros y la sacudió, transitoriamente encolerizado. Luego rió.

—No quieres un amante gentil, Madonna Sanchia. Lo comprendo.

—Estoy pensando en Francesca y Bernardina.

—En este momento deben estar en los brazos de sus amantes. Han estado mirándose, unos a otros durante días enteros; desde que decidiste que ibas a cambiar de hermano, las cuatro personas han estado esperando este día. Vamos, ¿por qué nos demoramos?

—¡Por qué, es verdad! —murmuró ella.

César estaba furioso, pues no pasó mucho tiempo antes de que sus espías le informaran que Sanchia y Juan estaban constantemente juntos.

Se dirigió al apartamento de Sanchia mientras sus mujeres la estaban peinando. Al irrumpir allí, las encontró parlotando de sus aventuras con sus amantes. Se dirigió a grandes pasos hacia Sanchia, barrió la fuente de confituras de la mesa y agitando los brazos, gritó a las mujeres:

—¡Idos!

Partieron llenas de temor, pues creían haber visto el crimen en los ojos de César.

—Eh, tú, ramera —dijo—, he oído decir que eres la amante de mi hermano.

Sanchia alzó los hombros en actitud reflexiva.

—¿Y eso te sorprende?

—¡Que te entregues a cualquiera que te lo pida, no! ¡Pero que te atrevas a provocar mi cólera, sí!

—Me sorprende que tengas tiempo para encolerizarte conmigo... tú que pierdes tanto tiempo con tus celos respecto del ducado de Juan y de la forma en que tu padre lo favorece.

—Cállate. ¿Piensas que permitiré que me insultes y me degrades de este modo?

—No veo que puedas hacer mucho al respecto, César.

Se había dado vuelta y lo miraba, con sus ojos azules encendidos de deseo por él. Cuando lo embargaba esa loca furia, lo encontraba más interesante que cuando se comportaba como un amante afectuoso.

—Mira, Sanchia —dijo—. Sólo te pido que tengas paciencia.

—No soy una persona muy paciente.

—Eres una ramera, la ramera más famosa de Roma. La mujer de un

hermano y la amante de los otros dos. ¿Sabes que toda la ciudad habla de tu conducta?

—Y de la de ustedes, querido hermano... y de la de Juan... y de la del Santo Padre. Sí, y aun de la de Lucrecia.

—Lucrecia es inocente de todo escándalo —dijo él con aspereza.

—¿Es verdad? —preguntó ella a la ligera.

César se dirigió a grandes pasos hacia ella y le dio una punzante bofetada en la mejilla. Ella le tomó la mano y le clavó los dientes, mirando la sangre que se derramaba mientras se llevaba su mano a la mejilla ardiente.

Fue como si la vista de la sangre lo hubiera enloquecido. Sus ojos se llenaron de ira mientras la tomaba por la muñeca, y ella gritó de dolor.

—No pienses —dijo él— que puedes tratarme como has tratado a otros.

—César, aparta tus manos de mí; me estás causando dolor.

—Me encanta escucharlo. Es exactamente lo que me propongo.

Los afilados dientes se hundieron de nuevo en su mano; él la tomó por los hombros y al soltarla de la cintura ella le rasguñó la cara. Ambos estaban excitados por la batalla. César intentó tomarla nuevamente por las manos, pero ella había logrado asirle una oreja y la estaba retorciendo. En pocos instantes rodaron juntos por el suelo, e inevitablemente, en dos personas de esas características, el deseo y la brutalidad se entremezclaron. Ella resistió; no porque deseara resistir, sino porque deseaba prolongar la batalla. La llamó bastarda, ramera, todos los apelativos que según pensaba podían herir a una persona tan orgullosa como ella. Ella se desquitó. ¿Acaso no era él un bastardo? Aulló.

—¡Bruto! ¡Cardenal! —se mofó de él sarcásticamente.

Yacía jadeando en el piso, con una mirada salvaje en los ojos, las ropas desgarradas, mientras pensaba en nuevos insultos.

—Toda Roma conoce tus celos de tu hermano. ¡Tú..., el cardenal! Tú, con tus vestidos y tus amantes... Odio a Su Eminencia. Lo odio, cardenal Borgia.

Se arrojó sobre ella; ella lo pateó; él la insultó y después de un cierto tiempo quedaron silenciosos, juntos. Luego ella rió, levantándose del piso para contemplar su aspecto en el pulido metal de su espejo.

—Parecemos dos mendigos en el corso —dijo—. ¿Cómo ocultaré estos rasguños, estos moretones que me has hecho, tú, bruto? Ah, pero tú, también estás bien marcado. Pero valió la pena, ¿no es cierto? Comienzo a creer que el piso es una cama tan buena como cualquier otra.

Él la miraba con aborrecimiento. Pero ella gustaba de su aborrecimiento. Era más estimulante que el afecto.

—Ahora —dijo él— tal vez seas más precavida cuando te encuentres con mi hermano.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque has descubierto que soy un hombre de cierto temperamento.

—Adoro tu temperamento, César. No puedes pedirme que renuncie al placer de despertarlo.

—¿Quieres decir que no lo abandonarás?

Ella pareció reflexionar.

—Encontramos tanto placer el uno en el otro... —dijo ella casi quejumbrosamente, anhelando suscitar en él una nueva cólera.

Pero él se había calmado y le dijo:

—Si prefieres a alguien de quien todos los italianos se están burlando, continúa disfrutándolo.

Y se fue, dejándola excitada, pero un poco decepcionada.

El Papa observaba con inquietud el creciente antagonismo entre los dos hermanos.

El pequeño Goffredo estaba desconcertado. Lo había deleitado que sus dos hermanos encontraran tan atrayente a su esposa: pero cuando descubrió que su admiración por su hermosa esposa causaba disensos entre ellos, superiores a todos los anteriores, comenzó a preocuparse.

Juan raras veces dejaba de estar al lado de Sanchia. Le gustaba cabalgar con ella a través de las calles de Roma; hacía lo posible por hacer circular rumores con respecto a su relación y estaba deseoso de que llegaran a oídos de César.

Luego, de pronto, César pareció perder interés en Sanchia.

Su padre envió a buscarlo, porque tenía algunos temas de importancia para analizar, y comprobaba que era con César, más que con su querido Juan, que deseaba discutir asuntos de política.

—Mi querido hijo —dijo Alejandro, tomando a César en sus brazos y besándolo—, hay un tema de cierta importancia que deseo discutir contigo.

Le encantaba al Papa ver que se disipaba el gesto ceñudo en el rostro de su hijo ante esas palabras.

—Es del esposo de Lucrecia, ese Sforza, que deseo hablar —dijo el Papa.

César hizo una mueca de desprecio y Alejandro prosiguió:

—Tu opinión de ese hombre coincide con la mía.

—Me ha causado gran pesar —replicó César—, pensar que mi hermana pasa sus días en esa remota ciudad, muy lejos de todos nosotros... y que Su Santidad da órdenes que Sforza no obedece. Me gustaría poder desembarazar a Lucrecia de ese patán.

—Es para discutir este tema que te he llamado. César, deseo que éste sea un secreto estrictamente guardado.

—¿Entre nosotros dos? —preguntó César ansiosamente.

—Entre nosotros dos.

—¿Y Juan?

—No, César, no. Ni a Juan confiaría esto. Juan es desaprensivo y no tan serio como tú, César. Deseo que éste sea un tema estrictamente reservado, y es por eso que opté por confiar en ti.

—Gracias, muy Santo Señor.  
—Mi queridísimo hijo, estoy decidido a desembarazar a mi hija de ese hombre.  
—¿Y por qué medio?  
—Está el divorcio, pero la Iglesia no es afecta al divorcio; y como jefe de la Iglesia, se espera que yo lo desapruebe, salvo en circunstancias especiales.  
—¿Su Santidad preferiría otro método?  
Alejandro asintió.  
—No debería ser imposible —dijo César, con los ojos brillantes. Pensaba que había sido triste saber que Virginio debía morir, pero no habría tal tristeza en el caso de Giovanni Sforza.  
—Nuestro primer paso —dijo el Papa— debería ser convocarlo a Roma.  
—Entonces, hagámoslo.  
—Es más fácil decirlo que hacerlo, hijo mío. Ese señor provinciano abriga ciertas sospechas con respecto a nosotros.  
—¡Mi pobre Lucrecia, cuánto debe sufrir!  
—No estoy seguro de eso, César. Sus cartas parecerían hacerse más distantes. De algún modo siento que el señor de Pesaro está alejando a nuestra Lucrecia de nosotros, y que ella se está convirtiendo más en su esposa que en una hija para mí o una hermana para ti.  
—No será así. La despojará de su encanto. La hará sombría... insípida, tal como es él. Debemos traerla de vuelta, padre.  
El Papa asintió.  
—Y Sforza con ella. Y cuando vengan... El Papa vaciló, y César lo urgió:  
—¿Y cuando vengan, Santidad?  
—Lo desarmaremos con nuestra amistad. Ese será el primer paso. Le diremos con nuestras palabras, nuestros gestos y nuestros hechos que ya no estamos lejos de él. Es el esposo de nuestra amadísima, y como tal lo amaremos.  
—Será una dura tarea —dijo César en tono sombrío.  
—No cuando recuerdes a qué nos llevará.  
—Cuando tengamos su confianza, lo invitaremos a un banquete —dijo César pensativamente—. No morirá enseguida. La suya será una muerte lenta.  
—Lo presentarás al abrazo de la *cantarella*.  
—Con el mayor placer —dijo César.

De este modo, Lucrecia volvió a Roma y con ella, su esposo. Giovanni Sforza consintió de mala gana; y refunfuñó continuamente durante el viaje.

—¿Qué planea ahora tu familia? ¿Por qué se han vuelto tan cordiales hacia mí? No confío en ellos.

—Oh, Giovanni, eres demasiado desconfiado. Es porque tienen tanta consideración hacia mí, porque los alegra ver que soy una esposa feliz, que te

ofrecen su amistad.

—Te advierto que seré precavido —declaró Giovanni.

Se sintió sorprendido por el recibimiento.

El Papa lo abrazó, lo llamó su amado hijo y le dijo que como esposo de Lucrecia le correspondía una alta posición en la corte papal. Nunca Giovanni había disfrutado de tanto prestigio como durante esas semanas. Comenzó a perder sus temores. “Teniendo todo en cuenta”, se dijo a sí mismo, “soy el esposo de Lucrecia, y Lucrecia está muy satisfecha de mí.”

Confiaba en cierto criado que le gustaba llevar con él dondequiera que fuera, pues sentía que Giacomino, su hermoso y joven chambelán, era una de las pocas personas en quien podía confiar.

—Mi señor —dijo Giacomino—, parece que sois bien recibido aquí, pero tened cuidado. Dicen que no es conveniente comer en la mesa de los Borgia.

—He oído esos rumores.

—Recordad la súbita muerte de Virginio Orsini, mi señor.

—Estoy pensando en ella.

—Mi señor, me gustaría que sólo comierais alimentos preparados por mí.

Eso hizo reír a Giovanni, pero había pocas personas que tenían por él un afecto verdadero, como lo sentía Giacomino, y él lo sabía; posó un brazo afectuoso sobre los hombros de su sirviente.

—No te preocupes, Giacomino —dijo—. Me cuidaré bastante.

Contó a Lucrecia las inquietudes de Giacomino.

—Carecen de fundamento —lo tranquilizó Lucrecia—. Mi padre te ha introducido en el círculo de familia. Sabe que tú y yo podemos ser felices juntos. Pero Giacomino es un buen chico y me siento feliz de que te quiera tan profundamente.

En las semanas que siguieron, Giovanni Sforza adquirió una nueva sensación de confianza.

“Puedo hacer feliz a Lucrecia”, pensaba; “y el Papa ama tanto a su hija que está dispuesto a bendecir a cualquiera que pueda lograrlo.” Giovanni comenzó a creer que había exagerado los rumores, y que los Borgia eran una familia en que todos, con la excepción de Juan y César, eran particularmente afectos el uno al otro.

La época de carnaval volvió y los Borgia encontraban irresistible la fiesta. El Papa, contemplando las escenas desde su balcón, aplaudía las obscenidades, y daba su bendición al mismo tiempo. Nunca hubo un hombre tan capaz de mezclar su amor por lo obsceno con lo pío en forma tan feliz; nunca hubo un hombre más dispuesto a tomar su religión de una manera tan alegre. En la época de carnaval, más que en cualquier otra, el pueblo se sentía satisfecho con su santo padre.

A Giovanni Sforza el carnaval le disgustaba, se sentía molesto por los

espectáculos obscenos que se representaban, y al no encontrar placer en los chistes groseros, ya extrañaba a Pesaro.

No deseaba salir y mezclarse con la muchedumbre en las calles, por lo cual Lucrecia salió con sus hermanos, Sanchia, algunos de sus hombres y las damas de ambas.

Fue idea de Juan Borgia que se vistieran como mimos y se mezclaran más libremente con la muchedumbre; esto pareció muy divertido a Lucrecia que, a diferencia de su esposo, se sentía feliz en medio de la alegría de Roma y no suspiraba ciertamente por la tranquila Pesaro.

Sanchia había decidido prestar sus atenciones a Juan para despertar la cólera de César, y aquél lo aceptaba de buena gana; todos salían en sus trajes de mimos, con máscaras que ocultaban sus rostros, y danzaban en las calles, mientras Sanchia y Juan conducían la comitiva, bailando a la manera española, en forma sugestiva y conduciendo los pasos del galanteo hasta un fin que parecía inevitable.

Pero César no pensaba en Sanchia; tenía planes que se referían a Juan, pero los archivaba por el momento, pues otros planes que se referían a Giovanni Sforza lo preocupaban más. Además, Lucrecia estaba con él, y su deseo de Sanchia nunca había sido tan grande como su amor por su pequeña hermana.

En ese momento podía ponerse furioso, no porque Sanchia demostrara amor por Juan, sino al pensar en la vida de Lucrecia con Sforza.

—Lucrecia, pequeña —dijo—, a ti te gusta el carnaval.

—Oh, hermano, sí. ¿No me gustó siempre? ¿Recuerdas cómo acostumbrábamos mirarlo desde el pórtico de la casa de nuestra madre y cómo nos hubiera gustado estar entre los juguistas?

—Recuerdo cómo batías tus palmas y bailabas ante el pórtico.

—Y a veces me levantabas, para que yo pudiera ver mejor.

—Compartimos muchos recuerdos felices, querida. Cuando pienso en el tiempo durante el cual hemos estado separados, me siento asesino hacia aquellos que nos separaron.

—No hables de sentimientos asesinos en una noche como ésta, César.

—En una noche como ésta mis pensamientos vuelven a esas fastidiosas separaciones. Ese esposo tuyo te ha mantenido deliberadamente apartada de nosotros durante demasiado tiempo.

Ella sonrió gentilmente.

—Es Señor de Pesaro, César, y como tal tiene sus obligaciones hacia sus tierras.

—¿Y qué piensas, Lucrecia: te llevará pronto de nuevo a su aburrido hogar?

—Creo que antes de que pase mucho tiempo estará impaciente por volver allí.

—¿Y deseas dejarnos?

—¡César! ¿Cómo puedes decir eso? ¿No comprendes que los extraño

tanto que nunca puedo ser feliz lejos de ustedes?

César suspiró profundamente.

—¡Ah! es lo que deseaba escuchar de tus labios.

Colocó su brazo alrededor de ella y la mantuvo cerca de él.

—Queridísima hermana —susurró—, no temas. No pasará mucho antes de que estés libre de ese hombre.

—¿César?

Ella pronunció su nombre en la forma de una pregunta.

La excitación del baile se había apoderado de él. Su odio hacia Sanchia y su hermano era superado por su amor hacia esta pequeña hermana. Sentía un gran anhelo de protegerla de cualquier infelicidad y, creyendo que ella despreciaba a su esposo, del mismo modo que lo hacían él y su padre, no podía perder un momento más en decirle que pronto estaría libre de él.

—No pasará mucho tiempo, dulce hermana —prosiguió César.

—¿Divorcio? —preguntó ella, sin aliento.

—¡Divorcio! La santa Iglesia lo aborrece. No temas, Lucrecia. Hay otras formas de sacarse de encima un compañero indeseable.

—No quieres decir... —gritó ella.

Pero él la silenció.

—Escucha, mi tesoro. No hablemos de estos temas aquí, en las calles. Tengo planes con respecto a tu esposo y te puedo prometer que antes del próximo carnaval habrás olvidado su misma existencia. Bueno, ¿te complace eso?

Lucrecia se sintió horrorizada. No amaba a Giovanni Sforza, pero había tratado de amarlo; cuando estaba en Pesaro había hecho lo mejor que podía de ser la clase de esposa que él deseaba, y no había sido desafortunada en sus esfuerzos. No era el amante con el cual ella había soñado, pero sí su esposo. Tenía sentimientos, aspiraciones, y si se estaba lleno de lástima de sí mismo, ella también sentía lástima de él. Había sido desafortunado muchas veces.

—César —le dijo—, yo me temo...

Los labios de César se acercaron a su oído.

—La gente nos mira —dijo—. No estamos bailando con los otros como deberíamos hacerlo. Esta tarde iré a tu apartamento. Nos aseguraremos de que nadie nos mire ni nos escuche. Allí te explicaré mis planes.

Lucrecia asintió sin contestar palabra.

Comenzó a bailar, pero ahora no había alegría en ella. Esas palabras de César retumbaban en sus oídos. “Están por asesinar a Giovanni Sforza”, se dijo a sí misma.

Temerosa e insegura, esa noche no pudo dormir, y al día siguiente se sintió perturbada.

Nunca en toda su vida se había sentido tan íntimamente vinculada a su

familia: nunca había tenido que enfrentar una decisión tan importante.

Creía que debía una completa lealtad a su padre y a su hermano. Traicionar su confianza sería cometer un acto imperdonable. Y sin embargo, hacerse de lado y permitirles que asesinaran a su esposo... ¿cómo podía hacer eso?

Lucrecia descubrió que tenía conciencia.

Sabía de su juventud y de su inexperiencia de la vida. Comprendía que, al igual que su padre, anhelaba la armonía a su alrededor y a diferencia de él, no podía lograrla de una manera despiadada. No amaba a Sforza; ahora comprendía que no le importaría mucho si no volvía a verlo nunca, pero la horrorizaba que se lo llevara a una muerte violenta o incluso a una muerte tranquila, y que ella estuviera entre quienes lo hicieran como ocurriría si no lo ponía en guardia.

Se enfrentaba con dos alternativas. Podía permanecer leal a su padre y a su hermano y dejar que Sforza marchara hacia su muerte o podía prevenir a Sforza y traicionar a su familia.

Era una decisión terrible la que debía tomar. Todo su amor y su devoción estaban en guerra con su sentido de la rectitud.

¡Asesinato! Era una cosa odiosa, y ella no lo quería.

“Si lo dejara ir a su muerte, el recuerdo de mi traición me perseguiría durante toda mi vida”, pensaba ella. ¡Y si traicionara a César y a su padre! Nunca confiarían de nuevo en ella; se vería alejada de la trinidad de amor y devoción en la cual había confiado.

Por eso permanecía en su cama, insomne, preguntándose qué debía hacer, levantándose y yendo al altar de la Madonna, arrodillándose y pidiendo ayuda.

No había ayuda. Lo que hiciera, debía ser su propia decisión.

César vendría por la tarde a hablarle de sus planes, y sabía que antes de que llegara ese momento debía tener decidido qué curso seguiría.

Mandó a una de sus mujeres a llamar a Giacomino, el chambelán de Sforza.

Al ver a Giacomino de pie ante ella pensó en cuán hermoso era; había en él una honestidad que era evidente, y ella sabía que era el más fiel de los sirvientes de su esposo.

—Giacomino —dijo Lucrecia— te he mandado llamar para poder conversar contigo durante un cierto tiempo.

Lucrecia percibió las pequeñas luces de alarma que se deslizaron en los ojos del joven. Él creía que ella lo encontraba atrayente, pues sin duda muchas mujeres así lo creían, y Lucrecia sentía que estaba dificultando las cosas; pero tal era su plan, y debía llevarlo a cabo, pues no veía otra salida de su dilema. Giacomino permanecía ante ella con la cabeza inclinada.

—¿Deseas volver a Pesaro, Giacomino?

—Me siento feliz de estar donde está mi señor, Madonna.

—Pero ¿si pudieras elegir, Giacomino?

—Pesaro es mi hogar, Madonna, y todos sienten afecto por su hogar.

Ella asintió y se puso a hablar de Pesaro. Pensaba: “Está perplejo, ese buen Giacomino, y debo seguir hablando, aunque pueda creer que estoy tratando de convertirlo en mi amante.”

Giacomino había tomado el taburete que ella le había indicado. Parecía sentirse cada vez más triste a medida que el tiempo pasaba, como si ya pensara en qué forma él, el servidor más leal de su amo, iba a rechazarla. Pero por fin ella escuchó el ruido que estaba esperando y, muy aliviada, se levantó, gritando:

—Giacomino, mi hermano está en camino hacia aquí.

—Debo irme enseguida, Madonna —dijo el agitado Giacomino.

—Pero espera. Si te vas por la puerta te verá, y mi hermano no se sentiría complacido de verte aquí, Giacomino.

¡Qué temor inspiraba César a todos! El joven había palidecido, y su incomodidad se estaba convirtiendo en terror.

—Oh, Madonna, ¿qué haré? —tartamudeó Giacomino.

—Te esconderé detrás de estos cortinados. Si te mantienes perfectamente inmóvil no serás descubierto. Pero te imploro que estés tan inmóvil como puedas, pues si mi hermano te descubriera en mi apartamento...

—Me quedaré quieto, Madonna.

—Tus dientes están castañeteando, Giacomino. Veo que comprendes muy bien la peligrosa situación en que te encuentras. A mi hermano no le gusta que yo reciba a hombres jóvenes como amigos. Lo encoleriza. Ten cuidado, Giacomino.

Mientras hablaba, lo empujó detrás de la pantalla y arregló las cortinas a su alrededor. Contempló su obra con satisfacción. El chambelán había quedado completamente oculto.

Luego se dirigió presurosa a su sillón, y allí estaba sentada, asumiendo una actitud pensativa, cuando César entró en el cuarto.

—Lucrecia, mi querida. —Tomó sus manos y las besó, mientras le sonreía—. Veo que estás preparada para mí, y que has arreglado para que estemos solos.

—Sí, César, ¿tienes algo que decirme?

—Era peligroso hablar anoche en la calle, hermana. —Fue a la ventana y miró hacia afuera—. Ah, las fiestas continúan todavía. Los mimos y las máscaras siguen pasando. Giovanni Sforza ¿está en las calles en este día o abatido en su apartamento, soñando con su querida y aburrida Pesaro?

—Está soñando con Pesaro —dijo Lucrecia.

—Déjalo soñar mientras pueda —gritó César sombríamente—. No le queda mucho tiempo para soñar.

—¿Te refieres a los planes que tienes con respecto a él?

—Sí, hermana. Oh, me ha enloquecido pensar en ti con ese patán provinciano. Merece morir por haber presumido de poder casarse con mi dulce hermana.

—Pobre Giovanni, se vio obligado a hacerlo.

—Ansías la libertad, queridísima hermana, y como soy el hermano más indulgente del mundo, anhelo darte todo lo que deseas.

—Lo haces, César. Soy feliz cuando estoy contigo.

César había comenzado a recorrer la habitación.

—Nuestro padre y yo no te hemos hablado antes de nuestros planes porque sabemos que eres joven y tierna. Hablabas en favor del más humilde de los esclavos en desgracia y pedías que se evitara su castigo. Pensamos que era posible que nos imploraras por tu esposo. Pero sabemos que anhelas estar libre de él... del mismo modo que anhelamos verte libre.

—¿Qué planeas hacer, César? —preguntó Lucrecia lentamente.

—Eliminarlo.

—Quieres decir... ¿matarlo?

—No te preocupes por la forma en que lo haremos, dulce hermana. Dentro de poco tiempo dejará de preocuparte.

—¿Cuándo te propones hacerlo?

—En los próximos días.

—¿Le pedirías asistir a un banquete... o encontrará a sus asesinos de noche en algún callejón oscuro cerca del Tíber?

—Nuestro pequeño Sforza no carece de amigos —dijo César—. Creo que un banquete le sentaría mejor.

—César, se habla de un veneno que usas, la *cantarella*. ¿Es verdad que ese secreto sólo es conocido por ti y por nuestro padre, y que vosotros podéis no sólo matar a la gente sino decidir el día e incluso la hora de su muerte?

—Tienes un hermano inteligente. Lucrecia. ¿Te hace feliz saber que pone toda su pericia a tu disposición?

—Sé que harías cualquier cosa por mí —le dijo ella. Se acercó a la ventana—. Oh, César —prosiguió— anhelo salir a la calle. Deseo mezclarme con los juerguistas, como lo hicimos anoche. Vayamos a cabalgar a Monte Mario como en los antiguos tiempos. ¿Recuerdas? Salgamos ahora.

César se acercó a ella y posó sus manos sobre sus hombros.

—Deseas sentir el aire en tu rostro —dijo—. Deseas decirte a ti misma: “¡La libertad es uno de los más grandes dones que puede ofrecer la vida, y pronto será mía!”

—Qué bien me conoces —dijo ella—. Ven, salgamos ahora.

Sólo cuando dejaron el palacio pudo respirar libremente. Se sentía asombrada por la habilidad con que había logrado representar su papel.

Minuto por minuto había sentido terror pensando en la posibilidad de que algo revelara la presencia de una tercera persona en el cuarto; y aún más aterrador había sido pensar constantemente: “César, mi amado, mi querido, te estoy traicionando.”

Giacomino se liberó de los cortinados y se dirigió de prisa al apartamento de su amo. Estaba sin aliento y rogó a Giovanni Sforza que lo recibiera en forma privada.

—Mi señor —tartamudeó no bien estuvieron solos—, Madonna Lucrecia me mandó llamar, no sé por qué, a menos que fuera para darme algún mensaje para vos, pero mientras estaba en su apartamento llegó César Borgia y Madonna Lucrecia, temiendo su cólera, me obligó a ocultarme detrás de una pantalla. Allí escuché que él y el Papa están planeando asesinaros.

Los ojos de Sforza se dilataron por el terror.

—Lo sospechaba —dijo.

—Mi señor, no hay un momento que perder. Debemos dejar Roma a toda prisa.

—Tienes razón. Ve y prepara los caballos más fuertes que tengamos. Partiremos enseguida hacia Pesaro. Sólo allí puedo estar seguro contra mis parientes asesinos.

Giacomino obedeció, y menos de una hora después de la conversación que había oído el chambelán entre César y Lucrecia, él y Sforza se alejaban de Roma a todo galope.

## SAN SISTO

El Papa y César se encolerizaron por la fuga de Sforza. En toda Roma ya se susurraba que había huido porque temía la daga o la copa de veneno que los Borgia estaban preparando para él.

—Que no piense que ha escapado —bramó César.

Alejandro demostró serenidad.

—Cálmate, hijo mío —dijo—. Lo único que nos importa es su separación de tu hermana. Tiene sospechas acerca de nuestros sentimientos hacia él. Ahora sería peligroso proseguir las cosas en la forma en que las planeamos. Sólo nos queda un camino. No me gusta. Como hombre de la Iglesia, lo encuentro desagradable. El otro habría sido mucho más conveniente. Me temo, César, que sólo nos queda el divorcio.

—Bien, entonces tratemos de lograrlo lo más pronto posible. He prometido a Lucrecia su libertad y tengo la intención de dársela.

—Entonces estudiemos este asunto del divorcio. Tal como lo veo, hay dos alternativas. En primer lugar, podríamos declarar que el matrimonio no era válido porque Lucrecia nunca había quedado en libertad con respecto a un compromiso anterior con Gasparo di Procida.

—Me temo, padre, que eso sería difícil de probar. Lucrecia quedó liberada de ese compromiso, y habría muchos que podrían aportar pruebas. Si alegáramos ese motivo, Ludovico y Ascanio vendrían en ayuda de su pariente.

—Tienes razón, hijo mío. Eso nos deja la otra alternativa. Pediremos un divorcio sobre la base de que el matrimonio nunca ha sido consumado.

—Pero no es así.

—Querido hijo mío, ¿quién podrá decir que fue consumado? ¿Hay un niño para confirmarlo?

—Es un matrimonio sin hijos, padre, pero con seguridad la consumación se produjo.

—¿Quién lo declarará bajo juramento?

—Sforza. No deseará que se proclame su impotencia al mundo.

—Pero Lucrecia dirá lo que deseamos que diga.

—Sforza protestará, protestará vigorosamente.

—Protestaremos con un vigor igual.

—Esa es la respuesta. Verdaderamente, padre, eres un genio.

—Gracias, hijo mío. ¿Estás comenzando a comprender que sé cómo manejar los asuntos de mi familia y hacer lo mejor para mis hijos?

—Has hecho mucho por Juan —dijo César con un dejo de resentimiento— y ahora veo que harás lo mejor para Lucrecia.

Alejandro dio unas palmadas afectuosas en el hombro de su hijo.

—Manda buscar a esa dulce criatura —dijo—. Hagámosle conocer la alegría que le estamos preparando.

Llegó Lucrecia. Estaba llena de temores, pero como crecía y comenzaba a aprender el arte de la simulación que ellos practicaban de una manera tan experta, logró ocultar de los ojos indagadores su estado de ánimo.

—Mi querida —dijo el Papa abrazándola—, César y yo no pudimos resistir el placer de hacerte venir aquí. Tenemos grandes noticias para ti. Quedarás liberada de Sforza.

—¿De qué manera, padre?

—Habrá un divorcio. No nos gusta el divorcio, pero hay veces en que es necesario. En consecuencia, lo utilizaremos para liberarte de Sforza.

Una sensación de alivio la inundó. Era evidente que habían abandonado sus planes de asesinarlo, y que ella lo había salvado.

Los hombres percibieron este alivio e intercambiaron sonrisas. Su querida Lucrecia les estaría muy agradecida.

—Por desgracia —declaró el Papa— la Iglesia se opone al divorcio, y mis cardenales exigirán una muy buena razón para que lo otorguemos.

—Será un asunto muy simple —agregó César— pues el matrimonio no ha sido consumado.

Lucrecia dijo con rapidez:

—Pero ha sido consumado.

—No, hija mía —la contradijo el Papa— no lo ha sido.

—Padre, hemos compartido la misma cama en incontables ocasiones.

—Compartir una cama no equivale necesariamente a la consumación. Mi querida, dulce e inocente criatura, hay muchas cosas que no conoces. El matrimonio no ha sido consumado.

—Pero, padre, juro que lo ha sido.

El Papa miró con inquietud a su alrededor.

—Todo está bien —susurró César—. Nadie se atrevería a quedar al alcance del oído cuando he dado órdenes de que estén lejos.

—Hija mía —prosiguió el Papa—, la consumación no es lo que tú piensas.

—Sé perfectamente —insistió Lucrecia— que mi matrimonio ha sido consumado.

El Papa le dio unas palmadas en las mejillas.

—Pueden insistir —dijo a César— en examinar a esta criatura. Están llenos de dudas y sospechas.

—Padre, te debo asegurar que yo...

—No temas, hija mía —susurró el Papa—. Esos exámenes ya se han hecho antes. Es tan fácil. La virgen, llega velada por razones de pudor, ¿comprendes? No es necesario que tú misma te sometas. Encontraremos una virgen adecuada, y todo irá bien. Todo lo que tendrás que hacer es declarar bajo juramento ante los juristas y los cardenales de una comisión.

—Padre, no podría prestar ese juramento.

El Papa sonrió.

—Te preocupas demasiado, hija mía. Hay momentos en que nos resulta necesario alejarnos de la verdad, si no por nuestro bien, por la felicidad de otros.

Lucrecia quedó pasmada. Miró sucesivamente a esos dos hombres, a quienes ella amaba más que a nadie en el mundo. Sabía que cualquiera fuera el futuro que el destino le deparara, quería continuar amándolos, sabía que continuarían significando para ella más que nadie, y que estaba ligada a ellos en más formas de las que comprendía. Les pertenecía y ellos a ella; estaba atada a ellos por vínculos de afecto y por un sentimiento de familia que era más fuerte que cualquier otro que hubiera conocido; y sabía que eran simuladores, traicioneros, mentirosos y asesinos.

No pudo soportarlo más. Dijo:

—Padre, te ruego que me permitas retirarme. Necesito examinar el asunto.

La besaron con ternura, y la muchacha los dejó enfrascados en una conversación acerca de sus planes para superar cualquier posible oposición.

En cuanto a Lucrecia, no esperaban ningún problema con ella.

Lucrecia no estaba dispuesta a firmar el monstruoso documento. Era una mentira, una descarada mentira.

Su padre y César discutieron con ella. Debía dejar de lado sus escrúpulos: debía recordar lo que estaba en juego. Su hermano Juan unió sus ruegos a los de César y Alejandro. Era degradante, declaró, que Lucrecia Borgia continuara casada con un hombre como Giovanni Sforza. No cabían dudas de que su familia deseaba liberarla. Era tonto que ella vacilara. ¿Qué significaba la mera firma de un documento?

—Pero es una mentira... una mentira —gritaba Lucrecia.

El Papa fue gentil en sus explicaciones, pero estaba asombrado, según dijo, de que su pequeña —la más amada de todos sus hijos— afligiera tanto a su padre.

—No es tanto la mentira, padre —trató de explicar ella— sino el golpe que eso dará al orgullo de mi esposo. Será tildado de impotente, y sabes qué humillación le causará.

—No debes preocuparte tanto por los otros, hija mía. Quedará libre para casarse de nuevo y demostrar que no lo es.

—Pero ¿quién querrá casarse con un hombre que ha sido declarado incapaz de tener hijos?

—Esto es un poco insensato, hija mía. Firma el documento. Es tan simple. Pon tu nombre aquí... y en poco tiempo todo irá bien.

Pero ella se negó una y otra vez.

Mientras tanto Giovanni Sforza, enfurecido ante los términos en que el Papa se proponía lograr el divorcio, protestó de una manera categórica y vigorosa.

Era mentira que el matrimonio no había sido consumado, declaró. Lo había sido mil veces.

Decidió que había un solo lugar al cual podía dirigirse en busca de ayuda. Se encaminó a toda prisa a Milán para tratar de lograr la ayuda de sus primos, los Sforza. No se habían demostrado muy dispuestos a ayudarlo en el pasado, pero con seguridad una familia debía unirse cuando uno de sus miembros era insultado de esa manera.

Como tenía sus propias preocupaciones, Ludovico no se alegró mucho de ver a su primo. Podía ocurrir que los franceses regresaran a Italia, y en tal caso Milán sería uno de sus primeros objetivos. En tales circunstancias, Ludovico necesitaría la ayuda de Alejandro; ¿y qué ayuda podría esperar si se oponía al Papa en este asunto? Era evidente que Ludovico podía ofrecer escasa ayuda al pobre Giovanni Sforza.

—Mi querido primo —dijo Ludovico—, ¿por qué no aceptas el divorcio? Pasará pronto, y asunto terminado.

—¿No entiendes esta monstruosa sugerencia?

—Observo que el Papa te permitirá retener la dote de Lucrecia si estás de acuerdo. También dice que podrás disfrutar de su buena voluntad.

—¡Dote! ¡Buena voluntad! ¡Y debo obtenerlas permitiendo que difundan en todas partes que soy un impotente!

—Es una hermosa dote, y la buena voluntad papal no es algo que se pueda despreciar.

—Primo, te pregunto esto: si se hubiera arrojado semejante calumnia contra tu dignidad, ¿de qué manera actuarías?

Ludovico reflexionó durante algunos instantes, y luego dijo:

—Bien, Giovanni, primo mío, existe una forma en que podrías demostrar que los alegatos de los Borgia son falsos.

—¿De qué manera? —preguntó Giovanni ansiosamente.

—Pruébalo sin ninguna duda en presencia de nuestro embajador y del legado papal. Lucrecia podría venir al castillo de Nepi, y allí podrías demostrarnos públicamente que eres capaz de ser un buen esposo.

Giovanni se alejó horrorizado de su primo ante esta sugerencia.

—Pero, mi querido primo —dijo Ludovico suavemente—, eso ya se ha hecho antes. Y si Lucrecia se niega a venir, podríamos lograr que asistieran varias cortesanas. Podrías hacer tu elección, y te puedo asegurar que nuestras mujeres milanesas son tan deseables como cualquiera de Roma.

—Sería del todo imposible.

—Yo he hecho la sugerencia —dijo Ludovico, encogiéndose de hombros—. Si te niegas a tenerla en cuenta, la gente extraerá sus propias conclusiones.

—Me niego a convertirme en un espectáculo público.

—Me parece que es la única forma de contestar esta acusación.

—¡En presencia del embajador milanés y del legado papal! —gritó el ultrajado Giovanni—. ¿Y quién es el legado papal? Otro Juan Borgia, un sobrino de Su Santidad. No dudo de que a pesar de cualquier cosa que yo haga en su presencia, declarará que soy impotente. ¡Es otro ejemplo del incesante nepotismo del Papa! ¡Y el embajador milanés! Sin duda alguna se lo sobornaría para que hablara contra mí, o se lo amenazaría si se negara.

Ludovico observó a su pariente con tristeza, pero no podía brindarle ningún otro consejo. Giovanni Sforza era un hombre desafortunado: había suscitado el desprecio y la aversión de los Borgia. Además, era un insensato, porque los Borgia se querían desembarazar de él y les estaba dificultando las cosas.

Lucrecia sabía que debía firmar. Ya no podía resistir más contra ellos. Cada día la visitaban o se la convocaba a la presencia del Papa. Todos le aseguraban que debía firmar. Estaba su padre, benevolente todavía, pero dando algunas débiles señales de perder la paciencia; César, que se iba encolerizando con ella de vez en cuando, como nunca lo había hecho antes; Juan, que le decía que era una estúpida muchachita que no sabía lo que le convenía.

Lucrecia no sabía dónde estaba su esposo. Al comienzo había pensado en irse de Roma furtivamente y huir a Pesaro, pero cuando le relataron las cosas crueles que Giovanni había dicho de ella ya no deseó hacerlo; pues Giovanni Sforza, humillado y encolerizado, había declarado que el Papa estaba ansioso de obtener un divorcio porque deseaba que su hija viviera en su círculo más cercano, para poder tomar el lugar de su esposo.

Era la primera vez que Lucrecia escuchaba ese horrible rumor con respecto a ella y eso la alejó del hombre que era capaz de difundirlo.

Nunca se había sentido tan sola como en ese momento. Añoraba tener a alguien como Julia en quien confiar, pero ahora no la veía nunca; Sanchia estaba demasiado sumergida en sus propios asuntos y en la batalla que estaba engendrando entre César y Juan por sus favores.

Y de este modo llegó el día en que firmó el documento que habían preparado para ella, en que declaraba que, a causa de la impotencia de su esposo, aún era virgo intacta.

Hubo hilaridad en Roma.

Un miembro de la familia más célebre de Europa había declarado su inocencia. Era el mejor chiste que se había escuchado en las calles durante

muchos años.

Aun los sirvientes, entre ellos, no podían contener risas maliciosas. Habían presenciado la apasionada rivalidad de los hermanos por el afecto de Lucrecia; la habían visto abrazada por el Papa. Y eran muchos los que podían declarar bajo juramento que Giovanni Sforza y Lucrecia habían vivido como marido y mujer.

Desde luego, no lo hicieron. No deseaban ser llevadas a algún calabozo oscuro y ser liberados sin sus lenguas. No les interesaba arriesgarse a ser detenidos en alguna noche sombría, embolsados y arrojados al río. No tenían deseos de beber cierto vino y pasar así a la eternidad.

Pero en esa época Lucrecia era una de las personas más infelices de Roma. Estaba llena de vergüenza por lo que había hecho, y sentía que ya no podía soportar la rutina diaria de su vida.

Pensaba con ansia en aquellos días de su infancia en que había vivido tan feliz con las religiosas de San Sisto, y todo, entre los muros del convento, había parecido ofrecerle paz. Por eso, poco tiempo después de haber firmado ese documento, abandonó su palacio y se dirigió al convento de San Sisto.

Allí pidió que la llevaran a la presencia de la Superiora, y cuando acudió la hermana Girolama Pichi, cayó de rodillas y gritó:

—Oh, hermana Girolama, te ruego que me des refugio entre estos muros tranquilos, pues me siento profundamente oprimida y necesito el consuelo que me puede brindar este lugar.

La hermana Girolama, reconociendo a la hija del Papa, la abrazó cálidamente y le dijo que el convento de San Sisto sería su hogar mientras ella descara que lo fuera.

Lucrecia pidió ver a sus antiguas amigas, la hermana Cherubina y la hermana Speranza, que hacía mucho tiempo le habían impartido enseñanza religiosa. La Superiora mandó llamarlas y cuando Lucrecia las vio, lloró de nuevo, y la hermana Girolama le dijo que llevaran a Lucrecia a una celda donde pudiera orar y que podían quedarse con ella hasta tanto necesitara de su consuelo.

Cuando descubrió que Lucrecia había ido al convento, César se encolerizó, pero el Papa lo calmó y le pidió que no permitiera que nadie percibiera su preocupación ante ese paso inesperado.

—Si alguien supiera que ha huido de nosotros preguntaría el motivo —dijo el Papa— y habría muchos que se preguntarían si puso su nombre en nuestro documento de buena gana.

—Bastante pronto sabrán que ha huido de nosotros a las monjas en busca de refugio.

—Eso no debe ser. Hoy enviaré hombres de armas para traerla de vuelta.

—¿Y si no volviera?

—Lucrecia obedecerá mis deseos. —El Papa sonrió con expresión lúgubre—. Además, las religiosas de San Sisto no desearán provocar el desagrado papal.

Los hombres de armas fueron despachados. Lucrecia estaba con cuatro de las religiosas cuando los escuchó llegar al portal del convento.

Volvió sobresaltada sus ojos a sus compañeras y hubiera deseado ser una de ellas, serena y muy alejada de toda preocupación. “Oh”, pensó, “¿qué no daría yo por cambiar mi lugar con Serafina, Cherubina o Speranza?”

La Superiora vino a ella y le dijo:

—Hay hombres del séquito del Papa abajo. Han venido para llevarte de vuelta, Madonna Lucrecia.

—Santa madre —dijo Lucrecia, cayendo de rodillas y hundiendo su rostro en el voluminoso hábito negro—, os ruego que no dejéis que me lleven.

—Hija mía, ¿es tu deseo renunciar a todas las cosas mundanales y permanecer aquí con nosotras durante todos los días de tu vida?

Los hermosos ojos de Lucrecia se llenaron de perplejidad.

—No lo permitirán, santa madre —dijo—; pero permitidme quedar aquí durante un cierto tiempo. Os ruego que me lo permitáis. Estoy asustada de lo que ocurre afuera. Aquí encuentro soledad, y puedo orar, como no puedo hacerlo en mi palacio. Aquí en mi celda, estoy sola con Dios. Así es como me siento, y creo que si me dais refugio durante un poco más de tiempo sabré si debo abandonar todo lo que se encuentra fuera de estos muros y transformarme en una de vosotras. Santa madre, os imploro, dadme ese refugio.

—No lo negaríamos a nadie —dijo Girolama.

Una de las religiosas vino presurosa para informarles que los hombres estaban en el portal, pidiendo ver a la Superiora.

—Son soldados, santa madre. Están fuertemente armados y tienen un fiero aspecto.

—Han venido por mí —dijo Lucrecia—, Santa madre, no dejéis que me lleven.

La Superiora fue valientemente al portal y enfrentó a los soldados, quienes le dijeron que tenían prisa, y que habían venido, por orden de Su Santidad, a llevar a Madonna Lucrecia con ellos.

—Ha buscado refugio aquí —dijo la priora.

—Ahora escuchad, santa madre: ésta es una orden del Papa.

—Lo lamento. Es una regla de esta casa que no se niega a nadie el refugio que pide.

—No se trata de una visitante ordinaria. ¿Seríais vos tan insensata como para ofender a Su Santidad? El Papa Borgia y sus hijos no gustan de quienes se les oponen.

Los soldados deseaban ser amables: estaban advirtiendo a la Superiora que si se consideraba una mujer juiciosa, accedería al requerimiento del Papa. Pero si Girolama Pichi no era una mujer juiciosa, era una mujer valiente.

—Vosotros no podéis entrar en mi casa —dijo—. Si lo hacéis cometeréis un acto de profanación.

Los soldados bajaron los ojos; no deseaban profanar un santo convento, pero al mismo tiempo tenían sus órdenes.

Girolama los enfrentó de una manera resuelta.

—Volved a Su Santidad —les dijo—. Decidle que mientras su hija desee refugio, se lo daré, aunque Su Santidad me ordene entregarla.

Los hombres de armas se alejaron desconcertados por el coraje de la mujer.

En el Vaticano, el Papa y sus dos hijos se irritaron, llenos de una fría cólera.

Sabían que en las calles se murmuraba que Madonna Lucrecia había entrado en un convento, y que el motivo era que su familia estaba intentando obligarla a hacer algo contra su voluntad.

Alejandro arribó a una de sus rápidas y brillantes decisiones.

—Dejaremos a vuestra hermana en su convento —dijo— y no haremos más intentos de hacerla salir de allí. Provocan murmuraciones y escándalos, y hasta que se haya completado el divorcio deseamos evitarlos. Haremos saber que Madonna Lucrecia ha sido enviada a San Sisto por nosotros, pues nuestro deseo es que viva en un calmo retiro hasta que esté libre de Giovanni Sforza.

De este modo, Lucrecia fue dejada en paz; pero mientras tanto el Papa y sus hermanos redoblaron sus esfuerzos para obtener el divorcio.

Ahora la vida de Lucrecia era regulada por las campanas de San Sisto y se sentía feliz en el convento, donde era tratada como una huésped muy especial.

Nadie le traía noticias, para que no supiera que los romanos continuaban mofándose de lo que llamaban la farsa del divorcio. Nunca había tenido plena conciencia de los rumores escandalosos que habían circulado acerca de ella misma y de su familia, y no sabía que ahora se estaban escribiendo en las paredes versos y epigramas.

Alejandro continuó serenamente su vida diaria, haciendo caso omiso de las insinuaciones. Su único objetivo consistía en lograr el divorcio tan pronto como fuera posible.

Estaba en comunicación constante con el convento, pero no hizo ningún intento de persuadir a su hija de que dejara su santuario. Permitted que circulara el rumor de que ella se proponía tomar los velos, comprendiendo que la imagen de una Lucrecia piadosa era la mejor respuesta a todas las torpezas que se estaban diciendo de ella.

Seleccionó a un miembro de su casa papal para que le llevara cartas a su hija y, como planeaba que después del divorcio la enviaría a España durante un cierto tiempo en compañía de su hermano, el duque de Gandia, escogió

como mensajero a un joven español que era su chambelán favorito.

Pedro Caldés era joven, apuesto y ansiaba servir al Papa. Su nacionalidad española lo favorecía, pues Alejandro era particularmente cortés con los españoles; el encanto de sus modales deleitaba al Papa, quien deseaba que Lucrecia no se enamorara demasiado de las religiosas y de su forma de vivir.

—Hijo mío —dijo Alejandro a su apuesto chambelán—, llevarás esta carta a mi hija y se la entregarás personalmente. Ahora que la Superiora sabe que mi hija está en el convento de San Sisto con mi consentimiento, se te permitirá verla. —Alejandro sonrió en forma encantadora—. No debes ser simplemente un mensajero; deseo que lo sepas. Hablarás a mi hija de las glorias de tu tierra natal. Quiero que le inspires el deseo de visitar España.

—Haré todo lo que esté a mi alcance, Muy Santo Señor.

—Sé que lo harás. Averigua si está llevando la vida de una religiosa. No quiero que mi pequeña hija viva de una manera tan rigurosa. Pregúntale si le gustaría que le envíe una compañera, alguna muchacha encantadora de su propia edad. Bríndale la seguridad de mi constante amor y dile que está siempre en mis pensamientos. Ahora ve, y cuando vuelvas ven aquí y dime cómo la encuentras.

Pedro partió para el convento, decidido a convertir su misión en un éxito. Estaba encantado; a menudo había visto a Madonna Lucrecia y la había admirado mucho. Era la más hermosa de todas las mujeres, según pensaba, y prefería su serena juventud a la belleza más audaz de Madonna Julia; en cuanto a la princesa de Squillace, no era en absoluto de su gusto, pues no era más que una descarada cortesana. A Pedro le parecía que en comparación con esas mujeres, Lucrecia era maravillosa.

Se detuvo ante el convento, al pie del Aventino, y contempló el edificio. Entonces sintió que era un momento decisivo de su vida; se le presentaba la posibilidad de lograr la amistad de Lucrecia, posibilidad que nunca había creído poder tener.

Se le permitió entrar, y las religiosas que pasaron a su lado apuraron el paso con ojos bajos, mirando a duras penas al extranjero. Se lo llevó a un pequeño cuarto. ¡Qué tranquilo era!

Miró a su alrededor observando el piso de piedra y las desnudas paredes en las cuales sólo había un crucifijo. El mobiliaje de la habitación consistía en un tosco banco y en algunos taburetes. Afuera, el sol brillante parecía estar muy lejos, pues hacía mucho frío detrás de esos gruesos muros.

Y de pronto llegó Lucrecia. Llevaba un largo vestido negro, como el que usaban las religiosas, pero su cabeza no estaba cubierta, y su pelo rubio caía sobre sus hombros. Era simbólico, pensó Pedro. La exhibición de toda esa belleza dorada significaba que aún no había decidido tomar los velos. En el momento en que ella lo decidiera, él lo sabría, no se le permitiría ver su pelo rubio.

Se inclinó; ella le tendió la mano y Pedro la besó.

—Me envía el Santo Padre —dijo él.

—¿Traéis cartas?

—Sí, Madonna. Y espero llevarle una respuesta.

—Sois bienvenido.

Pedro observó con cuánta ansiedad ella tomó las cartas. Vaciló, y luego dijo:

—Madonna, Su Santidad desea que me quede un poco aquí a conversar con vos, para que podáis preguntarme noticias del Vaticano.

—Es amable de vuestra parte —dijo Lucrecia con una deslumbrante sonrisa—. Os ruego que os sentéis. Os ofrecería algún refresco, pero...

Él levantó la mano.

—No quiero nada, Madonna. Y no podría sentarme en vuestra presencia a menos que lo hicierais en primer término.

Ella rió y se sentó, enfrentándolo. Había posado las cartas sobre el banco, pero mantuvo sus manos sobre ellas, como si sus dedos anhelaran abrirlas.

—Decidme vuestro nombre —dijo.

—Pedro Caldés.

—Os he visto a menudo. Sois uno de los chambelanes de mi padre, y venís de España.

—Me siento honrado de haber sido observado por la señora Lucrecia.

—Observo a quienes sirven bien a mi padre.

El joven se sonrojó de placer.

—Es un doble deleite para mí estar aquí —dijo—, pues no sólo Su Santidad me ha confiado esta misión, sino que es la más placentera que he emprendido hasta ahora.

Lucrecia rió súbitamente.

—Me complace escuchar de nuevo un cumplido.

—Hay rumores que han perturbado sumamente a vuestro eminente padre, Madonna. Algunos dan a entender que vuestra intención es permanecer aquí por el resto de vuestra vida. —Ella estaba silenciosa, y había alarma en los ojos de Pedro cuando prosiguió—: Madonna Lucrecia, ¡eso sería erróneo... erróneo!

Se detuvo, esperando ser despedido por su insolencia, pero la expresión de Lucrecia no tenía nada de arrogante. Sonrió simplemente y le dijo:

—Pensáis que sería erróneo. Decidme por qué.

—Porque sois demasiado hermosa —dijo él.

Ella rió con placer.

—Hay algunas religiosas que son hermosas.

—Pero deberíais estar embelleciendo la corte de vuestro padre. No deberíais ocultar vuestra belleza en un convento.

—¿Mi padre os pidió que me dijerais eso?

—No, pero se sentiría profundamente herido si tomarais esta decisión.

—Es agradable hablar con alguien que se preocupa por lo que hago.

Mirad, yo vine aquí en busca de refugio y lo encontré. Deseaba aislarme de... tantas cosas. No lamento haber venido aquí, donde está la querida hermana Girolama.

—Fue un refugio agradable, Madonna, pero de carácter transitorio. ¿Puedo decir a Su Santidad que esperáis el momento en que os reuniréis con vuestra familia?

—No, no creo que podáis hacerlo. Aún estoy indecisa. Hay momentos en que la paz de este lugar me subyuga, y pienso en lo hermoso que es levantarse temprano por la mañana y esperar que las campanas me digan lo que debo hacer. Aquí la vida es simple y a veces anhelo vivir una vida así.

—Perdonadme, Madonna, pero negaríais vuestro destino si os quedarais aquí.

—Habladme de otras cosas, no de mí. Estoy cansada de mis problemas. ¿Cómo le va a mi padre?

—Se siente solo porque no estáis con él.

—Yo también lo extraño. Deseo con ansias recibir sus cartas.

Ella las miró.

—¿Desearíais que os dejara sola para que podáis leerlas con tranquilidad?

Lucrecia vaciló.

—No —dijo—. Las guardaré. Las leeré cuando os hayáis ido. ¿Cómo están mis hermanos?

Pedro vaciló de nuevo.

—Todo está igual que cuando vos lo dejasteis.

Ella asintió con tristeza, pensando en ellos y en su pasión por Sanchia, que se había convertido en otro motivo para acentuar su odio mutuo.

—¿Volveréis a España algún día?

—Así lo espero, Madonna.

—¿Sentís nostalgias de vuestro hogar?

—Como debe ocurrir a todos los que pertenecen a España y se alejan.

—Me imagino que sentiría lo mismo si me viera obligada a dejar Italia.

—Amaríais mi país, Madonna.

—Háblame de él.

—¿De qué debo hablaros? ¿De Toledo, que está sentada sobre una herradura de granito, del Tajo y de las poderosas montañas que lo rodean? ¿De Sevilla, en donde las rosas florecen durante todo el invierno, de los hermosos bosquecillos de olivos, del vino que hacen allí? Se dice, Madonna, que aquéllos a quienes Dios ama viven en Sevilla. Me gustaría mostraros los palacios moriscos, las callejuelas angostas; y en ningún lugar los naranjos y las palmeras crecen tan lujuriantes como lo hacen en Sevilla.

—Sois un poeta, según veo.

—Estoy inspirado.

—¿Por nuestro hermoso país?

—No, Madonna. Por vos.

Lucrecia sonreía. Era inútil fingir que no disfrutaba de la compañía del joven, que no se sentía reanimada por este hálito del mundo exterior; se sentía como si hubiese dormido profundamente durante mucho tiempo, porque lo necesitaba, pero que ahora la vida se agitaba a su alrededor, y ella necesitaba despertar.

—Anhelo ver vuestro país.

—Su Santidad dio a entender que cuando el duque de Gandia vuelva a España, podría llevaros con él.

¡A España! ¡Escapar de las murmuraciones, de la vergüenza del divorcio! Parecía una perspectiva agradable.

—Me gustaría... durante un cierto tiempo.

—Sería durante un cierto tiempo, Madonna. Su Santidad no permitiría nunca que os alejarais durante mucho tiempo de su lado.

—Lo sé.

—Y tanta solicitud siente por vuestra felicidad que cuando piensa en vos aquí, se preocupa. Pregunta: “¿Es dura su cama? ¿Encuentra desabrida la comida? ¿La fastidian las rejas del convento?” Y se pregunta quién os peina y os lava el cabello. Dice que le gustaría enviaros una compañera, alguien a quien elegiría para vos. Sería joven y una amiga, así como una servidora. Me pide que le hagáis saber si os gustaría que hiciera eso.

Lucrecia vaciló. Luego dijo:

—Os ruego que le transmitáis mi profunda devoción. Decidle que el amor que siento por mí no es más profundo que el que yo siento por él. Decidle que ruego cada noche y cada mañana para poder ser digna de su consideración. Y decidle también que soy feliz aquí, pero que he disfrutado de vuestra visita y espero recibir a alguien que él me envíe para ser mi servidora y compañera.

—Y ahora, Madonna, ¿deseáis que me retire y os deje con vuestras cartas?

—¡Qué amable sois! —dijo ella—. ¡Qué atento!

Le extendió la mano y él la besó.

Sus labios se detuvieron en la mano de Lucrecia y ella se sintió complacida de que así fuera. Las religiosas eran sus buenas amigas, pero Lucrecia florecía cuando se sentía admirada.

Aún estaba a salvo en su refugio, pero había disfrutado de esa brisa de viento proveniente del mundo exterior.

El Papa mandó llamar a la muchacha a quien había elegido para ser la compañera de Lucrecia en el convento de San Sisto.

Era encantadora, muy bonita y pequeña, con brillantes ojos negros y una preciosa figura. Alejandro la había encontrado deliciosa cuando la viera por primera vez. Todavía la consideraba así, pero en ese momento prefería cierto cabello rojizo, como el de su amante de turno.

Le extendió los brazos cuando la muchacha se acercó.

—Pantisilea —le dijo—, mi querida criatura, tengo una misión para ti.

Pantisilea bajó sus ojos maravillosos y esperó. Temía que el Santo Padre la despidiera. Lo había temido durante un cierto tiempo. Sabía que su relación no continuaría indefinidamente; las aventuras amorosas del Papa eran efímeras, y aun la que había tenido con Julia Farnese no había durado para siempre.

Pantisilea había soñado otra cosa. ¿Quién, en su lugar, no lo habría hecho? Se había visto como una dama de fortuna, al igual que Vannoza Cattanei o Julia Farnese.

Ahora estaba comenzando a comprender que había sido elegida ligeramente para darle placer durante una hora aburrida o dos.

—Estás temblando, mi niña —dijo Alejandro amablemente.

—Santo Señor, es por el terror de ser enviada lejos de vos.

Alejandro sonrió con cortesía. Siempre era cortés con las mujeres. Acarició distraídamente los rizos oscuros; pensaba en su amante pelirroja.

—No te alejarás mucho de nosotros, mi querida, y cuando sepas para qué misión te he seleccionado, te alegrarás, sabiendo que yo he confiado esta tarea no sólo a alguien que amo sino también a alguien a quien respeto y en quien confío.

—Sí, Santidad.

—Vas a ir al convento de San Sisto, para atender allí a mi hija Lucrecia.

El alivio de Pantisilea fue evidente. La señora Lucrecia era un ama gentil y todos los que la servían se consideraban afortunados de hacerlo.

—Muy bien —dijo el Papa—. Estás encantada, porque comprendes el honor que te hago.

—Sí, Santidad.

—Debes prepararte para partir hoy. Mi hija está sola, y quiero que la consueles y seas su amiga. —Pellizcó con ternura la suave mejilla de la muchacha—. Y al mismo tiempo, mi dulce niña, le harás saber constantemente cuán apenado está su padre por no tenerla con él. Le lavarás el cabello y llevarás contigo algunas de sus ropas y joyas más finas. La persuadirás para que las use. Pantisilea, mi querida, se dice que mi hija desea hacerse monja. Sé que son tan sólo habladerías; pero mi hija es joven e impresionable. Tu tarea consistirá en recordarle todas las alegrías que existen fuera de los muros de un convento. ¡Las charlas entre las muchachas, los chismes, los hermosos vestidos! Mi Lucrecia amaba todo eso. Debes tratar, hija mía, de que no pierda ese amor. Cuanto más pronto me la traigas de vuelta de ese lugar, tanto mayor será tu recompensa.

—Santo Padre, mi ambición consiste en servirlos.

—Eres una buena criatura. Además, hermosa.

El Papa la tomó entre sus brazos, en un abrazo de despedida en que se mezclaban la aprobación y la pasión.

Lucrecia estaba dispuesta a encariñarse mucho con Pantisilea. Se sentía

excitada por tener a alguien que reía fácilmente, y disfrutaba de los chismes. Serafina y las otras eran demasiado sobrias, pues creían que había algo pecaminoso en la risa.

Pantisilea abrió los baúles y mostró a Lucrecia los vestidos que había traído con ella.

—Estos os sientan mucho más que ese hábito negro, Madonna.

—Yo no tengo ánimos de usarlos en este lugar tranquilo —explicó Lucrecia—. Aquí parecerían inadecuados.

Pantisilea pareció sentirse profundamente decepcionada.

—¡Y vuestro cabello, Madonna! —insistió—. No es tan rubio como solía ser.

Lucrecia pareció sentirse ligeramente alarmada. Era pecaminoso ocuparse de asuntos mundanales, tales como el adorno de su persona, según le habían dicho las hermanas; y había tratado de no lamentar que su cabello quedara sin lavar.

Explicó a Pantisilea que las hermanas no aprobaban que ella se lavara el pelo con tanta frecuencia como había sido su costumbre. La habrían acusado de vanidad.

—Madonna —dijo Pantisilea con malicia—, no tienen un cabello dorado como el vuestro. Os ruego que me dejéis lavarlo, tan sólo para recordaros cómo brillaba.

¿Qué daño había en que le lavaran el pelo? Lucrecia permitió a Pantisilea que lo hiciera.

Cuando estuvo seco, Pantisilea rió con placer, tomó entre sus manos algunos mechones y exclamó:

—Pero mirad, Madonna, de nuevo es oro puro. Del color del oro de vuestro vestido de brocado verde y oro. Madonna, tengo el vestido aquí. Ponéoslo.

Lucrecia sonrió a la muchacha.

—Para complacerte, pequeña Pantisilea.

De ese modo se puso su vestido verde y oro, y mientras Lucrecia estaba parada con el pelo dorado suelto sobre sus hombros, una de las religiosas acudió para decirle que Pedro Caldés había llegado al convento con cartas del Papa.

Lucrecia lo recibió en el cuarto frío y desnudo.

Él la contempló, y ella advirtió que lentamente el rubor se extendía desde el cuello del joven hasta las raíces de su pelo. Había perdido el habla y tan sólo podía mirarla.

Ella le dijo:

—¿Qué ocurre, Pedro Caldés?

Él tartamudeó:

—Madonna, me parece estar en presencia de una diosa.

Era muy agradable usar de nuevo hermosos vestidos y percibir la admiración de ese joven. Era apuesto y ella había estado demasiado tiempo

sin sentirse admirada.

Después de esa visita, no volvió a usar su hábito negro, y su pelo relucía siempre como el oro.

No podía estar nunca segura del momento en que Pedro la visitaría trayéndole mensajes de su familia; y estaba decidida a presentarse siempre ante ese joven que tanto la admiraba con su mejor aspecto.

Pantisilea era una compañera divertida, y Lucrecia se preguntaba cómo había podido tolerar los largos días antes de la llegada de esta alegre muchacha.

Se sentaban juntas en cuartos que les habían sido asignados y trabajaban en una obra de brocado, aunque Pantisilea prefería cantar acompañada por el laúd de Lucrecia. Pantisilea había traído el laúd con ella; también había hecho traer algunos tapizados, que había colgado en las desnudas paredes, de tal modo que el cuarto ya no se parecía a una celda. Hablaba continuamente del mundo exterior. Era entretenida y algo indiscreta; y tal vez, según pensaba Lucrecia, eso era lo que hacía tan excitante su compañía; ahora sentía que cuando iba a dormir, lo hacía en el mundo de las hermanas, amables pero sombrías.

Pantisilea, que fingía estar escandalizada, chismorreaba acerca de la cólera de César contra su hermano e informó a Lucrecia de que Sanchia era la amante de ambos, en forma alternada. En la corte papal no se había visto nunca alguien como Sanchia. Los hermanos la visitaban abiertamente, y toda Roma sabía que eran sus amantes. Además, allí estaba el pequeño Goffredo, encantado de que su esposa causara tantas controversias, y que ayudaba a su hermano César a prevalecer sobre su hermano Juan.

También le habló de una preciosa muchacha de Ferrara que estaba comprometida.

—Su señoría, el duque de Gandia, fijó sus ojos en ella y la codició mucho —dijo Pantisilea— pero su padre estaba decidido a casarla, pues se trataba de un buen pretendiente. Ella tenía una gran dote y eso, junto con su belleza, era irresistible. Pero el duque de Gandia estaba decidido a convertirla en su amante. Todo esto es muy secreto, Madonna, pero ahora el casamiento ha sido postergado, y algunos dicen que la compañera enmascarada que se ve a menudo con el duque de Gandia es esa dama.

—Mis hermanos son parecidos, en el sentido de que están decididos a lograr lo que quieren.

—Así es, por cierto, y hay muchas murmuraciones en toda Roma respecto al misterioso asunto amoroso del duque.

—¿Y la enmascarada es esa muchacha?

—Nadie puede estar seguro. Lo único que se sabe es que en compañía del duque de Gandia hay invariablemente una persona enmascarada. Cabalgan

juntos, a veces con esa otra persona montada a la grupa. Los vestidos que usa la compañera del duque lo ocultan todo, de tal modo que es imposible saber si es un hombre o una mujer.

—¿Quién como Juan para llamar la atención sobre sí? ¿Y mi hermano César? ¿Tiene una amante enmascarada?

—No, mi señora. El señor cardenal no ha sido visto en ninguna parte, salvo en las ceremonias eclesiásticas. Se dice que ya no le interesa Madonna Sanchia y que a causa de esto se ha restaurado la armonía entre los dos hermanos.

—Espero que así sea.

—Han sido vistos caminando juntos, con los brazos unidos, como verdaderos amigos.

—Me hace bien oír esto.

—Madonna, ¿qué pensáis poneros? El terciopelo verde con encajes rosados sienta bien a vuestra belleza.

—Estoy bien como estoy.

—Madonna, ¿que ocurriría si Pedro Caldés viniera?

—¿Qué ocurriría?

—Sería estupendo para él veros con el terciopelo verde y los encajes rosados.

—¿Por qué?

Pantisilea soltó su alegre risa.

—Madonna, Pedro Caldés os ama. El amor está en sus ojos para cualquiera que se preocupe por verlo, pero tal vez no para cualquiera. No para la hermana Cherubina. —Pantisilea hizo una mueca imitando a la buena hermana—. No, ella no reconocería los signos. Pero yo los reconozco. Sé que Pedro Caldés está enamorado de vos. Madonna, en forma apasionada pero sin esperanzas.

—¡Qué disparates dices! —dijo Lucrecia.

Estaba enamorado de ella.

Lucrecia sabía que Pantisilea tenía razón. Lo advertía en cada uno de sus gestos, en el tono mismo de su voz. ¡Pobre Pedro Caldés! ¿Qué esperanza había para él?

Pero esperaba sus visitas, y tomaba tanto interés en su aspecto como antes.

La alegre criada era una intrigante. Frívola y sentimental, le parecía inevitable que Lucrecia se entregara a una aventura amorosa. Hablaba continuamente de Pedro, de su hermoso aspecto, de sus modales cortesanos.

—¡Qué tragedia sería si el Santo Padre decidiera emplear a otro mensajero! —gritó.

Lucrecia rió.

Creo que estás enamorada de ese joven.

—Lo estaría, si sirviera para algo —declaró Pantisilea—. Pero su amor es para una y sólo para una.

Lucrecia disfrutaba de esas conversaciones. Se excitaba tanto como Pantisilea al hablar de Pedro. En su pequeña habitación, que se estaba convirtiendo cada vez más en un pequeño cuarto de palacio, se sentaban juntas, charlando y riendo. Cuando Lucrecia escuchaba las campanadas, cuando miraba por la ventana y veía a las religiosas yendo a la capilla, y cuando las escuchaba cantar las Completas, el último servicio del día, a veces se despertaba de sus ensueños con una sensación de culpa. Sin embargo, la atmósfera santificada del convento hacía aún más excitantes las visitas de Pedro.

Un día, cuando fue al cuarto frío y desnudo para recibirlo, observó que estaba callado, y le preguntó si le había pasado algo que lo hubiera entristecido.

—Madonna —dijo él con seriedad—, estoy triste por cierto, tan triste que temo no poder ser feliz nunca.

—¿Os ha pasado algo muy trágico, Pedro?

—La cosa más trágica que me podía haber pasado.

Ella estaba a su lado, tocando su manga con dedos gentiles y tiernos.

—Podrías decirme de qué se trata, Pedro. Sabéis que haría todo lo que estuviera a mi alcance para ayudaros.

Pedro miró la mano de ella, apoyada sobre su manga, y de pronto tomó esa mano y la cubrió de besos; luego cayó sobre las rodillas y ocultó su rostro contra los pliegues de su falda.

—Pedro —dijo ella suavemente—. Debéis hablarme de esta cosa tan trágica.

—No puedo venir más aquí —dijo él.

—¡Pedro! Os habéis cansado de estas visitas. Habéis pedido a mi padre que envíe a otro en vuestro lugar.

Había reproche en su voz, y él se levantó de un salto. Lucrecia observó el brillo de sus ojos y su corazón dio un vuelco, lleno de regocijo.

—¡Cansado! —gritó él—. Estas visitas lo son todo para mí.

—Entonces, Pedro...

Él había apartado sus ojos.

—No puedo miraros. Madonna —murmuró—. No me atrevo. Pediré a Su Santidad que me reemplace. No me atrevo a volver.

—¿Y vuestra tragedia, Pedro?

—Madonna, es que os amo... ¡que los santos me protejan!

—¿Y eso os pone triste? Lo siento, Pedro.

Pedro se volvió hacia ella, con los ojos encendidos.

—¿Cómo podría no estar triste? Veros como os veo... saber que un día llegará la orden y volveréis al Vaticano; y cuando estéis allí, no me atreveré a hablaros.

—Si volviera a mi palacio, eso no significaría nada para nuestra amistad, Pedro. Continuaría pidiéndoos que vinierais y me vierais, para entretenerme con vuestra conversación y los relatos de vuestro hermoso país.

—Madonna, es imposible. Os imploro permiso para partir.

—Os lo concedo, Pedro —dijo ella—. Pero... espero que continuéis visitándome, porque me sentiría muy infeliz si viniera cualquier otro en vuestro lugar.

Pedro se arrodilló y tomándole las manos, las cubrió de besos.

Ella lo miró sonriente, y observó con placer su hermoso pelo negro.

—Oh, sí, Pedro —dijo ella—. Me sentiría muy infeliz si dejarais de visitarme. Insisto en que continuéis haciéndolo. Lo ordeno.

Pedro se levantó.

—Mi señora es amable —murmuró. Luego la miró con un deseo en los ojos que la cautivó—. Yo... no me atrevo a continuar aquí —dijo.

Se retiró, y después de su partida ella se asombró de que en ese convento de San Sisto hubiera vivido algunas de las horas más felices de su vida.

César se dirigió a caballo a la casa de su madre para hacerle una de sus frecuentes visitas. Estaba reflexivo, y quienes lo rodeaban habían observado que últimamente había en su porte una cierta melancólica quietud.

Había dejado de cortejar a Sanchia; había dejado de entristecerse por el retiro voluntario de su hermana al convento; y se había vuelto muy cordial hacia su hermano Juan.

Cuando Vannozza vio que su hijo se acercaba, batió palmas vigorosamente y varias de sus esclavas acudieron a su llamado.

—Vino, refrescos —gritó Vannozza—. Veo a mi hijo, el cardenal, que se acerca. Carlo —dijo, dirigiéndose a su esposo—, ven con rapidez y saluda a mi señor cardenal.

Carlo acudió prestamente a su lado. Estaba muy satisfecho de su suerte, pues se había casado con la ex amante del Papa, con la madre de sus hijos. Por tal motivo había recibido muchos privilegios, y se sentía agradecido. Demostraba su gratitud con su profundo respeto hacia el Papa y hacia los hijos de éste.

César abrazó a su madre y al marido de ésta.

—Bienvenido, bienvenido, queridísimo hijo —dijo Vannozza con lágrimas de orgullo en los ojos. Nunca dejaba de asombrarla que esos espléndidos hijos que tenía visitaran a su humilde madre. Toda su adoración resplandecía en sus ojos, y César la amaba por esa adoración.

—Mi madre —murmuró César.

Carlo declaró:

—Es un gran día para nosotros cuando mi señor cardenal honra nuestra casa.

César fue afable. Se sentó con su madre y su padrastro, y bebieron de las copas de plata que habían sido sacadas rápidamente de la *credenza*. Vannozza lamentaba no haber sido avisada de la llegada de su hijo y no haber tenido tiempo de colgar los tapizados en las paredes y de sacar los adornos de mayólica y peltre. Hablaron de Lucrecia y del divorcio inminente.

—Tu padre hará lo que es mejor para todos nosotros —dijo Vannozza—. Oh, hijo mío, desearía no ser una mujer tan humilde y poder hacer más por vosotros.

César posó sus manos sobre ella y sonrió; y cuando sonreía, su rostro era hermoso. El afecto que sentía por su madre era real; Vannozza, sabiendo hasta qué punto le temían otros, valoraba aún más ese afecto.

Después de haberse refrescado, César pidió a su madre que le mostrara sus flores, de las cuales se sentía justamente orgullosa, y fueron al jardín. Pasearon entre las plantas, y César le rodeó el talle con su brazo; y como él demostraba tanto afecto, Vannozza reunió su coraje para decirle que se sentía muy complacida de que él y su hermano Juan parecieran estar en mejores relaciones de amistad.

—Oh, madre, ¡las peleas carecen de sentido! Juan y yo somos hermanos. Debemos ser amigos.

—Fueron tan sólo peleas entre hermanos —se tranquilizó Vannozza—. Ahora que están creciendo, comprenden que son fútiles.

—Así es, madre. Quiero que toda Roma sepa que ahora Juan y yo somos amigos. Cuando hagas una cena, que sea una cena íntima... sólo para tus hijos.

Vannozza se quedó inmóvil, sonriendo encantada.

—Haré la reunión enseguida —dijo—. Para ti y Juan. Hace demasiado calor en la ciudad. Será una cena al aire libre en mis viñedos. ¿Qué piensas de la idea, César?

—Es excelente. Hazla pronto, queridísima madre.

—Dime cuándo deseas que la haga, queridísimo hijo, y la haré.

—Mañana es demasiado pronto. ¿Pasado mañana?

—Así será.

—Madre, eres mi mejor amiga.

—¿No debería serlo, mi queridísimo hijo, si me has querido y honrado en todo momento?

Cerró los ojos y recordó lo que César había hecho a todos aquéllos que —según había podido descubrir— habían tomado parte en el saqueo de su casa durante la invasión francesa. Había sido brutal, y muchos habían padecido. Vannozza era una mujer a quien no le gustaba ver grandes sufrimientos; pero esto demostraba cuán grande era el amor que César sentía hacia ella. “Nada, nada... es demasiado severo para los que trataron de deshonorar a mi madre profanando su casa”, había exclamado.

—Estarás contenta de ver a Juan conmigo en tu cena —dijo César—. Recuerda que también lo amas. Será una lástima que Lucrecia no esté con

nosotros.

—Sentiría mucho placer en ver a mi hija, y me sentiré feliz de tener a Juan conmigo. Pero, hijo mío, entre todos mis hijos hay uno que me deleita como ningún otro podría hacerlo. Eres tú, mi queridísimo hijo.

Él besó su mano con esa extravagante demostración de amor que todos los miembros de esa familia exhibían el uno hacia el otro.

—Sé que dices la verdad, querida madre. Juro, aquí y ahora, que no habrá ningún daño en tu camino mientras haya poder en este cuerpo para impedirlo. Impondré torturas y muerte a cualquiera que se atreva a murmurar una palabra contra ti.

—Mi queridísimo hijo, no seas tan vehemente por mi causa. Para ser feliz, sólo necesito verte a menudo. Alégame con tu presencia tan frecuentemente como sea posible, aunque sé que tienes tu destino, y no debo permitir que mi amor egoísta interfiera con eso. Así seré la mujer más feliz de la tierra.

Él la mantuvo contra sí, y luego continuaron su paseo entre las plantas, planeando la cena.

César caminó a través de las calles, con un manto que ocultaba sus finas vestimentas, y con una máscara en el rostro, para que nadie pudiera sospechar su identidad. Al llegar al distrito del Ponte, deambuló por una callejuela, se deslizó hacia otra y se detuvo frente a una casa. Mirando a su alrededor para asegurarse de no ser seguido, cruzó la puerta abierta, la cerró tras él y descendió por las gradas hacia una habitación con revestimiento de madera y piso de baldosas, batiendo palmas.

Apareció un sirviente y, cuando César se quitó la máscara, el hombre se inclinó profundamente.

—¿Tu ama está aquí? —preguntó César.

—Sí, mi señor.

—Condúceme a su presencia inmediatamente.

Escortado por el hombre, se dirigió a una habitación donde había una cama con un dosel, sillas de madera con respaldos tallados y la estatua de la Madonna, con una lámpara encendida.

Una muchacha muy hermosa, delgada y alta, que se había levantado al entrar César, cayó de rodillas ante él.

—Mi señor —murmuró.

—Levántate —dijo César con impaciencia—. ¿Mi hermano no está aquí?

—No, mi señor. Vendrá dentro de dos horas.

César asintió.

—Ha llegado el momento de que cumplas con tu deber —dijo.

—¿Sí, mi señor?

César la miró con perspicacia.

—Eres amada por mi hermano. ¿Cuáles son tus sentimientos hacia él?

—Yo sirvo a un solo amo —dijo ella.

Los dedos de César se cerraron sobre los oídos de la muchacha. Era un gesto a la vez tierno y amenazante.

—Recuerda —dijo—. Yo recompenso a aquéllos a quienes pido servicios, y la recompensa depende de la naturaleza de su servicio.

La muchacha se estremeció, pero contestó con firmeza:

—Yo sirvo a un solo amo.

—Está bien —dijo César—. Te diré rápidamente lo que se requiere de ti. Te presentarás en el viñedo de Vannoza Cattanei a medianoche, en una fecha que te indicaré. Estarás con una capa y enmascarada como lo haces habitualmente cuando cabalgas con mi hermano. Saltarás sobre su caballo y te alejarás con él.

—¿Eso es todo, mi señor?

Cesar asintió.

—Salvo en esta única cosa. Insistirás en llevarlo a una posada que has descubierto, donde le dirás que has planeado quedarte hasta la mañana.

—¿Y esa posada?

—Te daré su nombre. Está en el barrio judío.

—¡Debemos ir allí a caballo después de medianoche!

—Nada tienes que temer si obedeces mis instrucciones.

—César tomó el rostro de la muchacha entre sus manos y la besó prolongadamente—. Si no lo haces, mi hermosa... —Rió—. Pero recordarás que sirves a un solo amo, ¿no es cierto?

Vannoza, que era aún una mujer muy hermosa, dio la bienvenida a sus huéspedes en su viñedo, sobre la cima del Esquilino. La mesa rebosaba de buena comida, y el vino era el mejor. Carlo Canale estaba a su lado para honrar a los distinguidos huéspedes.

—¿Piensas que nos divertiremos bastante, estando sólo el primo de tus hijos, el cardenal de Monreale, y algunos otros amigos?

—Cuando mis hijos vienen a mí, gustan huir de toda la pompa que suele rodear su vida diaria.

Canale probó el vino para estar seguro de que era de la mejor calidad; Vannoza revisó con nerviosidad la mesa, gritando continuamente a los esclavos; pero cuando llegaron los huéspedes, les dedicó toda su atención.

—Mis amadísimos hijos... —murmuró, abrazándolos; pero el abrazo que dio a César fue más prolongado que el que dio a Juan, y César lo observó.

La cálida noche estival era encantadora; podían mirar hacia abajo, contemplando la ciudad, mientras el aire fresco y suave y el aroma de las flores de las praderas que rodeaban el Coliseo se elevaban hasta ellos.

“Una noche perfecta”, pensaba Vannoza.

La conversación fue divertida. César hizo bromas a Juan de la manera más agradable.

—Vamos, hermano —gritó—, te expones al peligro. He oído decir que cabalgas entre forajidos teniendo sólo a un mozo de cuadra para protegerte a ti y a tu amiga enmascarada.

—Nadie se atrevería a hacer daño al hijo de mi padre —dijo Juan alegremente.

—No, pero deberías tener cuidado.

—En mi vida he tenido la mayor parte de las cosas —rió Juan— pero raras veces eso.

—Sí, hijo mío —dijo Vannozza—, te ruego que tengas más cuidado. No vayas a esos barrios de la ciudad donde ronda el peligro.

—Madre, ya no soy una criatura.

—He oído decir —dijo César— que se lo vio cabalgando en el barrio judío anoche, tarde. Eso es insensato.

—Es insensato, por cierto, hijo mío —lo reprendió Vannozza.

Juan rió y se dirigió a Canale:

—Más vino, padre. Es bueno tu vino.

Canale, encantado, llenó la copa de su hijastro, y la conversación se orientó hacia otros temas.

Era más de medianoche y se estaban preparando para partir cuando César dijo:

—Mirad quién está allí, acechando entre los árboles.

El grupo se dio vuelta y vio que una delgada figura enmascarada se escondía entre un grupo de arbustos:

—Parecería que tu amiga te ha venido a visitar —dijo César.

—Así parece —contestó Juan, y pareció estar muy complacido.

—¿Debe venir tu amiga incluso a la casa de nuestra madre? —preguntó César.

—Tal vez —rió Juan.

—Esta amiga está muy ansiosa de disfrutar de tu compañía —dijo César—. Ven, no nos demoraremos. Hasta luego, querida madre; ha sido una noche que recordaré durante mucho tiempo.

Vannozza abrazó a sus hijos y los miró montar a caballo. Cuando Juan estaba sobre su silla, la criatura enmascarada saltó tras él para montar a la grupa.

César se reía y llamó a los pocos asistentes que había llevado con él, para que lo siguieran y se puso a cantar, en lo cual todos los demás lo imitaron, mientras cabalgaban descendiendo por la ladera, dirigiéndose a la ciudad.

Cuando llegaron al distrito del Ponte, Juan se detuvo y dijo a su hermano que allí lo dejaría. Llamó a uno de sus mozos de cuadra:

—Eh, amigo, ven conmigo. El resto de vosotros... idos a dormir.

—¿Hacia dónde vas, hermano? —preguntó César—. ¿Seguramente no irás al barrio judío?

—Mi destino —replicó Juan en forma arrogante— es asunto mío.

César alzó los hombros con una indiferencia que no le era habitual.

—Venid —dijo a sus acompañantes y a los sirvientes de Juan a los cuales no se había dado orden de acompañarlo—, vamos a casa, al Borgo.

De este modo dejaron a Juan, el cual, con la mujer enmascarada cabalgando con él y el mozo de cuadra siguiéndolo a poca distancia, se adentró en las callejuelas del barrio judío.

Fue ésa la última vez que César vio a Juan vivo.

Al día siguiente, Alejandro que esperaba recibir a su hijo amado, se sintió decepcionado por su continua ausencia. Durante todo ese día esperó, pero Juan no apareció.

Mandó a buscarlo a su casa. Nadie lo había visto. No había visitado a Sanchia.

Alejandro rió entre dientes:

—No dudo que ha pasado la noche en la casa de alguna mujer, y teme comprometerla partiendo a la luz del día.

—En tal caso está demostrando ser extraordinariamente discreto —dijo César en tono sombrío.

Pero ese día no trajo noticias de Juan, y hacia el ocaso un mensajero se presentó ante el Papa para decirle que el joven mozo de cuadra del duque, a quien se había visto acompañándolo, había sido encontrado apuñalado en la Piazza degli Ebrei.

Toda la serenidad de Alejandro se desvaneció. La angustia lo volvió frenético.

—Envíen cuadrillas para buscarlo —gritó—. Examinen todas las calles... todas las casas... No descansaré hasta estrechar a mi hijo en mis brazos.

Después de una búsqueda de varios días, y al continuar sin noticias de Juan, la desesperación del Papa aumentó pero no podía creer que su hijo hubiera experimentado algún daño.

—Es una travesura de las suyas, César —seguía repitiendo—. Ya verás, vendrá, riéndose de nosotros por habernos engañado. Puedes estar seguro.

—Es una broma de las suyas —estuvo de acuerdo César.

Luego se presentó un barquero dalmata, el cual anunció que tenía algo que decir, y que sólo lo diría al Santo Padre porque creía que se refería al desaparecido duque de Gandia.

El hombre fue llevado inmediatamente ante el Papa, quien, junto con César y varios altos funcionarios de la corte, lo esperaban ansiosamente. Su nombre, según dijo, era Giorgio, y dormía en su bote, que estaba amarrado en

la orilla del Tíber.

—Mi tarea, Santidad —dijo— consiste en cuidar la pila de maderas cerca de la iglesia de San Girolamo degli Schiavoni, cerca del puente de la Ripetta.

—Sí, sí —dijo el Papa con impaciencia—. Pero no pierdas tiempo. Dime lo que sabes de mi hijo.

—Sé esto, Santidad: en la noche en que el duque de Gandia desapareció, yo vi a un hombre cabalgando un caballo blanco, y sobre ese caballo llevaba lo que podía ser el cuerpo de un hombre. Había otros dos, que sostenían el cuerpo mientras el caballo descendía hasta el borde del río. Cuando el caballo llegó al agua el jinete dio vuelta, de tal modo que el caballo presentó su cola al río; luego los dos hombres arrojaron lo que podía ser un cuerpo, Santidad, y éste cayó al río.

—¿Podemos confiar en este hombre? —preguntó el Papa.

Tenía miedo. No quería creerle. Mientras el hombre había hablado, había visualizado ese cuerpo flácido sobre el caballo, y era el cuerpo de su amado hijo.

—No tenemos motivos para dudar de él, Muy Santo Señor —fue la respuesta.

—Santidad —dijo Giorgio—, puedo decir más. El cuerpo se deslizó hacia el agua y quedó sostenido en la superficie por lo que parecía ser su manto, de tal modo que flotaba y comenzó a ir a la deriva llevado por la corriente. Entonces el hombre a caballo dijo algo a los otros y comenzaron a arrojar piedras al manto que flotaba. Arrojaron piedras hacia él una y otra vez hasta que se hundió bajo el peso y desapareció. Santidad, se quedaron observando durante un cierto tiempo y luego se alejaron.

—¡Viste todo lo que ocurría —dijo César— y no lo dijiste a nadie! ¿Por qué no?

—Bendita sea Su Eminencia, vivo al lado del río, y allí he visto un número incontable de cuerpos arrojados al agua. No parecía haber nada especial con respecto a éste, salvo por el hecho de que ocurrió en la noche acerca de la cual estaban preguntando los caballeros.

El Papa no pudo soportar más. Una terrible melancolía lo había invadido. Murmuró:

—No queda otra cosa que hacer que dragar el río.

De este modo encontraron a Juan. Tenía heridas en la garganta, en la cara y el cuerpo; el barro del río se había adherido a sus finas vestimentas, sobre las cuales aún se encontraban las joyas; su bolsa estaba llena de ducados, y sus anillos, broches y collar, que valían una fortuna, no habían sido tocados.

Cuando Alejandro recibió la noticia, salió y detuvo a los que transportaban el cadáver, mientras se lo llevaba al castillo de San Angelo. Se

arrojó sobre el cuerpo, se mesó los cabellos y golpeó su pecho, mientras gritaba, en su congoja:

—¡Quienes lo han tratado de este modo, así serán tratados! Nada será demasiado amargo para ellos. No descansaré, amado hijo, el más amado de todos, hasta que haya llevado al asesino a la justicia.

Luego se dirigió hacia quienes llevaban el horroroso cadáver y les dijo:

—Tomad a mi amado, lavadlo, perfumadlo y ponedle sus ropas ducales; y así será enterrado. Oh, Juan, oh mi amado hijo, ¿quién te ha hecho este acto cruel a ti... y a mí?

Fue lavado y vestido con sus hábitos ducales, y de noche, a la luz de ciento veinte antorchas, fue llevado desde el castillo San Angelo hasta Santa María del Popolo.

El Papa no lo acompañó, y mientras estaba sentado en la ventana del castillo San Angelo, mirando el sinuoso cortejo iluminado por esas antorchas, no pudo contener su aflicción.

—Oh, Juan, Juan —gimió— el más amado de todos, mi queridísimo, mi amado, ¿por qué nos han hecho esto a ti y a mí?

Pedro Caldés llegó al convento para ver a Lucrecia. Estaba muy agitado cuando ella lo recibió, y al verla, cayó sobre sus rodillas y besó sus manos.

—Hay noticias, noticias terribles. Os enteraréis antes de que pase mucho tiempo, pero yo desearía hacéros las saber suavemente. Sé cuánto os preocupáis por él. Vuestro hermano...

—¡César! —gritó ella.

—No. Juan.

—¿Está enfermo?

—Desapareció, y ahora han descubierto su cuerpo. Estaba en el Tíber.

—Juan... ¡muerto!

Se tambaleó demostrando poca seguridad, y Pedro la rodeó con sus brazos.

—Madonna —murmuró—, queridísima Madonna.

Ella se sentó y se apoyó en Pedro. Alzó sus ojos hacia él; estaban extraviados y llenos de angustia.

—Mi hermano Juan; era tan joven, tan lleno de vida.

—Fue asesinado, Madonna.

—¿Quién...?

—Nadie lo sabe.

Lucrecia se cubrió el rostro con las manos. “Juan”, pensó. “No tú. No es posible.” Lo vio pavoneándose en el cuarto de niños, afirmando sus derechos, luchando con César. ¡Luchando con César!

“No César”, se dijo a sí misma. No podía ser César el que lo había asesinado.

Esos pensamientos no debían ser formulados en voz alta.

Pedro la seguía rodeando con sus brazos. Le contó la historia, comenzando con la cena en el viñedo de Vannozza, mientras Lucrecia lo escuchaba con la vista vacía, imaginándolo todo.

César había estado allí, y la persona enmascarada se había asomado entre los arbustos. Malos pensamientos continuaban infiltrándose en su mente. ¿Quién era la persona enmascarada?

—¿Descubrieron a la enmascarada? —preguntó.

—No. Nadie sabe quién es.

—¿Y mi padre?

—Está abrumado por la pena. Nadie lo vio nunca tan desolado, tan distinto de sí mismo.

— ¿Y... mi hermano, mi hermano César?

—Hace todo lo que puede para tranquilizar a su padre.

—Oh, Pedro, Pedro —gritó ella— ¿qué será de nosotros?

—Madonna, no lloréis. Preferiría morir antes que veros desdichada.

Ella tocó su rostro levemente.

—Dulce Pedro —murmuró—. Gentil y dulce Pedro.

Él tomó los dedos que acariciaban sus mejillas, y los besó con frenesí.

—Pedro, quedaos conmigo —le rogó ella—. Quedaos aquí y consoladme.

—Madonna, soy indigno.

—No hubo nunca nadie más gentil y amable conmigo y, por lo tanto, más digno. Oh, Pedro, doy gracias a los santos de que hayáis venido a mí y que me ayudéis a soportar mis penas, que me ayudéis a resistir a mis temores, pues, Pedro, estoy desesperadamente atemorizada.

—¿De qué, Madonna?

—No sé, sólo sé que estoy atemorizada. Pero cuando me rodeáis con vuestros brazos, querido Pedro, siento menos temores. Por eso... no habléis de dejarme. Hablad sólo de quedaros conmigo, de ayudarme a olvidar esas cosas malas que ocurren a mi alrededor. Pedro, dulce Pedro, no habléis más de indignidad. Quedaos conmigo, Pedro. Amadme... pues yo también os amo.

Esta vez él besó sus labios, con asombro, maravillándose de lo que hacía, y ella le devolvió sus besos.

Había un desenfreno en ella.

—Pedro, yo continúo viéndolo. Las imágenes acuden a mí. La reunión... la figura enmascarada... y mi hermano... y luego Juan. Oh, Pedro, debo apartarlas de mí. No puedo tolerarlas. Estoy asustada, Pedro. Ayudadme... ayudadme a olvidar, mi amado.

Alejandro había dado orden de buscar a los asesinos de su hijo, para que fueran llevados a la justicia, y había rumores que implicaban a varias personas, pues Juan había tenido una multitud de enemigos.

Se decía que Giovanni Sforza había planeado el asesinato: que experimentaba resentimiento ante el afecto existente entre su esposa y su familia; y Juan Borgia había compartido ese afecto con su hermano César y su padre.

Giovanni Sforza y otros sospechosos demostraron con rapidez su inocencia. Pero había un nombre que nadie osaba pronunciar.

El Papa se sentía demasiado infeliz para expresar sus temores; tampoco se sentía capaz de enfrentarlos. Se había encerrado en sus habitaciones, solo, porque temía que alguien pudiera formular la terrible sospecha que en ese momento se sentía incapaz de enfrentar, aun en sus propios pensamientos.

Fue la mayor tragedia de la vida de Alejandro y cuando, pocos días después del descubrimiento del cuerpo de Juan, se presentó ante el Consistorio, lloró abiertamente la muerte de su amado hijo.

—No se pudo habernos dado un golpe peor —declaró— pues amábamos al duque de Gandia por sobre todos los demás. Daríamos con todo gusto siete tiaras si pudiéramos traerlo de vuelta. Hemos sido castigados por Dios por nuestros pecados, pues el duque no merecía esta terrible muerte.

Para asombro de todos los presentes, Alejandro prosiguió declarando que se debía cambiar la forma de vida del Vaticano, y que no había que complacerse más con intereses mundanales. En cuanto a él, renunciaría al nepotismo y comenzaría las reformas en su propia casa.

Los cardenales quedaron estupefactos. Nunca habían pensado que Alejandro pudiera hacer tales declaraciones. Parecía un hombre distinto.

César pidió audiencia a su padre después de eso, y observando ese rostro demudado, se sintió embargado por agudos celos, mientras se preguntaba: “¿Habría sentido tanto dolor por mí?”

—Padre —dijo César—, ¿qué has querido decir con las palabras que pronunciaste ante los cardenales?

—Quisimos decir exactamente lo que dijimos —replicó el pontífice utilizando el solemne “nosotros” papal para hablar con su hijo.

César tuvo la sensación de que unas manos heladas agarraban su cuerpo, y comprendió que su padre no lo miraría a los ojos.

—Entonces —prosiguió César, que no podía abandonar este tema, una vez que lo había iniciado—, ¿quieres decir que no harás nada para ayudarme, para ayudar a Goffredo, a Lucrecia y al resto de nuestra familia?

El Papa se mantuvo silencioso.

—Padre, te lo ruego, dime lo que hay en tu mente.

El Papa alzó los ojos hacia el rostro de su hijo, y César vio lo que había temido encontrar. Era una acusación.

“¡Sospecha!”, pensó César. “Sabe.”

Luego recordó las palabras que el Papa había pronunciado cuando se enteró de la muerte de Juan. “¡Quienes lo han tratado de este modo, así serán tratados! Nada será demasiado amargo para ellos.”

—Padre —dijo César—, debemos unirnos después de una tragedia como

ésta. Sea lo que fuere que nos pase a cualquiera de nosotros, no debemos olvidar que la familia debe seguir adelante.

—Necesitaríamos estar solos —dijo el Papa—. Ahora, aléjate de nosotros.

César partió, con una sensación de malestar.

Buscó a Sanchia.

—Me gustaría que Lucrecia estuviera aquí —le dijo—. Ella podría consolar a nuestro padre. Pero ni siquiera preguntó por ella. Parece no querer a ninguno de nosotros, ahora. Sólo piensa en Juan.

Pero César no podía encontrar paz con Sanchia. Debería volver a su padre una vez más. Debería saber si había leído correctamente la acusación en esos ojos.

Fue al apartamento del Papa, llevando a Sanchia y a Goffredo con él y, después de una prolongada demora, fueron introducidos.

Sanchia se arrodilló a los pies de Alejandro y alzó sus hermosos ojos azules hacia él.

—Padre, reconfórtate —le dijo—, es una doble pena para tus hijos verte así.

El Papa la miró con ojos fríos. Le contestó:

—Se pelearon por ti, él y su hermano. Aléjate de mí. He dispuesto que partas de Roma. Pronto te irás, con tu esposo, a Squillace.

—Pero, padre —comenzó a decir Sanchia—, nosotros te podríamos consolar en tu amarga pérdida.

—Me consuelan sumamente alejándose de mi presencia.

Era la primera vez que César había visto a su padre insensible a la belleza.

—Por favor, retírate, tú y Goffredo —dijo a Sanchia. Luego, dirigiéndose a César, prosiguió—: Desearía que te quedaras aquí.

Cuando quedaron solos, se miraron uno a otro, y la mirada de los ojos de Alejandro no dejaba margen para ningún error.

Su voz se quebró mientras decía:

—Ya no buscarán más. Ahora no podría permitir que descubran al asesino de mi hijo. Ya no puedo tolerar más penas.

César se arrodilló y trató de tomar la mano de su padre, pero Alejandro lo alejó. Era como si no tolerara ser tocado por la mano que había matado a Juan.

—Deseo que vayas a Nápoles —dijo—. Has sido designado cardenal legado para la coronación del nuevo rey.

—Padre, podría ir otro —protestó César.

—Es nuestro deseo que vayas —dijo el Papa con firmeza—. Ahora, te ruego que me dejes. Necesito estar solo con mi dolor.

Pedro se presentaba diariamente en el convento. Cuando la hermana

Girolama sugirió que sus visitas eran demasiado frecuentes, dio su explicación: Su Santidad estaba postrado por el dolor; su único consuelo provenía de los mensajes de su hija. No deseaba que ella volviera al Vaticano, profundamente sumergido en el duelo, sino que se quedara allí para que pudieran escribirse. Deseaba oír detalles de su vida diaria. Ese era el motivo por el cual Pedro visitaba con tanta frecuencia el convento.

No era verdad, pero era una excusa bastante buena. Tal vez las hermanas habían comprendido que la hermosa muchacha nunca sería una de ellas. Tal vez percibían su innata pertenencia al mundo, y no hacían ningún esfuerzo para combatirla.

Lucrecia vivía en sus celdas, que había convertido en cómodos cuartos, y si Pedro la visitaba allí, en lugar de la habitación desnuda y fría que le había sido asignada al comienzo, ése era un asunto entre la hija del Papa y su visitante. Su criada actuaba como dama de compañía y si bien era una criatura frívola, había sido seleccionada para el puesto por el Santo Padre, y a la Madre Superiora no le correspondía quejarse.

Lucrecia había cambiado, pero las religiosas no tenían conciencia de su aspecto físico, y Pantisilea le decía que sus ojos estaban más brillantes y que parecía cien veces más hermosa que cuando ella había venido a atenderla.

—Es el amor —dijo Pantisilea.

—Es un amor sin esperanzas —murmuró Lucrecia—. A veces me pregunto adónde puede llevarnos.

Pero cuando Pedro estaba con ella, dejaba de hacerse esas preguntas prácticas. Lo único que importaba a Lucrecia era la satisfacción de su amor, pues ahora había despertado plenamente a su propia sensualidad.

Ese amor había comenzado en medio de una gran pena. Ella recordaba bien el día en que el terrible choque de la muerte de Juan la había impulsado hacia Pedro. Entonces, cuando el joven la rodeó con sus brazos, había comprendido cuán profundamente estaba enamorada de él.

¡El amor! Era algo precioso. Valía la pena enfrentar el peligro en aras del amor: y acerca de sí misma, había descubierto que nunca se negaría de nuevo al amor.

El amor llenaba su vida, llenaba la celda del convento, tiñendo la austeridad de una luz rosada.

Comprobó que la aflicción pasaba, pues llegaron noticias acerca de que aun el Papa había salido de su retiro y de que ya no se lo oía llorar y llamar a Juan.

El día en que Pedro trajo la noticia de que el Papa había tomado una amante, todos se sintieron muy alegres en el cuarto de Lucrecia. Sólo Pantisilea lo lamentaba un poco, pues hubiera deseado ser la elegida para consolar al Papa. Pero su lugar estaba con Lucrecia, a quien esperaba no dejar nunca. No lo haría; Lucrecia se lo había prometido.

—Estarás siempre conmigo, querida Pantisilea —le dijo Lucrecia—. Cuando deje este lugar, vendrás conmigo. A cualquier lugar que yo vaya, te

llevaré conmigo.

Pantisilea podía estar contenta, pues cuando dejaran ese lugar, continuarían viviendo cerca de Su Santidad, y siempre había esperanzas de que él pudiera reparar de nuevo en ella.

Pasaron las semanas. El Papa parecía haber olvidado completamente su pesar. César estaba de regreso de Nápoles, y Alejandro preparaba una bienvenida para él.

Juan, el hijo amado había muerto, pero eso había ocurrido en el pasado, y los Borgia no llevaban duelo para siempre.

César se presentó ante su padre, y ahora el Papa miró de lleno los ojos de su hijo.

—Hijo mío —le dijo con voz quebrada.

César besó las manos de su padre y luego dirigió sus ojos suplicantes hacia él.

Alejandro había estado solo demasiado tiempo, y después de perder un hijo, no quería perder otro.

De acuerdo con la naturaleza de Alejandro, ya Juan se había convertido para él en una figura borrosa, y César estaba aquí, a su lado, joven, ambicioso, fuerte.

“Es el más fuerte de los dos”, pensaba Alejandro. “Realizará grandes hazañas antes de morir. Con él a la cabeza, la casa de los Borgia prosperará.”

—Bienvenido a casa, hijo mío. Bienvenido a casa, César —dijo el Papa.

Y César se regocijó, pues ahora sabía que todo lo que había hecho no había sido en vano.

Lucrecia y Pantisilea estaban trabajando en un bordado, cuando aquella dejó caer la tarea y apoyó ociosamente las manos en su regazo.

—¿Algo os duele, Madonna? —preguntó Pantisilea.

—¿Qué podrías pensar? —preguntó Lucrecia agudamente.

—Pensé que parecíais... demasiado pensativa, Madonna. Lo he observado últimamente.

Lucrecia se mantuvo silenciosa. Pantisilea la observó con cierta alarma.

—Lo has adivinado —dijo Lucrecia.

—No puede ser, Madonna. No puede ser.

—Así es. Voy a tener un hijo.

—¡Madonna!

—¿Por qué te sobresaltas tanto? Sabes que puede ocurrir fácilmente cuando una tiene un amante.

—¡Pero vos y Pedro! ¿Qué dirá vuestro padre? ¿Qué hará vuestro

hermano?

—No me atrevo a pensarlo, Pantisilea.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Tres meses.

—¡Tres meses, Madonna! De modo que ocurrió al comienzo.

—Así parecería.

—Junio, julio, agosto —contó Pantisilea—. Ahora estamos a comienzos de setiembre. Madonna, ¿qué haremos?

—No lo sé, Pantisilea. Pienso que tal vez me iré a algún lado en secreto. Estas cosas ya han ocurrido. Tal vez Pedro venga conmigo. —Lucrecia se arrojó en los brazos de Pantisilea— ¡Feliz de ti! Si amas, podrías casarte. Podrías vivir con tu esposo y tus hijos, feliz por el resto de tu vida. Para una mujer como yo, sólo puede haber un matrimonio que traiga ventajas a mi familia. Me comprometieron dos veces y luego me casaron con Giovanni Sforza.

Ahora que amaba a Pedro, se estremecía ante la memoria de Giovanni.

—Pronto os divorciarán de él —la tranquilizó Pantisilea—. Tal vez luego os casaréis con Pedro.

—¿Lo permitirán? —preguntó Lucrecia, y toda la melancolía abandonó su rostro.

—¿Quién sabe... si hay un hijo? Los hijos significan una gran diferencia.

—Pantisilea, ¡cómo me reconfortas! Entonces me casaré con Pedro y nos iremos de Roma; tendremos una casa como la de mi madre y tendré mi *credenza*, en la cual guardaré mis copas de plata, mi mayólica. Pantisilea, ¡qué felices seremos!

—¿Me llevaréis con vos, Madonna?

—¿Cómo podría arreglarme sin ti? Estarás allí, y tal vez encuentre un esposo para ti. No, no te lo encontraré. Lo encontrarás tú misma, y deberás amarlo como yo amo a Pedro. Es la única forma de casarte, Pantisilea, si quieres vivir feliz.

Pantisilea asintió, pero se sentía aprensiva.

Lucrecia aún debía divorciarse, y el divorcio debía pronunciarse porque ella era virgo intacta, por el hecho de que su esposo era incapaz de consumar el matrimonio. Pantisilea creía que Lucrecia debería aparecer ante los cardenales, y tal vez someterse a un examen. “Santa Madre de Dios”, pensaba Pantisilea, “protégenos.”

Pero amaba a Lucrecia; ¡cuánto la amaba! Nadie había sido nunca tan gentil con ella. Estaba dispuesta a mentir por Lucrecia; haría cualquier cosa para lograr que fuera feliz. Estar con Lucrecia significaba compartir su filosofía de la vida, creer que todo debía salir bien y que no había realmente nada por lo cual fuera necesario preocuparse. Era una filosofía encantadora. Pantisilea planeaba vivir con esa filosofía por el resto de su vida.

—Pantisilea, ¿debería presentarme ante mi padre, debería decirle que voy a tener un hijo de Pedro? ¿Le diré que Pedro es mi esposo en todo sentido,

salvo por el nombre, y que debe permitir que nos casemos?

Cuando Lucrecia le habló así, Pantisilea se sintió bruscamente arrojada a la realidad.

—Su Santidad ha tenido un choque, Madonna. La muerte de vuestro hermano ocurrió hace sólo tres meses. Dejadlo recuperarse de un choque antes de provocarle otro.

—Eso debería significar felicidad para él. Ama a los niños y anhela que los tengamos.

—No los hijos de chambelanes, Madonna. Os ruego, seguid el consejo de Pantisilea. Esperad un cierto tiempo. Elegid el momento adecuado para decírselo a Su Santidad. Aún queda tiempo.

—Pero la gente se dará cuenta.

—¿Las hermanas? No son muy observadoras. Yo os haré un vestido con enaguas amplias. Con ese vestido vuestro hijo podría estar por nacer y nadie lo sabría.

—Es extraño, Pantisilea, pero me siento muy feliz.

—Queridísima Madonna, estabais destinada a tener hijos.

—Creo que es así. Cuando pienso que tendré a este hijo entre mis brazos, que lo mostraré a Pedro, me siento tan feliz, Pantisilea, que olvido todos mis pesares. Olvido a Juan. Olvido la pena de mi padre, olvido a César, y... Pero no importa. Está mal que me sienta tan feliz.

—No, es siempre bueno ser feliz. La felicidad es el verdadero sentido de la vida.

—¡Pero mi hermano asesinado hace tan poco tiempo; mi padre postrado por el dolor; y yo, ya esposa de otro hombre!

—El tiempo pasa, y con él pasa también el pesar de Su Santidad. Y Giovanni Sforza no es un esposo para vos y nunca lo fue... así lo dispuso el Papa.

Pantisilea no siguió insistiendo sobre este tema. Sabía que Lucrecia debía presentarse ante la reunión de los cardenales y declarar que era virgen. Las enaguas deberían ser muy amplias.

Ahora el Papa y su hijo mayor estaban juntos a menudo. En el Vaticano se decía: “Su Santidad ya ha olvidado su decisión de terminar con el nepotismo; ha olvidado a su hijo Juan, y todo el afecto que sentía por él, ahora se lo da a César.”

Había una relación nueva entre Alejandro y César; el choque de la muerte de Juan había sacudido a Alejandro; César estaba jubiloso porque creía que su padre no sería nunca el mismo, pero sus posiciones habían cambiado, si bien muy levemente, había señales de lo que serían un día el uno para el otro.

Alejandro había perdido una pequeña parte de autoridad; César había

ganado esa pequeña parte. En el momento de su gran duelo, Alejandro había parecido un hombre viejo; se había recuperado, pero nunca reconquistaría ese aspecto de un hombre en la flor de la vida.

César había aprendido algo de gran importancia:

“Puedo hacer lo que quiero y da igual. No hay nada que yo no pueda hacer, y me ayudará a lograr mis ambiciones.”

El Papa le dijo:

—Hijo mío, este divorcio de tu hermana se está demorando mucho. Creo que deberíamos disponer que aparezca ante la asamblea.

—Sí, padre. Debe ser liberada con rapidez de ese hombre.

—¿No te entregaste al ocio mientras estuviste en Nápoles, César? ¿Sondeaste al rey sobre la cuestión de un posible esposo para tu hermana?

—Lo hice, Santidad. Se sugirió a Alfonso, el duque de Bisceglie.

El Papa murmuró:

—Ilegítimo.

César se encogió de hombros.

—Y —prosiguió Alejandro—, el hermano de Sanchia.

—Sólo en su aspecto es parecido a su hermana —dijo César.

El Papa asintió. Podía perdonar a César por la muerte de Juan, porque era un Borgia y su hijo, pero encontraba más difícil perdonar a Sanchia, por ser una de las causas de los celos entre César y Juan.

Analizó el matrimonio. Una alianza con Nápoles sería buena en esa coyuntura; y si el matrimonio se volvía molesto, siempre habría forma de terminarlo.

—He sido abordado por el príncipe de Salerno, que me ha hablado de su hijo Sanseverino.

—No dudo de que el rey de Nápoles ha oído hablar del asunto, ése es el motivo por el cual está tan ansioso para que consideres las posibilidades de Alfonso de Bisceglie. No le gustaría ver que un aliado tan firme de los franceses se uniera a nosotros por un matrimonio.

—Francesco Orsini es otro; y también está el señor de Piombino y Ottaviano Riario.

—Querida Lucrecia: aunque todavía no se ha desembarazado de un esposo, ya tiene muchos que esperan por ella. ¡Lucrecia afortunada!

—Estás pensando que el matrimonio te ha sido negado, hijo mío.

Ahora los ojos de César se encendieron de ansiedad.

—Oh, padre mío —dijo—, Carlota de Aragón, la hija legítima del rey, que está siendo educada en el Corte de Francia, está en edad de casarse. Se insinuó que si yo estuviera en libertad de hacerlo, podría ser mi esposa.

Hubo un breve silencio. A César le pareció que vivía uno de los momentos más importantes de su vida, pues era como si el Papa luchara por recuperar su antigua supremacía.

Luego, después de un tiempo que le pareció muy prolongado a César, Alejandro habló. Dijo lentamente:

—Ese matrimonio sería ventajoso, hijo mío.

César se arrodilló, con una súbita emoción. Tomó la mano de su padre y la besó apasionadamente.

“En este hijo”, pensaba Alejandro, “olvidaré todas mis penas. Alcanzará tanta grandeza que con el tiempo dejaré de lamentar la pérdida de su hermano.”

Para Lucrecia, la vida en el convento de San Sisto había sido una alternancia de alegría y terror.

Ella y Pedro se entregaban a un placer febril, que era más intenso porque ambos sabían que no podía durar. Eran dos personas que debían arrebatarse cada momento de felicidad, saborearlo, disfrutarlo, porque no podían saber si sería el último que pasaban juntos.

Pantisilea los observaba, compartiendo indirectamente sus alegrías y sus pesares. A menudo su almohada se humedecía por la noche, cuando yacía despierta, tratando de adentrarse en el futuro.

Llegó el día en que Pedro trajo un mensaje inevitable del Papa. Lucrecia debía prepararse para aparecer ante una asamblea de enviados y cardenales en el Vaticano. Allí sería declarada virgo intacta.

Lucrecia se sintió aterrada.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó a Pantisilea.

La pequeña criada trató de reconfortarla. Debía probar el vestido que Pantisilea había hecho para ella. Estaban en invierno, y se podía esperar que ella usara muchas enaguas, pues hacía frío en el convento. Debía mantener alta la cabeza e impresionarlos con su aspecto inocente. Debía hacerlo.

—¿Cómo puedo hacerlo, Pantisilea? —gritó Lucrecia—. ¿Cómo puedo mantenerme de pie ante esos santos varones y representar esa farsa?

—Debéis hacerlo, Madonna querida. El santo padre lo ordena, y es necesario que os libere de Giovanni Sforza. ¿Sobre qué otra base podríais divorciaros?

Lucrecia comenzó a reír histéricamente.

—Pantisilea, ¿por qué tienes un aspecto tan solemne? ¿No ves de qué chiste se trata? Estoy embarazada de seis meses, y debo presentarme ante la asamblea y jurar que soy virgo intacta. Es como un cuento de Giovanni Boccaccio. Es un chiste... o lo sería si no fuera tan serio... si no pudiera terminar en forma trágica.

—Querida Madonna, no dejaremos que termine en forma trágica. Haréis lo que vuestro padre os pide, y cuando seáis libre os casaréis con Pedro y os iréis a algún lugar en que todo será paz y felicidad para vosotros.

—¡Si pudiera ser así!

—Recordadlo cuando os presentéis ante esos hombres, y eso os dará coraje. Si representáis esa farsa de una manera convincente, ganaréis vuestra

libertad; y después de todo, no es el hijo de Giovanni Sforza el que lleváis en vuestro seno. Vuestra felicidad y la de Pedro dependen de la forma en que actuéis ante la asamblea. Recordadlo, Madonna.

—Lo recordaré —dijo Lucrecia con firmeza.

Pantisilea la vistió con cuidado. Dispuso con astucia los adornos de terciopelo, y cuando terminó se sintió complacida con su trabajo.

—Nadie lo adivinaría... lo juro. Pero, Madonna, ¡qué pálida estáis!

—Siento que el niño se mueve en mi interior como si me reprochara que lo niegue.

—No, no lo estáis negando. Estáis preparando una vida feliz para él. No penséis en el pasado, Madonna. Mirad hacia el futuro. Mirad hacia la felicidad con Pedro, y todo lo que saldrá de este día.

—Pantisilea, mi querida pequeña criada, ¿qué habría hecho yo sin ti?

—Oh, Madonna, nadie tuvo nunca un ama más dulce. Si no pudiera serviros, la vida sería triste para mí. Todo lo que he hecho por vos ha sido compensado mil veces.

Se abrazaron como dos muchachas asustadas.

Y fue así como se dirigió al Vaticano y allí, en presencia de su padre y de los miembros de la asamblea, escuchó la lectura, por uno de los cardenales del documento, que declaraba que su matrimonio con Giovanni Sforza no había sido consumado y que, en consecuencia, Lucrecia era una virgo intacta. No siendo éste un verdadero matrimonio, se habían reunido para dictar su anulación.

Ella se mantuvo en pie ante los cardenales, y nunca su aspecto inocente le fue tan útil.

Los cardenales y los enviados se sintieron impresionados por su belleza y su aspecto juvenil; no necesitaban otra prueba de su virginidad.

Se le dijo que ya no estaba casada con Giovanni Sforza, y contestó con un discurso de agradecimiento tan conmovedor que todos los presentes se sintieron encantados con ella.

Hubo un momento en que, al sentir que el niño se movía en su interior se sintió mareada y se tambaleó levemente.

—¡Pobre criatura! —murmuró uno de los cardenales—. ¡Qué prueba difícil para un ser tan joven e inocente!

El Papa la esperaba en su apartamento privado: César estaba con él.

—Mi amadísima —dijo el Papa, abrazándola cálidamente—, por fin te tengo de nuevo entre mis brazos. Esta ha sido una época penosa para todos nosotros.

—Sí, padre.

César agregó:

—Y tenerte alejada de nosotros... eso ha sido lo más penoso.

—Necesitaba ese refugio —contestó ella, sin atreverse a sostener su mirada.

—Confío —dijo el Papa— en que la pequeña Pantisilea haya sido una buena servidora.

Lucrecia contestó en forma apasionada:

—Amo a esa muchacha. No sé lo que habría hecho sin ella. Mil veces gracias, padre, por habérmela enviado.

—Sabía que te atendería bien —contestó Alejandro.

—Ha llegado el momento de que comiences una nueva vida, querida hermana —murmuró César—. Ahora que te has desembarazado de Sforza, encontrarás nuevamente dulce la vida.

Lucrecia no contestó. Trataba desesperadamente de encontrar el coraje de hablar de su estado, de explicarles por qué debían hacer de lado toda idea de un gran matrimonio para ella, de decirles hasta qué punto amaba a Pedro y de confesarles que era el padre del hijo que llevaba en sí.

En su celda transformada se había imaginado una y otra vez diciéndoles la verdad, y si bien lo sentía como una gran prueba, no le había parecido imposible. Al enfrentarlos, comprobó que había subestimado el temor y el respeto que sentía por ellos, el poder que tenían sobre ella.

La sonrisa de Alejandro era casi picaresca.

—Hay muchos que claman por tu mano, hija.

—Padre... no deseo pensar en ellos.

César se había dirigido con rapidez hacia ella y le había puesto un brazo alrededor de su talle.

—¿Te sientes mal, Lucrecia? Pareces enferma. Temo que hayas sufrido privaciones en tu convento.

—No... no. Allí me he sentido reconfortada.

—No es un lugar para ti, tal como estás.

—Estás pálida, y tienes un aspecto agotado —agregó el Papa.

—Dejadme sentar un instante —les rogó Lucrecia.

Ambos hombres la miraron con atención. Sólo Alejandro comprendió cuán atemorizada estaba, y le indicó con la mano un taburete.

César le habló de los hombres que estaban ansiosos por casarse con ella.

—Francesco Orsini... Ottaviano Riario... y está el hermano de Sanchia, el pequeño duque de Bisceglie.

Alejandro dijo de pronto:

—Esta ha sido una prueba para nuestra criatura. Ahora necesita descanso. Mi querida, tu apartamento ha sido preparado para ti. Irás allí enseguida.

César estaba por protestar, pero el Papa había recuperado su antigua firmeza. Batió palmas y aparecieron algunas esclavas.

—Las criadas de Madonna Lucrecia deben conducirla a su apartamento —dijo.

Cuando quedó solo, Alejandro se paró ante el altar de su apartamento. No oraba; tenía la vista fija en él, había arrugas en su frente y una abundante sangre purpúrea enrojecía su rostro, en tanto que en sus sienes las venas le latían visiblemente.

Era imposible. Pero no era de ningún modo imposible. ¿Qué había ocurrido en el convento durante todos esos meses? Había escuchado historias de lo que sucedía en los conventos. Pero no en el de San Sisto.

No se había atrevido a expresar sus sospechas ante César. Sí, temía a su hijo. Si César hubiese adivinado lo que pensaba, podría haber hecho cualquier cosa, por más despiadado que fuera. César aún no debía saberlo... si era verdad. Pero esa cosa monstruosa que sospechaba no debía ser verdad.

Dio gracias a los santos de que la mente de César estaba concentrada en forma tan constante en sus propios asuntos que no le permitía ser tan perspicaz como su padre. César había estado soñando en quedar liberado de la Iglesia y en casarse con Carlota de Nápoles, aun en el momento en que Lucrecia estaba de pie ante ellos, y no había observado cuán completo era el cambio que se advertía en Lucrecia. ¿Podían todos esos meses de vida tranquila en San Sisto haber ocasionado un cambio semejante? No por sí solos.

Pero debía tener cuidado. Debía recordar sus desmayos. Ahora no le convenía estar enfermo, porque si lo que sospechaba era cierto, necesitaría todo su ingenio para manejar la situación.

Debía esperar. Debía recuperar su ecuanimidad; debía recordarse a sí mismo que era Alejandro, el que había emergido triunfante después de la muerte de Calixto; Alejandro, que en toda ocasión transformaba la derrota en victoria.

Finalmente, se dirigió hacia el apartamento de su hija.

Lucrecia estaba recostada en su cama, y sólo Pantisilea estaba sentada a su lado. Había lágrimas en las mejillas de Lucrecia, y al verlas el corazón de Alejandro se llenó de ternura.

—Déjanos, mi querida —dijo a Pantisilea; y los ojos negros de la muchacha tenían un aspecto temeroso y sin embargo llenos de adoración al encontrar los de él. Era como si le implorara, recordando su gran ternura, su poder y su comprensión, que salvara a su querida ama.

—¡Padre!

Lucrecia habría querido levantarse, pero Alejandro le puso la mano en el hombro y la obligó gentilmente a recostarse de nuevo entre sus almohadas.

—¿Qué tienes para decirme, hija mía? —le preguntó.

—Lo miró con aspecto suplicante, pero no pudo hablar.

—Debes decírmelo —dijo él gentilmente—. Sólo si lo haces podré ayudarte.

—Padre, tengo miedo.

—¿Miedo de mí? ¿No he sido siempre benevolente contigo?

—El padre más bueno del mundo, muy Santo Señor.

Él tomó su mano y la besó.

—¿Quién es él? —preguntó.

Los ojos de Lucrecia se dilataron y ella se apretó contra sus almohadas.

—¿No confías en mí, niña?

De pronto ella se levantó de un salto y se arrojó en los brazos de Alejandro; comenzó a sollozar violentamente; nunca él había visto a su pequeña y serena Lucrecia tan conmovida.

—Mi amadísima, mi amadísima —murmuró—, puedes decírmelo. Puedes decírmelo todo. No te retaré, por cualquier cosa que tengas que decir. ¿Acaso no te amo más allá de cualquier otra cosa en el mundo? ¿No es tu felicidad mi más constante propósito?

—Doy gracias a los santos por ti —sollozó Lucrecia.

—¿No me lo dirás? Entonces te lo diré yo. Vas a tener un hijo. ¿Cuándo, Lucrecia?

—Debería ser en marzo.

El Papa quedó pasmado.

—¡Pero sólo faltan tres meses! ¡Tan pronto! No podría haberlo creído.

—Pantisilea ha sido tan hábil... oh, un consuelo tan grande, padre. Gracias por habérmela enviado. No podría haber tenido una amiga más querida. La amaré siempre... mientras yo viva.

—Es una querida criatura —dijo el Papa—. Estoy contento de que te haya reconfortado. Pero dime, ¿quién es el padre de tu hijo?

—Lo amo, padre. ¿Permitirás nuestro matrimonio?

—Me resulta difícil negar cualquier cosa a mi hija.

—Oh, padre, amado padre, si hubiera venido antes a ti. ¡Qué alocada fui! Tenía miedo. Cuando no estabas conmigo, no te veía cómo eres realmente. Te veía como el poderoso Papa, decidido a concertar para mí un matrimonio políticamente ventajoso. Había olvidado que el santo padre de todos nosotros era en primer término mi propio querido padre.

—Entonces era hora de que nos reuniéramos de nuevo. ¿Cómo se llama el hombre?

—Es tu chambelán, Pedro Caldés.

El Papa la acunó en sus brazos.

—Pedro Caldés —repitió—. Un apuesto muchacho. Uno de mis chambelanes favoritos. Y te visitaba en tu convento, desde luego.

—Fue cuando me trajo la noticia de la muerte de Juan, padre, y yo me sentía tan infeliz. Él me reconfortó.

El Papa la mantuvo con fiereza entre sus brazos; durante un instante, su rostro quedó desfigurado por la cólera y la angustia. “¡Mi amado Juan

asesinado”, pensaba, “mi hija embarazada por un chambelán!”

Pero cuando Lucrecia lo miró, su cara había recuperado su expresión habitual de ternura y benignidad.

—Mi querida hija —dijo—, te confesaré que estoy asombrado.

Ella tomó sus manos y las cubrió de besos. Qué atractiva era ella, mirándolo con esos ojos llenos de adoración, y sin embargo asustados; le recordaba a su madre, en el momento culminante de su pasión.

—Padre, ¿me ayudarás?

—¿Lo dudas... por un solo instante? ¡Vergüenza, Lucrecia! Pero debemos ser cautos. Se ha decretado tu divorcio en la creencia de que tu esposo es impotente y que tú eres virgen. —A pesar del horror del Papa ante la situación con la cual se veía enfrentado, no pudo contener una sonrisa. Era una situación que en cualquier circunstancia debía parecerle esencialmente divertida—. ¿Qué dirán nuestros buenos cardenales, piénsalo, si descubren que la encantadora e inocente joven virgen, que apareció ante ellos en forma tan decorosa, estaba embarazada de seis meses? Oh, Lucrecia, mi niña inteligente, mi niña sutil, no convendría de ningún modo. Podría incluso ocurrir que Sforza reclamara a la criatura y jurara que es suya. Entonces, ¿dónde quedaría nuestro divorcio? Debemos actuar con la mayor cautela. El asunto debe ser mantenido en secreto. ¿Quién lo conoce?

—Tan sólo Pedro y Pantisilea.

El Papa asintió con la cabeza.

—Nadie más debe saberlo, hija mía.

—Padre, ¿puedo casarme con Pedro? Deseamos irnos de Roma a vivir juntos en algún lado, en forma tranquila y feliz, allí donde nadie se preocupe por nosotros y por lo que hacemos; donde podamos vivir una vida apacible y feliz, como puede hacerlo la gente común.

El Papa alisó el pelo de Lucrecia, apartándolo de su rostro enrojecido.

—Mi amada —dijo—, debes dejar este asunto en mis manos. El mundo debe saber que la prueba que has pasado ha sido penosa. Quedarás en tus apartamentos de Santa María in Portico y hasta que hayas recuperado la salud, nadie te atenderá salvo la fiel Pantisilea. Mientras tanto, descubriremos lo que se puede hacer para que seas feliz.

Lucrecia se recostó en sus almohadas, y las lágrimas se deslizaron lentamente por sus mejillas.

—En verdad —dijo ella—, Alejandro VI, no eres un hombre, eres un dios.

Madonna Lucrecia estaba enferma. Durante dos meses, después de haber dejado el convento, había estado confinada en su apartamento, y sólo la criada Pantisilea y los miembros de su familia eran admitidos para verla.

Los ciudadanos de Roma reían entre sí. ¿Qué significaba eso? ¿Qué había estado haciendo Madonna Lucrecia durante su estadía en el convento?

Recordaban que, después de todo, era una Borgia. En pocos meses ¿habría un niño en el Vaticano, un pequeño infante que el Papa, en su benevolencia, decidiría adoptar?

César escuchó los rumores, y declaró que se vengaría de quienes los repitieran.

Se presentó ante su padre y le repitió lo que se estaba diciendo.

—Es inevitable —dijo el Papa—. Siempre existen esas historias sobre nosotros. El pueblo las necesita como necesita su carnaval.

—No permitiré que se digan esas cosas de Lucrecia. Debe salir de su reclusión. Debe mostrarse.

—César, ¿de qué manera podría hacerlo?

El Papa miraba a su hijo, maravillándose ante el egoísmo de César, que esperaba el día en que fuera liberado de la Iglesia para casarse con Carlota de Nápoles y hacerse cargo de los ejércitos papales. En su mente, esa imagen era tan grande que oscurecía todas las demás. Así debió ser cuando dispuso el asesinato de Juan. La aflicción de su padre no era nada al lado de sus propias grandiosas ambiciones. Aun la difícil situación de Lucrecia no le era conocida, lo cual parecía fantástico, porque si se hubiera detenido un solo instante a pensarlo, con seguridad le habría resultado evidente.

—Apareciendo entre ellos —replicó César.

Era hora de que comprendiera la verdadera situación. Al final de ese mes, o a comienzos del siguiente, el hijo de Lucrecia habría nacido. Debía saberlo.

—Eso —dijo Alejandro— no haría más que confirmar los rumores.

Ahora César estaba realmente asombrado. El Papa observó que la sangre caliente aflucía a su hermoso rostro.

—Es la simple verdad —prosiguió Alejandro—. Lucrecia está embarazada. Más aún, el parto es inminente. César, me pregunto cómo no lo comprendiste antes.

Alejandro frunció el ceño. Comprendió hasta qué punto Lucrecia estaba aterrada de que se descubriera su estado. Ella y la pequeña Pantisilea debían haber sido doblemente cuidadosas cuando César la visitaba.

—¡Lucrecia... embarazada!

El Papa se alzó de hombros.

—Esas cosas suceden —dijo con brevedad.

—¡Mientras estaba en el convento! —César cerró los puños.— Ese era el motivo por el cual estaba tan contenta allí. ¿Quién es el padre?

—Hijo mío, no permitamos que nuestros ánimos se caldeen. Es un asunto en que necesitamos toda nuestra astucia, toda nuestra calma. Es desafortunado, pero si queremos que se realice este matrimonio que estamos planeando para Lucrecia, no nos ayudaría que se supiera que, mientras estaba ante los cardenales declarándose virgo intacta se encontraba, en realidad, embarazada de seis meses. Esto debe ser nuestro pequeño secreto.

—¿Quién es el padre? —repitió César.

El Papa prosiguió hablando como si no lo hubiera escuchado.

—Escucha mi plan. Nadie la atenderá, salvo Pantisilea. Cuando nazca la criatura, será llevada inmediatamente a otro lado. Ya he estado en contacto con algunas buenas personas que la tomarán y cuidarán. Los recompensaré bien, pues recuerda que es un nieto, un Borgia, y necesitamos Borgias. Tal vez dentro de pocos años haré llevar al niño al Vaticano. Tal vez me ocuparé de su educación. Pero durante algunos años todo debe seguir como si no hubiera niños.

—Quiero saber el nombre de este hombre —insistió César.

—Eres demasiado colérico, César. Debo advertirte, hijo mío, que la cólera es el mayor enemigo de quienes permiten que los conquiste. Mantén encadenada tu cólera. Fue lo que aprendí a una temprana edad. No demuestres cólera contra ese joven. Yo no lo haré. Comprendo por qué actuó como lo hizo. Vamos, César, tú y yo, en circunstancias similares, ¿no nos comportaríamos exactamente de la misma manera? No podemos censurarlo. —La expresión del Papa se modificó muy levemente—. Pero sabremos cómo tratarlo cuando llegue el momento.

—Morirá —gritó César.

—Todo a su debido tiempo —murmuró el Papa—. Por ahora... que todo quede en paz. Está mi pequeña Pantisilea. — El tono del Papa era pesaroso, y su sonrisa era tierna—. Sabe mucho. Pobre pequeña, ese conocimiento no es bueno para ella.

—Padre, eres sabio. Sabes de qué manera tratar asuntos como éste, pero debo conocer cómo se llama este hombre. No podré descansar hasta que lo conozca.

—No hagas nada precipitado, hijo mío. Su nombre es Pedro Caldés.

—¿No es uno de tus chambelanes?

El Papa asintió.

César estaba sacudido por la cólera.

—¡Cómo se atrevió! ¡Un chambelán, un sirviente... y mi hermana!

El Papa posó una mano sobre el hombro de su hijo, y se alarmó ante los temblores que sacudían a César.

—Tu orgullo es grande, hijo mío. Pero recuerda... ¡cautela! Sabremos cómo solucionar este problema, tú y yo. Pero por el momento, nuestro mejor método consiste en tener cautela.

La cautela no estaba en la naturaleza de César. Los ataques de ira que lo habían dominado en su adolescencia se habían hecho más frecuentes a medida que crecía, y encontraba que se hacía cada vez más difícil controlarlos.

Ahora su mente estaba dominada por un solo cuadro: su hermana con el chambelán. Se sentía obsesionado por los celos y el odio, y había homicidio en su corazón.

El Papa lo había instado a ser cauto, pero él ya no le obedecía. Después de la muerte de su hermano, había comprendido la debilidad de su padre. Alejandro no llevaba duelo hacía mucho tiempo. Olvidaba las fechorías de su familia; dejaba de lamentarse por los muertos y dedicaba toda su atención a los vivos. El gran afecto del cual era capaz, por más efímero que pudiera ser, era intenso mientras duraba; y debía ser orientado hacia alguien. César había tomado el afecto que su padre había sentido por Juan como si fuera un título o una propiedad. César sabía que no necesitaba temer la pérdida del afecto de su padre, cualquier cosa que hiciera. Ese era el gran descubrimiento que había hecho. Ese era el motivo por el cual se sentía poderoso, invencible. Alejandro era el señor de Italia, y Alejandro se inclinaría ante la voluntad de su hijo.

En consecuencia, cuando Alejandro decía “cautela”, ¿por qué debía César hacer caso a esa advertencia, a menos que deseara hacerlo?

Un día se encontró frente a frente con Pedro Caldés en una de las antecámaras del apartamento papal, y la cólera de César estalló hasta tal punto que olvidó todas las advertencias de su padre.

—¡Caldés, alto! —gritó César.

—Mi señor... —comenzó a decir el sobresaltado chambelán—, ¿qué queréis de mí?

—Tu vida —dijo César, y desenvainó la espada.

El asustado joven se dio vuelta y huyó hacia el apartamento del Papa. César, empuñando su espada, lo siguió.

Pedro, sin aliento y aterrado, podía oír la risa cruel de César muy cerca de él; la espada de César tocó su muslo y Pedro sintió que la sangre caliente descendía por su pierna.

—Pierdes tiempo al correr —gritó César—. Morirás por lo que has osado hacer a mi hermana.

Desfalleciente por el temor, Pedro llegó hasta el trono papal, en el cual estaba sentado Alejandro; con él se encontraban dos de sus chambelanes y uno de los cardenales.

Pedro gritó:

—¡Santo Padre, salvadme... salvadme antes de que muera!

Y se arrojó a los pies de Alejandro.

César estaba sobre él. Alejandro se había levantado, con una expresión horrorizada y llena de alarma.

—Hijo mío, hijo mío, desiste —gritó—. Aparta tu espada.

Pero César no hizo más que reír y lanzó una estocada al chambelán, mientras Alejandro se inclinaba hacia adelante para protegerlo, de tal modo que la sangre salió a chorros y manchó los hábitos del Papa, e incluso salpicó su cara.

Los que estaban con el Papa retrocedieron espantados, mientras Alejandro rodeaba con sus brazos a Pedro y miraba el rostro encendido de cólera de su hijo.

—Aparta tu espada —dijo en tono severo, y se advertía que volvía el Alejandro que, por más benevolente que fuera, había sabido siempre cómo dominar a sus hijos—. No traigas tus pependencias a nuestro sagrado trono.

César rió de nuevo, pero sintió una vez más ese temor por su padre que, según le sorprendía descubrir, no había superado del todo.

Obedeció, mientras decía en forma agresiva:

—Que no piense que es el fin de nuestra disputa.

Luego se dio vuelta y salió del apartamento.

Alejandro murmuró:

— ¡La sangre caliente de la juventud! No es que César quiera ser tan impetuoso. ¿Pero quién, entre nosotros, no fue impetuoso en su juventud? Que las heridas de este joven sean atendidas y... por su propia seguridad, mantenedlo bajo custodia.

Pantisilea se inclinaba sobre la cama.

Lucrecia murmuró:

—Está comenzando, Pantisilea.

—Manteneos recostada, Madonna. Enviaré un mensaje al Santo Padre.

Lucrecia asintió.

—Él se ocupará de todo.

Pantisilea despachó una esclava al Vaticano con un anillo de sello que el Papa le había dado y que debía ser una señal entre ellos de que Lucrecia necesitaba una comadrona. En este asunto el Papa había decidido que no se debía poner por escrito palabra alguna. Cuando recibiera el anillo sabría de qué se trataba, y no se debía enviarlo por ningún otro motivo.

—Cuán bendita soy por tener tal padre —murmuró Lucrecia—. Oh, Pantisilea, ¿por qué no acudí a él inmediatamente? Si lo hubiera hecho ahora Pedro y yo podríamos haber estado casados. ¡Hace cuánto tiempo que no veo a Pedro! En este momento debería estar cerca de mí. ¡Qué feliz sería si estuviera conmigo! Pediré a mi padre que me lo traiga.

—Sí, Madonna sí —la tranquilizó Pantisilea.

Estaba un poco inquieta. Había oído rumores acerca de la desaparición de Pedro Caldés, pero no los había transmitido a Lucrecia. La hubiera trastornado.

—Sueño, sabes —dijo Lucrecia—. Sueño todo el tiempo. Partiremos de Roma. No dudo de que será necesario durante cierto tiempo. Viviremos tranquilamente durante algunos años en algún lugar remoto, aún más remoto que Pesaro, pero no creo que mi padre nos permita estar lejos de él para siempre. Nos visitará ¡y cuánto amará a su nieto! Pantisilea, ¿piensas que será un varón?

—¿Quién puede decirlo, Madonna? No pidamos un varón o una niña, sino que os traiga una gran felicidad.

—Hablas como una sabia, Pantisilea. Mira, tus mejillas están húmedas. Estás llorando. ¿Por qué estás llorando?

—Porque... es tan hermoso. Una nueva vida está por comenzar... el fruto de vuestro amor. Es hermoso y me hace llorar.

—¡Querida Pantisilea! Pero antes se deben sentir dolores, y confieso que estoy asustada.

—No deberías estarlo, Madonna. Los dolores vienen y luego... llega la bendición.

—Quédate conmigo, Pantisilea. Quédate conmigo todo el tiempo. Promételo.

—Si me es permitido.

—Y cuando el niño haya nacido, cuando tengamos nuestro pequeño hogar, estarás con nosotros. No debes permitir que el bebé te ame demasiado, Pantisilea, o me sentiré celosa.

La respuesta de Pantisilea consistió en estallar en un llanto tormentoso.

—Es porque es tan hermoso —repitió—. Casi demasiado hermoso para ser cierto.

Llegó la comadrona. Estaba enmascarada y acompañada por dos hombres, también enmascarados. Esperaron fuera del cuarto de Lucrecia, y la comadrona se acercó a la cama.

Examinó a Lucrecia y dio órdenes a Pantisilea. Los dos hombres permanecieron afuera durante el parto de Lucrecia.

Lucrecia despertó de su agotamiento y pidió al niño. Fue colocado en sus brazos.

—Un niño —dijo Pantisilea.

—Siento que moriré de felicidad —murmuró Lucrecia—. Mi propio hijo. Desearía que Pedro estuviera aquí. Debería estar ansioso por ver a su hijo, ¿no es cierto? Pantisilea, quiero que me traigas a Pedro.

Pantisilea asintió.

—Quiero que me lo traigas enseguida.

La comadrona se había acercado a la cama y dijo:

—Madonna está cansada y necesita reposo.

—Quiero tener a mi bebé en mis brazos —dijo Lucrecia— y cuando su padre esté aquí conmigo me sentiré completamente descansada.

—Vuestra criada será enviada enseguida en busca del padre del niño. Ya ha sido dispuesto —dijo la comadrona. Se dirigió a Pantisilea:

—Ponte tu manto, y prepárate para partir enseguida.

—No sé dónde encontrarlo —comenzó a decir Pantisilea.

—Serás llevada hasta él.

Lucrecia sonrió a Pantisilea, y los ojos de la pequeña criada se dilataron de alegría.

—No demoraré ni un instante —gritó—. Iré inmediatamente.

—Serás llevada allí. Encontrarás a tu guía esperando en la puerta.

—No tardaré mucho, Madonna —dijo Pantisilea; se arrodilló al lado de la cama y besó la mano de Lucrecia.

—Ve, Pantisilea —murmuró Lucrecia—. Ve a toda prisa.

Los ojos de Lucrecia siguieron a Pantisilea hasta la puerta. Luego la comadrona se paró al lado de la cama.

—Madonna, ahora me llevaré al bebé. Debe dormir en su cuna. Necesitáis descanso. Aquí tengo una poción que os hará dormir. Tomadla y dormid profundamente, pues necesitaréis toda vuestra fuerza.

Lucrecia tomó la poción, besó la rubia cabeza del niño, lo entregó a la comadrona y se recostó entre sus almohadas. En pocos minutos estaba dormida.

Uno de los hombres que habían estado esperando afuera dio un paso adelante cuando apareció Pantisilea.

—Sígueme —le dijo, y salieron juntos del palacio hacia el patio, donde los esperaba un caballo.

Ya era de noche y sólo la luz de la luna alumbraba las calles mientras Pantisilea montaba a la grupa con su guía, alejándose del palacio. Se apartaron del populoso barrio y se acercaron al río.

Cuando estuvieron cerca de la orilla, el jinete se detuvo y dijo:

—Es una hermosa noche, Pantisilea.

Ella contempló la pálida luz de la luna sobre las aguas y pensó que era maravillosa. Todo el mundo parecía hermoso, porque ella se sentía feliz. Su ama había alumbrado sin problemas un hermoso niño y ella se había ido a buscar a Pedro para llevarlo hasta Lucrecia. Había pensado en el futuro de ambos, mientras cabalgaban.

—Sí —dijo ella— es hermosa. Pero no nos retrasemos. Mi ama anhela ver a Pedro Caldés.

—No hay prisa —dijo el hombre—. Tu ama tendrá un sueño prolongado. Está agotada.

—Preferiría proseguir inmediatamente hasta nuestro destino.

—Muy bien, Pantisilea.

El jinete desmontó su caballo.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

Su respuesta consistió en alzarla y hacerla bajar del caballo. Pantisilea miró a su alrededor, en busca de alguna casa donde Pedro podría estar refugiado, pero no vio ninguna. El hombre dijo:

—Qué pequeña eres Pantisilea, y tan joven.

Inclinó la cabeza y besó sus labios.

Ella se sintió asombrada, pero no disgustada. Hacía mucho tiempo que

un hombre no la acariciaba. Ella rió suavemente y dijo:

—No es el momento. Deseo ser llevada inmediatamente donde está Pedro Caldés.

—Tú lo has dicho, Pantisilea —dijo el hombre.

Colocó sus manos con ternura sobre la cabeza de la criada y las deslizó lentamente hacia los oídos acariciándolos. Ella lo miró; él no la miraba, parecía estar contemplando el río iluminado por la luna. Su mirada era fija y vidriosa, y de pronto un terrible temor se apoderó de Pantisilea.

Pues en un instante de enceguedora comprensión lo supo, aun antes de que ocurriera.

Luego sintió que las manos se deslizaban hacia su garganta.

Lucrecia se despertó. Era de día.

Había soñado. Estaba en un hermoso jardín en el campo; su pequeño hijo se encontraba en la cuna, y ella y su padre se inclinaban para mirarlo.

Era un sueño feliz, pero tan sólo un sueño. Y aquí estaba el día, y ella se había despertado.

No estaba sola en la habitación: a ambos lados de la cama había un hombre, y ella tenía conciencia del golpeteo apagado de su corazón. Le había sido prometido ver a Pedro, y no había venido, ¿y dónde estaba Pantisilea?

Hizo un esfuerzo para despertarse por completo.

—Debes descansar —dijo Alejandro—. Necesitas tu fuerza, mi querida.

—Padre —murmuró, y luego se dirigió a la otra figura—. Y César —agregó.

—Hemos venido para decirte que todo está bien —dijo César.

Hablaba con un tono severo y entrecortado, y ella percibió que estaba encolerizado. Se alejó de él, dirigiéndose hacia su padre. La voz de Alejandro había sido tan amable y tierna como siempre.

—Quiero a mi hijo —dijo ella—. Padre, es un niño. Lo amarás.

—Sí —dijo el Papa—. Dentro de pocos años estará con nosotros.

Ella sonrió.

—Oh, padre, yo sabía que podía confiar en que me cuidarías.

La hermosa mano blanca la palmeó.

—Mi pequeña —murmuró Alejandro—. Mi sabia pequeña.

Ella le tomó la mano y la besó.

—Ahora —dijo Alejandro con voz animada— no hay ningún motivo para preocuparse. Todo ha sido solucionado. Dentro de poco tiempo reanudarás tu vida normal y este pequeño asunto, aunque ha habido algunos desagradables rumores, habrá sido olvidado.

—Padre, Pedro...

—No pronuncies su nombre —dijo César con dureza.

—César, queridísimo hermano, compréndeme. Amo a Pedro. Es el padre

de mi hijo y pronto será mi esposo. Nuestro padre ha dispuesto que sea así.

—Mi amadísima —dijo el Papa—, por desgracia, eso no puede ser.

Ella trató de alzarse, llena de alarma.

—Mi querida hija —murmuró el Papa—. Ha llegado el momento de que sepas la verdad.

—Pero yo lo amo, padre y tú dijiste...

Alejandro se había alejado y se había llevado un pañuelo a los ojos.

César dijo, casi con rabia:

—Ayer recuperaron del Tíber el cuerpo de Pedro Caldés. Has perdido a tu amante, hermana, lo has perdido, porque ha muerto.

Ella volvió a caer sobre sus almohadas, con los ojos cerrados. El Papa se inclinó sobre ella con ternura.

—Fue demasiado repentino —dijo—. Mi dulce, dulce niña, desearía poder asumir tus dolores en tu lugar.

Una sonrisa sarcástica curvó los labios de César mientras miraba a su padre.

Deseaba gritar: “¿Por orden de quién fue asesinado el chambelán? Por mis órdenes y las tuyas. Así fue. ¿Acaso ella no ha deshonrado bastante nuestro nombre acoplándose con sirvientes?”

En cambio, lo que dijo fue:

—Hay otra que se ha reunido con él allí... tu criada Pantisilea. Nunca verás de nuevo su cara.

Lucrecia se cubrió el rostro con las manos: deseaba apartar la vista de ese cuarto y de los hombres que estaban sentados a ambos lados. Eran sus custodios; sus carceleros. No tenía ninguna vida que no fuera decidida por ellos. No podía dar un paso sin ellos: si intentaba hacerlo, ellos arreglaban las cosas para que sólo encontrara desastres.

¡Pedro en el río! Pensó en él, con heridas en su cuerpo o tal vez con signos en la garganta, tal vez con nada de eso. Tal vez lo habían envenenado antes de arrojarlo al río.

Pedro, el apuesto muchacho. ¿Qué había hecho él, sino amar a Lucrecia?

Y la pequeña Pantisilea. No verla nunca de nuevo.

Ella no podía soportarlo. Había un límite a la pena que se puede sentir.

—Idos... alejaos de mí —tartamudeó—. Hacedme traer a mi hijo... e idos... idos, os lo pido.

Hubo silencio en el cuarto. Ni César ni Alejandro se movieron.

Luego Alejandro habló, siempre en un tono gentil y apaciguador.

—El niño está bien atendido, Lucrecia. No debes temer nada por él.

—Quiero a mi hijo —gritó ella—. Quiero a mi bebé. Lo quiero aquí... en mis brazos. Vosotros habéis asesinado al hombre que amo. Habéis asesinado a mi amiga. De vosotros no quiero nada, salvo que me deis a mi hijo. Yo me iré lejos. Viviré sola con mi hijo... no quiero volver a ver nunca este lugar...

César dijo:

—¿Es Lucrecia la que habla? ¿Es ésta, Lucrecia Borgia?

—Sí —gritó ella—. Soy yo, y ninguna otra.

—Nos hemos equivocado —dijo Alejandro con rapidez—. Le hemos revelado esta noticia en forma demasiado brusca. Créeme, querida hija, hay momentos en que un corte drástico con un cuchillo es lo mejor. Entonces la cicatrización puede comenzar enseguida. Fue un error que tú, una Borgia, nuestra propia amada hija, te comportaras de este modo con un sirviente. Y que hubiera un hijo fue... criminal. Pero te amamos profundamente y comprendemos tus emociones. Las perdonamos, así como perdonaríamos todos tus pecados. Somos débiles y te amamos tiernamente. Te hemos salvado del deshonor y el desastre, como deberíamos hacerlo siempre. Eres nuestro más preciado tesoro y te amamos como no amamos a ninguna otra persona. Eso es lo que yo y tu hermano sentimos hacia ti, y ambos te hemos salvado de las consecuencias de un gran pecado y una gran locura. Los que compartieron esta aventura ya no existen: por consiguiente, no hay peligro de que te traicionen. En cuanto al niño, es un hermoso varón y yo ya lo amo. Pero debes decirle adiós, oh, sólo por poco tiempo. No bien se pueda solucionar la situación, lo haré traer de vuelta a nosotros. Es un Borgia. Me pateó y me gritó. Bendícelo. Está en la mejor de las manos, tiene una digna madre adoptiva. Lo atenderá como si fuera propio; no, mejor. No se atreverá a que le ocurra ningún daño a nuestro pequeño Borgia. Y te prometo esto, Lucrecia: en cuatro años... no, en tres, lo tendremos con nosotros, adoptaremos a nuestro robusto muchacho y de este modo nadie podrá apuntarlo con un dedo y decir: "Aquí está el bastardo de Lucrecia y de un pobre chambelán."

Ella se mantuvo en silencio. Su sueño había desaparecido; no podía captar la realidad. No todavía. Pero sabía que lo haría. Sabía que no podía hacer otra cosa.

César había tomado su mano, y ella sintió que sus labios la tocaban.

—Amadísima —dijo él—, arreglaremos un gran matrimonio para ti.

Ella se estremeció.

—Es demasiado pronto para hablar de tales cosas —lo censuró Alejandro—. Eso viene más tarde.

Ella se mantuvo en silencio.

Continuaron sentados allí. Cada uno de ellos le sostenía una mano y de vez en cuando se inclinaban para besarla.

Ella se sentía despojada de toda felicidad; y sin embargo, tenía conciencia de un vago consuelo, que le llegaba a través de esos besos.

Estaba tomando conciencia de la inevitabilidad de lo que había ocurrido. Comenzaba a comprender cuán alocados habían sido sus ensueños.

## EL SEGUNDO NOVIO

Lucrecia estaba siendo vestida para su casamiento. Sus mujeres estaban de pie a su alrededor, admirando su vestido, recargado de bordados dorados y lleno de perlas. Los rubíes resplandecían alrededor de su cuello, y el diseño del vestido mezclaba las armas de los Aragón y los Borgia.

Sólo habían pasado pocos meses desde que había dado a luz a su hijo, pero había recuperado su placidez exterior; y mientras se encontraba en su apartamento donde era vestida con sus mejores galas, no parecía pensar más que en la ceremonia que estaba por tener lugar.

Sanchia estaba con ella.

Lucrecia se volvió lentamente y sonrió a su cuñada. ¿Quién podría haber pensado que sería Sanchia la que la reconfortaría en su aflicción?

Era Sanchia quien le había hablado de sus numerosos enredos amorosos, quien le había explicado que al comienzo lo que se siente es tan intenso. ¿Acaso no se recuerda el primer baile, las primeras joyas? Lo mismo ocurría con los lances amorosos. ¿No lo sabía Sanchia? ¿No era Sanchia una experta en materia de amor?

Sanchia había hablado de su pequeño hermano. Era gentil, era hermoso, y todos lo amaban. Lucrecia bendeciría el día en que había tomado como esposo al hermano de Sanchia, Alfonso, duque de Bisceglie.

Sanchia estaba excitada ante la perspectiva de la llegada de su hermano a Roma, y había transmitido ese entusiasmo a Lucrecia. “Oh”, pensaba Lucrecia, “¡qué feliz me siento de tener a Sanchia a mi lado en este momento!”

Era una Borgia. No debía olvidarlo. Hacia donde mirara, se veía enfrentada por el emblema del toro que pacía. “No debemos soñar con un amor y un matrimonio simple”, se decía a sí misma. “Eso es para la gente simple, para la gente sin un gran destino.”

Era amada por su padre y su hermano. Era como si hubieran olvidado que ella había intentado desafiarlos. En algún lugar de Roma —y tal vez ni siquiera fuera en Roma— un muchachito se criaba con sus padres adoptivos, y dentro de pocos años vendría al Vaticano. Era todo lo que quedaba de ese breve idilio que le había dado la vida y producido tantos sufrimientos a su

madre, y muerte a dos personas que la habían amado profundamente.

Siendo una Borgia, no podía ponerse melancólica. El pasado no era nada, lo único que tenía fundamental importancia era el presente y el futuro.

Estaba preparada para ir al encuentro de su esposo.